



Yvonne A. Pereira
Espírito Charles

EN LAS VORÁGINES DEL PECADO



FEB

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

EN LAS
VORÁGINES
DEL
PECADO

ÍNDICE

A LOS QUE SUFREN	4
Primera Parte	7
LOS “HUGONOTES”	7
OTILIA DE LOUVIGNY	8
UNA FAMILIA DE FILÁNTROPOS	20
EL CAPITÁN DE LA FE	40
UN PACTO OBSESOR	54
SU PRIMER AMOR...	67
EVA Y LA SERPIENTE	83
PERFIDIA	102
Segunda Parte	121
UNA UNIÓN DETESTABLE	121
EXTRAÑOS PROYECTOS	122
NUPCIAS	140
CONSECUENCIAS DE UN BAILE	154
ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS	174
FINAL DE UN SUEÑO	185
Tercera Parte	203
MAS LA VIDA CONTINÚA...	203
UN CRIMEN EN LAS SOMBRAS	204
EL DESTINO DE UN CABALLERO	222
ZONAS DEL MUNDO INVISIBLE	236
COMO EN LOS CUENTOS DE HADAS...	257
ALMAS ATORMENTADAS	265
LA FAMILIA ESPIRITUAL	278
LA FAMILIA ESPIRITUAL	279
¡GLORIA AL AMOR!	290
EL ANTIGUO PACTO	298
Conclusión	305
LA CARTA MAGNA	305

A LOS QUE SUFREN

El día 23 de abril de 1957, me fracturé el brazo izquierdo en un accidente ocurrido en mi residencia. ¡Inmovilizada durante varios días, a solas con mis estudios y mis pensamientos, que de panoramas espirituales se descubrieron mis posibilidades mediúmnicas, favorecidas así por un aprendizaje propicio! ¡Si, entonces, me fue dado el consuelo de la presencia de mis compañeros de jornada terrena, que fraternalmente me visitaban, eran igualmente frecuentes las visitas recibidas del mundo invisible, consoladoras e inefables, atestiguando mis convicciones la intensidad fastuosa, prodigiosa, de esa Patria que es nuestra y a la cual estamos eternamente unidos por lazos de un sagrado origen!

Al tercer día después del accidente, un acontecimiento verdaderamente majestuoso se desarrolló ante de mis percepciones mediúmnicas poderosamente exteriorizadas del ámbito físico-carnal. Se presentó ante mí, encontrándome yo aún perfectamente despierta, la querida entidad espiritual Charles, mi guía y maestro de la Espiritualidad, amigo desvelado desde la cuna, porque ya lo era también en la vida espiritual. Reflejos de un lucero blanco azulado, que lo envuelven, se derraman entonces sobre mí, dando a mi recinto una suave palidez como de santuario espiritual... Sus manos bellísimas, largas, que un lindo anillo con una radiante esmeralda adorna, se extienden sobre mi rostro, causándome un encuentro enternecedor... Y él susurra a mis oídos la dulce tonalidad de una vibración encantadora, ordenándome:

¡Ven!

Sumiso, mi espíritu lo sigue, mientras el cuerpo, sobre una mecedora, con el brazo vendado, se abandona en una reconfortadora letargia... Nos sostenemos en el aire... Todo a nuestro alrededor es luna azul, neblinas suavemente centelleantes, perfumes de violetas – la esencia que Charles prefiere – encanto y emoción... No distaba mucho del lugar, donde yacía mi fardo, la estancia azul donde nos suspendíamos. Yo tenía la impresión de que gravitábamos un poco por encima del tejado de mi casa, pues lo veía, así como el panorama de la ciudad de Belo Horizonte, donde residía entonces, que se extendía entre la penumbra del crepúsculo. Oía incluso las discusiones de mis pequeños sobrinos que, en la sala comedor, preparaban los deberes escolares para el día siguiente...

Y eran las diecinueve horas y media...

De pronto, como un tumulto de colores y de sonidos melodiosos envuelve el lugar donde yo me encontraba... Tonos rosados, de variaciones inauditas, se mezclaban con las tonalidades azules que me envolvían, como si eminentes químicos celestes preparasen algo muy grandioso, sirviéndose de los elementos dispersos por la Naturaleza en las capas invisibles del Infinito... Charles me tomó de la mano con fuerza y dijo:

“Te narraría la triste historia de un corazón que aún hoy no consiguió perdonar y olvidar totalmente el dolor de una ofensa grave... La ofrezco a aquellos que sufren, a los que aman sin ser amados, a los que tardan en comprender que el secreto de la felicidad de cada uno y de la Humanidad en sí misma se encuentra en la capacidad que tenga cada corazón para las virtudes del amor a Dios y al prójimo...”

Entonces las primeras frases de este libro repercutieron en mí ser espiritual como si fuerzas desconocidas las grabasen a fuego en mi cerebro. Charles dijo... ¡Y las escenas del intenso drama que aquí transcribo aparecieron ante mi vista bajo su palabra, entre tonalidades azules y rosa, variando a lo indescriptible, mostrándome, entre otros acontecimientos, la

terrible masacre de Protestantes del día de San Bartolomé, durante el reinado de Carlos IX, en Francia, masacre cuyos aspectos verdaderamente infernales jamás podrá concebir el cerebro que no los haya presenciado!

No obstante, ¿cómo pudo Charles haber creado tales escenas con tantos y tan extraños detalles, para mi visión espiritual?

Es que, ciertamente, él existió en la Tierra en Francia durante aquella época... De otro modo, los Espíritus evolucionados poseen mil posibilidades magníficas de revivir el pasado, tornándolo presente con todos los matices de la realidad de que se rodeó... Lo cierto fue que, bajo el ardor de su palabra, yo asistí y presencié todo intensamente, con nitidez y encanto, como si estuviese presente en los hechos, a veces poseída de terrores, angustias y ansiedad, otras, envuelta por deliciosas emociones de enternecimiento y bienestar... Y hoy, cuando él volvió nuevamente a mí para guiar mi mano y mi lápiz en la transcripción del drama entrevisto entonces, en el estado espiritual – lo entrego, en su nombre, a los corazones que sienten dificultades en la concesión del perdón al desafecto, a los que sufren y lloran en el aprendizaje redentor, a camino del – Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo...

IVONNE A. PEREIRA
Río de Janeiro, 30 de octubre de 1959.

PRIMERA PARTE

LOS “HUGONOTES” (1)

“El Amor es de esencia divina, y desde el primero hasta el último, poseéis en el fondo del corazón la chispa de ese fuego sagrado. He aquí un hecho que podéis haber observado muchas veces; el hombre más abyecto, más vil y más criminal, siente por un ser o por un objeto cualquiera, un afecto vivo y ardiente a prueba de todo lo que tendiera a disminuirlo, que toma a menudo proporciones sublimes.”

(ALLAN KARDEC – *El Evangelio según el Espiritismo*, cap. XI).

(1): Hugonotes – Confederados, unidos por juramento. Designación despreciativa dada por los católicos franceses a los protestantes, especialmente calvinistas.

OTILIA DE LOUVIGNY

En aquella mañana del 20 de octubre de 1572, París se presentaba envuelta en brumas pesadas, anunciando un aguacero y un frío intenso que llegaban de las corrientes heladas de los Alpes, cubiertos de nieve, como siempre. Desde el día anterior, una lluvia fría, impertinente, caía sin interrupción inundando las enormes losas que cubrían las calles y las plazas principales, llenando siempre más los torrentes que rebosaban de los desagües o formando cenagales en las callejuelas y travesías que aún no habían merecido las atenciones del Sr. Gobernador de la ciudad para el aristocrático lujo del pavimento...

Con la constante lluvia y el presagio de los vientos portadores de grandes nevadas, revoloteaba por los aires de la vieja y milenaria metrópolis una vaga sensación de terror. Un silencio impresionante, cual quietud traumática, extendía aprensiones desoladoras, de choque y pavor, por los cuatro puntos de la capital de los Valois Angoulême, que entonces reinaban en Francia, silencio que sólo era alterado, de vez en cuando, por el ruido de la marcha lenta de la caballería de los hombres de armas del Sr. Duque de Guisa, jefe de la Santa Alianza, los cuales, a plena luz del mediodía inspeccionaban barrios, calles, residencias, comprobando celosamente si algo desagradable no se estaría tramando contra el Gobernador y la Iglesia, esta desagraviada, hacía sólo dos meses, por los supuestos ultrajes de la Reforma Luterana, que le hacía sombra a las ambiciones con la superioridad de los conceptos sobre las Sagradas Escrituras. Había veces que no sólo la

ronda del Sr. De Guisa hacía resonar por el asfalto de las calles las patas de los caballos cuidadosamente calzados de hierro y acero o el taconeo de sus mercenarios, cuyas espadas y lanzas también sonaban bélicamente, alarmando a los habitantes de París que se postraban tras las celosías y las persianas, temerosos de nuevas matanzas como las ocurridas dos meses antes. También los arqueros y alabarderos ⁽²⁾ de Carlos IX iban y venían, reforzando la vigilancia, al mismo tiempo que demostraban al pueblo la fuerza siempre vigorosa del gobierno que la Reina madre – Catalina de Médicis – regía, tras la ineptitud de su enfermizo hijo Carlos IX de Valois-Angoulême, Rey de Francia.

Dos meses antes de esa mañana sombría de octubre, se cometió en París el masivo asesinato de los “herejes” llamados “hugonotes”, llevada a cabo por un conspirador político-partidario enmascarado de fe religiosa, al cual la Iglesia, bajo la responsabilidad del Papa Gregorio XIII, permitió por instancias del gobierno francés, o mejor, por exigencias, de la política opresora de la Reina Catalina, interesada mucho más en las conveniencias personales o de la dinastía, que en las de la propia Iglesia, mas para la realización de lo cual era indispensable el apoyo del poder espiritual, dadas las disculpas religiosas que para alcanzar los fines que se proponía tuviera ella que presentar.

(2) *Arquero* – soldado armado con *arco* arma antigua, con forma de hacha de carnicero. *Alabardero* – soldado con alabarda, arma antigua idéntica a la anterior, diferenciándose sólo de la forma de hacha. En Francia los alabarderos formaban casi siempre la guardia de honor de los reyes y de los príncipes.

El masivo e inhumano asesinato, cometido al amanecer el día 24 de agosto de 1572, pasó a ser célebre en la historia del mundo con el nombre de la “Matanza de la noche de San Bartolomé”, justamente por ser el día dedicado al culto de ese santo venerado por la Iglesia Católica Apostólica Romana –

uno de los doce apóstoles de Jesucristo.

En esa fecha, pues, los seguidores de la Reforma, los “Protestantes”, apodados como burla, en Francia, “hugonotes”, fueron degollados en masa, en la ciudad de París, por los soldados de la llamada “Santa Alianza”, formada recientemente, pero ya activa, cuyo jefe, el Duque Enrique I de Guisa, Príncipe de Lorena, se alió a las tropas del Rey con el fin de dirigir el movimiento, en conspiración macabra de ideas, crueldades y ambiciones. Casi totalmente indefensos, los “hugonotes” o “**Protestantes**”, poco pudieron hacer, pues fueron atacados por sorpresa. ¡Sus hogares fueron violados por tropas astutamente incitadas por el ardor de la religión mal sentida y también mal orientada; sus esposas e hijas ultrajadas antes de sucumbir bajo los puñales y cuchillos asesinos; los niños degollados al estrepitar de las carcajadas que el alcohol y el olor agrio de la sangre humana excitaban hasta los excesos de una semi-locura; sus propiedades arrasadas por el fuego o devastadas por la piqueta de los fanáticos adeptos de la Reina, del Príncipe o de la Iglesia; sus cuerpos arrastrados por las calles en desorden de pandemónium y lanzados al Sena, aún calientes y agitados; sus cadáveres profanados, mutilados entre gritos de blasfemias e insultos soeces, por los soldados enloquecidos de maldad y por los propios oficiales de la nobleza, que entendieron por bien rebajarse a bajezas de las que se avergonzarían los propios perros – y todo ese implacable destrozo humano pretensiosamente realizado a la sombra de la Cruz del Inmaculado Cordero de Dios; tales violencias inconcebibles al raciocino del hombre moderno, habían hecho correr la sangre humana por los declives de la vieja ciudad del gran Rey San Luís, haciendo de ella una vasta necrópolis que la estigmatizaría para siempre!

Durante tres días París presenció indefensa esa avalancha de sangre y muerte. ¡Sus habitantes, aterrorizados, no lograban tener tranquilidad para las refecciones y el reposo nocturno, porque la tragedia, sin precedentes en la Historia, irrumpía en cada esquina de la ciudad con una

impetuosidad diabólica! La ansiedad general se resumía en las calamidades siguientes: ¡Matar a los “hugonotes”!

¡Ver morir a los “Hugonotes”! ¡Huir de las hordas criminales de la Reina Catalina! ¡Aplaudir, bajo el terror, los excesos del Sr. De Guisa, que, no obstante, era amado por el pueblo! Escapar de la crueldad de las bandas asesinas, cuya saña ya no respetaba ni incluso a los propios adeptos de Roma, matándolos también, de cualquier forma, aprovechándose del momento para desagrazios y venganzas personales, incluyéndolos entre los desgraciados Luteranos y Calvinistas.

¡Y el desorden por todas partes, y la muerte, y el dolor, y la sangre, y el luto, y la maldición, y el terror, y la blasfemia abatiéndose sobre el aire de la ciudad en un soplo de tragedia inolvidable e indescriptible... mientras las campanas doblaban a muerto angustiosamente, desde lo alto de las torres de las iglesias; procesiones se sucedían al mismo tiempo que la mortandad, cánticos subían a los espacios en alabanzas a los Cielos, porque los “herejes” eran exterminados... y las naves de los templos se llenaban de fieles que se golpeaban en el pecho en “meas culpas” fervorosas, satisfechos o consternados, simulando homenajes a Dios por haber auxiliado, de un modo u otro, al exterminio de los “malditos”!

Grandes y generosos franceses de alto linaje moral y social sucumbieron en ese día inolvidable. De entre ellos el Almirante Coligny, cuyas hazañas náuticas alcanzaron las plagas suramericanas, recién descubiertas entonces... y, por todo eso, de un extremo a otro de Francia, en esa fecha del 20 de octubre, que evocamos, se estremecía también de horror y rebelión, ante el recuerdo de tales abyecciones.

Sin embargo, no sólo París fue desdichada. ¡Las provincias, los terrenos, las haciendas, las quintas, las casas de campo, todo era invadido por las fuerzas del Rey y del Sr. de Guisa, y sus propietarios, si eran sospechosos de reformitas, serían pasados por la espada o decapitados, pues convenía a la política mórbida de la poderosa Catalina de Médicis que ni un sólo Protestante más floreciese en el suelo

de Francia – llamada entonces la **hija predilecta de la Iglesia!**

¡La defensa de la Religión y de la Fe era la disculpa presentada para el inhumano exterminio cuyas consecuencias aún hoy no se detuvieron en la concienzuda persecución a sus propulsores y ejecutores, a través de la Reencarnación, aunque cuatro largos siglos se sucediesen en las vorágines del tiempo!

En aquella mañana a la que nos referimos más arriba, justamente al sonar las nueve horas en las campanas de la Iglesia de Saint-Germain l' Auxerrois, que no distaba mucho, atravesaba el puente de la Plaza Rosada un carruaje pintado de azul y oro con escudo y corona de Conde y una pequeña escolta de cuatro caballeros montados y bien armados. El carruaje mostraba confort y cierta abundancia financiera de sus propietarios, dado el exceso de la pintura, el lujo y el buen gusto de las cortinas de seda y encajes, los tejidos de felpa y los tapices del interior y los caprichos de la librea de la guardia... sin ocuparnos de los caballos, cuyo pelo brillante y ancas redondeadas demostraban el mejor cuidado. La guardia, compuesta por los cuatro caballeros citados anteriormente más un paje y el cochero, llevaban en el brazo izquierdo lazos con los colores del Sr. de Guisa y, sujeto al cuello, y cayendo sobre el pecho, una especie de cordón de seda con escapularios, entonces muy de moda, cordón que el altivo Duque hacía distribuir entre sus protegidos políticos y sus tropas, y lazos y pulseras que tenían la virtud de indicar que los respectivos portadores no pertenecían a la Reforma Luterana o Calvinista, sino a los “piadosos” partidos de aquel príncipe y de su potente aliada, la Reina madre.

En la portezuela del carruaje, además del escudo, se veían una L y una R muy artísticamente entrelazados, iniciales que indicaban a los Condes de Louvigny-Raymond, antiguos nobles que, en aquella ocasión, estarían reducidos apenas al joven Coronel Artur de Louvigny-Raymond, de los Ejércitos del Rey, en aquel momento en tareas muy delicadas por España, y su hermana Otilia, de apenas veintiuna

primaveras.

Atravesando el puente, una pequeña y pesada edificación sobre un afluente del Sena, dicho carruaje entró con estrépito en la Plaza Rosada y paró frente a un pequeño palacio pintado de colores vivos, rodeado de pequeñitos torreones graciosos, al estilo medieval, balcones y arcos igualmente pequeños, pero muy aristocráticos con sus vidrieras con motivos bíblicos. Un largo cobertizo a la puerta de la entrada principal le daba cierto tono majestuoso a ese palacio, cuyas columnas y pilares de soporte exterior estaban revestidas de una composición como granito bermejo, y tan lisa y brillante como el esmalte y la porcelana. ¡Cuatro grandes lámparas de aceite alumbraban esa entrada por la noche – tono de un lujo excesivo en una época en que los parisinos vivían en la oscuridad constante, no sólo al salir a la calle, obligados por posibles circunstancias, sino hasta incluso en sus propios domicilios, que solamente se iluminaban con luz de velas!

Las cuatro grandes lámparas, de ese modo, iluminaban no sólo la entrada de dicho palacio, sino también su nombre, grabado a bronce pulido en lo alto de la puerta principal – porque las residencias nobles tenían también sus nombres – y el escudo de sus propietarios, colado en el maderaje de la puerta, lo que sería de buen aviso en una actualidad de degollamientos colectivos e invasores de domicilios... El gracioso edificio se llamaba, por tanto, “Palacio Raymond”.

La plaza, grande y luminosa, estaba rodeada de pequeños edificios pintados de colores un tanto vivos, de preferencia el bermejo color barro, lo que, realmente, a la luz del Sol, le prestaba un tono rosado algo agresivo a la vista, de ahí le venía el sobrenombre de “Plaza Rosada”, concedido por el parisino, que en todos los tiempos prefirió vivir a la rebeldía de leyes y convenciones...

A la puerta del Palacio Raymond paró el aristocrático carruaje y el paje descendió para extender la alfombra de fibras impermeables sobre la calzada mojada, y abrir la portezuela. Una dama de edad madura, cuyos trajes

puritanos indicaban que se trataba de una preceptora distinguida, o una institutriz, descendió del carruaje, ayudando en seguida a bajar a una joven de elegante hermosura, vestida de terciopelo azul fuerte, con un pequeño sombrero del mismo color, adornado de plumas blancas, guantes de gamuza negra, de tubos altos, y un manto negro muy largo, con alzacuellos de encajes de Flandes blancos.

Se abrió discretamente la puerta del palacio y las damas pasaron al interior. Tres criados las saludaron respetuosamente, haciendo intención de arrodillarse, mientras la joven extendía la mano enguantada para que la besasen:

- Me alegro de verlos con salud y fuerte ánimo para con nuestra Fe, Gregorio, Raquel, Camilo...

Y el criado de nombre Gregorio, anciano y calvo, de nacionalidad alemana, respondía por todos, hablando en francés cerrado, de las márgenes del Reno:

- Sed bienvenida, “Mademoiselle” de Louvigny... Esperábamos con angustia... temerosos de que algo desagradable ocurriese... Desde ayer por la mañana aguardábamos detrás de estas ventanas...

- Hicimos buen viaje, mi querido Gregorio... El retraso fue debido a las lluvias, que inundaron los caminos... Pernoctamos en Nancy y en Chalons...

- ¿Y nadie os reconoció?...

La linda recién llegada sonrió de modo enigmático y provocativo, y dijo, maliciosa, como hablando a sí misma:

- ¡Oh! ¿Quién se atrevería a sospechar algo de la hermana del Coronel Artur de Louvigny-Raymond, compañero desde la niñez del gran Sr. de Narbonne?... ¡Oh, de Narbonne! ¡El fiel servidor de la gran Reina, el dedicado estudiante de Teología, amigo de los Srs. de Guisa, Capitán de la Fe!

Gregorio hizo una reverencia, como atemorizado, poniéndose pálido, y después susurró, mientras señalaba para cerrar la puerta de caballos chapada de bronce, que permanecía entreabierta:

- Perdón “Mademoiselle”... Sin embargo, me atrevo a preveniros de que, desde nuestra llegada aquí, hace siete días, decidimos que mi hija Raquel cambiase su nombre por el de Genoveva... en honor a la Santa Patrona de París...

Una risa cristalina e indiferente fue la respuesta de la singular joven, la cual iba a responder, tal vez sirviéndose de una censura... cuando un significativo ruido de tropa militar en marcha lenta resonó por la plaza con sus característicos tintinear de espadas y riendas de caballo chapadas de metal pulido y las inconfundibles patadas de las monterías calzadas de hierro y acero sobre el enlosado rústico del suelo...

El criado espía con miedo hacia el exterior, empujando en seguida la pesada puerta, que se cerró con estruendo, y exclamó vivamente, con el semblante alterado por el terror:

- ¡El Sr. Narbonne!...

- ¡Sí! – susurró el joven Camilo, su hijo, muchacho de diecisiete años de edad, rubio y grueso como el padre, pero de bellos ojos castaños como los de su hermana, mientras que una palidez súbita respondía por la emoción que de él se adueñó ¡Sí! ¡La caballería macabra del Sr. de Narbonne en visita a los barrios sospechosos de herejía y rebelión!... Mirad, “Mademoiselle”, por estas rendijas de la ventana, que llevan el estandarte de la Eucaristía envuelta con lanzas, hachas y arcabuces...

Otilia de Louvigny abrió los lindos ojos del color del firmamento y su pecho jadeaba precipitadamente, mientras su rostro enrojecía de fuerte emoción y gotas de sudor frío le humedecían la frente y las manos... Ella puso en movimiento, allí, toda la gallardía de sus antepasados, que se cubrieron de glorias desde las primeras Cruzadas, se sirvió de toda la altivez de la que un aristócrata le sería posible en la época,

levantó la frente en señal de impávido desafío y valor personal, y murmuró como para sí misma, mientras se quitaba el sombrero:

- ¡Luís de Narbonne!... ¡Por fin voy a enfrentarme con él cara a cara!...

Se volvió hacia el criado impresionado y ordenó:

- ¡Abre la puerta, Gregorio!... Ábrela de par en par, en homenaje al “piadoso” Capitán de la Fe, que, al parecer viene a darme la bienvenida en nombre de la nobleza de París...

- “Mademoiselle”... ¡Por quien sois!... Perdonadme... no obstante, os suplico... Sois tan joven... No os arriesguéis tanto... Renunciad a vuestro temerario intento... Cuántas desgracias podrían venir aún... Huyamos a Alemania... Aún está a tiempo... Yo temo por vos...

Sin responder, Otilia se dirigió hacia la enorme puerta y, al intentar abrirla con sus propias manos, Gregorio y Camilo la interrumpieron atendiendo sus deseos.

Era tiempo. La centuria del hidalgo nombrado anteriormente no distaba de los cobertizos más de diez pasos, arrastrando con insólita provocación su grandeza bélico-religiosa, que tenía el poder de hacer temblar a toda la población de la granciudad...

Valiéndose del poder de la belleza poco común de la que se sabía dotada, Otilia atraviesa la terraza y se asoma altivamente en el balcón, con los ojos fijos en el caballero que venía tras el estandarte, indicado por Gregorio como siendo el Príncipe-Conde Luís de Narbonne. ¡Mientras tanto, jamás un semblante femenino presentó una gracia tan perfectamente ingenua; jamás una sonrisa de mujer adquirió las más adorables expresiones y una mirada exterior con más candor y sorprendente encantamiento de los que esa angelical joven que parecía absorber la Plaza Rosada y su beligerante ronda en un gran abrazo de satisfacción y ternura!

Viéndola desenvuelta y linda, Luís de Narbonne paró involuntariamente el caballo, haciendo, con eso, parar también al séquito, lo que resultó un choque de ruidos típicos de una tropa que se detiene inesperadamente...

Con el ceño fruncido el Capitán de la Fe contempla a la joven, midiéndola con la mirada, como intentando reconocerla. Una reverencia respetuosa le fue dirigida con gran elegancia por la bella desconocida... Tras un visual examen, él distingue los escapularios que pendían del cordón, suministrados por el Sr. de Guisa a los católicos franceses... Los ojos de ambos se cruzaron... y una centella imborrable, que se tornaría en una llama inmortal sacudiéndoles el alma a través del porvenir, como alucinando, por primera vez, la inalterable placidez de la sangre de las venas de aquel aplicado servidor del Rey y de la Iglesia, de aquel estudiante de Teología católica, que pretendía en breve la honra de ser aceptado entre el número de sus sacerdotes...

El fruncido ceño se abrió entonces... Y un gesto de significativa sonrisa floreció en sus labios habituados tan solamente al mando de los soldados y a las oraciones de cada día...

¡El hecho sería singular, verdaderamente increíble! Por detrás de las celosías y de las persianas vecinas, las personas que observaban tímidamente la escena comentaban con miedo, temerosas de que el propio aire llevase sus pensamientos a los oídos del Capitán de la Fe:

- ¡Una invasión más!... ¡La dama apenas llega al Palacio deshabitado y luego será presa y arrastrada a la condenación, tal vez a la muerte!... El Palacio es sospechoso y hace que se sospeche de todo el barrio, por eso lo visitan los señores de la Iglesia... En él pasaron una larga temporada, hace algunos años, aquellos de Brethencourt de LaChapelle, los reformistas, amigo de los Louvigny-Raymond...

Pero, con sorpresa de todos los vecinos y hasta de los criados del mismo Palacio, eso no sucedió, porque Luís de

Narbonne, cayendo en sí de la confusión a la que la linda muchacha lo llevó, aligeró el paso del caballo, como sorprendiéndose en falta grave, prosiguió con la marcha normal, hasta que, entrando en el puente, hizo alto inesperadamente por segunda vez, torció las riendas de su bello “Normando” y se volvió displicentemente para comprobar si la desconocida permanecía en su puesto de observación...

En efecto, allí permanecía, y otra reverencia, lanzada con la misma ceremonia que la primera, concedida por la recién llegada al Capitán de la Fe, que ahora sonríe sin impedimentos, sorprende a Gregorio, a Raquel y a Camilo, los cuales se confiesan a sí mismos que ya no sabían si deberían sentir terror o confianza, en virtud de lo que acababan de presenciar... Por la tarde, para sorpresa de los tímidos habitantes de la Plaza Rosada, el séquito volvió por allí mismo, en vez de observar el itinerario acostumbrado por otros barrios apartados. Luís de Narbonne modera la marcha delante del Palacio Raymond e investiga indiscretamente, con la mirada interesada, las vidrieras con motivos bíblicos... Otilia de Louvigny se asoma al balcón, sonriente y arrebatadora, los cabellos color oro totalmente sueltos, cual aparición celestial o figura legendaria de las márgenes del Reno... y, audaz e inconsecuente, lanza al estudiante de Teología un capullo de rosa roja...

El escudero del encantado hidalgo desmonta, recoge la preciosa dádiva, a una señal del amo, la entrega... y el cortejo, precipitando la marcha y llenando la Plaza de ruido bélico, desapareció en una curva, más allá...

Otilia de Louvigny-Raymond, entonces, se vuelve hacia su preceptora e institutriz y exclama, sofocada, con el aspecto endurecido:

- ¡Cacé a la fiera, Dama Blandina!... ¡Y juro por la honra de mi creencia de reformista luterana y por la memoria de mis padres y hermanos, degollados bajo sus garras, que no escapará a mis tentáculos vengadores!...

En seguida cae desalentada en una silla de ébano torneada y, cubriendo el rostro con sus manos crispadas, rompe en llanto violento.

Dama Blandina se aproxima, intentando animarla...

UNA FAMILIA DE FILÁNTROPOS

En el extremo Nordeste de Francia, en las márgenes del bajo Reno y muy próximo a tierras de la vieja y sugestiva Alemania, existía una antigua familia de auténticos nobles, los cuales, según los propios pergaminos comprobaban, descendían de un hidalgo francés de origen alemán por línea materna, coparticipante de las primeras Cruzadas, un cierto Caballero de la Fe que marchó a Tierra Santa al frente de un pequeño ejército organizado por él mismo – el Conde Felipe Carlos Eduardo de Brethencourt.⁽³⁾ Por la época que evocamos, es decir, en los tiempos de Catalina de Médicis, esa familia poseía también su Castillo en las mismas tierras, no obstante, con la diferencia de que la construcción de este databa apenas del siglo XIV, siendo, por tanto, relativamente nuevo en el siglo XVI. La familia cuyos ancestros vivieron siempre en las márgenes del Reno, muy adaptada a las costumbres alemanas, en la época del Rey Francisco I y de Enrique II, de Francia, había frecuentado, entretanto, el centro de este país, con largas temporadas en París, por cuanto el Conde de Brethencourt realizó guerras con Francisco I y con su hijo Enrique II, mereciendo de estos, por eso mismo, cierta estima y consideración. Con la muerte de Francisco, sin embargo, y principalmente, con la tragedia de Enrique en los ejercicios de un torneo, la familia desapareció de la sociedad parisina, encerrándose en sus tierras de las fronteras renanas.

(3) Los nobles que descendiesen de héroes de las Cruzadas eran más dignos de aprecio y consideración por parte de la nobleza e incluso de la realeza.

Ya por ese tiempo los Condes de Brethencourt habían

añadido al propio nombre el apellido de La-Chapelle, y en su escudo se pusieron otros símbolos, resultado de alianzas matrimoniales muy honrosas desde hacía dos siglos antes. En la época áurea, por decirlo así, de la Reina Catalina, es decir, después de la muerte de su esposo, Enrique II, la familia de Brethencourt de La-Chapelle se encontraba prácticamente arruinada económicamente, por eso vivía sólo de las labores agrícolas, sin otros rendimientos. Decían de ella que – desde la llegada de la Reforma, surgida en Alemania con Martín Lucero, en 1517, sus últimos antepasados se habían convertido a ella voluntariamente, lo que la hizo caer en el desagrado de gran parte de la nobleza, aunque Francisco I y Enrique II hubiesen cerrado los ojos al hecho, o por conveniencias políticas y militares o por estimar lealmente a sus antiguos y fieles servidores. Lo cierto era que, en esta ocasión que sacamos del olvido, los Brethencourt de La-Chapelle vivían una vida muy austera y laboriosa entre el cultivo de la tierra, estudios y meditaciones en torno de las Sagradas Escrituras y de la naciente Teología protestante, y dedicados a obras de caridad a favor de los infelices que transitaban por sus tierras y más allá de ellas, hasta las fronteras del Reno. Los juzgaban portadores de costumbre severas y edificantes cualidades morales. Sus jóvenes militares habían depuesto las armas, dispensándose de los servicios del Rey, a fin de evitar los asesinatos en las guerras, procurando, así, honrar el 5^o mandamiento de la Ley (4), prefiriendo el uso del arado a las batallas, siendo sus mujeres dignas y virtuosas a toda prueba.

Sus representantes del momento eran los personajes de la presente narrativa – el viejo matrimonio Condes Carlos Felipe de Brethencourt de La-Chapelle y Carolina de Clairmont; sus hijos varones – Carlos Felipe II, el primogénito, médico y teólogo luterano (especie de pastor moderno, de las Iglesias Protestantes); Clovis Felipe y Felipe Eduardo, oficiales militares que abandonaron la espada por el cultivo de la

tierra; Felipe Rogelio y Pablo Felipe, jóvenes estudiantes

(4) Nomatarás.

de las Ciencias Médicas, como el hermano, y una niña, joven de radiante hermosura, angelical y graciosa como una figura de leyenda, cuya firmeza de carácter y elegantes maneras serían su mayor atractivo, por cuanto eran raras tales cualidades entre las damas de Francia por ese tiempo.

Esa niña, encanto de los padres y de los cinco hermanos varones mayores que ella, ángel bien amado de la familia, que en ella prefería divisar la estrella protectora que irradiaba alegrías y dulces promesas en el vieja y pacífica casa de campo, se llamaba Carolina Ruth y nació cuando mayor era el entusiasmo de sus padres y hermanos por la creencia de la Reforma.

La existencia transcurría feliz para esos pacientes luteranos, mucho más cristianos que verdaderamente reformistas, que, bondadosos y sinceros, se rodeaban de ternuras y expresiones fraternales al encanto de los ecos amorosos del Sermón de la Montaña, el cual estudiaban diariamente, sedientos de un aprendizaje eficiente de asuntos celestes bajo la protección del Maestro de Galilea, dedicándose igualmente al cultivo de las Artes y de la Música, tanto como la época podía permitir, pues se vivía el Renacimiento, y Francia, desde los días de Francisco I, despertaba para brillantes realizaciones. Por tanto, eran intelectuales de elevada formación, estudiosos, cultos, mental y moralmente avanzados para la época en la que vivían. Carlos Felipe II, el primogénito, además de ser médico graduado por escuelas alemanas, era también un delicado poeta y sabía crear versos tristes y tiernos, inspirados en el vocabulario de las luchas cotidianas de la vieja casa de la familia, los cuales su madre – corazón y mente igualmente ilustres – adaptaba a las conmovedoras melodías del Reno, que en todos los tiempos hasta el presente tan sugestivas se conservaban. Carlos, no obstante, que se graduó en Medicina en Alemania, retornando al hogar paterno, transformó su vida en un himno de realizaciones beneméritas a la luz del Evangelio del Señor, pues, estudiándolo con amor y desprendimiento, adquirió capacidades morales para atraer inspiraciones de las fuerzas protectoras de lo Alto, las cuales

lo hicieron un predicador eficiente de la Buena Nueva del Cristo de Dios, adoctrinador emérito y juicioso, propagandista lúcido y sin complejos de la Reforma en la base del Evangelio, distribuyendo así consuelo y esperanza entre las almas entristecidas por los sufrimientos y la opresión que descubría cada día alrededor de sus propios pasos. La enseñanza evangélica, tal como Jesús la dio al pueblo humilde y de buena voluntad, constituía una suprema atracción para su alma. ¡Con qué espiritual satisfacción explicaba a los grupos de oyentes las leyes juiciosas y encantadoras del Sermón de la Montaña, desarrollándolas en análisis y fecundas explicaciones para el buen entendimiento de aquellos corazones deseosos de esclarecimientos y socorros celestes! ¡Y con qué paciencia y ternura les hablaba de las parábolas elucidativas, desarrollándolas, tornándolas más atrayentes bajo el impulso de la palabra vigorosa e inspirada, y para toda la enseñanza despertando la atención y el raciocinio de los que, con él, examinaban la chocante diferencia existente entre las exposiciones confusas de la enseñanza romana y las simples y dulces leyes del Evangelio expuestas por el Mesías de Dios! Por ese apostolado renunció el joven predicador a la sociedad y a los bienes del mundo, pues, pudiendo vivir fastuosamente en la algazara de cortes como la de Alemania y la de Inglaterra, donde la Reforma ya asentó sus bases sólidas para los avances del Progreso, prefería la convivencia con los humildes y sufrientes de las márgenes del Reno y el suave ambiente de la familia, que para él sería un oasis celeste en los calcinados parajes terrenos. Lo veían, así, acompañado frecuentemente del padre, visitando las aldeas y lugares pobres del Reno, en busca de enfermos del cuerpo y sufrientes del espíritu, con el fin de suavizarles las amarguras con las atenciones como médico y las solicitudes como evangelizador, como pastor y predicador que era del Testamento del Divino Maestro. Lo rodeaban los pobres, los ancianos, los niños, humildes mujeres, con el fin de escucharlo por las calles o en recintos domésticos, como antiguamente lo hacían los primeros discípulos del Evangelio. Entonces les hablaba de aquello que jamás fue franqueado a un aprendizaje eficiente para el pueblo, es decir – de la personalidad real y no

legendaria del Redentor de los hombres, de su doctrina de amor y de esperanza, de sus tesis y sentencias edificantes, las cuales saciaban la sed de aquellos corazones entristecidos por los infortunios, presentándoles un mundo nuevo para conquistar a través de la observación y práctica de tan enaltecidas como sublimes lecciones. Además de eso, allí estaba la numerosa familia de los Felipes distribuyendo entre los pequeños y pobres de la región lo que sus tierras producían además de lo necesario para el equilibrio de la Mansión, pues las cosechas de los campos agrícolas de los Brethencourt de La-Chapelle eran famosas por la abundancia de sus productos, cosechas que crecían de año en año como bendiciones dadivosas de los Cielos, explotando del seno de la tierra cultivada como si el Creador desease premiarlos por la dedicación al trabajo y al bien para con los que nada tenían. Sus vasallos, considerados hombres libres, no eran más que colonos juiciosamente recompensados por los servicios prestados al patrimonio, y frecuentemente el propio jefe de la Hacienda, el viejo Conde Felipe, con uno u otro de sus hijos, allá estaba, en el campo o en las oficinas, en los apriscos o en los molinos, colaborando con los criados, animándolos con su valor personal o enseñándoles nuevos métodos de trabajo traídos de Alemania o de la lejana Inglaterra, siempre más progresistas que los de la Renana insignificante y pobre. Los criados domésticos, a su vez, considerados más como amigos que como simples sirvientes, eran admitidos a la mesa de las refecciones comunes de la familia. Recordando los primeros tiempos de la fraternidad apostólica, era bello y cristiano contemplar al Conde Felipe a la cabecera de la gran mesa con la esposa, los hijos a la derecha y a la izquierda, en escala decreciente, las nueras y los nietos, y después los criados, todos hermanados en la oración de la mesa, cuando se daban gracias al Creador por la abundancia que disfrutaban bajo la perfecta comunión de sentimientos e ideales. (5)

(5) Ese hábito, en la ocasión ya en franco declive, databa de la Edad Media, pero sólo se realizaba por las Provincias y entre los nobles más demócratas.

Por las casas de campo, haciendas y castillos, hasta más

allá del Reno, el joven teólogo “hugonote” era requerido con peticiones para ejercer sus mandatos de médico y misionero del Evangelio.

Y allá se iba, cabalgando a solas con el paje fiel, Gregorio, llevando como única arma el libro precioso – la Biblia, donde nuevos y prometedores horizontes se revelaban a los entendimientos humanos, y como defensores los instrumentos de la Medicina de entonces.

¡Por eso mismo, a su alrededor crecían los adeptos del Evangelio, decrecía el fanatismo romano, la luz de las Escrituras se difundía por los rincones más distantes del Reno, por las cabañas y por los palacios; los corazones vencidos por la indiferencia de la fe sin apoyo sólido eran fortalecidos por los mansos de una nueva esperanza, las almas abatidas por las miserias e injusticias humanas sentían nuevas fuerzas impulsándolas al triunfo, porque la personalidad augusta del Nazareno se presentaba mejor a sus raciocinios y a su confianza, el analfabetismo desaparecía, arrastrando su triste cortejo de ignorancia para ceder lugar al estudio y a la meditación, un resurgimiento impetuoso encendía un nuevo coraje en cada persona, se imponía el Trabajo como sacrosanto deber, surgía la aurora del Progreso!

Amado y respetado como un segundo padre, Carlos Felipe se imponía a la propia familia, especialmente por el trato afectivo que concedía a los suyos. Sin embargo, alimentaba por la hermanita menor cariños de un verdadero padre; no procuraba ocultar a los demás hermanos, todos varones, la sublime predilección que, antes de enfadar a aquellos corazones también interesados en sus afectos, los edificaba excesivamente. Él educaba a la hermana con esmero y vigilancia dignos de un concienzudo maestro. Le enseñó, desde los primeros pasos por los inmensos corredores del Castillo, el balbuceo de las primeras palabras hasta las letras y la música. Y la ingresaba en un curso todo cuidadoso en torno de las Escrituras, cuando las fuerzas del destino se interrumpieron entre él y los gratos sueños relativos a la persona de la hermana. Sin embargo, hubiera querido hacer de ella un modelo de cristalinas prendas, un patrón de

virtudes y bellezas morales, y no regateaba esfuerzos para que tales aspiraciones se convirtiesen en triunfantes realidades. Al mismo tiempo Ruth Carolina amaba y respetaba al hermano como a su propio padre, confundiendo a ambos en la misma aspiración de afectos de su corazón. Se inclinaba, sumisa, a las exigencias de Carlos a su respecto y se glorificaba, risueña y feliz, siempre que una lección bien asimilada, un trabajo perfectamente ejecutado, una canción entonada con gracia obtenían de aquel maestro querido un gesto de alabanza o un beso de sincero aplauso...

Ruth era, en efecto, el ángel del hogar, el encanto de la noble familia de La-Chapelle. Las cuñadas la querían como a sus propios hijos. Estos, a su vez, la adoraban, pues, bondadosa y juguetona, los divertía frecuentemente en correrías locas por las terrazas y corredores de la gran mansión, o les mecía las pequeñas cunas al son de canciones tristes que en su boca se dirían melopeyas angélicas adormeciendo a querubines... Y, los domingos por la tarde, estando la casa repleta de visitas y de colonos de las inmediaciones y del propio Caserío, interesados todos en el conocimiento de las Santas Escrituras a la luz de la Reforma, tras el deber sacrosanto del culto doméstico, donde las más bellas lecciones de fe y de moral eran estudiadas por el joven predicador, secundado por el padre, se retiraba la familia a otras dependencias a fin de homenajear y distraer a sus huéspedes. Entonces, Carlos Felipe, deseando comprobar los progresos de la educación social suministrada a la hermana, la presentaba a los propios familiares, a los criados y vecinos que los visitasen, como si lo hiciese en una sala de teatro o en una recepción costosa. Ruth Carolina cantaba entonces como un trovador celeste al son de la cítara ⁽⁶⁾ o de una pequeña arpa las bellas canciones escritas por el hermano querido y adaptadas a las tristes melodías del Reno, sugestivas y apasionadas.

(6) *Cítara* – Instrumento de cuerda, melodioso y delicado, muy antiguo, utilizado aún hoy en las pequeñas ciudades y aldeas alemanas y austriacas.

Ella lo hacía con gallardía y gran clase, a la espera de la aprobación del hermano, llevando el encanto a los corazones presentes, los cuales aplaudían, finalizado el ensayo, entre besos y sonrisas de satisfacción, viéndola tan linda e inteligente, ángel querido que distribuía sueños y alegría en torno de los que la amaban... De otro modo, pretendiendo unirla a un joven príncipe alemán, la educaban para vivir en la Corte alemana, que era selecta, exigente y severa.

Entretanto, Carlos Felipe tenía una novia y su boda, aplazada por un tiempo indefinido, era del agrado de la familia de La-Chapelle. Ruth-Carolina amaba a la futura cuñada, un poco mayor que ella, conociéndose ambas desde la infancia, pues no distaban muy lejos las tierras del Conde Felipe de la propiedad en la que vivía la afectuosa prometida del joven doctor “hugonote”. Cierta vez, las dos señoritas tuvieron la misma institutriz. Al quedarse huérfana, aquella pasó largas temporadas en La-Chapelle, datando, desde entonces, el romance de amor que envolvió el corazón de Carlos. Esa joven se llamaba Otilia de Louvigny-Raymond, habiendo tenido excelentes relaciones de amistad el viejo Conde Felipe y el antiguo Sr. de Louvigny.

No obstante, una vez huérfana, contando apenas dieciocho primaveras, Otilia pasó a la tutela de su hermano Artur, heredero del título, el cual, a despecho de ser igualmente admirador de la familia de La-Chapelle, se opuso vehementemente a la unión de la hermana, cuando la petición de mano de esta por el joven doctor luterano, pues Artur de Louvigny pertenecía a la alta sociedad, sirviendo junto al propio Trono como oficial militar, y, siendo así, temió la inconveniencia de una unión matrimonial con “hugonotes”. Encerró a la hermana en un Convento de religiosas, en Nancy, con órdenes severas para que no la dejasen salir, esperando así verla olvidar la primera impresión del corazón, después de tres largos años en aquel lugar.

Entretanto, juicioso y comedido, al frente de ideales arrebatadores para su alma de soñador, tales como la difusión del Evangelio de la Verdad y el combate a la ignorancia de las

masas por la alfabetización de las clases sociales y la reforma individual de la criatura a la base de la evangelización cristiana, Carlos Felipe se detuvo en sus anhelos de pretendiente al matrimonio, ante la violencia exigida por la displicencia de Artur, prefiriendo reanimar a la joven prometida con consejos y protestas de fidelidad, a través de pequeñas cartas que le enviaba a pesar de la vigilancia del Convento, dejando así de intentar el rapto por ella sugerido, prometiendo, mientras tanto, a la propia Otilia, desposarla en Alemania, una vez alcanzase ella la mayoría de edad. Esta, sin embargo, espíritu frágil y muy impresionable desde la infancia, de constitución física enfermiza, se disgustó tan profundamente en el exilio desagradable que la sacrificaba, que enfermó y enflaqueció, cogiendo una grave enfermedad del pecho, reconocida incurable por los médicos de entonces. Aconsejada por estos, no obstante, dejó el Convento a fin de buscar alivio a sus propios males, a pesar de las órdenes del hermano y en virtud de haber alcanzado ya la mayoría de edad. Regresó, pues, a la Mansión de Louvigny, donde pasó a regir los propios bienes ayudada por su institutriz Blandina d'Alambert, y donde Carlos pasó a visitarla frecuentemente, intentando aliviarle el estado de salud, angustiado ante las perspectivas que presentaba la querida enferma.

Esta era la situación general cuando, una tarde, llegó al Castillo de La-Chapelle un correo oficial de la casa de Guisa, escoltado por una guardia de cuatro caballeros armados. Recibido cortésmente por los dignos señores de la Mansión, el correo declaró altivamente – un oficial cuyo nombre era Reginaldo de Troulles – que solamente se desentendía de la misión de la que fue encargado, ante el Conde Carlos Felipe II. Carlos, no obstante, se encontraba ausente, atendiendo a sus trabajos de médico y esclarecedor evangélico, peregrinando por las poblaciones cercanas. Le fue necesario al correo aguardar su vuelta. La aguardó, paciente e impenetrable. ¡Durante los tres días de espera que le fue indispensable soportar, fraterna y cortésmente tratado por el Conde Felipe y su familia, observó, entre prevenciones religiosas e intenciones malsanas, que allí se atrevían tratar el

Evangelio de Jesucristo durante las tertulias de la noche, lo que seguramente sería un abuso sacrílego; que no se sometían a ningún dogma o prácticas religiosas recomendadas por el rito romano; que no existía capilla ni campanario en el Castillo, lo que sería un propósito o irrespeto, no obstante presentarse la Mansión como edificación extensa y confortable; que no había un capellán oficiante ni siquiera vestigios del culto católico, lo que sería herejía; que la Mansión era frecuentada diariamente por vecinos y colonos que iban a estudiar la Biblia y a aprender las letras con la familia reunida en asamblea, como escuela, y la cual se enarbolaba en preceptora de las gentes, con la intención de atraerlas hacia el culto de la Reforma, y que, por tanto, los Brethencourt de La-Chapelle eran positivamente nocivos no sólo para el Gobierno de Carlos IX, sino principalmente para la Iglesia!

Por la noche lo veían escribir largas páginas, como alguien que hiciera minuciosos relatos a sus superiores. No se extendía, sin embargo, en conversaciones, no correspondía a la amabilidad de los dueños de la casa, que procuraban agradarle de todas las formas. Mientras tanto, aceptó una invitación para un pasatiempo en familia, en una tarde de domingo, durante el cual la angelical muchachita de La-Chapelle cantó al son de un arpa varias de las bellas canciones que su hermano componía para ella, destacándose de entre ellas una, titulada “Las Rosas”, que a él mismo, Reginaldo de Troulles, impresionó vivamente, por el encanto y emotividad con que la cantante supo desenvolverse. Ruth apareció con un repleto brazado de rosas unido a una cesta de cuentas, como perlas, distribuyéndolas con los asistentes mientras cantaba, con los sonidos del instrumento, alternando tan graciosos gestos.

En la tarde del cuarto día, se presentó Carlos de vuelta de su humanitario mandato. El Correo – oficial del distrito de Guisa, pero en esta ocasión comandado por Luís de Narbonne – lo examinó con impertinencia, altivo y desdeñoso, reparando en sus trajes serios y simples, de color negro, los cuales indicaban su cualidad de doctor y filósofo, al mismo

tiempo que le entregaba un gran rollo de pergamino, donde se decía:

“De parte de Su Alteza, el Príncipe Luís de Narbonne, Conde de S... a Su Señoría, el Sr. Conde Carlos Felipe II de Brethencourt de LaChapelle.”

Carlos contaba entonces treinta y dos años de edad. Tenía facciones normales, serenas, ojos de un azul fuerte, grandes e investigadores, actitudes comedidas, sonrisa amable y discreta, palabra fácil, pero ponderada. Sería bello si las largas meditaciones nocturnas a la luz de pequeños candelabros, sobre textos de Ciencia, Filosofía y Religión, no lo hubiesen fatigado tanto, empalideciéndole el rostro y el brillo de la mirada, y creando, en la frente amplia y pensadora, arrugas prematuras. De una bondad incontestable, tolerante, paciente, portador de cualidades raras para la sociedad de la época, que lo recomendaban como fiel seguidor del Evangelio, era también tan sencillo y de corazón humilde y dócil como no lo sería el último de los sirvientes de la vieja Mansión paterna. Y, felicísimo en el hogar, amado y respetado por la familia entera como el segundo jefe que realmente era, decía con placer, que el Cielo se transportó para junto con él mismo, en las personas de sus padres y hermanos, a los cuales adoraba. Otilia de Louvigny, no obstante, se transformó en motivo de gran pesar para los días que llevaba entre los quehaceres impuestos por su fe y el amor de la familia. Lamentaba los infortunios de la pobre muchacha prisionera de fuertes prejuicios, lamentaba la enfermedad que la paralizó, destruyendo a ambos las esperanzas de días risueños de verdadera felicidad, procurando, no obstante, suavizarle la situación todo lo posible, visitándola frecuentemente, ahora en su Castillo, y tratándola en las normas del Evangelio según los conceptos de la Reforma. Mientras tanto, Carlos Felipe no estaba verdaderamente inclinado a los encantos del matrimonio, asegurando frecuentemente a sus familiares que su alma aspiraría con preferencia al Amor Divino, al deseo de consagrarse definitivamente a los ideales evangélicos, por los cuales se sentía arrebatado, tal como lo hicieron los Apóstoles

del Maestro Nazareno, cuyos hechos procuraba imitar tanto como las propias fuerzas lo permitiesen; amar a la Humanidad y no solamente a una esposa, servir a los pequeñitos e infelices recomendados por el Señor y no sólo a una prole originaria de su sangre. Pero, sabía que era vivamente amado por Otilia... y no podía, de ninguna forma, disgustarla, negándose al enlace que él mismo desearía espiritualizado hasta el ideal... Nacido y educado bajo los principios de la Reforma, se dio a esa digna causa – en la época más noble, arrebatadora y venerable que el mundo podría soportar – con todas las renunciaciones de su alma sincera y fervorosa, tallada para los grandes hechos del Espíritu, sin perturbarse con la idea de los ultrajes y represalias, tan frecuentes en la ocasión, contra aquellos que estuviesen en desacuerdo con el fanático despotismo de la Iglesia de Roma.

Fue, pues, a ese joven “hugonote”, encargado de tan delicadas tareas entre sus compatriotas, que Luís de Narbonne, fanático religioso a quien llamaban “Capitán de la Fe”, escribió la siguiente carta, fechada el 10 de agosto de 1572:

“Acaba de llegar a nuestras manos una gravísima denuncia a vuestro respecto y a respecto de vuestra familia, señalándoos como de los más activos propagandistas de la secta sacrílega de Martín Lucero y Juan Calvino en suelo francés, siendo todos vosotros considerados, en este momento, verdaderos revolucionarios e instigadores del pueblo. Por consideración a vuestros ancestrales, desde los leales caballeros de las Santas Cruzadas y todos los antiguos servidores de Francia y amigos de la realeza, así como por leal admiración a vuestras cualidades personales, de quien se escuchan reiterados elogios, os aconsejo prudentemente a vos que os retiréis de Francia con toda vuestra familia, tras el recibimiento de esta carta o reneguéis la Reforma, aceptando el bautismo de la Iglesia Católica Apostólica Romana, acompañado de vuestra familia, en presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas de París, las cuales estarán dispuestas para

recibiros con satisfacción en su seno. Algunos días más y será tarde... porque se iniciaron severas reacciones contra la herejía luterana y calvinista... Agradeced esta advertencia a la lealtad de nuestro común amigo Artur de Louvigny-Raymond, el cual, partiendo ahora en misión del Gobierno para el extranjero, generosamente intercedió por vos...”

El joven “hugonote” la leyó en actitud casi impaciente, y, con una sonrisa serena, la pasó al padre, que lo miraba en silencio:

- ¡Tenemos perseguidores, Sr. Conde! Nos prueban que reconocen el valor en el movimiento que emprendemos... exclamó con bondad, excesivamente honesto y pacífico para confirmar que no se trataría simplemente de persecuciones, sino de asesinatos masivos que quedarían registrados en la Historia como una de las mayores calamidades perpetradas bajo la luz del Sol.

- Será necesario responder al Sr. Conde, hijo mío, agradecerle en nombre de la familia el interés y la bondad con que nos prueba su generosa lealtad – ponderó el viejo titular, prudente y quizá impresionado.

- ¡Sí, responderé, padre mío!...

Carlos era joven, entusiasta de su querido y seductor ideal. Por un momento se dejó vibrar por un sentimiento chocante... Sonriendo, se giró hacia el Correo que esperaba en actitud militar, y, sin dignarse devolver la carta, dijo:

- ¡Decid a vuestro Capitán que Carlos Felipe II de Brethencourt de La-Chapelle agradece el favor de la advertencia... pero que considera sus razonamientos demasiado impertinentes para ser aceptados por un hombre de honor!

El oficial se estiró, sin poder ocultar el asombro del que se sintió poseído ante las temerarias y descorteses palabras, impropias de aquel que las pronunciaba.

- ¿Qué haces, hijo mío? ¿Acaso enloqueciste?... – intervino el Conde Felipe, impresionado. ¡De Narbonne es un príncipe, es poderoso y rígido!

Mientras el Correo añadía:

- ¡Correrá sangre, señor! ¡Reflexionar a tiempo en las respuestas que habéis de dar!...

- ¡Ya os respondí, Sr. Oficial! – concluyó secamente, y se alejó. Por la noche se reunió la familia en asamblea,

excepto Ruth-Carolina, a quien ordenaron que se recogiese más pronto, con el fin de deliberar sobre los presagios producidos con la carta del Conde de Narbonne.

La Condesa Carolina, como buena madre, opinaba para que fuese abandonado el Castillo sin tardanza y toda la familia trasladada a Alemania, conforme sugería el propio cartero, alejándose todos, de ese modo, a lo que pudiese ocurrir. Sin embargo, los varones, insistían en que sólo las mujeres y los niños atravesasen el Reno, pidiendo hospitalidad temporal a los hermanos en la Fe, de entre estos el Príncipe Federico de G..., con quien se firmó un contrato de unión matrimonial para Ruth-Carolina. Las propiedades de La-Chapelle no podían ser abandonadas así tan ingenuamente, a la primera amenaza de un fanático, pues allí estaban todos los recursos de la familia. Quedarían, por tanto, los hombres para defender el patrimonio y la honra de los antepasados, y que partiesen las mujeres y los niños, incluso las sirvientas... Luís de Narbonne era un hombre culto y la rectitud de su carácter no les era desconocida... Comprendería bien que los Brethencourt de La-Chapelle serían útiles a la región, serviciales y progresistas... Además, su jurisdicción era París... y sus tentáculos no podrían abarcar la Provincia, de cuyo Gobernador los de La-Chapelle disfrutaban de buena consideración...

Pero, las mujeres dijeron que no abandonarían de ningún modo a sus maridos a peligros imprevisibles y dudosos... volviendo la Condesa a decir que, si nadie se retiraba, ella tampoco lo haría, prefiriendo permanecer al lado de su esposo y de sus hijos queridos...

Carlos Felipe fue el último en opinar:

- ¡Marchad todos vosotros – insistía vehemente – porque de Narbonne, a pesar de ser un carácter leal, como lo probó con su carta a nosotros, es también un fanático religioso, y un fanático de cualquier especie puede cometer monstruosidades! ¡Cuando respondí a su carta con la cortesía que os impresionó, padre mío, quise probar a ese joven teólogo de Roma que un verdadero creyente en Dios jamás transigirá con imposiciones humanas, una vez sintiéndose bajo el amparo de la Justicia... pues sabed que, de cualquier forma, seremos combatidos y perseguidos, respondiese o no respondiese yo a su atrevida e injustificable imposición! Por tanto, marchad vosotros... yo me quedaré, porque, como médico, no puedo abandonar a mis pobres enfermos a la suerte de sus propios achaques... y como pastor de almas he de darles el ejemplo de la Fe y de la honra del Evangelio, en la hora de los inevitables testimonios...

Con lágrimas en los ojos amorosos de toda la familia, allí reunida en una hora tan solemne, acogieron la resolución de su amado primogénito. El Conde Felipe y su esposa se abrazaron al hijo, deshechos en llanto:

- ¡No, hijo mío! ¡Si prefieres quedarte, como será tu deber, tus padres permanecerán contigo! ¡Sí, efectivamente, corre nuestra sangre, que sea por el amor del Cristo de Dios y en defensa de su Evangelio que ella se derrame! ¡No! ¡Nadie te abandonará en este Castillo, desarmado e indefenso, aguardando las embestidas de los enemigos de la Luz!...

Concordaron todos con la resolución del jefe, abrazando, uno por uno, a aquel joven segundo padre, tan amado, sin cuya protección y consejos no sabrían vivir. Mientras tanto,

alguien exclamó aún, en medio del silencio de la madrugada que avanzaba:

- Comprobemos el mensaje consejero que nos ofrecerán las páginas del Nuevo Testamento del Señor... Consultemos a Jesús... para ver si aprobará nuestra decisión de resistir a la presión de Luís de Narbonne...

Carlos accedió. Autoridad máxima en el asunto, entre la familia, levantó de sobre la mesa el libro sagrado, siempre al alcance de todos. Lo abrió al azar y, con los ojos cerrados y el pensamiento fervoroso en lo Alto, mientras las personas presente, concentradas en oración, suplicaban al Maestro Divino se dignase favorecerlas con la bendición de su palabra elucidativa en la emergencia difícil, corría el dedo indicador de la mano derecha por las columnas del texto abierto ante él, hasta que, de pronto, paró, como si el influjo superior, que lo impulsaba, ahora se retirase. Entonces, en el silencio augusto de la vieja Mansión, bajo el encanto espiritual de la respetable reunión, en la que el amor y la palabra del Señor y Maestro eran evocados con fe y veneración, entre dulces vibraciones de oraciones, como si la voz seductora del Rabí de Galilea resonase dulcemente por el recinto, a través del murmullo verbal de su siervo Carlos Felipe, el cual leyó, conmovido y respetuoso, el mensaje apuntado en los propios versículos del Evangelio:

“El que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame; porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mí, se salvará.” (7)

Al recogerse para descansar de las fatigas del día, quedó acordado que sólo Ruth sería retirada de la vieja mansión, para evitar, así, que la muchacha, aún muy joven, se impresionase demasiado con algo extraño que pudiese suceder.

(7) Lucas, 9:23-24; Mateo, 10:39; Juan, 12:24-25.

Carlos decidió que, en el día siguiente la querida hermana fuese preparada para realizar un viaje largo; que él mismo y algunos criados, entre otros, Gregorio, el intendente alemán, fiel y servicial, su hijo Camilo y su hija Raquel acompañasen a Ruth hasta la residencia de Otilia de Louvigny; que a esta, él mismo, su prometido, pediría hospitalidad para la hermana durante algunos días, con el fin, no obstante, de visitarla y distraerla de las aprensiones de la enfermedad que la minaba, pues ni Otilia ni tampoco Ruth deberían ser informadas de las amenazas citadas en la carta de Luís de Narbonne, no obstante de haber puesto a Gregorio al corriente de los acontecimientos.

Tres días después, efectivamente, un pequeño cortejo seguía viaje sobre el dorso de ágiles animales, con destino a las tierras de Louvigny, yendo Ruth-Carolina acompañada del padre y del hermano y de algunos criados fieles, en visita a su muy querida amiga de la infancia y futura cuñada.

Los días pasados al lado de la prometida amorosa y gentil se terminaron rápidamente, días amenos y felices que marcarían una despedida secular para sus Espíritus, en virtud de los acontecimientos que siguieron. Otilia pareció revivir con la presencia de aquellos seres tan queridos a su corazón. Ella alcanzaba ahora las veintidós primaveras y confesó al novio su formal deseo de convertirse a la creencia luterana, antes de los esponsales, rogándole también que apresurase las bodas, porque su corazón, exhausto de soledad y amargura, ansiaba por el evento feliz del matrimonio tan santamente deseado.

Carlos se conmovió ante aquella enamorada que se revelaba tan resignada y leal, y entre ambos y el Conde Felipe, que se encontraba presente, quedó establecido que se casarían tan pronto como les permitiesen las circunstancias, es decir, cuando volviesen al Castillo con el fin de llevar a Ruth de vuelta al hogar paterno. En cuanto a Artur de Louvigny, hermano impiadoso y egoísta, que no dudó en sacrificar los sentimientos de la hermana, no sería consultado,

porque acababa de partir para el extranjero, al servicio del País. No obstante, Carlos afirmó que, a su regreso, lo buscaría en París con el fin de anunciar el acontecimiento y presentar excusas, seguro de que la paz presidiría tan importantes movimientos.

La joven Otilia, radiante, se despidió del bien amado prometido, el pecho agitado de esperanzas cariñosas en días compensadores y risueños, entregándose buenamente a los preparativos de la boda, ayudada por su antigua institutriz, Blandina d'Alembert, que hacía las veces de verdadera madre, y también por la gentil hermana de Carlos, a la que ahora hospedaba.

Durante el viaje de regreso a sus dominios, no obstante, se diría que aprehensiones insólitas, angustias dominantes nublaban las disposiciones generalmente bien-humoradas del joven doctor "hugonote" y su venerado padre. Marchaban silenciosos y como aturridos sobre el dorso de los caballos, como si partiesen hacia un futuro que se les anunciaba aflictivo o decepcionante. Un súbito malestar interior se propagó por sus corazones, paralizándoles las saludables expansiones rutinarias.

- Se diría, Carlos mío – se quejó tristemente el viejo Conde – que abandono para siempre a nuestra pequeña Ruth, sin posibilidades de volverla a ver jamás. Siento que pesan en mi alma aflictivas aprehensiones... Algo penoso me parte el corazón...

- Es la primera vez que nos separamos de nuestra querida niña, padre mío... y la ausencia de sus risas y travesuras, que tanto nos alegran el corazón, ya se hacen sentir... Espero en la protección de los Cielos que volvamos muy pronto a Louvigny, con el fin de llevarla nuevamente junto a nosotros... y más a aquella pobre Otilia, cuyo estado de salud me inquieta profundamente... Mientras tanto... Amargas impresiones se difunden igualmente por mi espíritu... Quisiera encontrarme con todos vosotros, muy lejos de las opresiones de la Señora Catalina... Me esfuerzo por

apartar de mí presentimientos sombríos, indefinibles... y confieso que, al despedirme de ambas, el corazón me advirtió de que las besaba por última vez...

- ¡Tienes razón, querido hijo! ¡Luís de Narbonne, con su fanatismo de pupilo de sacerdotes; la Reina Catalina, con su política hipócrita y astuta, y Guisa, con sus pretensiones, encarnan constantes amenazas para los pobres “hugonotes”! ¿Quién sabe si haríamos bien pasando el Reno, para librarnos de posibles sorpresas?...

- Sí, quisiera poder hacerlo... No obstante, aún estamos a tiempo... Id todos vosotros hacia Alemania... esa ha sido mi opinión desde el primer día...

- Pero... ¿Y tú, hijo mío?...

- Me quedaré, Sr. Conde, como es mi deber... No puedo abandonar a mis pobres enfermos, ya os lo dije, ni las ovejas del rebaño del Señor, tan necesitadas del estímulo y del consuelo de su Evangelio... Además, debo dar testimonio a nuestros fuertes y poderosos adversarios del amor por nuestra creencia en Jesucristo y la fe en los poderes divinos...

- Nos quedaremos todos, entonces, a tu lado, ya te lo afirmamos también... A nosotros también nos gustará igualmente testimoniar nuestra dedicación y desprendimiento por aquel que, por nuestro amor, se dejó atormentar y morir en una cruz...

Y el resto del viaje no dijeron nada más si no monosílabos sin importancia.

Ya en el recinto doméstico, pasaron algunos días más sin alteraciones. Los acontecimientos diarios se sucedían bajo la rutina común, entre las labores del campo, las luchas domésticas y los deberes impuestos por una creencia religiosa que se revelaba celosa de la buena conducta de sus adeptos para consigo mismos, el prójimo y la sociedad. Se desvanecía la impresión causada por el Correo de París y ya se inclinaba la generosa familia en la suposición de que la carta del

Príncipe de Narbonne era una fanfarronada más de un joven rodeado de poder que deseaba insinuarse en el concepto de la sociedad propagando las propias posibilidades. Y por eso mismo, ya se preparaban para las bodas de Carlos y Otilia y para el retorno de Ruth, cuya ausencia a todos deprimía de nostalgias e inquietudes.

EL CAPITÁN DE LA FE

Luís de Narbonne era un joven de apenas veinticinco primaveras, de bellos ojos vivos y grandes, de color azul oscuro, de largos cabellos castaños. Moreno y atlético, su aspecto no era desagradable a la vista, aunque impresionase por la dureza de sus facciones y severidad de las actitudes. Desde muy joven fue caballero de la Guardia Real. Era el último Conde de nombre, señor de una inmensa fortuna, y, en el momento en que lo llamamos a nuestras narrativas, estudiante de Teología – lo que a una personalidad de la época prestaba todo un valor especial – tornándose él, por eso mismo, doblemente respetable, a pesar de la edad. Personas allegadas a la Realeza decían que era hijo bastardo del fallecido Rey Enrique II de Valois con cierta Señora de Narbonne, lo que sería muy justificable en aquella época... Pero, otros afirmaban, antes, que sería producto del adulterio de cierta reina o princesa española con un luminar del clero, lo que también en la misma época sería muy razonable... Sin embargo, solamente la Reina Catalina de Médicis, viuda de Enrique II – comentaban también otros – conocería con certeza la paternidad de ese joven, por quien alimentaba, afirmaban otros, un sentimiento particularmente hostil, no obstante las buenas maneras con que lo trataba y la consideración que él parecía disfrutar en el propio palacio real, o Louvre. Sin embargo, lo cierto era que ese joven moreno y fuerte, soberbio y de costumbres rígidas, era también príncipe, pero fue criado en un Convento. Que recibió una educación muy destacada para la sociedad en que vivía. Que su fortuna y sus títulos le fueron dados por Enrique II a instancias del Clero. Y que también fue, entre perfumes de incienso, toques de campanas y bautismos en agua

bendita, que obtuvo su instrucción militar, digna, por todos los motivos, de los varones de su raza, pues decían que, por encima de todo, era descendiente de los primeros Caballeros de la Fe – o Cruzados. (8) Sus capitaneados y admiradores le llamaban “Capitán de la Fe”, seudónimo que los acontecimientos del día de San Bartolomé popularizaron, no sólo evocando la honra de sus antepasados, sino también porque, siendo militar valeroso, tanta sabiduría teológica poseía que tomaría órdenes clericales en el momento que se dispusiese a visitar Roma, donde prestaría los juramentos decisivos, una vez que estaba preparado para el fecundo y honroso ministerio.

- ¡Tomaré órdenes – voceaba, celoso, el hercúleo y bello oficial del Rey – el día en que no exista más en el suelo francés la sola memoria de estos renegados “hugonotes”! ¡Primero decapitaré, para que mi alma se eleve, tranquila, en alas de la Fe, sirviendo a Dios y a su Iglesia!

Jamás supo nadie que fuese dado a las aventuras galantes. En una edad en que las mayores displicencias amorosas eran cultivadas por la propia nobleza, Luís de Narbonne se conservaba casto de costumbres, no permitiéndose siquiera inclinarse hacia la aspiración máxima del matrimonio. No era galanteador entre damas, no les prestaba ni siquiera atenciones de cortesía. Sin embargo, las respetaba, medio tímido, medio atemorizado, porque por encima de todo, lo que él apreciaba era el decoro propio, la reputación inatacable de sí mismo, despreciándolas, por eso mismo, en su sentido genérico, sin detenerse en ningunas otras consideraciones.

(8) *Cruzados* – Cada uno de los que tomaron parte en la *Cruzadas*, es decir, en las expediciones militares, organizadas en los países cristianos, en la Edad Media, con el fin de liberar, del poder de los infieles, la tumba de Cristo.

De la mujer él sabía, como mucho, desde la infancia, que perdió al género humano reduciéndolo a réprobo, pues desde los días enojosos y sin alegrías vividos en los Conventos, días y años silenciosamente soportados entre monjes dominicos y disciplinas verdaderamente duras – le decían los maestros y dirigentes que, debido a la perfidia y a los instintos satánicos de la mujer, fue que la Humanidad heredó la condenación atroz que la desfiguraba, condenación que solamente la Iglesia tenía el poder de anular con las milagrosas aguas del bautismo... ¡Eva y la Serpiente que, en el Paraíso terrestre, habían llevado a la perdición al infeliz padre de la Humanidad, Adán, jamás abandonaban sus ingenuas preocupaciones! Deseando, a toda costa, evitar los terribles peligros de una tentación femenina, obsesaba los propios pensamientos con muchas ideas sobre la Mujer, y forjaba corrientes magnéticas poderosas entre los propios sentimientos y la posibilidad de amar, disponiéndose así al amor pasional. Entre la mujer y la tentación que creía caminar con ella, no obstante, se valía del escudo que la Iglesia ofrecía. Y, tras de ese terrible principio, que aceptaba con todo el fanatismo de sus veinticinco primaveras ricas de energía y voluntad, era que se apoyaba para presentar a la sociedad en que vivía aquella incorruptible directriz social, el padrón de decencias de hábitos de que tanto se enorgullecía. También lo trataban, como burla, “Incorruptible Capitán”. Y tal seudónimo era tan acertado y veraz que, desinteresadas de su persona para marido o amante, las damas de la Corte de Carlos IX ya no se preocupaban de él.

Otras ambiciones que no era la supremacía de la Iglesia jamás perturbaban el misticismo que reforzaba el propio carácter. ¡”La Fe por encima de todo”! – he aquí la divisa de su blasón, en el cual mandó añadir, al lado de las armas de la familia, pues pasaba por sobrino del ilustre religioso que lo crió – no la Cruz, símbolo del amor abnegado que redime al hombre, sino un dogma de la Iglesia Romana, es decir – el estandarte Eucarístico, al cual amaba con toda la realidad del alma. De otro modo, era aliado sincero del Duque de Guisa y también fiel servidor del Trono de la Reina Catalina, la cual,

en el fanatismo religioso de él mismo, pronto observó que era un instrumento dócil para los propios intentos. Tuvo, pues, que participar activamente – y lo hizo con toda el alma y todo el corazón – del gran asesinato masivo de Protestantes del día 24 de agosto, dirigiéndose después a las Provincias con sus centurias de caballeros como un simple fiscal religioso, pero en verdad con el fin de activar la lucha, fortaleciendo a los indecisos Gobernadores de las mismas, que deberían cuidar por la supremacía de la Iglesia.

Sin embargo, Luís de Narbonne no era un hombre perverso ni un creyente hipócrita. Sincero hasta lo recóndito del alma, no pasaba, tal como lo vemos, de ser un fruto de la época, en que la Fe, desasociada del amor del Cristo de Dios y del respeto por la persona del prójimo, pretendía imponerse por la violencia. Era un fanático religioso con buena intención, como también lo fue Pablo de Tarso antes del redentor encuentro con la Verdad en el camino de Damasco, y que, apartado de aquel dogmatismo absorbente, sería una individualidad útil a la sociedad en la que viviese, a la familia y a la patria, capaz de los más nobles testimonios a favor del prójimo.

No obstante, una grave denuncia llegó a su conocimiento a través de religiosos de cierta institución existente no lejos de LaChapelle. El despecho, el rencor y la inquietud provenientes del espionaje determinaron la partida de un emisario de dicha Abadía a París, el cual narró a Luís de Narbonne – como fiscal religioso que era este en esa ocasión – la amenaza imprevisible que representaba para los intereses de la Iglesia la obra singular que los filántropos de La-Chapelle realizaban, la popularidad adquirida entre el pueblo a través de sus actividades consideradas beneméritas, las cuales llevaban a los católicos a renegar de la Iglesia para convertirse a la Reforma... A través de tal relato, el Castillo de La-Chapelle surgía como un antro demoníaco donde la corrupción y la herejía, el irrespeto y la revolución, la traición y la conspiración se propagaban para la ruina social y religiosa.

Impresionado, aunque bastante concienzudo en sus atribuciones, Luís de Narbonne, que acataba el clero con las más expresivas demostraciones de aprecio, ponderó, sereno:

- ¡Mis atribuciones no se extienden a las Provincias, señor! Deberéis antes encaminar vuestras quejas y observaciones al Gobernador de la jurisdicción en apreciación...

- ¡Ya lo hice, Sr. Conde! Pero no tuvieron en consideración nuestras justas exposiciones... declarándonos que los Brethencourt de La-Chapelle son humanitarios e inofensivos, elementos justos, útiles a Dios y amigos del bien y de los pueblos necesitados... cuando la verdad es que, tal como son, persiguen a la Iglesia de forma incansable, desviando nuestras ovejas del verdadero redil...

Luís estaba encargado de la vigilancia severa en torno de los “hugonotes”. Prometió a Guisa y a la Reina madre cumplirla juiciosamente, para el bien del Trono y de la Iglesia. Por eso mismo, oyendo al interlocutor comprometerse a examinar el caso lo despachó dispuesto a cumplir la palabra. Conociendo, entretanto, las relaciones de amistad existentes entre las familias de La-Chapelle y de Louvigny, no obstante ignorar el romance de amor que enlazaba a Otilia y a Carlos, ya que Artur, cauteloso, jamás se confidenció sobre el caso con quien quiera que fuese, y no deseando actuar arbitrariamente, prendiéndose a las primeras impresiones, a su antiguo compañero de infancia se dirigió solicitando detalles sobre los acusados. Ponderado, respondió Artur Louvigny:

- Sí, son reformistas convictos – luteranos y no calvinistas – reglamentándose, por tanto, por normas y costumbres alemanas, lo que supongo una incongruencia... No creo, entretanto, que sea un hecho para una condenación... Los Brethencourt de La-Chapelle son personas de grandes principios morales, excelentes patriotas, pacíficos, honestos, probos a toda prueba, y útiles, finalmente, a cualquier sociedad o país en la que vivieron, ya que también

son perfectos filósofos, cultos e ilustres... Te ruego, mi querido Conde, en nombre de nuestra vieja amistad, evítales cualquier persecución, pues bien lo merecen...

- ¿Son ellos, por tanto, tus amigos?

- ¡No! Sólo expongo lo que es de justicia, pues es la verdad...

- Pero... Si se prenden a costumbres alemanas y son luteranos, ¿por qué no se exilan a Alemania?... – indagó, encolerizado, el joven capitán.

- ¡Poseen una vasta propiedad en suelo francés, no lejos de las tierras de mi Condado... y por encima de todo son franceses natos, mi querido Narbonne!...

- Tendré en cuenta tu intercesión, querido Artur... Haré lo que sea posible...

Mientras tanto, no lo contentó la conversación mantenida con el joven de Louvigny. Una incómoda aprehensión le angustiaba el corazón, perturbándolo sensiblemente. Por eso mismo, consultó a Monseñor de B... superior del Convento en el que se crió y educó, su maestro y padre adoptivo, al cual se unía por profundos lazos de estima y respeto. Monseñor de B... no obstante, hombre experto, corazón habituado a largas ponderaciones en el silencio de los claustros, respondió pensativo, mientras el claro Sol del mes de julio se extinguía en el poniente, llenando de reverberaciones rosáceas y calientes la amplia sala donde se realizaba la audiencia:

- ¡Luís, hijo mío! Me disgustan mucho los compromisos que asumiste con Guisa y Catalina para perseguir a los “hugonotes”... Preveo consecuencias calamitosas para ese emprendimiento extraño... y observo que existen ahí más intereses políticos y dinásticos que religiosos... ¡Detente, por quien eres! Y deja en paz, en su rincón, a los inofensivos de La-Chapelle...

- ¡Señor! ¡Pero son peligrosos revolucionarios!... La denuncia partió de la propia Abadía de... Lo que practican allí es la destrucción de la propia fe católica...

Monseñor se levantó, aprehensivo, replicando:

- Conocí al Conde de La-Chapelle, al viejo, y jamás consideré revolucionarias sus ideas... Haz lo que entiendas oportuno... Mientras tanto, te digo que eso me desagrada y yo temo por el futuro...

Pero, forzándose también a una actitud ingrata, un atestado significativo de la inquietud que el caso labraba en su conciencia, él buscó a la propia Catalina de Médicis, olvidándose de que no era estimado por la misma, pero insistiendo en la búsqueda de alguien que lo incitase a la persecución a los tímidos renanos, persecución que su conciencia y su corazón muy íntimamente reprobaban. Indiferente y orgullosa, sobrecargada de problemas en un día de múltiples audiencias, en las vísperas de la inolvidable fecha de San Bartolomé, la gran soberana respondió, irritada:

- Los Brethencourt de La-Chapelle fueron amigos del Trono y sus leales servidores, al tiempo de SS. MM. Francisco I y Enrique II. Sois el fiscal de la Iglesia, Conde... Os compete investigar y deliberar...

Así dijo y le volvió la espalda, concluyendo el asunto para atender a otro delegado. Narbonne, entonces, después de un día más de indecisión, escribió a Carlos Felipe la carta que conocemos, aguardando el relato del emisario, en cuya hombría confiaba, y la respuesta del destinatario, para nuevas deliberaciones.

Una tarde de domingo, unos días después del terrible asesinato masivo verificado en París, y ante la posibilidad de que cualquier noticia llegase a las Provincias apartadas, se encontraban, toda la familia y la servidumbre del Castillo de La-Chapelle, reunidas en el salón de predicaciones – o iglesia doméstica – recordando las primeras tentativas apostólicas para la difusión de la verdad evangélica, realizando su culto

vespertino dominguero. El salón estaba repleto, gracias a la presencia de los colonos y de algunos pequeños propietarios de fincas vecinas, simpatizantes de la Causa, se diría antes un templo verdaderamente cristiano, simple y eficiente, donde la presencia del Señor se hiciese sentir a través del respeto de cada uno y de las vibraciones dulcificantes que, como cascadas de bendiciones reparadoras, se diluían sobre los corazones de los congregados.

El Sol de la tarde, agradable y nostálgico, atravesando las vidrieras multicolores de los amplios arcos, daba al recinto una suave transparencia de santuario, mientras una unción piadosa extendía caricias espirituales incluso sobre los campos, las siembras y los apriscos... Las ovejas, ya recogidas, balaban dulcemente, el ganado mugía, soñoliento y bonachón; los palomos ariscos y vistosos, aleteaban, inquietos, en busca de los nidos entre los aleros y cornisas de la venerada Mansión, mientras que las golondrinas volvían en bandadas, para el bienestar nocturno... y, como enternecidos, todos los animales, ante la solemnidad augusta del atardecer, esperaban solidarios, las primeras variantes del crepúsculo...

Carlos Felipe, el fiel predicador evangélico, representante allí de la reforma religiosa que se extendería por el mundo entero, con Lutero, Calvino y sus adeptos, explicaba a los fieles humildes y atentos, como era su deber, las letras de las Santas Escrituras. Era también el Sermón de la Montaña, que él, con preferencia, daba a los pequeñitos y simples de corazón, ya que en esa exposición sublime de toda la moral cristiana se encontraba el secreto de la paz entre los hombres, porque eran normas para el cumplimiento de los deberes morales de cada uno ante sí mismo, ante las leyes del Creador y ante el prójimo. Su voz enternecida, dulce y afable, que contagiaba la convicción y la fe, sería como el eco de las vibraciones augustas de la Galilea distante, derramándose en inspiraciones en torno de él... y como si dulcificara el propio aire de la tarde, evocando la epopeya sublime de las predicaciones mesiánicas, mientras predisponía los corazones para la comunión con el Cielo, en sorbos de inefables esperanzas:

“Bienaventurados los que padecen persecución por amor de la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos...

- Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia...

- ...Así, brille vuestra luz delante de los hombres; que ellos vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los Cielos...

- ...Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian...

- ...Vosotros sois la sal de la Tierra. Y si la sal pierde su fuerza, ¿con qué se ha de salgar?

- ...Y, así, todo lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros también a ellos. Porque esta es la ley y los profetas...

- ...Todo aquel, pues, que oye mis palabras, y las observa, será comparado al hombre sabio, que edificó su casa sobre la roca...

- ...Y todo aquel que oye mis palabras, y no las observa, será comparado al insensato, que edificó su casa sobre la arena...”

Y, como el profesor emérito, celoso del progreso de los discípulos queridos, ayudaba a los fieles en análisis profundos, guiándolos, en los raciocinios indispensables, por los caminos encantadores de la evangelización de los corazones, de lo que sucede la ascensión moral de la Humanidad.

De pronto, se escucha hasta en la segunda planta, donde se encuentra el salón de predicaciones, el toque alarmante de la campanilla del patio. Rumores confusos, insólitos, aterradores, gritos de alarma y desesperación, ladridos de perros, el relinchar de los caballos, el ruido característico de las pisadas rápidas en el enlosado, como si una tropa invadiese la propiedad, el entrechocar de hierros, como si un

asalto se improvisase a toda prisa, acompañaban la alarma de la campanilla, la cual, en cierto momento, silenció como si aquel que la estaba agitando se viese impedido, inesperadamente, de continuar haciéndolo... y todo ocurría llevando a creer a los fieles sorprendidos que algo aterrador estaba sucediendo en la entrada del Castillo. En el salón, como generalmente ocurría en las edificaciones muy antiguas, las ventanas, aunque aventajadas, eran inaccesibles, raramente permitiendo fácil contemplación hacia el exterior, no sólo por tener grandes rejas, sino también por estar muy elevadas, como las ventanas de una prisión, al menos que algunos escalones quitasen la dificultad, ya que, a su vez, el salón que tratamos estaba construido varios escalones más bajo del nivel común de la referida planta, pareciendo un anfiteatro, lo que impidió a alguien, en ese momento, mirar hacia el exterior, para ver de qué se trataba.

Al principio, Carlos procuró no preocuparse con el confuso alarido que hasta allí llegaba atenuado, y continuó con la palabra explicativa, que en sus labios eran análisis maravillosos y profundos, construyendo nuevos horizontes en la mentalidad religiosa de aquellos que lo escuchaban. Pero, elevándose el ruido, como si violentos machetazos destrozasen las puertas, rompiéndolas, las personas presentes se levantaron, sobresaltadas y atemorizadas, estableciéndose, entonces, un desorden incontenible, por cuanto aterradoras suposiciones, que nadie se atrevía definir, se mostraba en los semblantes desfigurados y pálidos de todos. Él suspendió entonces la sublime exposición del Sermón de la Montaña, que estaba haciendo, y por sus ojos espirituales, o a través de los repliegues de su mente armonizada con el bien y el deber, una visión singular se desarrolló. La patética escena del Calvario, donde el Maestro Nazareno expiaba, se dibujó en el interior de sus sensibilidades psíquicas, y un dulce murmullo, venido desde los confines de lo Invisible, repercutió armoniosamente en sus propias vibraciones, estableciendo así la calma en su espíritu:

- “Si alguien quiere venir en pos de mí, renuncie a sí

mismo, tome su cruz y sígame...”

Entonces, descendiendo los escalones de la tribuna, que tan honrosamente ocupaba, exclamó, sereno, para los que lo rodeaban:

- ¡Tened buen ánimo, hermanos! ¡Jesús estará con nosotros!...

¡Sonó el momento de nuestro supremo testimonio! Recordemos a los primeros cristianos, que por amor a la palabra del Maestro murieron sonriendo y cantando, ante los leones... El Señor nos honra con la gloria del martirio por su nombre... ¡Conocemos su verdadera palabra! ¡Estaremos, por tanto, preparados para saber morir perdonando a aquellos que nos hieren!...

Se volvió por un momento en dirección a Louvigny y murmuró, como para sí mismo, con los ojos llenos de lágrimas:

- Mi pobre Ruth, ¿qué será de ti?...

Sin embargo, no concluyó tan tocantes palabras con el propio pensamiento y un paje de la portería entró en la sala desvariadamente, aterrorizado, gritando:

- ¡El Castillo está invadido por los soldados!... ¡Tropas del Gobierno y de la Iglesia vienen en busca de “hugonotes”!...

Pero, antes de que Carlos u otro cualquiera de los presentes pudiesen pronunciar una sola palabra, los soldados entraron en el recinto, sagrado desde aquel momento en adelante, yendo al frente un joven capitán, hercúleo y bello, con las insignias de la Iglesia de Roma y del Sr. de Guisa, y cuya espada se conservaba desenvainada. Diez, quince, veinte oficiales militares, con una cruz blanca en el pecho, entran en el salón, gritando en desorden: (9)

(9) Los oficiales y soldados implicados en la masacre de San Bartolomé llevaban como distintivo una gran cruz blanca sobre el pecho.

¡Será para la gloria de Dios y honra de la Iglesia!

Muy pálido, pero sereno, seguro de que vivían, él y sus fieles, los últimos instantes sobre la Tierra, Carlos Felipe avanza hacia el joven que se destaca como jefe de la tropa y exclama, con suavidad, pero revelando también un alto carácter de dignidad:

- ¡Señor! ¡Yo, Carlos Felipe de Brethencourt de LaChapelle, soy el responsable de esta asamblea, dirigente de este núcleo de aprendizaje del Evangelio del Cristo de Dios! Dejad que sigan en libertad estos pequeñitos, que ningún mal practicaron, y prendedme a mí, que soy el responsable...

Por un instante fugaz, el bello capitán cruzó la mirada con el joven doctor “hugonote” y pareció indeciso, como si algo en su alma o en su subconsciencia lo detuviese en advertencia suprema... La misma mirada, breve y desvariada, lanzó él sobre la familia de LaChapelle agrupada en torno de su amado primogénito... deteniéndose, sin embargo, un instante, en la Condesa Carolina... Carlos, esperanzado, iba a decir algunas palabras, en la expectativa de indulto para cuantos lo rodeaban. Pero, no pudo ni articular ningún monosílabo más... porque Luís de Narbonne – pues era él el comandante de la tropa invasora – levantó el brazo empuñando la espada en señal a sus secuaces, gritando en la convicción de que cumplía un sagrado deber religioso:

- ¡Cumplid con vuestro deber, hermanos! ¡Será para la gloria de Dios y honra de la Santa Iglesia de Roma!...

¡Una espada traspasó el corazón del joven pastor reformista, que cayó bañado en sangre, la expresión serena, los ojos como encantados por una visión celeste! Y, como si los Cielos desearan simbolizar, en aquel instante, el móvil augusto del martirio, la Biblia que él levaba en la mano, cae abierta sobre su pecho, tiñendo sus páginas la sangre caliente y palpitante que de su corazón abierto corre a borbotones, encharcando las alfombras...

Gritos desesperados se oyen entonces. Se crea un pavoroso pánico, deseando todos, en vano, huir del salón, escapándose a las atrocidades que adivinaban en las fisonomías alteradas de los crueles invasores. Al lado de Carlos caen sus padres, que corrieron a socorrerlo... Una decapitación macabra se lleva a cabo en aquel amplio recinto, que momentos antes se beneficiaba ante las dulcísimas vibraciones evocadas por el Sermón de la Montaña, y en cuya atmósfera pareció deslizarse, distribuyendo bendiciones y encantamientos espirituales, la figura amorosa y protectora del Nazareno, a través de la predicación eficiente del siervo fiel sacrificado en el cumplimiento del deber.

¡Uno a uno caen muertos, traspasados por lanzas, hachas o espadas, los hermanos de Carlos Felipe, sus cuñadas, sus sobrinos, los visitantes del día, los vasallos y vecinos que habían acudido al deber dominical para con el Creador! Todos desarmados, incapaces de empuñar armas asesinas, por observar bien las recomendaciones del Evangelio, que respetaban; aprisionados en un recinto del que difícilmente podían escapar, rodeados en todas las salidas por feroces soldados, aquellos pobres “hugonotes”, más verdaderos cristianos que los mismos adeptos de Lutero o de Calvino, no tuvieron, además, tiempo siquiera para razonar en los medios de huir de los asesinos. Una cuñada de Carlos, abrazada a sus dos hijos de tierna edad, postrada de rodillas pide misericordia para aquellos retoños de su corazón, los cuales, aterrorizados, se agarran a su cuello, llorando y temblando, mientras ven al cariñoso padre también a su lado, traspasado por una lanza. Como respuesta, no obstante, a tan patética súplica, la infeliz madre ve traspasados por la misma lanza a los dos hijos amados, antes que ella misma, sobre sus cuerpos aún convulsionando, cae igualmente traspasada, alabando a Dios por la felicidad de morir también con ellos, por el amor de Jesús Nazareno!

¡Y presidiendo tales horrores – el bello Capitán de la Fe, impassible, pálido, tal vez emocionado, con el ceño fruncido, una gran cruz blanca sobre el pecho, los escapularios de la Eucaristía sobre ella, fanático religioso en la verdadera

expresión del término!

Dos horas después abandonaba el Castillo con su tropa de fanáticos mercenarios, prosiguiendo la caza a los “hugonotes” por las demás poblaciones vecinas, fiscalizando siempre si los “trabajos” se realizaban normalmente... Sin embargo, atrás quedaban la muerte, la depredación, el incendio, siembras y molinos devastados, trágico escarmiento a cuantos aún se atreviesen pretender sobreponer la Reforma a los dogmas e imposiciones de Roma...

Y permanecerían las consecuencias de tantos horrores estigmatizando su conciencia a través de los siglos... hasta que fuesen eliminadas las manchas de tantas iniquidades bajo méritos personalmente adquiridos por la vía de los sufrimientos y del verdadero bien...

UN PACTO OBSESOR

Efectivamente, sería imposible defenderse en el Castillo contra la invasión de Luís de Narbonne. Completamente indefenso de hombres de armas, sólo algunos sirvientes o guardas permanecían por los patios, los cuales, cogidos por sorpresa, nada pudieron intentar en defensa de sus señores más que la desesperada alarma de la campanilla al percibir que la caballería dejaba la senda real tomando la dirección del Castillo (10). De otro modo, ningún grupo de aldeanos de las cercanías osaría medir las fuerzas con las tropas organizadas o legalistas, y por eso mismo sería inevitable la masacre, tal como lo fue. También, se daba la circunstancia de que era un domingo por la tarde, y que los vasallos y señores vecinos habían acudido a los oficios dominicales en la iglesia organizada que Carlos Felipe mantenía en el propio domicilio paterno.

Entretanto, de entre los hidalgos de las inmediaciones, existía uno cuyas propiedades limitaban próximas con las tierras de LaChapelle.

(10) Algunos Gobernadores de Provincias no concedieron licencia para la masacre de “hugonotes” en las tierras que estaban bajo su jurisdicción.

Amigo leal de la digna familia asesinada cruelmente, ese hidalgo, que, mientras no fuese declaradamente “hugonote”,

simpatizaba con el movimiento ante las nobles cualidades morales mantenidas por aquella, asistió distante, afligido y aterrado, la invasión del Castillo y las depredaciones de las siembras de sus buenos vecinos de LaChapelle, concediendo incluso refugio en su casa a más de un colono que consiguió escapar durante el acto de la invasión, los cuales, en el momento de esta, no se encontraban presentes en la ceremonia religiosa dirigida por el joven pastor.

Impresionado ante la violencia de la legalidad, y, por encima de todo, rebelado y aterrorizado, no le fue posible hacer nada, en efecto, en defensa de las víctimas. Mientras tanto, tuvo un noble gesto yendo, con otras personalidades de alrededor, a organizar el levantamiento de los cadáveres del salón de predicaciones, con el fin de darles una sepultura digna. Hizo más el referido hidalgo, poco impresionado con la temeridad del gesto que realizaba: Sabedor de que Ruth-Carolina se encontraba ausente y conociendo el lugar donde los padres la habían llevado, mando a un mensajero especial a fin de comunicarle la tragedia ignominiosa, de la cual solamente ella escapó por encontrarse ausente. El emisario galopó, por tanto, sin descanso, hasta el Castillo de Louvigny, donde entregó la conmovedora carta del amo.

Prevenida de la desgracia irremediable que asoló su casa, destruyendo toda su familia, Ruth volvió precipitadamente a la cuna natal, constatando, desesperada, la veracidad de la noticia y también que sus tierras habían sido arrasadas, los cereales incendiados, mientras que los bienes que se encontraban en el interior de la noble residencia permanecían intactos, pues era sabido que la caballería macabra del Sr. Narbonne, mientras asesinaba a los “hugonotes”, no permitía el saqueo, ya que él, su comandante, se vanagloriaba de no admitir cualquier especie de robos u otros atentados entre sus soldados. Entonces, Ruth se entera de que el oficial que comandaba el ataque – Luís de Narbonne – la buscaba afanosamente por las inmediaciones, pues fue informado por la delación de los fanáticos de la región, de que un miembro de la familia se hallaba ausente con algunos criados, también “hugonotes”, y sería necesario, por tanto,

encontrarlos con el fin de exterminarlos igualmente.

Aterrorizada, la infeliz, indecisa ante la propia inexperiencia, no atinaba con ninguna solución viable a favor de la propia situación, cuando el mismo vecino, que mandó a su encuentro, la hospedó cariñosamente en la emergencia dolorosa, aconsejándola, no obstante, a volver a la Mansión de Louvigny, amparándose en Otilia, cuya protección le sería de valioso escudo contra la saña de las persecuciones, también porque nadie sospecharía de que, más allá de los muros residenciales de un amigo de la infancia de Luís de Narbonne, es decir, de Artur de Louvigny, se pudiese albergar una mujer “hugonote”.

Al principio, la joven perseguida tuvo la idea de atravesar el Reno, buscar al Príncipe Federico de G..., o enviarle un emisario reclamando su protección. Sería, en efecto, el más prudente arbitraje a seguir, el cual la había conducido a un estado moral compensador y dichoso, como podría ser el de un corazón tan amargamente alcanzado por los acontecimientos. Sin embargo, reflexionó, que su querida Otilia se encontraba gravemente enferma. Que el irremediable dolor de haber perdido al novio querido en tan deplorables condiciones, cuando apenas unos días más la separaban de la realización del más grato sueño de su vida, la aguijoneaba tan amargamente que la infeliz no se repondría más ni siquiera para vivir. Y que sería imposible, por tanto, abandonarla en un momento tan dramático, sola y sin consuelos en la vieja mansión donde el luto y las lágrimas acababan de instalarse para siempre en aquella morada. Entendió que sería un deber sagrado atenuar el dolor de Otilia con su presencia, mientras que sería un lenitivo, también para ella misma, permanecer justas, consolándose mutuamente al hablar de Carlos, recordando los felices días del pasado... No buscó, por tanto, a Federico ni tampoco le envió emisarios, pues, conforme quedó dicho, mal conocía el proyecto de casamiento establecido entre su familia y el Príncipe, envolviéndola a ella misma. Doblegada bajo un desaliento contra el que no encontraba defensa, dejó para más tarde, indiferentemente, la comunicación que le debía, contando, para el efecto, con los

consejos de la propia Otilia, con quien esperaba entrar en amplios entendimientos.

De ese modo, sin poder contar con ninguna otra sólida protección en el crítico momento, desamparada de su domicilio, que no podría habitar más, arruinada, inconsolable ante el drama desagradable que la sorprendía, sublevada hasta en lo más íntimo de su pobre alma, que mal saliera de la infancia y ya se enfrentaba con los más rudos problemas de la existencia, entregada a la desesperación y lágrimas dolorosas, la infeliz joven tuvo la propia alma y el destino comprometidos por períodos seculares, que no concluyeron aún, en los días actuales, que se dejó enredar en los clamorosos acontecimientos que siguieron. Le correspondió, pues, al fiel criado Gregorio, antiguo intendente de su padre – el cual la puso al corriente de la carta amenazadora del conde de Narbonne a Carlos Felipe, así como de la verdadera razón de la partida precipitada junto a Otilia – correspondió a Gregorio reunir algunos valores dejados en el Castillo destrozado, y volvió con Raquel y Camilo, que no la abandonaron en la Mansión de Louvigny, procurando asilarse temporalmente en los brazos afectuosos de su amiga de la infancia, ordenando al dedicado criado que se dirigiese para allá, una vez concluida la tarea que le confió.

La vieja morada de Louvigny le ofreció, efectivamente, refugio seguro durante cerca de dos meses. La soledad envolvente del hermoso lugar, que se diría un oasis protector en una época de asuntos insignificantes diarios e insidiosas intrigas; la quietud y la falta de contacto con el exterior contribuyeron mucho para que ella pudiese imponer cierta disciplina al propio dolor, templando las energías nerviosas para el raciocinio en cuanto al futuro que le aguardaba. No se comunicó con Federico, desinteresada de su persona, resentida además por no verlo llegar en su busca, como amigo que era de la familia. Y una profunda amargura y una rebeldía íntima oscurecían su alma. A solas consigo misma, invariablemente, ella razonaba con sus propios pensamientos:

¡Reposad en la paz del Paraíso, entre los elegidos del

Señor, vosotros que fuisteis mis padres bien amados, mis hermanos queridos y dedicados, mi familia inolvidable, que alegrasteis los días de mi infancia y de mi juventud! ¡Recibid el testimonio de mi amor imperecedero, las protestas de mi eterna gratitud!... Y descansad en paz: -

¡Luís de Narbonne perecerá bajo mis manos! ¡No sé cómo lo podré hacer: él es poderoso y yo insignificante y frágil! ¡Pero, estoy segura de que la profundidad de mi dolor, al perderos, y la irremediable extensión de mi infortunio me ofrecerán las armas!

El alma infeliz que, no siendo bastante generosa y heroica para perdonar y olvidar las ofensas recibidas y volverse hacia el amor del Padre Todopoderoso, en cuya creencia encontraría consuelo para todas las desgracias y opresiones; el pensamiento, que, sintonizado con las rebeldías del corazón incrédulo, prefiere irradiar siniestras corrientes transmisoras de sentimientos impíos, agresivos, necesariamente para sí mismo atraerá otras corrientes, afines con las que de sí partieron, enlazándose con estas en complot de vigorosos incentivos, hasta las explosiones máximas de las realizaciones criminales, mentalmente creadas en momentos sombríos de desesperación.

Otilia de Louvigny, corazón frágil que la insistencia de muchos dolores hizo endurecer para las verdaderas expresiones del bien y de lo bello, vino al encuentro de las inclinaciones lamentables que el sufrimiento rebelde produjera en el sentimiento de la infeliz hermana de Carlos Felipe, haciéndose eco transmisor de sugerencias malévolas, siempre preparadas a sitiar a aquel que no se atrincheró contra las tentaciones de las tinieblas, valiéndose de las armas impuestas por el deseo sano del Bien.

Necesariamente, Ruth-Carolina expuso a la desdichada prometida de su hermano la desgracia en la que se encontraba, su mala situación del momento. Ya muy debilitada por la pertinaz enfermedad, y súbitamente agravado su estado bajo el traumatismo causado por los nefastos acontecimientos, pero aún moralmente enérgica y

valiente, como convenía a una descendiente de héroes, la tuberculosa pasó varios días aprehensiva, silenciosa, abismada en el propio dolor, como quien contemplase el derrocamiento inapelable de sí misma, pareciendo perderse en los laberintos de profundas meditaciones. Sin embargo, cierta mañana, después de algunos días impresionantes, durante los cuales conoció en silencio, sin una queja, un lamento o una lágrima, todos los martirios de una desesperación irremediable para su corazón, con la derrota del único móvil por el cual vivía – el amor de Carlos Felipe – ella reunió en torno de sí a la institutriz, Blandina d’Alembert, a la infeliz Ruth-Carolina y al fiel Gregorio, y, estableciendo un pacto aterrador, que sería positivamente satánico si no fuera reflejo común de los prejuicios de la época sobre los caracteres frágiles e impresionables, apuntó esta orientación para lo que suponía la honorabilidad personal de la amiga, sin presentir que el drama que crearía con su nefasta interferencia traería repercusiones seculares, por envolver, en su siniestro enredo, aspectos condenados por las leyes del Creador, las cuales no podían en absoluto ser falseadas sin graves responsabilidades y desenlaces lamentables para los infractores.

“¡Mi querida y pobre Ruth! – comenzó la joven enferma, presidiendo la pequeña asamblea: – ¡Sé que dentro de unos días más dejaré de existir, reuniéndome con los entes queridos que me precedieron en la tumba, y a mi amado Carlos, tu hermano, para cuya desaparición no encuentro consuelo posible en este mundo. No me llevaré pesares de esta vida, antes me congratulo conmigo misma por abandonar para siempre una sociedad donde la vileza de las costumbres, la crueldad de los sentimientos y el egoísmo epidémico alcanzaron lo incomprensible y lo insoportable, porque ha penetrado inclusive en el seno de la familia! Si me llevo algún pesar o amargura, será por dejarte a ti, sola en este mundo, sin un fuerte amparo que te resguarde de los peligros y amenazas que te perseguirán desde este momento en adelante... ¡Ojala, pobre Ruth, hubiese, también sucumbido bajo el hierro asesino, al lado de tus gloriosos padres y

hermanos, que cayeron por la honra del Evangelio! ¡Entrarías como mártir en el seno del Señor, pues aún eres un ángel, mientras que de ahora en adelante te transformarás en un demonio vengador!...

“¡Estás enteramente sola y pobre, pues los de La-Chapelle no eran ricos, y yo soy riquísima y voy a morir! ¡Sumergido en las seducciones del mundo, mi hermano me abandonó en esta reclusión sin consolar jamás mis disgustos con su asistencia fraterna... después de repugnantes esfuerzos para separarme para siempre de mi Carlos, a quien yo tanto quise!... Igualmente muy rico, Artur no tendrá el cuidado de no entrometerse en mis negocios, al regresar de España, para donde lo obligó un capricho más de la Reina madre... también porque, alcanzada ahora mi mayoría de edad, y siendo nuestras fortunas independientes, podremos ambos legarlas, a nuestra muerte, a quien mejor nos parezca... ¡Te regalo, por tanto, con mi fortuna, mis joyas de familia, mis utensilios más preciosos y mi casa de París – el Palacio Raymond, de la Plaza Rosada – a ti, mi querida Ruth, para que te protejas de la miseria y del sufrimiento de la humillación de vivir bajo techos ajenos, como un trasto incómodo a quien nadie respetará! Sé, por el desarrollo de los acontecimientos que te expondré, no puedes permanecer en aquella residencia, véndela o arriéndala a nombre de tu administrador y huye para Alemania o a Inglaterra, mientras haya tiempo...

“Sabes que yo me desligué de la Iglesia Católica Romana, porque Artur de Louvigny fue, basado en sus imposiciones, que se opuso a mi enlace con tu hermano... así como sabes también que, por amor a vosotros, me convertí a la Reforma... siendo hoy tan luterana como todos vosotros...

“¡Después de mi muerte y durante el espacio de tiempo necesario para la realización de la tarea que ya te expuse – utiliza mis documentos de familia y mi nombre, querida amiga! ¡Olvida, temporalmente, que un día te llamaste Ruth de Brethencourt de LaChapelle y que eres perseguida por los partidarios de Catalina, para vivir la vida que Otilia de Louvigny tendría, si los disgustos, la pasión del

amor, la enfermedad y la muerte no la hubieran arrebatado del mundo! Vive en París con el nombre y la documentación de Otilia de Louvigny... y véngate de Luís de Narbonne por ti misma y también por mí... pues moriré llorando por mi Carlos, cuya sangre fue derramada por él... Y huye de Francia, querida mía, si iluminas tus intentos... huye sin dejar posibilidades para que alguien, a su vez, lo vengue... pues Luís es poderoso y cuenta con amigos muy bien situados... ¡Intriga cuanto puedas, Ruth! Intriga, traiciona a todos y por todo, miente cuanto te sea posible, guardando el uso de la verdad sólo para más tarde, cuando dejes para siempre Francia... porque serás aplastada, si no lo haces, en la Corte de Catalina de Médicis...

“Luís de Narbonne es hijo del rey o de la reina, ¿qué importa?...”

¡Pero, una vez en París, afirma tu, por todas partes, en conversaciones confidenciales con tus supuestos amigos, que tu padre, que en este caso será el Conde de Louvigny, afirmaba durante la velada de la noche, a tu madre, y tú o escuchabas, que el Capitán de la Fe era hijo bastardo de Enrique II, sí! Y que él, el Conde, lo vio nacer... hasta que tal comedia penetre en las antecámaras de Catalina... El Conde Louvigny, mi padre, fue efectivamente, compañero de aventuras nocturnas del fallecido Rey, que nunca amó a su Reina y esposa... Por eso conoció sus pequeños secretos de infidelidad conyugal, así como los grandes... y la Reina jamás lo ignoró, porque Catalina de Médicis no ignoraba nada... Por eso mismo todos aceptarán tu palabra irreverente o fingirán aceptarla, inclusive la Reina... pues la Corte es ociosa y los ociosos viven a la búsqueda de la maledicencia y escándalos... Todos tratarán del palpitante asunto, pues, realmente la paternidad del Príncipe de Narbonne es un secreto que apasiona y que a todos les gustaría saber... mientras que nadie tendrá el coraje de decirlo al respetable y discreto adúlador de padres... Crea un romance de amor pungente en torno del nacimiento de ese miserable teólogo, envolviendo a Enrique II... y hazte amar por él, sin apenarte jamás, con todo, de su persona, sea cual fuere la situación que tu venganza crearé

para él... Recuerda que, sin él, tu familia habría pasado desapercibida de la persecución a los “hugonotes”... Luís es un hombre fácil de conquistar... aseguraba Artur, que ha vivido en la Corte, que comprende perfectamente el temperamento masculino y es su amigo íntimo – precisamente dada su inexperiencia en torno del amor... pues es frágil, esa será la única arma a tu alcance... Amándote él, procura unirlo cada vez más a la casa de Guisa... e intriga hasta que la Reina lo perciba y se atemorice, pues los de Guisa son conspiradores... y propaga entre los cortesanos, con hábiles maniobras, que se piensa de derribar a los Valois para coronarse un Lorena... o incluso un bastardo de Enrique... que tanto podría ser un hijo de la bella Diana como nuestro Luís... (11) Catalina teme a los Príncipes de Lorena porque sabe que ellos acechan el Trono, con la presunción de sentarse en él en la primera ocasión... Dará, por tanto, más crédito a una intriga que hablar en conspiración... pero, aunque no se lo dé, le será un valioso pretexto para perseguir a ambos, pues no estima a ninguno de los dos... volviéndose agradecida al intrigante... Busca a Catalina, con osadía... Si es necesario, confíesale todo, poniéndola al corriente de tus proyectos... ¡Ponte a su servicio, inspírale confianza, sívela bien, obedécela con firme te ordene, segura de que, no obstante, por más amable que se te figure, ella es mala e infiel, capaz de todos los crímenes! Cuéntale, entre misterios, los sueños fantásticos que tuviste, si deseas algo de ella. Háblale de los fantasmas que se revelan a tus poderes psíquicos y te dicen esto o aquello... y un día, nerviosa y asustada, afirmale que tus fantasmas – en la oportuna ocasión te prometo que seré yo ese fantasma – que tus fantasmas exigieron la pérdida de Narbonne para asegurar el trono de los Valois...

(11) *Diana de Poitiers* – Célebre favorita de Enrique II

Y Catalina, fingiéndose crédula, te será sumisa... pues

asegura Artur que el propio Conde de Narbonne se quejó a él de que la Reina madre solamente espera una ocasión propicia para tenderles las garras... ¡Y, por encima de todo, pobre Ruth, olvida la Reforma, mientras tanto! Alaba altares y clérigos, que el camino de la venganza te será menos penoso... entretanto, si observas tus deseos, huye de Catalina y del clero, porque estarás pérdida si titubeas en la huida... La mala mujer que gobierna Francia tiene por costumbre devorar a los cómplices de las propias torpezas... En París, estando Artur ausente, y él no regresará tan pronto, nadie sospechará de tu verdadera identidad... pues jamás fui presentada a la Corte... Sin embargo, Luís de Narbonne sabe de mi existencia, pero no me conoce personalmente, lo que facilita la empresa...”

- Pero... tartamudeó la infeliz hermana de Carlos Felipe, aterrorizada ante la sombría y diabólica trama expuesta por la amiga, cuya mente se diría que estaba dominada por siniestras falanges de las tinieblas. – Pero... Otilia... Reflexiona tu, que tanto amaste a nuestro Carlos: ¿Cómo traicionaré mi Fe y la honra de mi familia, dándome a una aventura de tal naturaleza?... ¿Y cómo mentiré a mi prójimo, si las Escrituras...?

- Si no lo haces te desgraciarán antes de lo que supones, sin que logres oportunidad para castigar al asesino de La-Chapelle... y lo menos que te sucederá será que te internen para siempre en la Bastilla o en otra prisión cualquiera, pues estás perseguida, eres buscada por el infame Conde... y para que venzas en la difícil batalla iniciada en tu tierra natal será imprescindible que ataques al enemigo con osadía y rápidamente...

- ¿Tendré el necesario coraje para representar un drama como el que induces?...

- Acuérdate de que descendes de valerosos Cruzados... Hazlo por la generosa sangre de tu familia entera, asesinada por el detestable Capitán... ¡Hazlo por el amor de aquellos que te dieron el ser y de cuyos brazos fuiste arrancada por el maldito fanático! ¡Hazlo por tu Carlos, tu segundo padre, que te amaba por encima de todos los afectos! Bien sé que no será empresa fácil...

Pero, no te olvides de que, sin de Narbonne, tu familia pasaría desapercibida como “hugonotes”... Si sucumbes en la batalla, ¿qué te importará?... ¿Para qué desearás vivir si todo se derrumbó a tu alrededor, con la masacre de los tuyos y la corrupción de tu casa?... ¡Vivir, ahora, solamente será razonable para destruir a de Narbonne!...

Siguió una pausa, pesada y emocionante. Ruth-Carolina rompió en llanto crucial, como presintiendo que su destino estaba trazado por las insidias del programa obsesor expuesto por la amiga, cuyo corazón rebelado y mente alucinada por la desesperación se afinaban, decididamente, con las fuerzas psíquicas inferiores que conducen alrededor de cada individuo descuidado y rebelde.

La enferma se agitó en una convulsión de tos pertinaz, emitiendo aflictivos gemidos. De pie, Dama Blandina escuchaba, tranquila y silenciosa, las facciones impenetrables, el rostro apoyado en las manos, mientras que, cubierta con mantos negros, parecía el espectro de la muerte rondando... Y Gregorio, el antiguo mayordomo de LaChapelle, pálido e impresionado, miraba a su joven ama y a Otilia, simultáneamente...

Tal singular escena se desarrollaba en un rincón pintoresco de los jardines del Castillo, donde fue transportada la joven enferma con el fin de tonificarse bajo los efluvios del Sol. Algunos palomos mansos revoloteaban en busca de las migajas a las que estaban acostumbrados, aleteando, de vez en cuando, para hacerse notar... Y más allá el estanque de aguas cristalinas rompía el silencio de la dulce mañana de septiembre, con el rumor discreto de los surtidores festivos cayendo sin interrupción...

Ruth se retorció las manos, nerviosa, mientras lloraba o miraba a sus compañeros con ojos desvariados. Otilia, a quien la aproximación de la muerte volvía odiosa, en vez de afligida y sumisa a Dios, proseguía en su deplorable tarea de consejera de las tinieblas, entre el penoso palpitar indicativo de la fatiga pulmonar:

- Mi hermano decía de la Corte todo lo que repito en este momento, y también Madre Victoria, mi antigua y buena maestra del convento de las Ursulinas, que mucho se movió entre los cortesanos y las intrigas palaciegas, antes de profesar... Eres bella y muy joven, pues recién completaste los dieciocho años de edad... Fuiste educada con desveladas atenciones... Desciendes de caracteres heroicos... Eres inteligente y perspicaz... y, si fueras bastante audaz, cogerás rápidos triunfos... Tu buena educación, tus maneras angelicales y tu belleza verdaderamente impresionante y rara serán armas preciosas de las cuales sabrás utilizarte con pericia... No puedes llevar ninguna parcela de temor contigo... No la llevarás, porque tu lema, a partir de este momento, será sólo este: ¡Destruir a Luís de Narbonne! No obstante, no avises a mi hermano de mi muerte... y procura, Ruth, evitar su presencia antes de que destruyas al desgraciado teólogo... mientras actuarás con rapidez, antes de que se descubra el engaño de la falsa identidad... Sepúltame aquí mismo, en esta aldea, y no en Nancy, y haz constar controversias, asegurando que fuiste tú la que moriste... y si fueses aplastada sin conseguir la victoria compensadora, aplasta igualmente, mientras puedas, antes de caer... Arrastra a de Narbonne en tu caída y serás heroica... Dama Blandina te seguirá fielmente, pues te confío a ella... Y queda segura, mi Ruth, de que mi alma te seguirá los pasos en esa senda vengadora, como sombra de tu propia alma... orientando tus acciones contra aquel que destruyó la vida de mi vida, mi único y querido sueño de felicidad: Carlos Felipe, tu hermano...

A continuación deshecha en lágrimas, hizo que la joven “hugonote” se arrodillase a sus pies y que, con la diestra sobre la Biblia abierta en su regazo, repitiese este siniestro juramento, el cual dictaba para que la amiga respondiera, al mismo tiempo en que Dama d’Alembert empalidecía de emoción, Gregorio se cubría el rostro con las manos temblorosas, y el Cielo registraba la blasfemia cuyas deplorables consecuencias no repararían cuatro siglos de luchas y confusiones, mientras en los días actuales envuelven aún en su difuso enredo a aquellos que de ella se contaminaron:

- Yo, Ruth-Carolina de Brethencourt de La-Chapelle, nieta de gloriosos Cruzados, que dieron sus vidas y la preciosa sangre de sus venas por la honra del nombre de Jesucristo, juro, con mi diestra sobre la Santa Escritura y la conciencia ante Dios, que vengaré la muerte de mis padres y hermanos y la sangre profanada de mi familia, en la persona del Príncipe Luís de Narbonne, Conde de S... y Capitán de la Fe; y que no volveré a abrir el libro sagrado de la Ley mientras tal justicia no se cumpla por mis manos. Juro también que heriré los sentimientos religiosos del mismo Luís de Narbonne manchándolos cuanto pueda y traicionándolos, tal como él mismo hizo con mi Fe y la de mis ascendentes... Y en presencia de Dios, así me recomiendo y así juro que lo haré... Algunos días después, Otilia de Louvigny exhalaba el último suspiro, y Ruth, su heredera, en posesión de sus documentos de familia para alguna posible eventualidad, salía del generoso amparo que la protegió en la desgracia para la ingrata misión que voluntariamente acababa de aceptar, bajo la personalidad de su amiga de infancia, llegando a París, como vimos, en la lluviosa mañana del 20 de octubre de 1572, deparando en el mismo instante con la famosa Caballería del Sr. de Narbonne, la misma que invadió el Castillo de su cuna, asesinando a toda su familia.

Y así fue que, a la puerta del Palacio Raymond, Ruth de LaChapelle y Luís de Narbonne entablaban conocimiento, como si las leyes caprichosas del destino tuviesen prisa de colocarlos en presencia uno del otro...

SU PRIMER AMOR...

Alejándose de la Plaza Rosada, donde acababa de ver por primera vez, sin saberlo, a la sobreviviente de la masacre de LaChapelle, ahora transformada en una dama de Louvigny, Luís de Narbonne murmuraba consigo mismo:

- ¿Quién será tan linda joven?... ¡Dios mío! Yo diría que es la misma imagen que me viene apareciendo en los sueños últimamente, como una arrebatadora visión celeste... Sí, es la misma... cuya gentil silueta ya me inquieta el corazón... Se encuentra en el Palacio Raymond... ¿Será una Louvigny?... Si es así... Artur me ayudará a intentarlo si, acaso...

Llegó a casa, donde residía, fatigado por las peripecias impuestas por los deberes militares del momento. Taciturno y tranquilo, subió las escaleras de su Palacio, ocultando algo entre los dedos cerrados, y dejando repercutir las pesadas pisadas de sus botas en los peldaños de piedra. Arriba, lo esperaban dos criados de cuarto, que, en silencio, tranquilos, lo desarmaron y lo desvistieron de sus “armaduras de mallas”⁽¹²⁾, brazaletes y rodilleras de acero, con las que completaba su armamento individual, después de arrodillarse levemente delante de él, para recibir su bendición... pues no ignoraban que, además de señor, de Narbonne era Príncipe y teólogo, un sacerdote, por así decirlo, a quien sólo le faltarían los últimos

juramentos para ordenarse.

(12) Especie de blusa interior, tejida con hilos de acero o hierro, sirviendo de defensa contra los ataques de espadas y puñales, siem pre posibles en la época.

Pero, tan amoroso y magnífico ceremonial fue realizado bajo la más perfecta discreción. Además, la existencia en general del joven Capitán transcurría diariamente bajo la dura

disciplina de una inquebrantable rutina. Raramente oían su voz, pues sólo de vez en cuando hablaba, y al hacerlo era como un murmullo discreto y breve, hábito conventual que jamás perdió, hasta los días presentes.

En aquellos trágicos días de confusiones y homicidios colectivos, sus tareas estaban divididas en dos partes distintas: De Sol a Sol él sería el Caballero de la Fe Católica Romana, en la amplia expresión del término entonces considerado, el cual, en nombre de la Iglesia, vigilaba por su estabilidad en el suelo parisino, obligándose a los caprichos de la Reina poderosa, como convenía a un oficial militar comandante de una fuerza. Entonces, actuaba como soldado, aunque lo hiciese bajo los auspicios de la Iglesia. Por la noche, no obstante, hasta las primeras horas de la madrugada, era el devoto fervoroso y humilde, el teólogo apasionado, profundizando en las lecturas de pergaminos y libros, eran los deberes del creyente practicante: oraciones, confesiones, penitencias, meditaciones, aulas, debates junto a los luminares eclesiásticos. Generalmente, sólo se permitía recogerse cuando el reloj de arena de las Sacristías de Saint-Germain l'Auxerrois, su iglesia preferida, no lejos de la cual residía, anunciaba que un nuevo día comenzaba. Comulgaba, sin embargo, diariamente, a las siete de la mañana, repuestas sus férreas energías por un breve sueño, e iniciaba las actividades a las ocho, en verano, y a las nueve en invierno. Metódico hasta el automatismo, se dejaba llevar como si obedeciese a todo por un impulso natural, independiente de las propias meditaciones. Su residencia, no obstante, era lujosa y dispuesta con un arte elegante, digna de un hijo de rey, como de él decían que era. Pero, solitaria e impresionante magnitud, era también sombría, dado que Luís, servido sólo por hombres y desinteresado de las mujeres, jamás abría sus salones para fiestas o reuniones recreativas, sino solamente para asambleas solemnes del Clero. Sus hombres de armas se acomodaban además, en un cuartel de su propiedad, al lado de la Bastilla de San Antonio, permaneciendo apenas en el Palacio un número reducido de guardias. (13)

En esa tarde del 20 de octubre, sus criados lo notaron

por aún más preocupado. Ni incluso durante el baño abandonó el objeto que ocultaba en la mano cerrada. Lo pasaba de una mano a otra al ser lavado y refregado por los criados, en la gran aljofaina de cobre en forma de tina, que, entonces, hacía las veces de excelente bañera, lujo principesco en el siglo XVI, que no todas las casas ricas lograban poseer... Y, a la mesa de la cena, a la cual normalmente se sentaba sólo, puso el mismo objeto sobre el lino del mantel, lo cubrió con su birrete, con el fin de que no fuese sorprendido por los sirvientes...

Ese objeto era el capullo de rosa roja, símbolo de la sangre derramada, que la supuesta Otilia le lanzó al verlo pasar bajo sus ventanas...

El joven Capitán de la Fe comía mucho, pero bebía poco, sirviéndose generalmente sólo de agua pura. Y se vestía, fuera de las obligaciones militares, como lo hacía entre los alumnos de Teología de las clases más pobres de la sociedad, especie de uniforme muy honroso, que implicaría el militar y el religioso, y el cual vestía con orgullo: Calzones cortos, que le llegaban a las rodillas, de color oscuro. Medias de seda fuerte y botas finísimas, que igualmente le llegaba, aproximadamente, hasta las rodillas. Túnica amplia, especie de saya o sotana corta, que tampoco pasaba de las rodillas, adornada con un alzacuello.

(13) *Bastilla* – Famosa y terrible prisión de Estado, en París, destruida por el pueblo, el 14 de julio de 1789, al principio de la llamada Revolución Francesa, y denominada “Bastilla de San Antonio”, por hallarse situada en las proximidades de la puerta del mismo nombre, o barrera, que daba acceso a la ciudad.

Capa amplia, con vuelo, con un alzacuello idéntico blanco. Un birrete cuadrado, de pequeñas dimensiones, no obstante, destituido de adornos y borlas, completaba la curiosa indumentaria que no a todos les sería permitido vestir. (14)

Después de la comida Luís se dirigió, en litera, a la Iglesia de Saint-Germain, con el fin de meditar, confesarse y entregarse a las devociones diarias, pues tal uniforme no permitiría a su ocupante cabalgar.

No sería muy probable que, en París, por esa época, existiesen hombres, principalmente jóvenes, que presentasen mayor ardor religioso, más difusa circunspección en los actos practicados dentro y fuera de la religión. ¡Y ese hombre, modelo de juventud moralizada y seria, incapaz de una deslealtad en cualquier sector al que prestase sus energías; ese hombre de veinticinco primaveras, cuya honradez inatacable sería seguramente rara en todos los tiempos; ese carácter elevado y recto hasta la admiración y la alabanza, no sería tan sólo un creyente fanático, salvaje en materia religiosa, tornándose feroz ante los adversarios de la Iglesia que suponía absolutamente la única divina, sino también un dulce corazón, afectuoso y vehemente para con aquellos a quien amase, preparado para todos los sacrificios por el objeto de su estima!

(14) Después de mucho meditar y orar, convinimos en conservar la descripción de la presente indumentaria, tal como fue dictada desde el Espacio y como fue por nuestra videncia alcanzada, en cuadros que nos fueron mostrados. No obstante, es sabido que, incluso en el siglo XVI, el uniforme de los alumnos de teología católica no era ese, sino sotana larga con un alzacuello, capa amplia, con vuelo, con alzacuello, y un birrete cuadrado sin borlas. Consultado al Espíritu autor del libro el caso, insistió para que transcribiésemos conforme fue dictado el trecho, lo que obedecimos. (*Nota de la médium*).

Cuando sonaron las diez horas en las campanas de Saint Germain, el Capitán de la Fe, que se mantenía arrodillado en su reclinatorio de la Capilla mayor, cerca del altar, como príncipe que era, y que, en aquella noche, parecía inquieto durante las oraciones, sacó del bolsillo de la túnica un papel en blanco, trazó algunas líneas con la pluma de pato sacada del estuche de estudios, que hasta la noche nunca lo

abandonaba, y, volviéndose, aún arrodillado, para ver a su escudero, que se encontraba por las proximidades, le dijo en un murmullo:

- Ve a la Plaza Rosada... Llama al guardia del Palacio Raymond... y haz llegar a la dama de los cabellos de oro, que esta tarde nos presentó con una gentileza, el mensaje que ahí tienes... Ve de prisa... Te espero en este mismo lugar, mi buen Rupert... Ve... No reveles, todavía, mi verdadero nombre, aunque te lo pregunten...

Y, mientras Rupert se retiraba, él miraba hacia el altar con las manos unidas, en súplica, y murmuraba, conmovido, en las profundidades del corazón:

- ¡Dios mío! Que la felicidad del amor ilumine los días de mi vida, tan sombríos como fueron siempre, sin concederme jamás la oportunidad, desde la infancia, de sentir un corazón dedicado latiendo junto al mío... Mi corazón anhela, Señor, amar y ser amado... no obstante el recelo que me oprime de ser traicionado por la mujer... y a pesar de la máscara de rígida indiferencia que me veo obligado a llevar en el rostro... ¡Mientras tanto, tengo miedo, mucho miedo, del amor!... ¡Y creo que mucho más me convendría dedicarme enteramente a ti! Ten, pues, piedad de mí, tu humilde y pobre siervo, en este instante en el que mi futuro está en juego, pendiente de la respuesta de una carta...

El escudero galopó, rápido, y, como la Plaza Rosada no distaba mucho de la célebre iglesia, en menos de media hora entregó a Gregorio, que lo recibió asustado, el papel enrollado en forma de tubo, que un pequeño anillo prendía.

Gregorio subió a la primera planta, impresionado y pálido, a participar a la joven dama de la inesperada visita, mientras Rupert esperaba en el zaguán iluminado por dos pequeñas lámparas, gallardamente apoyado en su espada y en amigable conversación con Camilo.

Ruth-Carolina – u Otilia de Louvigny – recibió de las manos temblorosas del criado el documento inesperado, con

una sonrisa singular, que no se sabría si de satánico triunfo, creyendo presto la ejecución de los planes que traía en mente o si de gloriosa emoción de amor, sintiéndose pretendida por aquel que le llenaría el corazón. Sentada en su gran poltrona de fina labor e iluminada por un candelabro que Dama Blandina sostenía, la hermosa provinciana leyó estas expresiones escritas en caligrafía trémula, que revelaban la emoción y el nerviosismo de quien las escribió, y las cuales a la juventud de los días actuales se les figurarán ridículas y primitivas, pero que en la época en que fueron escritas serían un sensacional documento, que ninguna dama desdeñaría recibir, cuando viniesen de un caballero bien puesto en la sociedad:

“Linda princesa de los cabellos de oro. ¿Quién eres tú?...

¿Eres, por ventura, un ángel exiliado de los Cielos?... ¿O serás el hada de mis sueños, tantas veces vista por los anhelos de mi corazón, durante la soledad de mis horas o en medio de mis genuflexiones, en los recintos sagrados de la Iglesia, donde acostumbro buscar la paz y las esperanzas para las aflicciones diarias?...

¿Eres con seguridad soltera?... ¿O, para mi desgracia, serás la esposa de un dichoso mortal?... ¿Quién es él?... Seas quien fueres, una verdad deseo confesarte: ¡Estoy loco de amor por ti, desde esta mañana!... y más enloquecido aún desde esta tarde... pues yo, que te escribo, soy el caballero feliz, que de tus manos mereció el mimoso capullo de rosa, dádiva preciosa que aquí está, junto a mi corazón... No descansaré mientras no permitas que te hable...

Dí, pues, a mi truhán ⁽¹⁵⁾, cuál es la Santa Misa que frecuentas todas las mañanas, para que me sea posible orar a Dios junto a ti... Soy, yo, tu caballero de esta mañana y de esta tarde...”

¿Qué pasaría en el interior de esa muchacha de dieciocho primaveras, inexperta y apenas salida de los brazos maternos, para que se portase, ante lo expuesto, con una

naturalidad, una serenidad que perturbaron a Dama Blandina, la cual juraría verla radiante comprendiéndose así pretendida, como plenamente ajena a las promesas hechas a la agonizante de Louvigny?...

Dama Blandina la observó en acción: Se encontraba en una pequeña y apacible sala, la cual eligió para pasar sus mejores horas, desde aquella mañana, y, enrollando la carta y depositándola en el cajón de un mueble, se volvió hacia Gregorio, risueña:

- Acompaña hasta aquí al truhán de Su Alteza, mi querido Gregorio... Será prudente prestar atención al escudero, que representa al amo...

Delante del truhán, le extendió la mano para besar, saludo que él hizo con una rodilla en tierra, galantemente. Ordenó que le sirviesen una copa de buen vino, ya destapado por el fiel Gregorio en las bodegas del Palacio. Después preguntó al emisario de Luís, valiéndose de una encantadora sencillez:

- La carta que me traes me sensibiliza profundamente... Sin embargo, no está firmada... Di, escudero: ¿Quién es tu amo?...
¿Quién es el amable caballero que me honra con esta carta?...

Extasiado ante la belleza de la joven que tenía ante sí, y con la simplicidad de sus modos, que iban al extremo de hablarle confidencialmente, tartamudeó el criado de Narbonne, constreñido:

(15) *Truhán* – Especie de payaso. Músico que tocaba por salario.

- Señora... No me es permitido revelar el nombre... lo que sinceramente me conturba...

- ¿Cómo podré, entonces, confiar para responder a la carta, que tan dulcemente me tocó el corazón?...

- ¡Confiad, Señora, como si confiaseis en el propio Cielo! ¡Y responded a la carta, porque mi amo es digno de vuestro aprecio y de vuestra confianza! ¡Se trata de uno de los más nobles y honrados caballeros de Francia!... Me admiro de cómo no lo conocéis... París entera lo conoce...

- Acabo de llegar de la Provincia, escudero... y jamás visité París... Con todo, escribiré...

Se retiró... Pero, pasados algunos minutos, volvió a la presencia de Rupert, entregándole un rollo idéntico al que recibiera.

Excitado, trémulo, Luís tomó de las manos del criado, sonriente, la deseada respuesta a su mensaje, cuyo aro de seguridad llevaba las armas de Louvigny. Y entonces leyó abriendo los ojos de satisfacción a cada palabra aprehendida, al mismo tiempo que la sonrisa se dilataba invadiendo su fisonomía, de ordinario severa y triste:

“Gentil caballero de esta mañana y de esta tarde: Hago mía la pregunta que acabo de leer en tu amable carta: ¿Quién eres tú?... ¿Serás el amigo fiel que el Cielo envía para mi protección en los días solitarios de mi orfandad?... ¿O serás aquel, justamente, por quien mi corazón suspira entre sueños encantadores de un amor sin ocasos?... Seas quien fueres, una verdad deseo confesarte: Tu carta fue la promesa de felicidad presentándome la bienvenida a mi entrada en tu bella ciudad... Manda tú mismo a decirme, aun hoy, la Iglesia que debo frecuentar, el horario de las Santas Misas a las que deberé asistir a tu lado... y mañana me tendrás reclinada, orando por tu felicidad y la nuestra... Soy – yo – tu “Princesa de los cabellos de oro...”

Ligero, Rupert volvió al Palacio Raymond, con una nueva carta. La recibió Gregorio, que quedó en expectativa por orden de la singular dama “hugonote”. Y porque la hora ya era avanzada, volvió rápido, junto a su amo, que lo esperaba de rodillas, en la Capilla mayor.

Otilia leyó. Pero esa vez sus impresiones fisonómicas eran duras y odiosas:

“¡Oh ángel celeste, que guiará los días de mi futuro! Mañana, en la Misa de las siete horas, en la Iglesia de Saint-Germain, no lejos de tu residencia, encontrarás a tu caballero – o tu esclavo – de rodillas, esperándote. Soy tu caballero atrevido y feliz...”

Gregorio y Blandina, notándole la actitud excitada, se aproximaron a la desdichada descendiente de los honrados Felipes de Brethencourt:

- ¡“Mademoiselle”, por quien sois, deteneos!... ¡Acordaos de vuestros padres! ¿Qué dirían ellos, tan bondadosos e indulgentes, viéndoos enredada en tan peligrosa aventura?... Olvidad a “Mademoiselle” de Louvigny... El dolor y la enfermedad la volvieron loca... ¡Aún estamos a tiempo! ¡Partamos hoy mismo, ahora!... ¡y mañana estaremos en Alemania, protegidos de cualquier peligro!... ¡los hermanos de nuestra fe nos darán amparo y consuelo!... Con el salvo conducto que tenemos, ningún mal nos sucederá...

- ¡Callaos, Blandina! ¡Callaos, Gregorio!... ¡Juré sobre las Sagradas Escrituras, en presencia de una agonizante, que amaba a los míos y a mi, perjudicar a Luís de Narbonne!...

- ¡Señora! Las Sagradas Escrituras enseñan a perdonar setenta veces siete...

- Pero también proclaman el “Ojo por ojo, diente por diente...”

(16)

- Son enseñanzas profundas, figuradas, sutiles, sobre las que nos corresponde meditar mucho, suplicando a los Cielos las luces de la inspiración para que las podamos comprender en su verdadera esencia, “Mademoiselle”, antes que practicarlos al pie de la letra...

- Lo prometí, Blandina...

- El Nazareno nos mandó amar a los enemigos, perdonar a los verdugos...

- Yo perdonaría, si la ofensa fuese dirigida solamente a mí... Además, Luís de Narbonne, que pretende órdenes clericales, no perdonó siquiera el hecho de que amáramos a Dios de manera diferente a como él mismo lo ama, Gregorio...

- ¡Sois tan joven!... Muchas desgracias podrán ocurrir si perseveráis en el intento funesto de la venganza...

- ¡Todas las desgracias ya ocurrieron con el asesinato de mis seres más queridos! ¡Murieron todos, Blandina, todos!... ¡Fueron martirizados, Gregorio!... ¡Corrió su sangre amada por mi corazón, la sangre generosa de los Brethencourt de La-Chapelle!... Sus corazones fueron traspasados por lanzas y espadas... ¡Solamente yo sobreviví a tanta ruina y destrucción!... Y fue Luís de Narbonne quien destruyó todo... ¿Y habláis de perdonar?

(16) Sentencia contenida en las leyes establecidas por Moisés, que la Doctrina Espírita admirablemente explica y esclarece con la exposición de la Ley de la Reencarnación.

- ¿Qué pretendéis hacer, llevándolo a amaros?...

- ¡Desgraciarlo! Es el arma que tengo...

- Siendo así, ¿deberéis, a caso, desgraciar igualmente al Rey, a la Reina y al Duque?...

- De estos no me quejo, no los acuso...

- ¿Cómo así?... ¡Fueron los promotores!...

- Ordenaron la matanza de “hugonotes”, no el asesinato de los Brethencourt de La-chapelle, en particular. A estos, a quienes buscó para asesinar fue Luís de Narbonne...

- El Conde descubrirá el engaño y os aplastará...

- ¡Te equivocas, Blandina! ¡Sufriré! Y me amará por ventura con el más intenso fervor...

- ¿Cómo lo podréis prever?...

- ¡Es mi Otilia, la amiga fiel, la que me lo asegura! Veo su alma llorosa a mi lado, en este momento... Dice que me guiará los pasos en la obra de la venganza...

Agobiados ante la persistencia de aquella a quien hasta entonces conocieron angelical, y alarmados con la posibilidad de la presencia del alma difunta de Otilia de Louvigny entre ellos, los dos criados se marcharon temerosos y decepcionados, comprendiendo que no aceptaba los consejos presentados.

La arena del reloj caía lentamente, caminando hacia la alborada. Ella, Ruth-Carolina, la falsa Otilia, no buscó el lecho, con el fin de reposar, a despecho de las instancias de Blandina d'Alembert. Se dejó caer en su poltrona de alto respaldo, pensativa, aprehensiva, los ojos vagos como fijos en lo invisible, la actitud desalentada, el corazón sangrando de dolor a cada pulsación de la nostalgia de los seres amados masacrados, el alma vibrante de odio y rebeldía... apenas iluminada por una tristonera luz de vela del candelabro de oro que estaba sobre la mesa... adaptándose plenamente a las inspiraciones de las Tinieblas, que la harían infeliz a través de los siglos...

Rupert, escudero, medio soldado, juglar divirtiéndose a su amo, si fuese necesario, poeta casi siempre, conocido trovador entre los círculos bohemios de la ciudad de los sombríos Valois, músico, sentimental, espadachín, que lo mismo empuñaba la espada que tocaba la espineta y la bandurria ⁽¹⁷⁾, siempre admirado por la París de entonces, se arrodilló junto al amo, sobre la alfombra de la Capilla mayor, mientras este continuaba arrodillado, aguardando, por segunda vez, su

vuelta del Palacio Raymond.

La noche avanzaba, pero Luís no pensaba en regresar a su residencia para el descanso necesario. Decidió amanecer allí, esperando hablar, al día siguiente, con aquella que su corazón acababa de elegir. Sus impresiones eran fuertes, avasalladoras, chocantes. ¡Se diría que conocía a la joven de cabellos de oro desde hacía muchos siglos, reconociéndose, ahora, tan unido a ella! ¡Sentía que la había amado siempre, desde la infancia! ¡Ella vivía continuamente en las aspiraciones más gratas de su alma! ¡La esperaba! ¡La deseaba en todos los instantes de su sombría vida, seguro de que en cualquier momento la encontraría en sus caminos! ¡Y fue, realmente, así como ocurrió!...

¡Lo que no comprendía es cómo pudo vivir sin ella hasta ahora, pasar sin su compañía durante tan largo espacio de tiempo, contando desde el primer día en que naciera! ¡Y se sentía locamente apasionado por aquella visión legendaria, vestida con terciopelo azul, sublime de gracia y belleza, que lo saludó garbosamente, desde los soportales de su Palacio, al paso de su caballería por la Plaza Rosada!...

(17) *Espineta* – Instrumento de música, de cuerdas y de teclado, semejante al clavicordio, en uso en el siglo XVI al XVII, precursor del piano. *Bandurria* – Instrumento muy antiguo, usado por los trovadores, especie de viola o bandolín de mango corto y cuerdas.

¿Por qué no desmontó, él mismo, no se arrodilló delante de ella, besándole las manos, o no la tomó en sus brazos como un audaz aventurero del amor, llevándola consigo, para siempre, para siempre?...

¡Su corazón, inquieto, rodeado por todos los anhelos insensatos, palpitaba indómito, excitado, allí, delante del altar, pero ya no era por Dios por el que palpitaba, sino por una mujer, una criatura recién salida de la infancia, con la cual el Cielo le regalaba... seguramente recompensándolo, con tal felicidad, por su inmensa dedicación a la Iglesia, a la cual, suponía, tanto supo servir y respetar!

¡Todo él era una llama ardiente, una agitación intensa y casi dolorosa a sus potencialidades nerviosas; su ser un grito de entusiasmo por la nueva vida que comenzaba a entrever a través de la imagen gentil que se declaró en sus retentivas deslumbradas, una emoción perenne, absorbente, una expansión deliciosa e indomable, de amor y pasión! Aquella noche, no conseguía orar... Ni siquiera pudo hacer examen de conciencia para el “sacramento de la confesión”... Y quisiera correr, cabalgar por toda la ciudad, gritando el nombre de ella, que aún desconocía, diciendo a todo el mundo que amaba y era amado, que era feliz como un dios... y pasar la noche en su puerta como un mendigo a la espera de un supremo bien: su compañía para las oraciones de la Santa Misa!... Pero, la esperaba allí mismo ¡oh! ¡Ella prometió venir! – en fervorosa penitencia, para que los Cielos se apiadasen de su corazón y lo favoreciesen en el amor...

Tenía los ojos húmedos, el alma dolorida y dichosa al mismo tiempo, los nervios temblorosos... ¡Jamás conoció una caricia femenina! Ni incluso de su madre, que lo rechazó, o de quien fuera arrebatado al nacer... Pero, ahora deseaba conocer esa caricia... Deseaba amar, ser amado, sufrir por amor, exaltarse de alegría y felicidad por amor, darse enteramente, fervorosamente, apasionadamente, a aquella celestial belleza que le tiró, graciosa e infantil, un capullo de rosa roja, sonriente...

Acarició, conmovido, el capullo de rosa, que ocultó en el bolsillo interior de la túnica, sobre el corazón, con su mano robusta, que mejor andaría moviendo las cazoletas de una espada, y de su pecho hercúleo exhaló un profundo suspiro...

Rupert, arrodillado a su lado, sobre la alfombra, aguardaba, silencioso, ser interrogado.
¿Rupert?... – murmuró bajito, el bello Capitán, como en oración.

- Mi Señor...

- ¿La viste?...

- Sí, mi Señor...

- Cuéntamelo...

Halagó a Vuestra Alteza en la persona humilde de su escudero... Me dio la mano a besar... Me ofreció una copa de viejo Borgoña por la salud de Vuestra Alteza... Preguntó su nombre... Se sensibilizó y se conmovió con las expresiones del mensaje enviado, y que considera generoso...

- ¿Cómo es ella?...

- ¡Señor! ¡Es linda como un ángel de los Cielos! ¡Átiva como las diosas del Olimpo! ¡Sencilla como las flores de los jardines del Edén!... ¡y bien educada como tal vez no lo sean todas las Princesas de Francia!

- ¿Y sus ojos?...

- Azules y brillantes como dos fracciones del firmamento alumbradas por un rayo de Sol...

- ¿Y sus cabellos?...

- Hilos de seda pura, perfumados...

- ¿Y su voz?...

- ¡Ah, mi Señor! ¡Las melodías de los ángeles, en el Paraíso, deberán tener la dulzura de su voz!...

- ¿Y sus dientes?...

- ¡Fragmentos de estrellas, Señor! Que el buen Dios colocó en su boca...

- ¿Y sus manos?...

- Rosas blancas, que el Sol de la mañana suavemente coloreó...

- ¿Su nombre?...

- No me lo dijo... Pero, yo lo supe confidencialmente...

- Cuéntamelo...

- Allá vive un mozuelo, un criado, llamado Camilo... Le gusta charlar... Lo interrogué... y él me explicó: “Mademoiselle” se aburría en la Provincia... Viene a París, con la pretensión de casarse...

- ¿Con quién, rapaz? – pregunté yo a dicho paje...

- Aún no escogió novio... Apenas llegamos...

- Y... ¿Cómo se llama “Mademoiselle”?... – pregunté nuevamente.

- Nos prohibió revelar su nombre, porque desea casarse por absoluto amor, sin que el nombre de la familia contribuya para el importante acontecimiento... Se llama Otilia... y tiene un hermano muy bien colocado junto al propio Rey...

- Y... ¿Quién es el hermano, rapaz?... – volví yo a preguntar.

- El Coronel Artur de Louvigny-Raymond... Pero, cuidado, Sr. escudero, no lo reveléis a nadie... de lo contrario lograré una paliza de mi padre, que tiene en mucha consideración los caprichos de “Mademoiselle”...

Solamente entonces Luís dejó la actitud de oración conservada hasta ese momento, miró al criado con mirada benévola, mientras una larga sonrisa le decía lo agradecido que le estaba por el excelente servicio, y ordenó:

- Puedes irte a descansar...

- Pero... Mi Señor...

- ¡Me quedaré aquí hasta mañana, ve!...

Y, en efecto, continuó arrodillado, dispuesto a pasar allí la noche.

Si, no obstante, a Luís de Narbonne le fuese permitido investigar los aspectos del mundo invisible, que lo rodeaban, se alarmaría al comprender que la sombra espectral de la verdadera hermana de su amigo de la infancia, en el Convento de los Dominicos, Artur de Louvigny, allí estaba, a su lado, fantasma lagrimoso y vengador, alimentando en su mente los fuegos de aquella enloquecedora pasión de amor por la cual se sentía absorber cual indefenso y frágil ser humano por los tentáculos del pulpo abrumador, en las profundidades del océano...

EVA Y LA SERPIENTE

Las campanas de Saint-Germain l'Auxerrois, después de hacer sonar las siete de la mañana, comenzaron a variar los toques continuados, advirtiendo a los fieles de que Monseñor, el vicario oficiante del día, iniciaba la solemnidad de la primera Misa. Llovía entre ráfagas y corrientes frías, y hacían que las calles se tornasen tristes y desiertas. Con semejante tiempo, la nave de la Iglesia no se llenó como era habitual... no obstante la época de truculencias religiosas exigir de los creyentes, de los incrédulos y hasta de los ateos pomposas demostraciones de fe y afectaciones de piedad, que todos estaban verdaderamente lejos de sentir...

Inquieto, Luís de Narbonne, que pasó la noche en la Iglesia con algunos clérigos, entre oraciones, conversaciones sobre la actualidad, sueños de amor y un cortejo de emociones insólitas, muy chocantes, iba ahora de un lado para otro, incapaz de permanecer por más tiempo en su reclinatorio, tal era el estado de excitación nerviosa por el que se dejó envolver. Ansiaba por la visión del día anterior y la esperaba desde las diez de la noche de la víspera, contando los minutos y los momentos que lo separaban del instante feliz en que la vería caminando por la nave hasta la Capilla mayor, donde pretendía colocarla a su lado...

Sin embargo, la joven tardaba. Impaciente, se contrariaba:” ¿Vendría?... ¿No vendría?... ¿Por qué tardaba tanto?... Esperemos un poco aún...” – así son los enamorados muy interesados en los amores que despuntan...

- “Si no viniera – pensaba, consolado – Rupert irá al Palacio Raymond para averiguar la razón de su falta...” – y

esperaba aún...

Desde la víspera sólo durmió reclinado en las poltronas de las Sacristías, durante una o dos horas. Pero no se reconocía fatigado. El ambiente, considerado para él sacrosanto, de la Iglesia, le hacía bien, reforzándole moralmente el desgaste de las energías físicas. Se confesó a las seis de la mañana; y, como tenía la intención de comulgar durante la Misa, no hizo aún la primera refección, pues además de eso, invitaría a la linda Louvigny a acompañarlo a la mesa, en la propia Sacristía... ¡Ella, hermana de Artur! La dulce visión vestida de terciopelo azul... ¡Oh Cielos, qué felicidad! ¡La consideraba ya su novia, su esposa, porque Artur, su antiguo compañero de la infancia, su colega de armas en las fuerzas del Rey, se alegraría al enterarse de que una inesperada alianza matrimonial uniría sus casas y su antiguo afecto!... Faltaría tan solamente el consentimiento del Rey y de la Reina madre, pues él, de Narbonne, no había prestado aún ningún juramento decisivo a la Iglesia... Y Su Majestad, el Rey, ¿por qué lo impediría? ¿Él y Artur no eran leales servidores del trono y de Francia, mereciendo deferencias?... Era verdad que Su Majestad, la Reina Catalina, lo detestaba a él, a Luís. Pero, ¿tal incompreensión, a caso, podría impedirle casarse con quien mejor le pareciese, el día en que decidiese cambiar la Teología por el tálamo?...

Mientras tanto, la joven Louvigny no aparecía... ¿Lo habría engañado?... Jamás alguien lo hizo esperar, desde que dejara el Convento... ¿Lo amaría, en realidad? ¿Sería por la lluvia el impedimento?...

¡Ah! ¡Iría él mismo a su casa, la visitaría él mismo, y no Rupert, y le ofrecería sus servicios! ¿No era la hermana de Artur?... ¿Y no llegó apenas en la víspera, desconociendo todo y a todos, en la gran ciudad?...

Varias veces llegó a la puerta de entrada, preocupado, intranquilo para aguardar a Rupert, que, situado frente a la Iglesia, esperaba, encargado de avisarlo en la Capilla mayor tan pronto asomase a lo lejos el carruaje de Louvigny... No obstante, Monseñor oficiante ya se ataviaba para los oficios,

sus acólitos ya se agrupaban, formando el séquito de honor para el ceremonial de entrada solemne en la Capilla... “Mademoiselle” de Louvigny no aparecía... Monseñor entró, finalmente, con el cáliz de oro en las manos diáfanas... subió los escalones del altar y lo colocó sobre los lienzos blanquísimos, con el acostumbrado ósculo ritualista...

Por primera vez el Sr. de Narbonne cometió una desatención en un momento tan solemne: Se levantó lentamente, de su reclinatorio, alejándose sin repetidas menciones de arrodillarse, como convenía en un creyente de su consideración... Dejó el respetable recinto y atravesó la nave con sus largos pasos de soldado, no obstante llevar los trajes de estudiante de Teología que desde la noche anterior vestía... Llegó hasta Rupert, pacientemente a la espera, y le habló en susurro, algo contrariado:

- Me siento inquieto... Corre al Palacio Raymond... Di a “Mademoiselle” de Louvigny que no asistiré a la Santa Misa sin que...

Pero, en ese momento, impidiéndole terminar la frase, un carruaje tirado por dos caballos apareció por la esquina próxima... Lo miró emocionado... Se encaminaba hacia la Iglesia... Luego las armas de la familia se destacaron en el escudo a sus ojos muy abiertos, como deslumbrados por un encantamiento, después de unas horas tan mortificantes de incertidumbre...

Camilo saltó del pescante, extendiendo la alfombra de fibras impermeables... Descendió Dama Blandina, lentamente, bajo la lluvia... Rupert corrió para ayudar con el paraguas apropiado para tales momentos, gentil y servicial... ¡Y Otilia, vestida de terciopelo negro, adornada de rosas blancas al natural, pálida y linda cual madona de una esfera ideal, descendió tímida... y vio ante ella, emocionado y tembloroso, a aquel a quien intentaba lastimar!

Luis la miraba, la absorbía en el fulgor de sus grandes ojos habituados al dominio, midiéndola minuciosamente, como examinando, ansioso, las facciones, el porte, los cabellos, los

vestidos, los caprichosos adornos...

Saludándolo la hermosa La-Chapelle con una venia obligatoria, inclinándose graciosamente, con respeto y distinción, pues no ignoraba que se encontraba delante de un Príncipe, después de que, mirándolo con ternura y angelical timidez, exclamó bajito, impregnando de un dulzor intraducible el tono de voz en que se expresaba:

- Mi Señor, perdonad... La violencia de la lluvia...

Pero, Luís no la dejó terminar. Se inclinó también él, y allí, aún en la puerta, le tomó ávidamente de las manos y las besó con fervor:

- No diga nada... fue lo que pudo decir, susurrante, y se calló... En seguida, le ofreció la mano, sobre la cual ella apoyó la suya, que como tan bien describió Rupert, parecía hecha de pétalos de rosas... y la condujo hacia la Capilla mayor, haciéndola arrodillarse a su lado, sin pronunciar ni siquiera una palabra...

Las ceremonias sobrepasaban el espacio de una hora. El rostro oculto entre las manos, la falsa Otilia se diría que estaba afligida delante de Dios, orando con especial desprendimiento de las cosas mundanas. Por lo menos esa era la convicción del altivo Capitán de la Fe, que en su orgullo de mandatario todo lo veía y comprendía según sus propios deseos. De vez en cuando, se volvía hacia ella, observándola con ansiedad y pasión. Pero, Otilia se mantenía ajena, sin levantar los ojos ni siquiera hacia el altar...

¿Qué precipitados abismos se rasgarían a los pensamientos de la joven renana durante aquella hora tan larga, en que parecía que todos los clamores infernales hacían eco en su alma en atronadores torbellinos, incentivándola a la aventura intrépida, aterrándola frente a la inmensidad de las

tinieblas en que se precipitaba?...

¡Y ella pensaba, pensaba, ajena al amor de Dios, y del deber, mientras Monseñor oficiaba y dos ojos tiernos y amorosos la envolvían en cariñosos efluvios, que serían como llamas inextinguibles que las desgracias y el curso del tiempo no lograrían amortiguar! Y, pensando, argumentaba consigo misma, evaluando razones para el proseguimiento de la tarea poco gloriosa que prometió realizar a la amiga moribunda en horas de funestas depresiones morales:

¡Regresaba, en comparaciones hirientes, a la Renania querida, su hogar apacible y protector como un albergue en el Paraíso, sus padres venerados y buenos, amigos de la propia familia como de extraños, que la adoraban como si adorasen a querubines de los Cielos! Recordaba, con el corazón atormentado por imborrables torturas – a Carlos Felipe – el hermano adorado, su segundo padre cuyos consejos y lecciones extasiaron su alma durante largas veladas de la noche; Carlos, el amigo tierno e incondicional, que confesaba a los propios padres amarla por encima de todos los demás afectos, y cuyo sentimiento espiritual por ella misma se desdoblaba a través de los tiempos, porque remontaba a un pretérito remoto... Allí estaban, reproducidos brillantemente en sus más dulces recuerdos – el oasis en que se recuperaba de las crueldades del presente – las encantadoras tardes de los domingos, cuando ella, graciosa, mimosa, ídolo de la familia entera, la divertía cual artista consumada cantando las sugestivas canciones escritas por el hermano y adaptadas a las melodías del Reno, al son de la cítara o del arpa... Oía, otra vez, como golpeando desoladamente en el dolor de sus nostalgias, la voz de los seres queridos, que nunca más podría volver a ver... las risas de los sobrinos pequeños, junto a los cuales pasaba horas maravillosas jugando y corriendo por las terrazas y corredores del Castillo... hasta que, viéndolos cansados, los llevaba a dormir en las confortables cunas...

¡Pero, todo eso, que fue su mundo, esa celestial dicha que hiciera su alegría, que fue la esperanza de sus sueños, su propia vida, ese hogar donde se sentía protegida contra las

embestidas del mal, que jamás imaginara perder – no existía más! ¡Desapareció en la vorágine de la desgracia! ¡Fue sólo un lindo sueño de su infancia, una confusión sentimental de su juventud ardiente, la cual se consumió en la decepción amarga de un rudo, inesperado destino! ¡Sólo existía, ahora, una pesadilla tenebrosa que deshizo la paz de su corazón en otro tiempo creyente y angelical, animal salvaje pisoteando vidas y derramando sangre, dolor y luto – aquel hombre que estaba allí, a su lado, y a quien, por primera vez, debería destruir! ¡Y ese hombre fue el destructor de su hogar, de su felicidad, monstruo apocalíptico, que cayó sobre sus seres queridos, destrozándoles sus vidas... vampiro clerical transmitiendo muerte y devastación al aleteo de sus negras alas pervertidas... creyente hereje y maldito, valiéndose del santificado nombre de Dios!... ¡Bárbaro y diabólico teólogo, que no detuvo el machete segador ni incluso ante los ancianos y niños!... ¡El detestado y miserable homicida religioso! ¿Qué castigo es bastante digno de tu crimen?... ¿Cómo sabría ella herirte un día, vengando a aquellos queridos seres caídos entre borbotones de sangre?... Por el odio hacia ti ella repelía, ahora, la propia creencia en aquel Dios que Carlos Felipe tanto amaba... porque, si continuase respetando a ese Dios, sería necesario, sería urgente perdonar y olvidar, porque, si así actuase, se sentiría indigna de sí misma, porque sería pasiva ante la ofensa, ante el insulto, ante la villanía, ante el crimen.

¡Aquel hombre monstruoso, asesino diabólico, detestable, allí estaba, muy junto a ella! ¡Sentía el ardor de su mirada cargada de vibraciones apasionadas pesar sobre sus sutilezas psíquicas, quemándole la propia alma, produciéndole un odioso malestar! ¡Sentía evaporarse de él, revolviendo su olfato hasta las náuseas, un olor agrio de rosas secas, alhucema e incienso, con que, al bufón de sacristías, le gustaría llenar el grotesco sayal de estudiante dogmático... y hasta le oía el palpar sibilante del ancho pecho encendido de emociones por ella... y sus detestables suspiros, que tenían por blanco a ella misma, que lo odiaba tanto!...

¿Cómo soportaría tal situación para poder vengarse de él?... Quisiera asesinarlo ya, para evitar su odioso contacto... y lo habría hecho si pudiese, ante aquel altar que ella despreciaba y abominaba con todas las fuerzas de su alma rebelada, porque era el altar de su Fe, de la creencia que él amaba... ¡Quisiera también huir de allí, gritar, decirle a él y al mundo entero, con insultos feroces, que ella, que estaba allí, cuyas manos él acababa de besar fervorosamente, era una “hugonote” y se alegraba de serlo, que no era una Louvigny, sino la propia sobreviviente de la masacre de La-Chapelle, la cual él cazara con empeño, para asesinar igualmente!

Algunos minutos más... y sus nervios, delicados y exhaustos, no soportarían más tan violenta tensión...

De pronto, sin embargo, sus pensamientos buscaron a Otilia, la amiga muerta en sus brazos, y de cuya identidad se apoderó para la temeraria aventura que comenzaba. Un insólito escalofrío, recorriéndole por la espina dorsal en una desagradable sensación helada, la hizo exhalar como un suspiro singular, seguido de otro y otro más, profundos, atormentados... Luís la miró, con curiosidad, tierno y satisfecho, seguro de que sería por él que la joven se emocionaba tanto... Ella, no obstante, Ruth-Carolina, la falsa Otilia, presintió a su lado la sombra de la amiga muerta, tal como esta misma había prometido para la oportuna ocasión, antes de verificar su deceso... Juraría a sí misma que no la presentía tan solamente, sino que, en realidad, la veía, llorosa y persistente en el propósito de vengarse... Y no solamente la veía... sino que afirmaba a sí misma que la amiga difunta repetía a sus oídos, murmurante y trágica, tal como en el día en que sellaron las bases del pacto vengador:

- “¡Intriga, Ruth! ¡Intriga, traiciona, miente, hiere! Porque serás aplastada si no lo haces... Eres especialmente bella... y una mujer bella como eres conseguirá remover cielos y tierras, si se decide a unir la disimulación y la osadía a la belleza de que eres dotada... Luís de Narbonne es presa fácil de conquistar... Hazte amar por él... es la única arma que podrás empuñar... y venga a tus muertos queridos,

serviéndote del amor que sienta por ti... No temas que descubran el engaño de la personalidad... Te defenderé contra todos los peligros, hasta incluso contra Artur... No vaciles, pues... Lo prometiste... Lo prometiste...”

Y así fue que, cuando el vicario oficiante terminó la solemnidad y, sorprendido, miró a su discípulo, el “Incorruptible Capitán”, embebido en la contemplación de una hermosa madona que se mantenía a su lado – ella, a su vez, miraba a Luís con ojos dulces e ingenuos, y la sonrisa más casta e infantil que él jamás pudiera suponer que existiera acompañando a los demás encantos femeninos...

Las antiguas mansiones religiosas, o Iglesias, tenían en las sacristías dependencias particulares preparadas para hospedar a personas ilustres. Eran residencias, casi siempre con amplias salas para las reuniones solemnes, asambleas culturales, estudios, donde los casos importantes de convivencias religiosas o políticas, intrigas y hasta crímenes podían ser discutidos. Acostumbraban hacer allí, hasta incluso las refecciones, personajes vinculados a la Iglesia, según fuesen las circunstancias. Luís de Narbonne era de esos personajes cuya posición social se imponía a imágenes que transitasen en la política religiosa de la época. Si como discípulo se muestra atento a los deberes que le cambian, como hombre, como príncipe y militar sería voluntarioso y altivo hasta incluso frente a representantes de la Iglesia. En aquella mañana, por tanto, él convidó a la supuesta Otilia de Louvigny a un ligero refrigerio a su mesa, después de la Misa y de la comunión, a las cuales ella se sometió, presentándose incluso hasta el acto de la confesión, con la intención de infundirle confianza. A sus protegidos religiosos del momento el Capitán de la Fe la presentó, respetuoso, como la Condesa de Louvigny, hermana del valeroso Coronel-Conde del mismo nombre, en esta ocasión encargado de una escrupulosa misión en el extranjero. Ruth-Carolina recibió una perfecta

educación. Supo, por tanto, atenerse, delante de extraños, a principios y actitudes que, si no cautivaron las simpatías de los clérigos que rodeaban a Luís, por lo menos se impusieron por una acentuada distinción. En la mesa, pues, de la refección que Luís le ofrecía, mientras Blandina d'Alembert la esperaba al lado de Rupert, la joven afirmó a su garboso Capitán que pretendía presentar también a la tarde de aquel día sus respetos y homenajes a Sus Majestades Catalina de Médicis y su hijo Carlos IX.

- Pretendía – afirmaba – ofrecer sus servicios a la gran soberana, o por lo menos, ponerse a su disposición para la ocasión de poderle ser útil alguna vez...

El bello teólogo la miró, con el ceño fruncido, con intenciones de desaconsejarla del intento, sin que la joven lo pudiese haber notado.

- Es inexperta en la Corte, pensó él, al oírla. Ignora los excesos de los que será capaz la Reina de Francia en las personas de las jóvenes provincianas que se ofrecen a sus servicios... Pero, estaré vigilante a su lado, preparado para orientarla y defenderla de cualquier trampa... pues seguramente Catalina de Médicis la tomará para sus servicios secretos, lo que sería lamentable...

No obstante, calló tales pensamientos, incapaz de una intriga y de la maledicencia, pues sabía ser discreto, incluso cuando tendiese a un fin útil. Unos instantes después él respondió a la joven, atenta:

- Es una Louvigny, Condesa... Debe hacerlo... Será, efectivamente, un deber... Me tendrá a su disposición para acompañarla... Solicitaré ahora una audiencia especial para tener el honor de presentarla a nuestra Reina... Tomo para mí el honor de ser su Caballero en los escondrijos de la Corte...

Ella sonrió, deshojando sobre la mesa una rosa de las que llevaba prendidas en el vestido, cuyos pétalos él recogió con galantería impropia de un pretendiente a la sotana clerical...

- ¡Aún no me reveló su nombre de bautismo, Condesa!...
– exclamó repentinamente, evitando declarar que la conocía a través de la indiscreción de un criado del Palacio Raymond a su escudero.

Se acentuó la extraña sonrisa que afloraba a los labios de la singular joven, la cual se limitó a provocarlo con una mirada pícara, que tuvo la virtud de encantarle aún más:

- Dejo a vuestra sagacidad el trabajo de descubrirlo, mi Señor...

- En ese caso, yo tampoco revelaré el mío...

- Si sois el amigo de infancia de mi hermano, compañero de estudios en el Convento de los Dominicos, conforme asegura mi institutriz, Blandina d'Alembert, que os conoce, solamente podéis ser el gran Luís de Narbonne... el Caballero más leal y más poderoso de Francia...

Al despedirse, él le confesó que ponía a sus pies todo el poder del que disponía y todo su corazón, para amarla y servirla...

- ¿Cómo es eso? – interrogó con audacia y malicia. ¿No pretendéis tomar órdenes clericales?... Lleváis un tan honroso uniforme...

- Así lo pretendía...

- ¿Y ahora, Señor mío?...

La miró con melancolía y una ternura infinita, y prosiguió:

- ...Ahora, mientras el mundo sea mundo y la esencia divina palpite en mi alma, pertenecerá a su amor, Condesa...

¡Es un juramento prematuro, Señor mío... sonrió, saltando al escalón del carruaje, niña mimada al borde de un abismo secular, incapaz de suponer que, a pesar de todo, aquel corazón tenía bastante generosidad para saber querer bien,

con un fervor idéntico al que su propia familia, por quien lloraba le consagraba!

En verdad, Catalina de Médicis sería la verdadera voluntad para conducir el gobierno francés bajo un puño de hierro, correspondiéndole a su hijo Carlos IX, el Rey, casi solamente consultarla, escucharla y obedecerle. Ese gobierno sombrío lanzó para la responsabilidad de su dirigente coronado muchos disturbios y grandes disparates que de preferencia deberían pesar en la conciencia de la Reina madre, uniéndose a su ya muy extenso bagaje particular de arbitrariedades practicadas contra el pueblo, los amigos y los enemigos. Por eso mismo, antes de que se presentasen homenajes al Rey, se presentarían primeramente a ella, ya que, aunque se sintiese alguien en las buenas gracias de aquel, nada le aprovecharía si le fuesen negadas las simpatías de la Reina. Esa mujer valerosa y cruel, arbitraria e inteligente, caprichosa y realizadora, como notable regente, porque amiga del orden y severa en aquello que entendiese por cumplimiento del deber, absorbía con sus tentáculos poderosos e insaciables las mejores fuerzas existentes en el carácter de los franceses de entonces, no concediendo si no migajas de poder a los tres hijos que fueron reyes de Francia y cuya corona ella misma era quien mantenía en sus cabezas frágiles e incapaces, con la firmeza de su genio político. Si ese genio pecó por la corrupción de la crueldad fría generalizada, es una cláusula que no apreciaremos en estas páginas. Imaginaremos, con preferencia, de lo que será capaz ese mismo genio, masculino y fuerte, intrépido y producente, el día en que, completamente reequilibrado en los planos de la Justicia y del Amor, concediera al mundo, en verdaderos beneficios, lo que en el siglo XVI realizó en maleficios. Y rindamos así, en estas páginas, cuyo intento no será otro sino el del análisis constructivo, los homenajes que, por dádiva de Dios, ha de merecer en los días futuros, tras el aprendizaje comprometido, pero reconstructor, de las reencarnaciones terrenas.

Ruth-Carolina, u Otilia de Louvigny, fue recibida por esa mujer singular en la tarde de aquel mismo día. Luís de

Narbonne obtuvo la audiencia deseada, y el nombre de Louvigny, usado por ella, era muy allegado al trono, en el pasado, con Francisco I y Enrique II, a través de los antepasados y del padre de Otilia, y en el presente con su hermano Artur, para que la Reina despreciase oír a alguien que aún lo trajese grabado en los blasones.

La falsa Otilia, como vimos, venía siendo educada para convivir en la Corte de Alemania, cuyos ceremoniales y protocolos serían más rigurosos y pulidos que lo eran los exigidos por la Corte francesa. Sabría, por tanto, conducirse agradablemente en presencia de soberanos, porque lo hacía destituyéndose de cualquier afectación, pero sirviéndose de gran respeto y graciosas actitudes. Fue, pues, sin ninguna expresión de nerviosismo, sin ni siquiera perturbarse con un solo reflejo de emoción, que atravesó, de la mano del Capitán de la Fe, las antecámaras repletas de cortesanos curiosos, que la observaban con interés... y se encontró ante la Reina madre – la misma mentalidad cuya política traicionera exigió la masacre de los indefensos “hugonotes”.

Luís la presentó, valiéndose del introductor particular de la soberana, y, discreto y justo, se retiró, habiendo saludado a la Reina, la linda provinciana, con una inclinación solemne, como no lo hubiera conseguido hacer ninguna princesa.

La madre de Carlos IX la miró detenidamente, el ceño fruncido, los ojos fríos y penetrantes. Ruth soportó aquella mirada sin emocionarse, sin desviar los ojos. Sólo se permitió un nuevo saludo, suavizando el recuerdo de que a esa mujer fea y marmórea, cuya piel seca y liviana recordaría la piel de un cadáver, debía la tragedia que enlutó para siempre su vida. Pero, se repitió a sí misma lo que respondió a Blandina y a Gregorio, en la víspera:

- Prefiero no quejarme de esta... Preparó la masacre de “hugonotes”, es cierto, pero sin nombrar a los de Brethencourt de LaChapelle... A estos, quien los buscó para asesinarlos fue Luís de Narbonne...

Catalina era una mujer de sentimientos fríos, digamos,

interesada, ambiciosa, profundamente calculadora. Observando desde el primer momento la singular hermosura de la falsa Otilia, su gracia verdaderamente seductora, sus modos angelicales, sus expresiones infantiles, cautivantes, pensó, mientras la envolvía con la mirada:

- Es una excelente ayudante para la política del trono de los Valois... Una mujer así joven, bella, sabrá sacar los secretos de muchas personalidades muy bien situadas, incómodas o sospechosas de enemigas de Francia y de los Valois en particular, aquí como en el extranjero...

Se volvió hacia su primera dama y dijo con aquellos modos incisivos y rudos, que jamás conocerán réplicas:

- Id con las demás... Deseo permanecer a solas con la visitante de Louvigny... Que no me interrumpen...

Las damas se retiraron, sumisas, entre reverencias respetuosas, mientras la supuesta Louvigny se halló en el deber de agradecer la deferencia, inclinándose nuevamente, graciosa y refinada. No pronunció aún una palabra. Catalina no le preguntó aún: No había, por tanto, permiso para que hablase.

A solas las dos mujeres, ¿qué vibraciones análogas intercambiaron mientras se miraban?... Súbitamente, no obstante, habló la Reina, permaneciendo de pie la visitante, situada ante ella, y ella sentada en su alta silla, que se diría el trono en la intimidad:

- ¡Tú no eres una Louvigny! ¡Eres descendiente de los Brethencourt de La-Chapelle!...

La hermana de Carlos no se pudo librar de un gesto de espanto, después dominado por una serenidad intraducible, respondió con una nueva y respetuosa inclinación:

- ¡No tenía intención de engañar a Vuestra Majestad!

- Tú te pareces extraordinariamente a Carlos Felipe, a quien llegué a conocer... dijo la soberana, sin parecer enojada.

– Los trazos fisonómicos, los ojos de los Brethencourt de La Chapelle, principalmente, son inconfundibles... No existen iguales en toda Francia...

- ¡Es verdad, Señora!

Comprendiendo que sería inútil pretender sostener una falsa identidad ante su Reina, que estaría bien informada siempre de cuanto pasase por el país entero, Ruth-Carolina modificó, con un razonamiento rápido como un lanzamiento impetuoso de sugestión exterior, el programa que se trazó, y prosiguió:

- ¡Es verdad, Majestad! Soy una Brethencourt de La-Chapelle, que, como sus antecedentes, estará lista para servir a su Reina y a Francia...

- ¿Sabes que eres atrevida y que yo podría ordenar tu prisión y hacerte condenar, por haberte apoderado del nombre de ilustres servidores de Francia para insinuarte en el Louvre?...

- Vuestra Majestad ha sido justiciera siempre en todas las órdenes para el bien del Reino... Si ordena mi prisión, me resignaré, sumisa... Mientras tanto, el trono de los ilustres Valois perderá, con mi persona, una defensora leal y muy capaz... y que aquí se presenta dispuesta a dar la vida para servirlo...

Catalina de Médicis estaba lejos de ser una inteligencia mediocre. Hábil política, muy concedora de las pasiones humanas, incrédula del desinterés y de la lealtad gratuita de aquellos que afirman servirla, preparados a morir por el trono, pero segura de que a todos les moverían intereses propios, preguntó en seguida, juzgando bastante interesante y prometedora la desenvoltura de la joven provinciana:

- ¿Qué te lleva a desear servir al trono de los Valois con el sacrificio de la propia vida?...

- ¡Señora, es el odio! ¡El deseo de vengarme de un

enemigo!...

- ¡Oh! ¿No será, ciertamente, odio a alguien allegado al trono?...

- ¡No, Majestad! Lejos de eso... es enemigo del trono... Respeto a los amigos del trono como al propio trono, porque venero a las personas de mis soberanos...

- ¿Quién es, entonces?...

- ¡Luís de Narbonne!

- ¡Ah!... Comprendo...

- Permita Vuestra Majestad... y lo apartaré no sólo de mi camino, sino del camino de quien no se sienta seguro con su presencia alrededor de sí...

Fluidos pecaminosos, pero comprensivos, entrelazaron la mente de las dos terribles mujeres, que se volvieron cómplices de un gran crimen a partir de aquel momento. Ellas se examinaron y comprendieron que una a la otra serían de verdadera utilidad. Ruth, emocionada, palpitaba el pecho y tenía las facciones rojas. Catalina no cesaba de mirarla, meditando sobre las ventajas de aquella alianza.

- ...Y por eso usurpaste el honrado nombre de los Louvigny... – murmuró ella, como exigiendo detalles.

- ¡Señora, yo no lo usurpé! Utilizo ese nombre bajo la autorización de la verdadera Otilia de Louvigny, que era novia de mi hermano Carlos y murió en mis brazos, de quien recibí instrucciones para la realización de esa misión vengativa, la cual no pretendo apreciar si es honrosa u odiosa, y a quien prometí, sobre las Santas Escrituras, obedecer...

Entraron en entendimientos. Ruth narró su odio, su deseo de castigar al que destrozó su familia. A la Reina poco importarían los motivos que pudiesen llevar a aquella insignificante criatura a desear aniquilar a un hombre como

Luís de Narbonne. Mientras tanto, la propia Catalina tenía bastante experiencia, referente a los individuos, para dudar de la posibilidad de una mujer frágil, pero astuta y audaz, destrozarse el destino y hasta la vida de un hombre, por más poderoso que fuese y altamente situado en la sociedad... Lo que a ella, a Catalina, más le importaba era, efectivamente, apartar al Capitán de la Fe de estar cerca del trono, donde día tras día más incómodo se tornaba... Que aquella provinciana pretenciosa y atrevida lo apartase, pues, como bien le pareciese. ¡No sería la primera vez que su poder de gobernante se serviría de manos ignorantes y frágiles para garantizar el esplendor y la estabilidad del inquebrantable poder de los Valois en el suelo de Francia! Si, después, esa peligrosa La-Chapelle se volviese igualmente incómoda... sabría cómo hacerla desaparecer... En la Bastilla no faltaban mazmorras discretas para tumbas... y en los armarios del Louvre proliferaban drogas mortíferas con que enriquecer los vinos al brindar enemigos siempre incómodos y amigos vueltos peligrosos...

Consciente de toda la intriga, ella que era, por cierto, la mayor intrigante de Europa, replicó, haciéndose severa para conocer mejor a la servidora que caía a sus pies:

- Tu familia, integrándose a la herejía luterana, traicionó a Francia... ¿Por qué, pues, deseas vengarte del Conde, si su ejecución fue un decreto que abarcó a la colectividad de “hugonotes”?

La joven La-Chapelle se sonrojó, pero respondió con firmeza, indiferente a la reacción que la soberana pudiera aplicar:

Lo que sé, Majestad, es que, luterana o no, yo amaba a mi familia por encima de todo este mundo, y entendía que era fiel servidora de Francia y leal en el respeto para con el trono... De los ejemplos que junto a ella aprendí, es que hoy consigo fuerzas para igualmente servir a mi país y respetar a mis soberanos... ¡Pero, a Luís yo lo odio y jamás, jamás lo perdonaré! Los míos no hubieran sucumbido a la reacción aplicada a los “hugonotes” si su saña asesina no los hubiera

descubierto en el aislamiento pacífico en el que vivían, apañando la tierra y socorriendo a la pobreza... Vuestra Majestad misma ignoraba que los de La-Chapelle fuesen “hugonotes”...

Pretendiendo confundirla, Catalina replicó también, sin permitirle oportunidad para meditar la respuesta:
¿Y tú, a qué partido perteneces, a la Iglesia, a Lutero o a Calvino?...

Y ella, vivaz y sincera:
¡Majestad! ¡Yo sólo vivo para una finalidad, y esta es la venganza, tan ruda como me lo permitan mis fuerzas, contra la persona de Luís de Narbonne!...

Decididamente, la cándida azucena de los campos de LaChapelle, ahora transformada en demonio vengador, como tan bien la cualificó la agonizante de Louvigny, agradaba a la soberana de Francia, porque, a esa confesión tan espontánea y significativa, respondió, pasados algunos instantes:

- Entonces, tendrás que actuar rápidamente... Y para mayor seguridad de tus propósitos... mantenemos al Coronel Louvigny en una nueva misión en el exterior... Su presencia aquí, en estos momentos, sería desastrosa...

- ¡Muy agradecida, Majestad!

- Si el Conde descubre tu enredo, te aplastará sin piedad... Mil persecuciones caerán sobre ti... y yo deseo permanecer al margen de lo que suceda...

- ¡Sí, tal vez, Señora mía! Tal vez yo sea aplastada... Pero estoy segura de que lo arrastraré en mi caída... y es eso justamente lo que deseo... Luís de Narbonne me confesó hoy su pasión por mí...

- ¿No imaginaste que eres excesivamente atrevida y peligrosa y que yo podría aniquilarte, ahora, en este momento, sólo con un gesto, haciendo venir al Conde y revelándole todo cuanto acabas de decir?...

- Majestad, yo hablo con el corazón a sus pies, sin ocultar nada... Ante mi soberana, por tanto, no seré peligrosa... Luís de Narbonne, sí, es una amenaza constante para el trono de Francia y Vuestra Majestad no lo ignora... mientras que yo soy la persona indicada para apartarlo de una vez para siempre... ¡Si le place a Vuestra Majestad aniquilarme, hágalo! Es la soberana, poderosa y justiciera, y a mí me corresponderá solamente acatar sus decisiones, inclinándome a ellas... ¡Pero, Señora, yo le ruego una gracia antes: concesión y un pequeño plazo para, antes de morir, destruir al Conde de Narbonne!

La conversación se extendió aún por algún tiempo. Interiormente, Catalina se confesaba satisfecha. ¡Aquella La-Chapelle, de quien hasta el nombre de pila ignoraba, era, realmente, el inestimable presente que el Infierno le enviaba en la ocasión precisa! ¡Sí! ¡Sí!

¡El Príncipe la buscaba profundamente! ¡Incomodaría al trono, por tanto! Decían los cortesanos, siempre celosos de intrigas y maledicencias – y a su carácter de Reina le convenía creer – que el Capitán estaría entendiéndose con altos poderes de la Iglesia, esperando posibles apoyos para realizar radicales cambios en el poder, como bastardo que sería él de su difunto esposo Enrique II. Ciertamente que la dinastía de los Valois no le permitiría motivos para una aventura de tan alto significado... ¡Pero, era cierto que el joven Capitán era poderoso también, contaría, tal vez, con el apoyo de la Iglesia para cualquier emergencia... y cuántas incomodidades y esfuerzos costarían a ella misma, a Catalina, para aniquilar sus embestidas!... Oscureció el hecho de que aquella muchachita descendiera de “hugonotes” y decidió que de su odio se serviría para servir a su propia política, concediéndole libertad de acción y hasta favoreciéndole los intentos.

Y así fue que, cuando la puerta de la antecámara se abrió y un criado avisó al camarero de plantón que Su Majestad deseaba hablar al Príncipe de Narbonne, este, que se mantenía a la espera, acudió presuroso, viendo que la Reina mantenía un gesto de sonrisa en los labios lívidos y que la joven a quien presentó hacía poco se mostraba risueña y

radiante, revelando que una gran satisfacción se apoderaba de su corazón.

- Conducid a la joven Condesa a su casa, Señor Conde... Debemos velar cuidadosamente por ella, en la ausencia del hermano, nuestro amigo... Y recibir mis saludos por el recuerdo que tuvisteis de encaminarla al Louvre... dijo Catalina, amable, extendiendo la mano para ser besada...

Por un momento Luís sintió una insólita aprehensión que le turbaba el ser. Él sabía que la Reina, al condenar a un enemigo o a un amigo caído en desgracia, mostraba afabilidad... Pero, el encantamiento producido en su alma por la hermana de Artur lo imposibilitó de examinar debidamente el verdadero significado de aquel inhabitual gesto de su soberana... Sonriente, pues, extendió el brazo a la hermosa renana y la llevó bajo la mirada fría e impenetrable de Catalina de Médicis...

PERFIDIA

Algunos días después, la supuesta Condesa de Louvigny se dirigió temprano para el Louvre, encaminándose inmediatamente para los apartamentos de la Reina. Corría la noticia, por las antecámaras, que una bella provinciana de las fronteras de Alemania fue admitida en los servicios particulares de la poderosa soberana, razón por la que viera ella, al entrar en el Palacio, aquella mañana, sonrisas amables saludándole la belleza e inclinaciones gentiles en señal de respeto. Lo cierto era que fue realmente aceptada para los servicios de la Reina, habiendo ésta recomendado ya al jefe de sus damas pusiese a Otilia al corriente de las costumbres de la Corte, facilitándole la adaptación, recomendación que a la joven provinciana le valió atenciones inmediatas de todo aquel mundo ocioso y adulator que gravitaba alrededor de la Reina madre.

Entretanto, la misma Otilia fue indicada, no para los desempeños propios de una dama o de una ayudante común, sino para el servicio secreto de la política de Su Majestad, lo que equivaldría decir que sus verdaderas funciones en el Palacio serían el espionaje, la intriga, es decir, la conspiración y el crimen. Sin embargo, Catalina era bastante sagaz e inteligente para declarar eso mismo de una Louvigny, lo que sería peligroso, principalmente cuando su primera presa, por intermedio de la linda joven, sería Luís de Narbonne. A este le hizo constar, por tanto, que adoptaba a Otilia de Louvigny, en la ausencia del hermano, mientras la misma ayudaría en la expedición de la correspondencia y la contabilidad en general, pues era culta, al mismo tiempo que la aprovecharía para divertirse con las mil y una interesantes gracias de las que era

portadora, durante las cortas horas de ocio que se permitía.

Satisfecho, el Capitán de la Fe tranquilizó la aprehensión que desde el primer momento de conversación con Otilia lo asaltó, pues al oírla decir, días antes, que tenía la intención de ofrecer sus servicios a la Reina, recelaba justamente que Catalina, ambiciosa y cruel, encaminase para sus famosos servicios secretos a aquella angelical criatura que ya dominaba su corazón y sus pensamientos.

Un enredo, una intriga en una Corte de soberanos del pasado, la cuidadosa preparación de la caída de personajes importantes, que deberían caer de los propios pedestales de honor y validez natural, sin que verdaderamente nadie pudiese ser acusado por el hecho, era arte político, artimaña delicada que exigiría, de su ejecutor o ejecutores, un acierto esencialmente satánico, un disimulo y una inteligencia a caso superiores a los que se exigirían de un verdadero genio del teatro. La falsa Otilia, con sus maneras angelicales y su deslumbrante hermosura, sería la intérprete ideal para las intrigas del Louvre, en los días inquietantes del sombrío gobierno de Carlos IX.

En su primer día de servicio, pues, terminadas las audiencias de la Reina y entendimientos con los ministros, delegados del pueblo, embajadores, jefes militares, representantes del clero, etc., la soberana creyó oportuno reunirse con su corte de damas y ayudantes, pasando revista a las recientemente admitidas, con el fin de examinar sus posibilidades. En tales ocasiones había confabulaciones colectivas y particulares, pues jamás esa personalidad sombría que se llamó Catalina de Médicis ordenaba algo a sus espías y agentes en presencia de otros espías y de otros agentes. De ese modo, ella estuvo largo tiempo examinando a Otilia, sin que uno sólo de sus asistentes sospechase que la joven de los cabellos de oro sería allí la más terrible intrigante, a quien misiones espinosas, como la caída de Luís de Narbonne y enredos que envolviesen a los Señores de Guisa, serían confiadas. Hizo, por tanto, que allí, en el salón donde se reunían, Otilia demostrase cómo se portaría en un

baile de la Corte o en un banquete, qué haría ante un galanteo del Rey, de un Príncipe o de un Duque o ante la impertinencia de una dama; cómo conversaría con un político sospechoso de adversario del trono o reconocidamente favorable; con un embajador, un representante de la Iglesia, etc. Otilia salió tan bien de las pruebas, como no lo haría una actriz consumada, revelando alta clase para el disimulo, astucia y argucia, lo que no dejó de impresionar a la propia Reina, que murmuró para sí misma, mientras admiraba su diabólico talento:

- ¿Quién sabe si esta notable La-Chapelle antes desea la ruina del trono y no propiamente la de Luís de Narbonne?... Sería buen consejo, en efecto, mandar espiarla de cerca... ¡Ay de ella, si pretende burlarse de la Reina de Francia!

A continuación, se encerró con ella en la cámara privada, para conversaciones particulares de costumbre:

- Hiciste mal en utilizar el nombre de los Louvigny, jovencita... Ahora ya no lo podemos quitar, ya que de Narbonne te supone realmente una Louvigny... ¿Por qué no me buscaste antes de hablarle?... Tú me servirías grandemente, sin ese maldecido nombre... Eres incomparable en el arte de disimular y mentir...

- Majestad, confieso que me encontraba desorientada, no maduré bastante el programa a ser ejecutado... Mi única intención era herir a de Narbonne de cualquier forma... y mi propio nombre sería un impedimento... Sin embargo, prometo a Vuestra Majestad que, incluso bajo la usurpación de un nombre, trabajaré según los deseos...

- Podías haber elegido otro... Artur es un personaje agradable al Rey...

- No inspiraría confianza a de Narbonne... Y tenía que ser un nombre conocido y respetado, ya que utilizar el mío sería imposible... Mi propia amiga, hermana del Coronel de Louvigny, dueña del nombre, me sugirió usarlo, para mejor efecto, después de su muerte, conforme ya tuve el honor de

explicarle a Vuestra Majestad...

- Haz como quieras... Mantendré al Coronel alejado, mientras sea posible...

Pensó durante algunos instantes, y después continuó:

- Te daré libertad de acción para el caso de Narbonne... pero, exigiré de ti que indagues de él noticias detalladas referentes a los Duques de Guisa... Son amigos... y dicen que los de Guisa conspiran...

- Así lo haré, Señora, y quedaréis contenta con la humilde sierva... respondió la falsa Otilia, recordando las instrucciones de la amiga agonizante, cuya alma se diría que también inspiraba a Catalina en aquel momento.

- Dentro de tres días habrá un baile en el Municipio... – volvió la Reina, delineando un programa del cual solamente ella estaría segura – pero no podrás asistir a él, ya que aún no fuiste presentada a la Corte... Con todo, estarás allí hoy, con las demás damas, a las cuatro de la tarde, examinando la decoración, para que sea satisfactoria... La Caballería del Conde pasará por allí a esa hora, más o menos... Será útil para tus intenciones que él te vea también hoy en aquel lugar... Procura cautivarlo delante de testigos, provocando, ingenuamente, algo escandaloso durante vuestra conversación... Refúgiate después aquí y no consientas, de ningún modo, en verlo y hablarle... Mañana entrarás en un Convento cualquiera, que yo escogeré, donde pasarás de seis a ocho días por orden mía, a título de ayunos y penitencias para servir a tu Reina con el corazón limpio y la conciencia tranquila, después del escándalo provocado por tu inconsciencia junto a Luís de Narbonne... pero en verdad con el fin de observar la reacción de la que será él capaz ante el rigor aplicado contra ti... Le informarás de todo a través de una carta llena de pasión... Será una buena táctica excitarlo... pero, abstente a expansiones perjudiciales... Es un hombre de costumbres severas y honestas... y mucha facilidad en el amor le chocaría, provocando, seguramente, su desilusión, ya que las damas de Louvigny siempre fueron consideradas muy dignas...

y que el único medio de realizar tus intenciones en torno de él será a través de su amor por ti y de la confianza que le inspires...

- Entiendo, Majestad...

Y realmente lo entendió, porque, si con esmero Catalina la instruyó para el desempeño de la ingrata aventura, mejor aún la infeliz hermana de Carlos se desinteresó del papel que le correspondería encarnar.

Llovió, no obstante, todo el día. El invierno se anunciaba crudo a través de los aguaceros sin interrupción. Soplaba el viento anunciador de las nevadas abrumadoras. El baile del Municipio, esperado bajo una ansiosa expectativa desde hacía quince días, era ofrecido a la alta burguesía, que se mostraba fiel al trono en aquellos días tenebrosos, cuando aún se estremecía al recuerdo del 24 de agosto. Por la tarde, amainando el tiempo, Catalina de Médicis permitió a algunas damas de menor destaque ir a valorar la decoración del Palacio, que, según afirmaban, era suntuosa, presidida, como fue, por algunos de los mejores artistas de la época, y digna, por tanto, de los salones del Louvre.

¡Seguramente que los ricos y poderosos burgueses bien lo merecían! Se trataba de la clase ejecutora, preparada para batirse y hasta sacrificarse por la realeza, porque detestaba a la nobleza y despreciaba a la plebe, a las cuales intrigaba con el trono, siempre rápida a ofender y perjudicar a la misma nobleza, porque justamente la envidiaba por verla al lado de aquel, cuando a ella misma las leyes apenas permitirían, u opondrían, al mismo trono engrandecer con su dedicada labor.

Algunos pequeños nobles, no obstante, deberían acudir a ese baile, así como un representante del Rey, el cual, siendo así, descendería de su dignidad de monarca indiferente a las propias responsabilidades, sin ni siquiera ser informado de que lo hacía, tal vez ni incluso siendo conocedor de dicha solemnidad, y prevenido así por meros pasos políticos regionales, de los cuales la sagacidad de la Reina madre esperaba, como siempre, sacar provecho. Y hasta aquellas

gentiles señoras de Catalina, que en el Palacio del Municipio examinaban si los pliegues de los cortinajes caían bien a la izquierda, o más graciosamente a la derecha, si los candelabros de los portales darían buena iluminación, conjugada con las lámparas del techo, desearían ser agraciadas con la fortuna de comparecer al baile...

Ruth de La-Chapelle allá estaba entre las demás jóvenes, deslumbrante de gracia y belleza con un vestido blanco bordado en oro, con una suntuosa gargantilla del propio gusto de la Reina, que exigía para sus sirvientas las más distinguidas “toilettes”. Fingía alegría y admiración. Pero, si a alguien se le permitiese penetrar en su interior, descubrirían en su corazón emociones profundas, disgustos inquietantes, rebeldía y dolor, como fidelidad a su tétrica aliada – la Reina – que pareció sustituir la sombra de la agonizante de Louvigny en la dirección de sus intenciones, y con cuyas vibraciones maléficas desde su ingreso en el Louvre se afinó, gracias a las imposiciones del Espíritu de la amiga muerta en sus brazos.

Fiel a las recomendaciones de Su Majestad y una vez que estas venían al encuentro de sus propias aspiraciones, la joven renana se puso al acecho de la ronda que, cerca de las cuatro de la tarde, debería pasar por el Palacio Municipal, comandada por el Conde de Narbonne.

Ella se encontraba, en ese instante, en el piso denominado “sótano” cuyos balcones, suspendidos al nivel de la calzada cerca de dos metros apenas, permitirían a dos personas hablarse fácilmente, conservándose una de bruces en el mismo balcón y otra del lado de fuera, en la calle. Más o menos a la hora fijada, efectivamente se escuchó el rumor de la Caballería de Narbonne resonando en el pavimento de la calle el estrépito belicoso de sus mercenarios armados, en marcha lenta, demostrando fuerza y disciplina. Una pequeña multitud se asomaba a las ventanas de las casas y palacios contiguos, mientras, en los balcones del Ayuntamiento, damas y caballeros, que allí se encontraban casualmente, se asomaron curiosos, para ver a la famosa soldadesca,

considerada la más disciplinada y adiestrada de París. Eran de buen gusto, entonces, los aplausos de personas ridículamente sentimentales y aduladores, la admiración exagerada a todo cuanto se relacionase con la Iglesia y el Gobierno, y difícilmente alguien se privaría a tales demostraciones, las cuales serían antes exteriorizaciones de las conveniencias del momento y no espontáneos gestos de sinceridad.

Ruth se encontraba en un salón cuyos numerosos balcones, abiertos todos de par en par, hacían esquina con una calle y una plaza. Ella se asomó en el primer balcón que daba a dicha calle, desde que vislumbró a lo lejos la figura imponente del joven Capitán al frente de sus hombres. Recordó las órdenes de Catalina: “Provoca algo escandaloso...”

Cumpliría, pues, la orden... ¿Qué le importarían las intenciones de la soberana, si encerraban males para el detestado Conde, aunque redundasen en su propia ruina?... De otro modo, la pérdida de Narbonne era un hecho que particularmente interesaba a la Reina, y, fuese lo que fuese lo que esta tramase, necesariamente la ayudaría a alcanzar los propios fines...

Viéndola en el balcón, aun distante unos diez pasos, Luís sonrió, ardiente y feliz, con la expresión de un sincero encantamiento que hacía varios días sus superiores y cuantos lo rodeaban descubrieron en su persona. La saludó con distinción y familiaridad, a lo que Ruth correspondió con una reverencia graciosa, entre una sonrisa franca, pensando en Catalina... Sin embargo, lo hizo, y, con un movimiento rápido e imprevisto, que se diría infantil, dejó el balcón donde estaba colocada y se asomó en el inmediato, donde nuevamente esperó a Luís, viéndolo, por tanto, más de cerca, como la primera vez... La sonrisa del Capitán de la Fe se acentuó más, mostrando la hilera de dientes fuertes y blancos, que muy pocas veces antes le habían mostrado a los concurrentes... Ruth, entretanto, abandonó el segundo balcón, pasando al tercero... al cuarto... y al quinto... lo que dio por resultado acompañar el trayecto de Narbonne, viéndose de frente con él

durante todo el recorrido, no pequeño, que media desde la cuarta parte de la calle y de la plaza, que hacían esquina. Y ella lo hacía entre risas, dejándolo comprender el deseo que llevaba que él le hablase en aquella emergencia... Deslumbrado, aquel estudiante de Teología, de quien todos esperaban absoluta fidelidad a las exigencias del Clero y a quien creían insensible a los encantos de la mujer, sostuvo, de pronto, las riendas del caballo, haciendo parar a toda su garbosa compañía de lanceros:

- ¡Yo te saludo, gentil Condesa! – saludó él galantemente, parado bajo el balcón donde se encontraba la cautivadora jovencita.-

¡Hoy te encuentro más encantadora que ayer!...

A lo que la angelical hermana de Carlos respondió:

- ¡Salve, noble Caballero de la Fe! ¡Yo me juzgo feliz por esta dicha que el Cielo creó!...

Se rieron sin contención, como dos enamorados apasionados que se adorasen, y él, de repente, se acercó más, para susurrar como en una sentida súplica:

- Necesito verte más de cerca, querida mía... Dime dónde podré encontrarte... Estoy loco de amor por ti... No vivo, pero sufro, si estás ausente...

Ella sonrió con ternura, parpadeando las largas pestañas, con presunción:

- Con alegría atendería a Vuestra Alteza... Sin embargo, hoy es imposible... Su Majestad necesita de mis servicios...

- ¿Tendré que esperar, por tanto hasta mañana?...

- Os mandaré un mensajero...

- ¿Asistirás, acaso, a ese baile?...

- ¡No, Alteza! Su Majestad me prohibió hacerlo...

- Hizo bien... Será una reunión de burgueses, que no convendrá a la nobleza... Dame, entonces, algo de ti misma... como recuerdo... un pendiente, un lazo, una rosa como aquella otra, que aquí está, sobre mi corazón... y que me haga compañía hasta nuestro próximo encuentro...

Excitaba, deseosa, afectando a ojos extraños un realismo chocante, como si, efectivamente, la pasión amorosa del bello caballero tuviese la magia de despertarle emociones de amor, Ruth desplegó un lazo de su propio vestido y lo lanzó. Luís lo recogió en el aire, llevándolo a los labios como no lo habría hecho el más simple amante de Provincia, al recibir la primera dádiva de amor...

No obstante, prosiguió la marcha, emocionado, trastornado. Ruth, sin embargo, se quedó donde estaba, pues no había más ventanas: comenzaban otras dependencias... Pero, antes de girar a la derecha, saliendo de la plaza para entrar en una nueva avenida de la vieja ciudad, percibiendo Luís que no se había despedido convenientemente de su amada, vuelve las riendas del caballo, rápidamente, dejando a sus caballeros parados de repente, llegando nuevamente al balcón, donde Ruth continuaba asomada:

- ¡Te amo, Condesa! – exclamó, excitado y trémulo. ¡No puedo vivir sin ti!

Ella le lanzó el extremo de una mantilla, que él besó galantemente, recogéndolo enseguida, para besarlo en el mismo lugar... Y quien la observase, diría convencido: ¡Está perdidamente enamorada del Capitán de la Fe!...

La escena, espontánea y sincera, aunque liviana, por parte de Luís de Narbonne, pero premeditada y sumamente desleal por parte de la joven de La-Chapelle, fue presenciada no sólo por las damas que la acompañaban, sino también por cuantos caballeros y burgueses que, en el Palacio, se habían asomado a los balcones durante el paso del largo séquito, y por la multitud de los alrededores, que aplaudía, y más los hombres de armas de la misma compañía de Narbonne. Fue, por tanto, un acto público, impropio de personajes tan

importantes, y realizado sin temor, tal vez debido, justamente, a la cualidad social de los mismos personajes. La mayor parte de los espectadores, habituada a coloquios mucho más comprometedores y agresivos a la moral, cuando se trataba de las propias aventuras amorosas, se escandalizó y censuró, en cuchicheos maldicientes, la osadía de los dos enamorados. Unos pocos testigos, sin embargo, sonrieron llenos de benevolencia, hallándose en este número los propios mercenarios de Luís, mientras que algunas señoras que rodeaban a la rubia dama de Catalina intercambiaban ideas, enojadas y algo despechadas:

- ¡Su Majestad será informada de este escándalo!... ¡No hace más que llegar de la Provincia esta Louvigny y se revela indigna de la posición que ocupa!... ¡Qué poco respeto!... ¡Una dama de la Reina!...

Mientras otras comentaban:

- ¡Convengamos al menos que la provinciana supo escoger!...

¡Luís, el “Incorruptible”! La cualidad de la conquista nos habría animado a mucho más, a nosotros, parisinos... ¡Qué no haríamos para que el poderoso Capitán de la Fe cayese a nuestros pies!...

Sin más preocupaciones, Ruth-Carolina regresó al Louvre, procurando entrevistarse con la Reina, a quien contó circunstancialmente lo ocurrido durante la tarde. Catalina, que jamás despreciaba una información, la escuchó atenta, aparentando frialdad e indiferencia, con el ceño fruncido, como era habitual. Después de lo que murmuró como en un susurro, a propósito para solamente ser oída por su interlocutora, pues esa mujer precavida y maliciosa jamás hablaba alto o en un tono normal, sino discretamente, temiendo ser sorprendida por las propias paredes:

- Retírate ahora a tus aposentos y permanece allí incomunicada... y haz por llorar hasta que se te inflamen los párpados... Estarás presa por orden mía en tus propios aposentos... No te presentarás para la cena, por el disgusto

que te violentó en mi presencia por el escándalo de esta tarde... pues yo ya estaré informada de los acontecimientos cuando las damas presenten las quejas... Y mañana entrarás en la Mansión de las Franciscanas, donde te entregarás a penitencias por no haber respetado el decoro propio de las damas de la Corte, junto a Luís de Narbonne... Espera nuevas órdenes...

La joven se retiró, en efecto, a los aposentos que ocupaba, donde encontró servida una espléndida mesa para su alimento. Ruth sonrió satisfecha, diciendo a sí misma:

- ¡Esta momia de Catalina de Médicis es también mala, como no se cansaba de repetirme mi querida Otilia, siendo también vieja y terriblemente fea! ¿Qué pretenderá, forzándome a rebelarme públicamente con de Narbonne?... Será necesario que, mientras tanto, el mismo Narbonne me proteja contra ella... Vieja Reina, de entre las dos, ¿cuál será la más astuta?... Creo que mi Otilia sería, realmente, como afirma Gregorio, un agente de Satanás para perderme... pues siento que me transformé en un ser diabólico, desde el día de su muerte... ¡Otilia! ¡Otilia! ¡A mí, querida amiga! ¡A mi! ¡A mi! ¡Venga a nuestro Carlos a través de mis manos!... ¡Y defiéndeme de esta pestilente Catalina de Médicis!...

¡Lo que, sin embargo, la joven renana no podía prever es que Catalina de Médicis deseaba hacer incompatible a Luís con el Clero, por su intermedio, retirando de él las simpatías y la protección que hasta entonces habían establecido su poder y que lo rodeaban de invulnerabilidad; que, a los ojos de los hombres de la Iglesia, sería Ruth la única responsable por lo que le sucediese al Capitán... y que, para alcanzar tal finalidad, la astuta Reina iría a un extremo sacrílego que la inexperta joven, no obstante las malas tendencias que le eran naturales, estaría lejos de evaluar! Lanzando a uno contra el otro, es decir, posibilitando el caso amoroso de ambos, Catalina sabía que se libraría de los dos, pues, no obstante reconocer las habilidades de la joven sirvienta, no aceptaba que esta pudiese sobrevivir a la lucha en la que el Conde debería sucumbir.

Entretanto, la noche de aquel mismo día, las demás damas vieron que la joven provinciana no comparecía a la reunión que invariablemente seguía después de la cena, como igualmente tampoco compareció a esta. Corría la versión de que Otilia de Louvigny fue amonestada por la soberana y que esta se vio impedida de hacerle la corte en aquella noche. Como en todos los medios sociales humanos y en todos los tiempos, las falanges que se deben mutuo apoyo, por deberes de solidaridad, son las mismas que menos se estiman y que más se pelean, intrigadas por los celos y por la envidia, que no soportan los triunfos ajenos, tal movimiento de hostilidad se estableció entre las sirvientas de la Reina, las cuales señalaron una comisión para quejas y denuncias contra la imprudente joven, que tan mal se comportó públicamente aquella tarde. Catalina las escuchó en silencio y después exclamó, percibiendo que se callaban:

- Decís la verdad y os agradezco el celo por mi casa. Sin embargo, ya fui informada de tan inconvenientes hechos, gracias a la dedicación de mi policía secreta... y la liviana joven será debidamente castigada... ¿Qué más pretendéis?...

Respondió, por todas, la primera dama de la comisión, a quien se otorgó el derecho:

- ¡La Condesa se muestra también calumniadora, Señora!... y si Vuestra Majestad nos lo permite relataremos algo agresivo al trono, practicado por ella también esta tarde...

La madre de Carlos IX abrió imperceptiblemente los pequeños ojos, como si interiormente se sorprendiese. Pero, balbuceó con austeridad y mal humor:

- ¡Decid!

- ¡Majestad, la Señora Condesa de Louvigny nos narró, esta tarde, una historia insultante, a la cual no dimos crédito... y lo hizo jactándose, seguramente, de las preferencias que el Sr. Príncipe de Narbonne le viene mostrando... Afirmó que su difunto padre, el Conde de Louvigny, fue confidente secreto y particular de Su Majestad, nuestro fallecido y siempre amado

Rey Enrique II...

- ¡Es verdad! – murmuró la Reina madre doblando la atención.

- ...Y aseguró que, cuando era niña, mientras sus padres conversaban sentados al fuego... ella jugaba a sus pies... y sin que los buenos viejos lo percibiesen comprendía los asuntos que trataban...

- ¡Continúa!

Y los escuchaba comentar la paternidad de Luís de Narbonne...

¡Continúa!

Mi Señora... No me atrevo...

Si no te atrevieses no habrías iniciado la narrativa... además muy antigua y enojosa... ¡Continúa!

Sí, mi Señora, ya que lo ordenáis... Según afirma la Condesa, Luís de Narbonne sería el producto de amores pecaminosos, pero muy apasionados, de Su Majestad Enrique II... El Conde de Louvigny asistió a su nacimiento...

La emoción que acababa de experimentar la vieja soberana no le acusó ninguna alteración fisonómica. Esa duda, que desde hacía mucho tiempo perturbaba sus noches, ¿se esclarecería finalmente?...

¿Qué sabría realmente, al respecto, la atrevida renana?... Sí, el Conde de Louvigny fue amigo y compañero de diversiones de Enrique II, su fallecido esposo... Sin embargo, la joven provinciana, si pasaba por Otilia de Louvigny era, en realidad, una “hugonote” Brethencourt de La-Chapelle... ¿Cómo se habría informado de un hecho tan grave para el Gobierno de Francia, esa terrible intrigante de rostro angelical y maneras refinadas?... ¡Oh, sí, sí!... ¡Todo indicaba que el bello Capitán de la Fe llevaba en las venas la sangre privilegiada de los Valois! Él se parecía incluso a Francisco I, padre de Enrique,

que fue un hombre bello, aunque liviano... ¡Su bonito porte masculino era majestuoso, su garbo inconfundible, su gusto por las armas y los torneos, a despecho de la severa educación religiosa que también recibió, su destreza en la esgrima, su orgullo personal, la soberbia verdaderamente real y la altivez caballeresca eran como el sello impreso de su personalidad por la ascendencia secular de aquellos poderosos Valois, cuya dinastía imprimió en Francia características inextinguibles! ¡Ante aquellos mustios príncipes Francisco, Carlos y Enrique (18), quien aseguraría mejor la descendencia de la raza sería el propio Luís de Narbonne, inteligente, culto, majestuoso, y el pobre Carlos, el Rey, mediocre e incapaz! ¡Qué deshonra para el trono, entre aquel teólogo militar estudiante de energías y capacidades, de masculina belleza y de bravura comprobada y aquel frívolo Enrique, Duque de Anjou, que deseaba la muerte de su hermano para apoderarse del trono!

¡Luís de Narbonne, bastardo del Rey, tendría, necesariamente, ambiciones! Apoyado por el Clero, que lo amaba y en él depositaba las más sólidas esperanzas, ¿dónde podría llegar?... ¿Quién osaría negar la posibilidad de una guerra civil meditada en los claustros, resuelta en los confesionarios, incentivada en los cuarteles, confirmada en las calles y en las Provincias, para llevarlo al trono?...

(18) Hijos de Enrique II y Catalina de Médicis. Todos subieron al trono y gobernaron Francia.

En este mundo, donde se observan ambiciosos de todos los grados, ingratos de todas las especies, ¿qué será, realmente, imposible?...

¡Oyendo a su dama, torbellinos funestos de celos, de despecho, de odio, agitaron las fibras enfermas de aquella mujer caprichosa que no vacilaría en practicar los más atroces crímenes para privarse de la incomodidad de simples suposiciones de hechos que no existieron más que en su propia mente enferma!

Despidió a las sirvientas, ordenando que no apareciesen

sin ser llamadas, dirigiéndose a continuación al oratorio que, en el recogimiento de sus aposentos particulares, sería testigo discreto, no sólo de sus oraciones diarias, pues esa personalidad singular se hacía creer piadosa y devota, sino también de la preparación mental de sus crímenes y perfidias contra el prójimo.

¡Se daba frecuentemente el hecho de que Catalina resolvía una de aquellas diabólicas perfidias suyas entre una “señal de la cruz” y una oración, que, indudablemente, no llegaría al seno de la Suprema Divinidad!

Llegando allí, pues, ordenó a un criado, que jamás faltaba en las antecámaras del palacio:

- Trae a la Señora Condesa de Louvigny a mi oratorio... se encuentra en sus aposentos particulares...

El entendimiento entre la falsa Otilia y su ama fue breve, pero expresivo. Arrodillada ante el altar, apoyando los brazos sobre los terciopelos del reclinatorio y semi-ocultando el rostro entre las manos heladas, Catalina dijo a Ruth de La-Chapelle, al presentir que la puerta se abría lentamente:

- Cierra la puerta, Condesa...

- Está cerrada, Majestad...

- Arrodíllate a mi lado...

- ¡Con satisfacción y respeto, yo lo hago, Majestad!

- Jura ante este sagrado altar que sólo responderás la verdad sobre lo que te preguntaré... pues convenía, a los intereses de la maliciosa Reina, insistir en la suposición de que la descendiente de los “hugonotes” de La-Chapelle prefería la Iglesia de Roma a la Reforma Luterana.

- ¡Juro frente a este altar, que venero, que solamente responderé la verdad a Vuestra Majestad! – pues no nos olvidamos de que la infeliz hermana de Carlos renegó el respeto a la propia creencia para servir mejor a los soeces

intereses del corazón, pareciendo incluso destituida de cualquier temor por la idea de Dios.

Catalina alcanzó sin rodeos el blanco que se proponía:

- Tus padres no eran los Condes de Louvigny... y el confidente secreto y particular de nuestro difunto Rey y esposo era el viejo Conde de Louvigny... Cuéntame lo que sabes al respecto de sus confidencias con la esposa en torno de nuestro Capitán...

- Majestad, mi amiga Otilia de Louvigny era quien, frecuentemente, narraba todo... Ella escuchaba la conversación del Conde con la Condesa al pie del fuego del hogar, mientras fingía leer para oír mejor, o jugaba con las muñecas... Afirmaba que su padre consideraba a Luís de Narbonne peligroso para el trono de Francia...

- ¿Qué decía Louvigny?...

- Que Luís de Narbonne era bastardo de Enrique II...

- ¿Y... la madre?

- ¡Oh, mi Señora! Una simple Condesa... Hubo, por lo que parece, una gran pasión de amor entre ambos... de poca duración, ya que la Condesa era casada... Luís es el producto de la inmensa pasión que unió a esos dos corazones...

- ¿El nombre de la Condesa...?

- Margarita de G..., fallecida de disgusto y pasión un año después del nacimiento del hijo, de quien tuvo que separarse en contra de su voluntad... El propio Rey entregó a Luís a Su Excelentísima Monseñor de B..., su padrino... Luís nació en Francia y no en España, como afirman algunos... pues la Condesa de G... era casada, como Vuestra Majestad no ignora... Todo lo que se dijera en torno de de Narbonne será pura invención de Monseñor de B..., para encubrir la verdad y apartar peligros de sobre la cabeza de su ahijado... El Sr. de Louvigny tenía cartas del Rey y de la Condesa, que hablaban de Luís... las cuales Otilia conservaba entre los papeles de

familia... y que se hallan en los archivos del Castillo... Sé donde se encuentran...

- ¡Continúa!

- La gran fortuna de de Narbonne no es extraña a la generosidad de su padre...

- ¡Continúa!

- Monseñor, el padrino, educó al ahijado como a un verdadero hijo de Rey...

- ¡Continúa!

- Otilia afirmaba que su padre siempre receló una conspiración del Clero a favor de Luís...

- ¡Continúa!

- Luís es amigo de los de Guisa... y los de Guisa conspiran, conforme todos saben... observan el trono, como Vuestra Majestad no ignora...

- ¡Continúa!

- Eso es todo, Majestad, por ahora... En el momento en que me sea posible hablar íntimamente con Narbonne, obtendré más informaciones...

¡Un impresionante silencio pesó en el recinto hediondo, donde ni la sugestión generalmente implantada por el símbolo del perdón y de la redención – la Cruz – detenía a las dos mujeres blasfemas en la práctica de una abominable intriga! La luz vacilante de las dos velas de cera que iluminaban el altar reflejaba las dos sombras siniestras en la pared, prestándoles hediondez y pavor. ¡Quien las contemplase, no obstante, prosternadas de rodillas, la frente inclinada, las manos contritas, apoyando el rostro, las creería absortas en plena concentración celeste, tocadas de absoluta piedad y de humildad edificante!

¡Entretanto, qué de tinieblas rodeaban sus corazones

sinistros por el deseo y la práctica del mal y las efervescencias del odio de una y del desprecio de la otra!

Emocionada, el corazón palpitante de odiosa ansiedad, Ruth Carolina esperaba el efecto de su temeraria intriga, segura de que mentía al proceder así, aumentando, en la malicia y en el deseo de ofender, las instrucciones de la propia amiga muerta, convencida, sin embargo, de que su sombra allí estaba, a su lado, inspirándola y fortaleciéndola para la atrevida aventura.

Que yo me pueda retirar viva de aquí – pensaba, ansiosa – y sabré enfrentar a lo que sobre venga...

Catalina, a su vez, meditaba...

¿En qué meditaría aquella mente sombría y trágica?...

En el modo más simple de arruinar para siempre a Luís de Narbonne, a quien no creía amigo del trono, como en realidad era, y también Ruth-Carolina de La-Chapelle, ya que, siendo depositaria de aquel secreto, y poseyendo además, cartas comprometedoras, de allí en adelante sería igualmente peligrosa... aunque la versión de la paternidad de Luís por el Rey fallecido no era nueva...

Al cabo de unos instantes, exclamó:

- Escribe a Luís de Narbonne una carta apasionada, quejándote de mi severidad por el acontecimiento de hoy en el Palacio del Municipio. Dile que entrarás esta noche al retiro de las Hermanas Franciscanas, por orden mía, donde pasarás algunos días en penitencia y cilicio, como desagravio de la conciencia por el escándalo... ¡Te entrego a Luís de Narbonne, Ruth de La-Chapelle! ¡Haz de él lo que quieras!... ¡Mientras lo hagas desaparecer! ¡Pero, todo tu arte será poco, pues, si fueses descubierta, estarás pérdida! ¡Actúa con discreción y maestría! ¡Será necesario que todos, todos crean en ti y en tu farsa, hasta el mismo Rey, para quien Luís es querido!... Los caminos para alcanzar la finalidad a que aspiras no serán comunes... Preparadlos, no obstante, esta

tarde... Pero, exigirán de ti una voluntad fuerte, un fingimiento sobre-humano, porque es infernal... Al acabar la pelea... Francia te deberá tranquilidad... ¡y tu conciencia te hará heroica!... ¡Sí! Venga a tus muertos conforme desees... Yo no los mandé destruir, dijiste bien... ¡Todo fue obra de él, de Narbonne! Te facilitaré el trabajo, pues eres demasiado frágil para un duelo o para una emboscada... Te aconsejo incluso que no derrames sangre... Ve...

Y pensó, preocupada:

- Más tarde trataré de obtener las cartas que prueban la paternidad de Luís de Narbonne...

La joven, linda y sonriente, besó los flecos de los vestidos de su cómplice y se apartó con la punta de los pies...

¡Carlos Felipe no habría reconocido a aquella angelical jovencita, su hermana, a quien tanto amó!

SEGUNDA PARTE

UNA UNIÓN DETESTABLE

“La misericordia es el complemento de la dulzura, porque el que no es misericordioso no puede ser blando y pacífico; la misericordia consiste en el olvido y el perdón de las ofensas. El odio y el rencor denotan un alma sin elevación y sin grandeza, pues el olvido de las ofensas es propio de almas elevadas que están fuera del alcance del mal que se las quiere hacer; la una siempre está ansiosa, es de una susceptibilidad sombría y llena de hiel; la otra está serena, llena de mansedumbre y de caridad.

Ay del que dice: yo no perdonaré nunca, porque si no es condenado por los hombres, ciertamente lo será por Dios. ¿Con qué derecho reclamará el perdón de sus propias faltas, si él mismo no perdona las de los otros? Jesús nos enseña que la misericordia no debe tener límites, cuando dice que debe perdonarse al hermano, no siete veces, sino setenta veces siete veces.”

(ALLAN KARDEC – *El Evangelio según el Espiritismo*, cap. X.)

EXTRAÑOS PROYECTOS

El Capitán de la Fe terminó la cena, pero continuaba sólo y pensativo en la mesa, en la soledad inalterable de su residencia. Debería prepararse para visitar su Iglesia preferida, a fin de asistir a los oficios de la noche, cuando Rupert se aproximó, con moderación militar, esperando en silencio ser interrogado. Luís era delicado y amable para con los criados, y no lo hizo esperar:

- Habla Rupert...

- Mi Señor, tres mensajeros traen cartas para Vuestra Alteza, pero dicen que sólo las entregarán personalmente...

- ¿De dónde vienen los mensajeros?...

- Uno es de Su Majestad, nuestra amada Reina... El otro viene de parte de Su Excelentísima, Monseñor de B... Y el tercero es enviado por la Señora Condesa de Louvigny...

Sorprendido, pero sin perder tiempo, el estudiante de Teología ordenó:

- Hazles entrar sin demora... El de la Condesa en primer lugar... Rupert salía con el fin de desentenderse de la tarea, pero fue detenido:

- Espera... exclamó Luís, y razonó: “Sería de poco respeto atender a Su Majestad en segundo lugar... Mi linda Condesa podría sufrir por eso, en el caso que el emisario se lo relatase...” – continuando hacia Rupert – “Hazlos entrar de una sola vez...”

Entraron y cada uno por su parte le entregó una misiva, lo que lo inquietó. Se retiraron los mensajeros y Luís quedó

sólo. Si bien sus criados ya hubiesen notado cierta alteración en sus hábitos diarios, aún no se confirmó en los mismos la sensible modificación que posteriormente sucedería. Él continuaba cumplidor de sus deberes militares, el mismo devoto intransigente y fanático, estudiante aplicado, varón severo en sus costumbres... Pero, quien le prestase mayor atención observaría que se volvía más exigente con el propio vestuario, que sus cabellos eran varias veces peinados, a pesar de usarlos cortos; las botas más pulidas, y, en las refecciones y durante el estudio, se detenía distraídamente mirando al vacío, en completo enajenamiento de sí mismo, mientras una vaga sonrisa enternecida vagaba por las comisuras de sus labios y una insólita dulzura le nublaban la mirada de ordinario viva y penetrante... Hacía tres días que, por eso mismo, llegaba a la iglesia mucho después de las solemnidades del “Ángelus”, no tomando parte, por tanto, en los cánticos vespertinos, lo que mucho afligía al Capellán, que se veía forzado a abrir el coro sin la voz potente de su mejor alumno, pues, por esa época, muy raros eran los buenos cantores, siendo que solamente el Clero podía contar con las voces bien trabajadas. Por estar sólo, al recibir la correspondencia, de Narbonne comprendió que Su Majestad no se enteraría del menosprecio que en aquel momento atestiguaba por ella... y rompió el lacre del primer sobre, es decir, abrió exactamente la carta de su amada, con quien tiernamente se vio horas antes. Se trataba de una carta apasionada y vehemente, dramática y fuerte, al gusto de aquella época vibrante, cuando las pasiones irrumpían avasalladoras, en un ímpetu indomable que todo destruiría o todo realizaría a su propio paso. La leyó lleno de emociones crecientes, sintiendo un ligero temblor en las manos y angustia en el corazón, mientras el ceño se fruncía:

“Me despido de ti, mi bien amado caballero – decía la misiva – por un período que no puedo precisar si será largo o breve, pero realmente con el alma dolorida por la ausencia que entre ambos se establecerá. Su Majestad, nuestra augusta Reina, en su admirable justicia tuvo a bien amonestarme hoy por la tarde por lo que pasó con nosotros en el balcón del Palacio del Municipio, donde

mi corazón fue agraciado con tu presencia y tus demostraciones afectivas... por orden suya deberé ingresar hoy por la noche en el Retiro de las Hermanas Franciscanas, donde expiaré en penitencias y cilicios el error de haberme revelado públicamente como una gran admiradora de ti... sin respetar mi cualidad de dama del Palacio Real. ¡Me siento muy desdichada y quisiera morir! Sin embargo, me consuela la seguridad de que es por mi amado caballero que sufro y que por él seré recordada cuando me encuentre en la soledad de aquel claustro, donde rogaré al Cielo que nos envíe la anhelada felicidad. Suya, de corazón: **Otilia de Louvigny**, Condesa.”

Leyó y releyó la carta, enternecido, sufriendo por su autora, encantado, creyéndose realmente amado. Y vio su nombre, que vagamente supo por alguien, pero que, ahora, ella misma le concedía, en un gesto de confianza: ¡Otilia! ¡Sí... ella se llamaba Otilia!...

¡Lo pronunció bajito, dos, tres veces, como quien acaricia con pasión, como sintiendo en los labios la dulzura inefable de besos consagrados por un santificante amor! Y murmuró, como susurrando a los oídos bien amados de aquella ausente siempre constante en su corazón, con voz dulce y envolvente, como si la tuviese en sus brazos:

- ¡Ten coraje, mi bien amada Otilia, ten coraje y confianza en mí! ¡Tu caballero no te dejará sufrir, sola e indefensa, en las garras de aquel buitre gobernante!... ¡Pobre huérfana! ¡Pobre criatura desprotegida e inexperta en una sociedad corrompida como esta!... Me admira cómo Artur abandona así a su hermana.

Buscó al mensajero, celoso de enviar una respuesta reconfortadora. Pero, el criado se retiró tan pronto entregó la carta. Entretanto, abrió, excitado, las demás misivas. Se trataba de meras invitaciones para presentarse con urgencia a la presencia de la Reina madre y al Convento de los Dominicanos, donde residía aquel que lo educó, es decir, Monseñor de B..., su tutor y padrino, superior respetable a

quien debía obediencia. Se dirigió, no obstante, al Louvre en primer lugar, y, como distaba de su residencia y fuese grande la ansiedad que lo acometiera, rompiendo una importante tradición, por primera vez se sirvió del caballo, vistiendo el uniforme honroso de estudiante de Teología, acción que lo hizo ridículo a los ojos de los criados y escandalizó a los soldados de la guardia del Palacio. Felizmente, Rupert, vigilante, lo envolvió en la amplia capa y le ajustó a la cintura una espada, lo que le dio el aspecto clásico de un caballero andante, no obstante la rudeza del contraste, mientras exclamaba al amo, con la intención de acompañarlo:

- Mi Señor, es peligros cruzar los umbrales del Louvre desarmado... Os seguiré... Estaré esperándoos en la antecámara de la sala en que fuerais recibido...

Catalina lo recibió inmediatamente, a pesar de lo adelantado de la hora, y, a primera vista, comprendió el joven Capitán que la soberana se encontraba de mal humor. Él la saludó respetuoso, pero no sumisamente, como convendría a un príncipe y futuro luminar del Clero, y esperó en silencio como ordenaba la etiqueta y el respeto aconsejaba. La pérfida Reina lo midió con los ojos fríos, entreabiertos, que jamás auguraban buena suerte para aquellos a quienes les cayesen en desagrado, y pensaba, envidiosa e irrespetuosa: “¡Nació para rey! ¿Qué le faltó para ocupar este trono por el cual tanto me sacrifico?... ¡Le faltó que fuese yo su madre! ¡Ser hijo de un rey no bastará a un hombre para que igualmente sea rey! ¡Será necesario también que su madre sea reina! ¡A él le faltó, en efecto, eso mismo: ser mi hijo! ¡Sin embargo, este joven es, realmente, un Valois! ¡La raza de la que desciende está toda impresa en sus trazos fisonómicos, si no en su carácter! ¡Más que en mis propios hijos!... ¡La corona de Francia estaría mejor en su frente que en la de mi Carlos! ¡Pero, no es mi hijo... y por eso será necesario que desaparezca de una vez para siempre...para que los legítimos Valois duerman tranquilos y Francia no sufre la ofensa de ser gobernada por el hijo de una concubina del Rey!...”

Elevó la voz y exclamó, grave, pausadamente:

- Señor Conde – ella jamás le daba el título de Príncipe, pues no lo reconocía como tal – me pesa declararos que, por primera vez, os considero incurso en una falta que mucho os desmerece en el concepto de las personas bien prevenidas...

El joven la cumplimentó con una reverencia forzada, mientras su rostro se teñía de rubor, y respondió con humildad:

- Siento un verdadero pesar por haber incurrido en el desagrado de Vuestra Majestad, aunque la conciencia no me acuse de ningún error... con todo, solicito su generoso perdón...

La Reina dejó pasar algunos instantes, para que las impresiones del momento se acentuasen, y volvió en un tono casi taciturno:

- A estas horas, Sr. Conde, el nombre de una criatura, el nombre de una virgen de conducta irreprochable hasta hoy, el nombre de una huérfana indefensa, hermana de una amigo vuestro, dama del Palacio Real de Francia, es motivo de burlas y depreciaciones por boca de vuestros soldados mercenarios, por boca de la plebe de las calles y burgueses maldicientes, que viven buscando escándalos entre los hidalgos...

- ¡Señora, me siento confuso y desorientado!

- La joven es provinciana, ignora la severidad de las etiquetas de la Corte... Es simple e ingenua y se dejó arrastrar por un arrebató emocional propio de la edad casi infantil que tiene... ¡Pero, vos, Sr. Conde, sois un hombre experto, un hidalgo sobre quien pesan serias responsabilidades, un militar jefe de un cuerpo de tropas del Ejército de Francia... y, por encima de todo, una persona de la Iglesia, casi inviolable!...

- ¡Señora! ¡Por quien sois, oídme!

Pero, Catalina estudió bien el propio papel de la farsa que representaba al lado de Ruth de La-Chapelle y contaba con el resultado de su sugestivo sermón. Continuó, por tanto,

casi dolorida y maternal, sin permitirle explicaciones:

- ¡Vuestro procedimiento de esta tarde fue del dominio público! Una virgen, huérfana, indefensa, tiene su reputación comprometida... y en cuanto a vos...

- ¡Majestad! ¡Yo amo profundamente a la joven de Louvigny! – dijo finalmente el pobre Luís impresionado y ansioso.

- ¿Y porque la amáis lo reveló públicamente, en vez de confidenciar con vuestra Reina, en primer lugar – actual tutora que soy de la joven de Louvigny?...

- Tiene razón Vuestra Majestad, como siempre: yo me equivoqué... incurrí en falta grave... pero...

- ¡La ama! ¿Y por qué engañáis así a la pobre huérfana, si, unido a la Iglesia, sólo os falta el último juramento para obtener órdenes clericales mayores?...

En el auge del entusiasmo amoroso y considerándose, efectivamente, reo de gran culpabilidad contra la delicada persona de Otilia, acosado como se hallaba por la poderosa sugestión de Catalina y por el propio sentimiento que le transformaba el corazón, ante aquella Reina a quien profundamente respetaba, Luís puso una rodilla en tierra, se inclinó al frente como humillado y susurró, afligido, trémulo, el corazón alborozado por una inédita pasión:

- ¡Majestad! ¡Sé que es generosa, amiga de los que sirven al trono y a Francia! Ruego, pues, a mi Reina y Señora la gracia de poder desposar a la joven de Louvigny... y eternamente estaré rendido a sus pies...

- ¿Y la Iglesia, Sr. Conde?... Pensad bien en lo que decís...

- Amo a la Iglesia y continuaré sirviéndola... Sin embargo, la vida me será imposible, seré un ser incompleto, si no tuviera a Otilia de Louvigny por esposa... Aún no me comprometí definitivamente con el Clero... Sólo soy un novicio, licenciado para el cumplimiento de los deberes para

con la Patria, bajo el patrocinio de la misma Iglesia... Ruego la intervención de Vuestra Majestad, facilitándome el privilegio para los esponsales...

Radiante, comprendiendo que la presa llegaba donde ella misma deseaba, la Reina fingió dulzura y replicó:

- ¡Hablaste como un caballero, como un hidalgo, Señor Conde!

¡Mientras tanto, la empresa que acabáis de confiarme no será fácil para una pobre Reina!...

- Vuestra Majestad tiene el poder suficiente para conseguirla... Mientras tanto...

- ¡Decid, Conde!

- Si Vuestra Majestad aprueba mi enlace con “Mademoiselle” de Louvigny... romperé mis compromisos con la Iglesia, de cualquier forma...

- Y haréis bien, Sr. Conde, ya que no lograréis fidelidad personal para los futuros deberes sacerdotales...

Sin embargo, la entrevista con el Superior del Convento donde se preparaba para el delicado evento del sacerdocio estuvo distante de la hipócrita mansedumbre realizada con la Reina madre. Él dejó el Louvre exaltado de satisfacción, confiado en la esperanza de que dentro de algunos días más fuera el feliz esposo de la “Princesa de los cabellos de oro”, a quien por momentos sentía que más la adoraba. Jamás un hombre se entregó a una pasión de amor con mayor rapidez y vehemencia; jamás un corazón se desdobló en exaltaciones más puras y fuertes, más intensas y legítimas como lo hacía aquel fanático religioso que igualmente en el amor se revelaba fanático y absoluto. Tal vez debido a la propia inexperiencia en asuntos sentimentales, o seguramente a la vida disciplinaria mantenida entre la celda convencional y el rigor del cuartel, desamparado siempre su corazón del afecto de una familia, más apasionado y ansioso se encontraba por poseer su primer amor, más dedicado e impaciente ante la

expectativa de amar y ser amado. Ahora se agarraba a la idea del matrimonio con el entusiasmo que lo impulsara a la defensa de la Iglesia, supuestamente amenazada, o como el sediento que buscase la corriente, en un desahogo incontrolable, seguro de que Otilia necesitaba de su apoyo y de su protección constante. Dominado por las insinuaciones audaces de la Reina, cuyo verdadero blanco era enemistarlo con el Clero, privándolo de la poderosa protección política de la Iglesia, a fin de más fácilmente tenderle las manos, él, cuyo deseo era, realmente, prender a Otilia para siempre a sus afectos, ahora alimentaba, gustosamente, en las propias razones, la ponderación de que, efectivamente, erró contra el decoro público en el coloquio impensado en los balcones del Palacio del Municipio, coloquio que había herido a la reputación de la adorable joven, y que, por tanto, a la sociedad y a ella misma, a la propia conciencia y a Dios debía la más augusta reparación: el matrimonio, para que ni el suyo ni el nombre de Louvigny sufriesen depreciaciones de quien quiera que fuese.

Serían ciertamente conceptos exagerados, escrúpulos excesivos y demasiado delicados para una época en que las más displicentes aventuras sentimentales se realizaban en el seno de la propia nobleza. Pero, en cualquier época existen también almas singulares, tal vez delicadas y sinceras, que se privan a tales o cuales villanías, aunque se envicien en otras tantas.

Fue, por tanto, amargo el entendimiento entre Luís y su padrino y Superior.

Algunas horas después el hecho público del Palacio del Municipio, fue Monseñor de B... enterado del incorrecto procedimiento del pupilo, lo que mayormente le sorprendió. Procuró entonces hablarle inmediatamente, previendo la inconveniencia del futuro que se trazaba, y entendiéndose con él, en la noche de aquel mismo día, intentó convencerlo a desviarse de la tentación visible, pues no había dudas de que tan extraña y súbita transformación en los hábitos de su discípulo sería obra satánica por excelencia, operación de las

tinieblas, que planearían su pérdida en las vorágines del abismo.

Es efectivamente cierto que, quien quiera que seamos, hombre o Espíritu, sabios o ignorantes, piadosos o incrédulos, buenos o malos, poseeremos siempre, en las regiones esclarecidas del Espacio, un grupo de entidades amigas y protectoras, que velarán con dedicación, por nuestro futuro y bienestar, cuidadosos de nuestro progreso, intentando desviarnos de los caminos precipitados y caídas irremediables. Si les permitiésemos afinidades plenas, a través de fuerzas mentales armoniosas, seríamos por las mismas entidades advertidos en los momentos decisivos de la existencia, cuando nos encontrásemos en la eminencia gravosa de un desvío del camino recto del deber, de una reparación, de un rescate de errores pretéritos, de una realización meritoria. En sueños, a través de visiones elucidativas, por intuiciones nacidas del corazón en murmullos secretos, por un presentimiento genial, siempre somos, por los nobles amigos espirituales, advertidos u orientados; y si tales posibilidades fallan, ellos se sirven de personas que viven a nuestro lado, con el fin de aconsejarnos momentáneamente, tanto como sea posible, cuando estuviese en juego nuestro destino.

Fue lo que pasó con el infeliz Luís de Narbonne, cuando, en las vísperas de una gran expiación, aunque con el futuro espiritual muy comprometido por los excesos del día de San Bartolomé, fue igualmente esclarecido de los peligros que lo aguardaban, por una voz amiga que intentó reencaminarlo a la razón... pues Dios jamás priva a su criatura de la justicia de un amparo o una inspiración, siempre necesarios en la marcha de nuestra evolución.

- Me admira, Sr. Conde, cómo vos, que hasta ahora demostrasteis el más elevado padrón de nobleza moral en el seno de vuestra sociedad, os portaseis con la inconveniencia de un adolescente cogido en su primera inconsecuencia... ponderó Monseñor de B... a su pupilo, iniciando la amarga entrevista, tras respetuosos saludos por parte del joven

Capitán, pero fríos y severos por parte de aquel.

- Tenéis en efecto razón, Monseñor... sin embargo, deseo conversar lealmente con vosotros, si me concedéis permiso... Entretanto, os suplico generoso perdón para el caso en que lo que os voy a decir no tenga la fortuna de merecer aprobación...

- ¡Me asustáis, Conde! Y me confieso a mí mismo que jamás oí de vuestros labios tales frases...

- Pero, no ignoráis seguramente, Monseñor, que yo soy un hombre... aunque sea poco más que adolescente... No lo ignoráis, porque yo os tengo de eso asegurado durante el sacramento de la confesión, porque mi corazón es apasionado y amoroso, aunque yo, con el poder de una voluntad rígida, tuviese siempre el cuidado de desviarme de cualquier compromiso y aventuras sentimentales...

- Sí... ¡Yo conocía tus malas tendencias, querido hijo! – dijo el Superior, desanimado, volviendo al tratamiento habitual de la intimidación.

- ¿Entendéis por mala tendencia de un corazón que aspira al amor consagrado por principios honestos?

- Deberías antes comprender, mi querido Luís, que a nosotros, los religiosos, Dios nos concedió una grandiosa misión ante la Iglesia... y que, por eso mismo, todo el afecto humano sería perjudicial no sólo para las tareas que tendremos que realizar bajo su tutela, sino también para la paz de la conciencia y del corazón, con los cuales deberemos servirla...

- ¡Monseñor! – insistió Luís con vehemencia, tras unos instantes de indecisión. – Puesto que vuestros consejos caen benevolentemente en mi comprensión, hoy ya no conozco mi individualidad medida por ellos y delineada desde la cuna... ¡Es con inmenso disgusto que me veo obligado a deciros que, hoy, ya no dispongo de las necesarias fuerzas para transformarme en la entidad angelical que de mí quisisteis

hacer! ¡Amé a una mujer, Monseñor! ¡Amo profundamente a una doncella respetable, pura y cariñosa como un ser celestial! ¡Y todo mi ser: mi alma, mi corazón, la sangre de mis venas y mi propia vida exigen de mí que yo la despose para que no me vaya a volver un hombre desgraciado o infiel a todos los demás deberes, pero sí una personalidad feliz, elemento útil a Dios, a la Patria y a la Sociedad!
¡No tengo intención, sin embargo, de dejar de servir a la Iglesia, a quien igualmente amo! Continuaré siendo su leal y dedicado servidor, aunque dejando de tomar las órdenes...

El pobre viejo, abrumado, bajó la frente. Luís percibió, pesaroso, el brillo de una lágrima que se deslizaba por el rostro. Pero, rápidamente, aquella frente se irguió, y él habló con un concluyente desahogo:

- ¿Leal servidor de la Iglesia, tu, hijo mío?... ¿cuándo bien pronto decidiste romper con los primeros juramentos? ¡Esto que estoy escuchando es tu ceguera por las propias pasiones, que el dulzor de la religión no consiguió apaciguar! ¡Lo que contemplo es tu inclinación al borde de un abismo cuya profundidad aún no pude precisar, pero que me asusta! ¿Pues tú no ves, mi pobre Luís, que esa joven no será la angelitud que supones, prestándose al escándalo de esta tarde, provocado por ella y no por ti, conforme fui informado?...

- ¡Os informaron mal, Monseñor! Se trata de una criatura sencilla e inexperta, una provinciana para quien las malicias de los grandes centros no tienen significado... Además, ella me ama... lo que disculparía cualquier gesto menos prudente que observase esta tarde... Creed, Monseñor: seré un réprobo, si me viese forzado a apartarla de mi destino...

- Pero... rebatió aún el viejo sacerdote, no conforme, gran conocedor que era del alma y de las pasiones humanas ¿quién te afirma, Luís, que sea esa joven la personalidad que dice ser?... ¿Viste sus documentos de familia?... ¿Quién te la presentó?... ¿Cómo se atreve una criatura, una jovencita, entrar en la Corte absolutamente sola, sin una presentación o una recomendación?... ¿Quién sabe, Luís, si se trataría antes

de una aventurera que desearía insinuarse a la sociedad o a la Corte, escudada en tu respetable nombre y en tu posición?...

- ¡Oh! ¡Por quien sois, Monseñor! – replicó, sonriente, confiado, el Capitán de la Fe. – ¡Lo que decís es tan deplorable y cruel que yo antes me debería callar, evitándome el disgusto de rechazar con rebeldía vuestra insinuación! ¿Qué aventurera – una criatura de dieciocho años – se valdría de un nombre como los de Louvigny Raymond, para venir a plantarse dentro del mismo Louvre, mentir a Catalina de Médicis, afrontar la propia Corte con un engaño e insinuarse a un hombre como yo, amigo íntimo del propio Louvigny?... De otro modo, Otilia tendría a sus pies cualquier insigne hidalgo, pues se trata de una joven portadora de todos los elogios capaces de inspirar a un hombre la pasión que me está avasallando...

- Luís, óyeme... ponderó nuevamente el ilustre religioso, como tocado por un acerbo presentimiento. ¿Quién la conoce en París?... Me informé a su respecto, desde que la vi contigo en Misa... Ella vino, efectivamente, del Castillo de Louvigny... No obstante...

- ¿Qué insinuáis, señor? ...

- ¡Temo por ti, hijo mío! El corazón me presagia algo indefinible... Siento revolotear a nuestro alrededor algo perturbador, que me aturde y me angustia... La vi contigo en Misa... ¡Sí, Luís, parece un ángel! Con todo, aquellos ojos... me parecieron... El Castillo de Louvigny queda cerca del Reno... Del Reno era igualmente aquella familia reformista que... Yo conocí al heredero, Carlos Felipe... Una Louvigny estaba para casarse con él... ¿Existen muchas jóvenes casaderas en la familia de Louvigny?... Yo te aconsejé, Luís, que no te comprometieras con Catalina en aquella terrible masacre... Tu lugar, hijo mío, estaba aquí, junto a Dios por el corazón y por el pensamiento, y no al lado de los hombres, batiéndose con sus pasiones y ambiciones... ¿Sabes? Tu Otilia se parece mucho, físicamente, a... ¡Hijo mío, perdona a tu pobre padre!... Me siento muy perturbado desde hace algunos días... ¡Por tu causa!... ¡Sí, por tu causa! ¿Ignoras acaso, Luís, que la Reina te odia inexplicablemente, y proyecta tu pérdida en la primera ocasión?... ¿Por qué se muestra ahora tan amable?...

¡Márchate a España, hijo mío, márchate! Es la Patria de tu pobre madre, donde estarás más seguro...

- Señor, aún hace pocas horas que Su Majestad me amonestó rudamente debido al mismo hecho de esta tarde...

- ¿Qué extraña unión la de la joven provinciana con aquella víbora a quien llaman Reina?... ¡Extraña y súbita!... ella, que normalmente es tan esquiva... ¡Luís, por quien eres, por Dios! protege tu corazón, tu persona, contra las embestidas de Satanás... El genio del Mal frecuentemente se presenta con lindas formas femeninas para perder a los hombres poco precavidos...

- Perdón, Señor... Sin embargo, esas leyendas ya no hacen eco en mi corazón...

- Sí, eres un hombre, bien lo sé... ¡Pero, te ruego, querido hijo, que no te cases!... Si te privases de la protección de la Iglesia, ¿qué será de ti?... pues sabes que tus pasos son seguidos desde la cuna por poderosos intereses, y que te podrán amargar... ¡Toma órdenes, hijo mío, no te cases!... y tendrás un seguro refugio... Si es necesario, haz de Otilia tu amante, pero no tu esposa... Sí, tu amante... No serías tú el primer caso lamentable que tuviéramos... Pero... ¡Espera, Luís!... No te vayas así, sin despedirte de tu viejo maestro, de tu padre...

¡Óyeme aún, Sr. Conde!... ¡Quédate, Luís; quédate, hijo mío!... ¡Necesito decirte mucho más!...

Efectivamente, oyendo las últimas y chocantes expresiones de aquel en quien se habituó a ver la hombría y el criterio inatacables, el bello estudiante de Teología hizo una reverencia perfecta, pero fría, y se retiró sin una palabra, atormentado por el despecho de verse contrariado en sus propias aspiraciones y por la indignación porque se sentía invadir ante la propuesta incalificable que le fue presentada.

Llegando a su residencia, en vez de dirigirse a la Iglesia, como habitualmente lo hacía, llamó a su administrador y con él mantuvo una larga conversación, la cual se extendió hasta

altas horas de la noche. Le dijo que procurase hacer reparaciones en el Palacio y amueblase los apartamentos con el mayor esmero, para una dama de alto tratamiento, pues él, Conde de Narbonne, pretendía casarse... noticia que confundió al digno sirviente hasta el espanto y el asombro, después hizo venir a Rupert a su presencia y le dijo con bondad:

- Mi querido Rupert, prepara una canción amorosa y apasionada, saludando a una dama por el día de su sponsalicio con el hombre amado... Pon tu canción en las palabras del venturoso novio... Inventa una música melodiosa, tierna, soñadora... una música maravillosa, como si fuera música celeste... que predisponga al corazón a las dulzuras del amor... Y ensáyala con maestría para que la cantes dentro de algunos días... En esta casa habrá bodas... Tu amo se casa con la mujer que Dios le destinó para hacerlo feliz...

Luís tenía la voz afable, encanto en los ojos, que se alejaron como mirando el futuro en previsiones deliciosas... Conmovido, el escudero puso en tierra una rodilla, ante su amo, le besó la diestra y murmuró:

- ¡Señor, bendito seáis! Pondré en esa canción toda mi alma y mi cariño por vos... Y plazca a los Cielos que vuestra felicidad sea completa en esa fecha radiante...

Al día siguiente, el altivo Capitán pretendió visitar a Otilia en el Retiro de las Hermanas Franciscanas, con la intención de participarle la decisión de desposarla dentro de algunos días y obtener su consentimiento, con el cual contaba previamente, tan seguro como se encontraba de ser amado. Sin embargo, no consiguió realizar el deseado intento, ya que fue informado de que la joven penitente se encontraba incomunicada, por orden de la Reina, que de ella exigía severa expiación por una falta cometida públicamente. Preocupado por lo que estaría padeciendo su ídolo bajo los cilicios y las penitencias, Luís logró dirigirle algunas frases alentadoras, y lo hizo en los siguientes términos, lo que produjo aflictivas

meditaciones a la intrépida provinciana, cuyos proyectos serían muy distintos, y que hasta aquella fecha se conservaba ajena a la trama de la unión matrimonial forjada por la Reina madre, que contaba con deshacerse de ambos, lanzando a uno contra el otro, en un enredo singular.

“Mi amada Princesa, soy yo, tu caballero Luís de Narbonne, que te quiere por encima de todo, y desea desposarte en cuanto dejes el lugar santo donde te encuentras. Obtuve de Su Majestad, la Reina, el generoso consentimiento para tan feliz desenlace del amor que nos unió desde aquella venturosa mañana en que por primera vez nos vimos. Por ti abandonaré todos los antiguos compromisos firmados con la Iglesia, la cual, no obstante, amo tanto como a ti... Loco de felicidad y alegría, te espero para nuestro matrimonio, pues, a tu salida, todo será dispuesto...”

La supuesta Otilia leyó y releyó sin emoción el embarazoso fraseado. ¿Qué significaría ese enlace?... ¿Por qué lo facilitaría Catalina?... ¿Qué estaría tramando esa equívoca mujer, a quien nunca se podría creer fiel a un principio o compromiso?... ¿Cómo se uniría en matrimonio a un hombre que le causó todas las desgracias, al buscar en los confines de Francia a su familia, con el fin de masacrarla, a aquellos entes que eran toda su razón de ser, su propia vida?...

A tan ardientes y angustiantes meditaciones, la infeliz Ruth Carolina tuvo oportunidad de entregarse, tras la lectura de la carta, durante los largos días pasados en la Capilla silenciosa y fría, donde parecían volitar espectros consejeros y amigos, pero también durante los cuales sus rudos y obstinados sentimientos, reaccionarían contra la intromisión de raciocinios apaciguadores de la feraces tormentas que le percutían en el alma. A veces, a la sugestiva luz de las velas mortecinas que ardían sobre los altares, ella presentía la sombra amiga de Carlos Felipe susurrando dulcemente a sus oídos advertencias salvadoras, como entonces atribuido de la doble autoridad de segundo jefe de familia y de luminar de la Reforma:

- “Vuelve a Reno, mi pobre Ruth, que aún estás a tiempo... Atiende, querida hermana a tu Carlos... Yo protegeré tu fuga y estarás a salvo... con el poder que nos concede el amor al Bien... Atraviesa el río... Huye de ese pobre de Narbonne... ve a Alemania, Gregorio te acompañará... Llama en el Castillo de G... Allí existe un amigo leal que te aconsejará y amará dedicado, ya que nosotros te faltamos... Es el Príncipe Federico... No traiciones el Evangelio, pobre Ruth, con la indignidad que pretendes... Perdona... y obtendrás tranquilidad...”

Pero, otras veces creía percibir a Otilia, que, llorosa, tan desolada como la vio en los últimos días de su crucial agonía, y, enlutada cual espectro embozado en las propias tinieblas, se aproximaba sutilmente, le tocaba la frente con la mano gélida y marmórea, haciéndola estremecer penosamente, y recordaba el odioso pacto, en una convulsión de llanto:

- “Lo juraste sobre las páginas de la Sagrada Biblia... y cumplirás el juramento, porque aquí estoy para recordártelo... Venga a tu Carlos bien amado de la obstinada masacre... Venga a tu familia inocente y generosa destruida por el hipócrita que ultrajó el altar con la sangre de los escogidos del Señor... Luís de Narbonne nos desgració a todos... Sufro en las tinieblas de mi odio, atormentada de desesperación y nostalgias, sin comprender ni siquiera lo que hicieron de mi Carlos... y Luís de Narbonne es el culpable de esa desgracia... Hiérela, Ruth, tortúrala a través del amor que te consagra, como yo misma soy torturada... pues lo tienes en tus manos... Yo fui quien te lo di...”

No obstante, la mente de la infeliz joven frecuentemente reaccionaba contra ambas sugerencias, tomando el debido lugar concedido por el libre albedrío. Y un fenómeno curioso se realizaba en aquella personalidad ardiente, donde las pasiones comenzaban a entrechocarse con toda la violencia de la inferioridad moral que la caracterizaba.

Ella se abandonaba pensando en Luís de Narbonne... tal vez que el ambiente religioso, propicio a las suaves perplejidades del corazón y de la mente, o a las tentativas desesperantes del Espíritu de aquel hermano amigo,

masacrado en el cumplimiento del deber para con el Evangelio y el prójimo, deseando desviarla de una caída moral inminente, contribuyesen para las divagaciones a las que su pensamiento exhausto la arrastraba. Tal vez que el propio temperamento de su carácter, en una edad impulsiva en que la criatura practicará sin vacilar, o incluso sin percibir, todos los heroísmos o todos los errores, llevada por la displicencia del corazón, la obligasen para los momentos singulares en que, olvidando por algunos instantes de que de Narbonne fue el responsable del asesinato de toda su familia, pensaba en él, evocando, con preferencia, su porte bello y altanero, las maneras refinadas, la incontestable ternura de que la rodeaba. Y murmuraba en los recesos mentales:

- “¡Sí, Luís! ¡Eres bello y gentil! ¡Yo sería capaz de amarte y ser feliz contigo, si no fueras justamente tú el verdugo de mis seres más queridos! Que orgullosa me sentiría yo de llevar tu nombre y tu amor si, en vez del deber de odiarte, yo antes me pudiese consagrar a la alegría de amarte para siempre... ¿Qué hidalgo más tierno, más arrebatadoramente amante que tú, en esta pobre Francia manchada por la ponzoña de Catalina?... ¡Luís! ¡Luís de Narbonne! ¿Cómo deberé destruirte?... Aún no elegí el género de castigo que te daré... Sí, porque mi deber será destruirte... ¿Te mataré de una puñalada traicionera entre un beso y un juramento de amor?... ¡Oh! Me parece muy poco para quien destruyó la familia de La-Chapelle y sus colonos... y me llevaría a la horca... ¿Te heriré, por ventura, con la traición, torturándote a través del sentimiento que me consagras, tal como lo desea mi Otilia?... ¿Qué sé yo?... ¿Qué mal inventaré capaz de alcanzarte, tan altamente situado como te encuentras?... ¿Tendré inspiración y coraje en el momento exacto?... Sí, si el espectro de Otilia extiende sobre mí las tinieblas de su odio... No, si permanezco a solas conmigo misma... o si mi Carlos susurra a mis oídos el perdón que ya te concedió... Sin embargo, deberé precipitar los acontecimientos... ¡Otilia! ¡Otilia! ¡Ven a mí, querida amiga! ¡Ayúdame a destruirlo cuanto antes!... ¡Líbrame de cometer el sacrilegio de amar al propio asesino de mis seres más queridos!...”

Exhausta y alucinada, se tiraba en las losas de la capilla, se quedaba inmóvil, los ojos despavoridos, el corazón

acelerado, las manos heladas, el pecho penosamente oprimido por una angustia invencible, deprimente, el alma inconsolable, dolorida, desorientada... Y si acaso alguna religiosa pasaba por allí, la miraba compungida, se bendecía beatíficamente y se apartaba respetuosa e impresionada, con los pies de puntillas, murmurando con las cuentas del rosario:

- Su pecado habrá sido realmente monstruoso, para que un “arrepentimiento” como este pudiese ocurrir...

NUPCIAS

Era el día de Difuntos y la Iglesia lo conmemoraba con toda la pompa de su ceremonial llamativo. Por la noche habría procesión, porque sería necesario homenajear a los muertos e impresionar al pueblo con el poderío invencible de la religión que se imponía cada vez más con la fuerza social de sus representantes. Vistiendo el precioso uniforme de estudiante de Teología, Luís de Narbonne caminaba lentamente al lado del palio, empuñando el bastón dorado de los religiosos militares, el ceño fruncido y el cuerpo erecto y noble, la frente altanera y vigorosa... pues aún no obtuvo la deseada licencia ya solicitada. No cantaba, como habitualmente lo hacía en tales circunstancias, ni tampoco oraba, porque, desde la primera vez que se entrevistó con Otilia de Louvigny, dejó de sentir la serenidad propicia para lo que entendía por invocación a los Cielos, ya que las emociones excitantes del corazón encendido lo hacían incompatible con el dulce estado espiritual necesario al efecto.

Seis días hacía que no se veía con su querida Otilia y por eso mismo se sentía cansado, desorientado. Visitaba diariamente el Retiro donde se encontraba la joven, intentando hablar con ella. Pero, las órdenes de la Reina eran formales, y volvía desolado, creyendo que su prometida era castigada bajo la aspereza de una ruda expiación, al mismo tiempo que se inculpaba como el causante del chocante hecho.

“¡Ten fe en tu caballero de Narbonne, mi princesa! Él te recompensará por todos los sinsabores que, por su amor, sufres, cuando te tenga en sus brazos y pueda llamarte esposa...” – escribía él a la penitente, remunerando con gran

cuantía, a título de propinas para la casa, el favor de hacerle llegar a sus manos el amoroso recado. Visitó igualmente a la Reina, humilde y suplicante, arrodillado a sus pies entre un cumplido y una imprecación, temeroso por la suerte de Otilia, y dijo:

- ¡Sois magnánima, Señora, bien lo sé! Perdón, pues, para dos corazones que sufren – el mío y el de Otilia... Ordenad que me restituyan a mi prometida esposa... y disponed de mi vida para serviros...

Catalina, no obstante, que, además de mala, era igualmente un tanto teatral y algo romántica a su modo, le gustaba divertir a la propia morbidez, perfilando los crímenes que practicaba contra sus súbditos y sirvientes, con escenificaciones y pormenores dignos de un consumado comediante. Además, esa mujer temida y genial se adornaba con un arte terrible, difícil de ser practicado, delicado, profundo, grandemente dramático: el arte de saber traicionar con dignidad y majestad, haciendo suponer que servía y protegía; de saber herir sutilmente, haciéndose la generosa concediéndose a sí misma el placer de beber todos los detalles de las situaciones irremediables en los laberintos ocasionales que su imaginación ardiente, obsesada por las tinieblas, sabía crear para aquellos que condenaba; el arte de perseguir, probando a todos que era perseguida; de martirizar, haciendo creer que lo hacía inspirada por superiores virtudes y fiel a deberes sacrosantos. Catalina respondió a de Narbonne:

- Mi joven amigo, dejad que vuestra novia se purifique durante los días de penitencia marcada por su confesor... En verdad, Otilia se encuentra un tanto impura... y bueno será que venga a nuestros brazos completamente exenta de pecados... aún más cuando hace muy poco tiempo tuvo que convivir con los renegados luteranos... pues no ignoráis que estos abundan por las márgenes del Reno, al lado de los calvinistas, en las fronteras de Alemania... A propósito... sosegad vuestro corazón... Vuestra Reina piensa en todo, pues solamente desea la felicidad de los súbditos de su hijo, los

cuales son también, un poco, hijos suyos... Algunos días más y vuestro permiso para el matrimonio estará en regla... Obtuve del Embajador de Su Santidad vuestra exclusión del cuadro de novicios... y Otilia de Louvigny será vuestra esposa dentro de muy poco tiempo...

- Vuestra Majestad es la más gentil de las soberanas... y la más generosa de las mujeres... ¡Que el Cielo la recompense!... ¡Y yo seré el más sumiso de los siervos del trono y de Francia!...

Entretanto, la procesión marchaba bajo el monótono compás de los pasos lentos, al ritmo del canto litúrgico, cuando de pronto, Luís de Narbonne vio a una joven envuelta en un gran manto negro de penitente, la cabeza cubierta por una capucha típica, la vela de cera en la mano izquierda, el rosario, también negro, enorme, en la mano derecha. Los cabellos rubios escapaban de la gruesa capucha, envolviendo el rostro blanco y angelical, y los ojos tristes y grandes se dirían nublados de llanto. Era Otilia de Louvigny. La miró, frunciendo acaso más aún el ceño, el corazón acelerado por un choque de celos:

- “¿Por qué entonces, ella, su novia, con quien se uniría dentro de algunas horas, dejara el Convento sin avisarlo para que la acompañase de retorno a casa, cuando también aquella mañana procuró visitarla en el retiro santo, informándose sobre ella?... Y ¿cómo deambulaba así, en la procesión, sin compañía, expuesta a críticas y peligros, ella, una doncella respetable, una dama de la Reina madre?... ¿Qué significarían tan insólitas actitudes?...”

Examinó su alrededor. Ninguna preceptora, nadie protegiéndola, librándola de burlas e impertinencias siempre posibles hasta incluso en un acto religioso. Sus ojos parecían devorarla y un acceso de impaciencia le inspiraba ímpetus de gritar su nombre y llamar su atención. Sin embargo, Otilia parecía absorta y triste, parecía no haber presentado aún su presencia, agarrada a las cuentas del rosario...

En verdad, ella lo vio, y toda la escenificación, que al crédulo

masacrador de “hugonotes” confundía, no era más que pormenores del programa de insinuación establecido por la Señora Catalina para la mejor manera de perfilarlo, a fin de destruirlo sutilmente.

No pudiéndose contener, Luís aligeró algunos pasos, poniéndose delante ella:

- ¡Otilia! – exclamó severo. ¿Qué haces aquí tan sola, sin compañía?... ¿Cuándo te liberaron?...

Ella volvió hacia él los ojos dulces y amorosos y una encantadora sonrisa de satisfacción le iluminó el semblante, desarmando en él la amargura reflejada en su rostro.

- ¡Oh, mi Señor!... No estoy libre... me faltan aún dos días... Me ordenaron que peregrinase con esta solemnidad en honor a los muertos en estado de pecado, para desagravio de sus propios errores... Terminada la ceremonia, volveré al retiro de las buenas hermanas franciscanas que me acogieron...

- Pero... ¿Por qué te encuentras sola?... ¿Dónde está tu dama?...

¿Quién te acompañó desde el Convento?...

- No estoy sola, mi Señor, porque vos me acompañáis desde el primer paso... a pesar de que solamente ahora pusisteis atención en vuestra humilde prometida... No dispuse de ningún recadero para prevenir a mi dama... además de que me está prohibido cualquier vestigio lujurioso durante la penitencia... Sólo un sirviente del Louvre me acompañó de lejos, en silencio, hasta la Iglesia, por orden de Su Majestad, la Reina...

Él la tomó de la mano y la besó con ansia, retirándole el rosario y guardándolo consigo, ante los ojos sorprendidos de los presentes. La atrajo junto al palio, donde permanecía, y así, llevándola de la mano, como lo hubiera hecho con un niño, siguió con ella al paso del cortejo, el corazón palpitante, el alma dilatada por una inesperada satisfacción.

- Estás siendo juguete de la caprichosa Reina, que no pierde oportunidad para alcanzarme... murmuró él al oído de la joven, que se diría el más bello ángel para adornar la procesión, humilde y tímido caminando de su mano. – Catalina me detesta y me tortura a través de tu persona... ¿Por qué no me ordenó, la cruel, que te fuese a buscar al Convento y guiarte en esta procesión?... ¡Un sirviente del Louvre como pareja! ¡Un lavaplatos de las cocinas del Rey como caballero de una princesa como tú!...

- Señor, yo soy sólo una Condesa... y, por tradición, solamente... El título no fue heredado por mí...

Pero, Luís alzó la voz, como para defenderla de un insulto:

- ¡Pero serás Princesa dentro de algunos días!... ¿Qué digo yo?...

¡Dentro de algunas horas!... ¡Serás Condesa, serás Princesa, serás todo, mi bien amada, porque yo te ascenderé hasta donde me permitan mis fuerzas! ¡No nos separaremos más, Otilia, a partir de este momento hasta nuestras bodas!... ¡Me siento tan extasiado por esta felicidad, tan celoso de tu amor, que temo que algo me lo arrebate!... Y por eso no nos separaremos más... Pasado mañana se realizará nuestro matrimonio... vengan o no vengan los permisos... y hasta entonces no estarás sin mi vigilancia...

Aterrada ante la idea de aquel sacrílego matrimonio, la infeliz hermana de Carlos intentó una alternativa a fin de esquivarse y ganar tiempo:

- Deberé volver al Convento, Señor, a fin de concluir la penitencia...

- ¡Ahora, ahora, penitencia! ¡Penitencia!... ¿Y por qué esa absurda penitencia impuesta por el despotismo de una Reina que se atreve entrometerse en un asunto tan solamente de la competencia de la Iglesia?... ¿Qué mal tan grande practicaste, para una expiación que contraría al

propio Cielo? – dijo irritado. ¡Como si fueses la mayor pecadora de Francia!... ¡Tú, un ángel que Dios envió a la Tierra para hacerme feliz y compensar a mi corazón de la soledad que lo envolvía desde la cuna!... ¿Estará demente, acaso, esa detestable y mala mujer a quien llaman Reina de Francia?... Le demostraré que también yo aún puedo ordenar algo dentro de la Iglesia... No volverás a la injusta prisión... Pasarás la noche a mi lado, orando en la Iglesia de Saint Germain... y allí concluirás los consejos del confesor...

La condujo, efectivamente, hasta su Iglesia preferida, rodeándola de caricias y atenciones. Hizo que viniese su dama, con el fin de acompañarla. Obtuvo, en media hora, de las autoridades eclesiásticas competentes, la indulgencia para el resto de la expiación en el retiro conventual. Le ofreció una delicada cena en las salas de las sacristías, viéndola escuálida y debilitada en virtud de los prolongados ayunos. Le besó, transportado y tierno, las manos, los ojos, los cabellos perfumados, con la veneración con que lo haría a un ser angelical. Le ofreció flores. ¡La calentó del frío de la noche con su manto caliente y veló su sueño allí, en la sacristía, como el más fiel y respetuoso de los amantes, el más tierno de los hermanos, el más dedicado de los padres! Y por la mañana, acompañándola de regreso al Palacio Raymond, hizo que se situase allí, para su vigilancia y defensa, una guardia y seis caballeros armados, mientras Rupert, el siervo fiel, se instaló en el zaguán, armado con espada y trabuco, para igualmente velar por el descanso de la futura ama, mientras ensayaba a los sonidos de la bandurria el himno encomendado por el amo para los esponsales, saboreando el buen vino que Gregorio servía, pasivo y disgustado...

Regresando, mientras se dirigía al Louvre a fin de entenderse con la Reina sobre las actitudes tomadas, el Capitán de la Fe hablaba consigo mismo:

“Es una pobre huérfana abandonada, de quien seré un dedicado defensor en esta Corte corrompida... Casándome, dejaré Francia... Buscaré en Italia o en España un refugio seguro para mi felicidad... Yo temo a Catalina, por mí mismo

y por mi Otilia... En medio de esta celeste ventura que disfruto con mi primer amor, oprime mi corazón la funesta amargura de indefinibles presentimientos... ¿Será, seguramente, el ansia de inquietud por el próximo enlace?... ¡Entretanto, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Jamás tuve un solo día de felicidad hasta ahora!... ¡Todo me ha faltado, Señor, como los afectos de una familia, que no logré encontrar en este mundo! ¡Tened misericordia de vuestro siervo, Señor Dios!... Estoy admirado de cómo Artur abandona así a su pobre hermana...”

Algunos días después, sobre las nueve de la noche, se realizaba, en efecto, el enlace matrimonial del Capitán Príncipe Luís de Narbonne, Conde de S... con la joven Condesa Otilia de Louvigny Raymond. La ceremonia transcurrió simple y nada concurrida, por exigencias de la novia. En un rincón de la Iglesia, casi totalmente inmersa en penumbra, aterrizados ante lo que veían y a lo que asistían desde algunos días, Gregorio y Dama Blandina conversaban entre murmullos tan discretos, que antes parecían adivinar los pensamientos uno del otro, que incluso exteriorizar ideas a través de palabras:

- ¡Creo que la infeliz joven enloqueció de dolor tras la masacre de la familia, a quien veneraba... es tan joven aún para la intensidad de los sufrimientos!... Dejó las risas de la infancia ante los cadáveres de los padres y de los hermanos... suspiró Dama Blandina con amargura.

- No comprendo lo que pasa... Se equivocó cuando se enarboló en vengadora... Se equivoca cuando se da en casamiento sacrílego, bajo un nombre que no es el suyo, al asesino de la propia familia... ¡Y decir que yo la vi nacer y crecer adorada por aquellos nobles corazones que no existirán más! – lamentó Gregorio, cuyos ojos se nublaban de discretas lágrimas.

- ¡La joven, de angelical que fue, se volvió caprichosa, austera, sin miedo, audaz, verdadera expresión del mal! Rechaza consejos y sugerencias prudentes que la intentan

proteger contra el abismo que para ella misma está cavando...

- Sí, Dama Blandina... No comprendo... Y, por eso mismo, como tengo responsabilidades ante mi conciencia y la memoria de mis infelices amos... suplicaré la ayuda de alguien, bastante inteligente y poderoso para poder comprender todo y resolverlo mejor que yo...

- ¿Se refiere al Príncipe Federico?... ¿Irá a verlo?...

- Sí, Dama Blandina... Ya lo debería haber hecho mucho antes... Me cohibieron, no obstante, tres poderosos motivos: el respeto debido a las voluntades y a las órdenes de la heredera de mis añorados amos, el temor de verla exponerse en París, agitándose en la temeraria aventura que estamos presenciando, completamente sola y desamparada de cualquier ayuda y reconfortante amigo... y el extraño hecho de no ver al Príncipe Federico interesarse por ella frente a los acontecimientos... Mientras tanto, ante lo que estamos asistiendo, lo intentaré... Iré a Baviera...

A Blandina y a Gregorio les repugnaba vivir bajo el mismo techo de un enemigo de su fe, el cual hizo derramar la sangre generosa de tantos de sus hermanos por el Evangelio. No se sintieron suficientemente fuertes o generosos para comprimir en las profundidades del alma la repulsa que sentían por el deber de presentar un respeto y una consideración diarios cuando la razón y el corazón les autorizaban el alejamiento para bien lejos de aquel verdugo de "hugonotes", el cual sembró tanta desgracia al rededor de sus propios pasos, con el fanatismo religioso, aunque cumpliera órdenes recibidas de autoridades superiores a él. Por cuanto los dos dignos sirvientes hasta entonces se inclinaban a las exigencias de la infeliz Ruth, cuya salud mental se diría obstruida por una irreparable insensatez, ahora, verificando que esta exorbitaba de las propias inconsecuencias, se negaban a acompañarla, a fin de servirla bajo un techo considerado enemigo, el cual ni ella misma tendría derecho de habitar, ya que el matrimonio fue realizado entre Luís de Narbonne y Otilia de Louvigny-Raymond, que ya no existía sobre el mundo de los vivos, y que

su verdadero nombre era Ruth de Brethencourt de La-Chapelle. En vano la supuesta Otilia expuso a ambos los planes para la destrucción de de Narbonne, en vano confió su discreción a los entendimientos con la Reina, en las vísperas del enlace, para el ataque al detestado Capitán, e inútilmente les explicó que el casamiento, tal como fue, entró en los planes de la Reina como el medio más seguro y más suave de abatirlo, ya que, frágil, no se podría rebelar contra tan poderoso personaje, sino valiéndose de mil intrigas, insidias y disimulos, pues la propia Catalina no podría, sin muchos escándalos y dificultades, anularlo conforme desearía, por cuanto se trataba de un personaje considerado grato al Clero y al propio Rey. ¡Sinceros y honestos en la propia creencia, así como en el respeto al Evangelio, los dos criados no comprendían aquella singular venganza, como también se aterrorizaban ante la frágil joven, que llevó la propia audacia al sacrilegio de simular el acto sagrado del matrimonio, confesando detestar a aquel a quien se unía! Una vez más advirtió Gregorio, algunas horas antes de la ceremonia:

- Huyamos, “Mademoiselle”... Temo al prever los acontecimientos el día en que fuerais descubierta... porque no hay duda de que lo seréis... Una situación como esta, anormal, insostenible, no se podrá equilibrar por mucho tiempo... Pensad en nosotros, si no queréis pensar en vos misma... Sufriremos todos, como vuestros cómplices, que en verdad somos...

Y Blandina:

- Deteneos, damita, que aún es tiempo... No os burléis de las cosas santas... El matrimonio es un sacramento... y sea cual fuere la ley bajo la que se realice será respetable y digno de nuestra veneración... ¿Cómo podéis utilizar un sacramento para motivos de venganza?...

- ¡Oh! – carcajeaba ella, excitada por un extraño nerviosismo. –

¿No comprendisteis aún, querida Señora, que no existirá ninguna unión, ya que es Otilia de Louvigny quien se casa y

no yo, y que Otilia ya está muerta?

- El Señor no proclamó la venganza, sino el perdón...

- No puedo perdonar, no puedo, Dama Blandina... ¡Bien quisiera atenderos, pero es imposible! Os confieso, llena de pudor, que me gustaría poder amar a Luís de Narbonne, ya que es el más gentil de entre todos los hidalgo que conozco... Pero, no puedo... ¡No puedo! Y tendré que precipitarme en el castigo que le infringiré, porque, si me retraso, me arriesgaré a no poderlo hacer jamás, porque, ¿quién sabe?... el corazón podría traicionarme... Yo podría, al final, aceptar vuestros consejos y perdonar... y ¿cómo dejaría impune al verdugo de mis seres queridos?... Además, me prendo a un sagrado juramento, bien lo sabéis, Blandina, Gregorio...

- Solamente las fuerzas de las tinieblas presenciaron tal juramento, querida damita... Dios lo desapueba a través de los Mandamientos de la Ley... Y si a él huyerais, al juramento, obedeceréis a principios cristianos, porque practicaréis el verdadero acto de amor al prójimo, en lo que posee él de más elevado y meritorio...

La infeliz cubrió su rostro con las manos y rompió en llanto, exclamando entre dolorosas expresiones de desánimo:

- ¡No puedo, Dama Blandina, no puedo! La sombra de Otilia me obliga irresistiblemente a este pavoroso destino y yo no me podré esquivar... Tendré que proseguir en esta aventura siniestra hasta la completa destrucción de de Narbonne... ¡Otilia me manda torturarlo por amor, tal como la muerte de Carlos, en las vísperas de sus bodas con él, hasta hoy tortura su corazón!... Confieso que, a veces, llego a lamentar que fuese precisamente él, Luís, el verdugo de mi familia, pues yo – vergonzoso será decirlo – de buen grado lo hubiera amado, ya que se viene presentando tan afectivo y tan amigo desde el primer instante... Pero, no importa que yo misma sucumba en esa misión ingrata que mi Otilia me confió... De qué me valdría vivir destituida de mi familia y de...

- ¡Concluye la frase, pobre niña!

- ¡Oh, no! ¡No puedo concluir! ¡Sería vergonzoso además, sería demasiado odioso y yo misma oírme profiriendo el mayor de los sacrilegios, que yo misma, que un ser humano, podría cometer!... Huir vosotros, dejadme... Yo merezco la muerte, merezco el suplicio, la cárcel, la ignominia... pues pertenezco a las tinieblas... ¡Id hacia Alemania, id!... Dejadme entregada a este singular destino... Mi alma se perdió en las tinieblas del pecado, desde el día en que Luís de Narbonne ordenó la masacre de los míos...

Y, nuevamente ocultando el rostro entre sus manos, como sintiendo el pudor ahogándole la faz frente a quien la contemplase, se recogió en su aposento, pasando muchas horas a solas, desolada, ansiosa, sumergida en los abismos de sus propios pensamientos accionados por las inspiraciones tenebrosas de la amiga muerta en sus brazos. Sin embargo, Gregorio y Blandina no huyeron, fieles al deber de velar por aquella que les fue entregada por el destino y por la conciencia, en circunstancias hirientes. Continuaron, por tanto, en el Palacio Raymond, alertados para cualquier emergencia grave, que esperaban a cada momento, velando afectuosamente, afligidos e inconformados, por la niña que les era tan querida.

Ahora, justamente en el día de los esponsales de su joven ama, por la mañana, cuando una vez más se verificó la conversación que acabamos de relatar, Gregorio pidió permiso para entenderse con ella sobre asuntos particulares, y fue derecho al blanco:

- “Mademoiselle” de La-Chapelle, una vez que de momento no necesitáis tan de cerca de mi presencia, y ya que habéis rechazado mis consejos en cuanto a los graves acontecimientos que a todos nos sorprenden, os ruego permiso para visitar mi pueblo natal, en la frontera más allá del Reno... Allí tengo algunos intereses que deseo organizar, lo que no me fue posible en ocasión oportuna, en vista de

nuestra retirada precipitada de La-Chapelle.

Suponiendo que el viejo siervo alemán deseaba ponerse al abrigo de los acontecimientos delicados que siguieron a su casamiento, los cuales todo indicaba que serían bastante importantes, la joven dama se hizo comprensiva, no reteniéndolo junto a ella. Respondió, por tanto, bondadosa y tristemente:

- Ve, mi querido Gregorio... Me alegra concederte la libertad que deseas... No obstante, lleva contigo a Camilo y a Raquel... que sin ti y sin mí quedarían desamparados en París...

- Perdón “Mademoiselle”... No me llevaré a mis hijos... ya que sólo me demoraré algunos días... Estarán ambos en el Palacio Raymond a vuestras órdenes, sirviendo a Dama Blandina...

- Como quieras... y sé feliz...

Preocupada como se hallaba, preparándose para visitar a la Reina, con quien se entendería por última vez acerca de la ingrata misión que se impusiera, la supuesta Otilia de Louvigny no se animó a exigir detalles sobre el anunciado viaje, satisfaciéndose con la sucinta explicación del dedicado sirviente de su casa.

Al día siguiente al de los esponsales, Gregorio efectivamente se ponía en marcha, montado en un buen caballo y protegido por un salvoconducto facilitado por el propio de Narbonne, que no sería capaz de negar cosa alguna a su hermosa prometida, la cual lo pediría en la víspera, es decir, el mismo día de las bodas. Mientras cabalgaba por las calles de París, el criado alemán condujo al animal al trote, sin hacer creer a los que lo observaban que llevaba prisa en el singular viaje. No obstante, dejando los últimos arrabales y llegando al camino real en dirección al nordeste, espoleó al caballo y se puso a galopar con tanto vigor como le permitían las fuerzas del mismo... Y así fue que algunos días después atravesaba el Reno, en vez de dirigirse a su aldea natal. Se internó corazón

adentro de la vieja patria germánica, hasta los confines de Baviera, alcanzando, entonces, la mansión de los Príncipes de G..., antiguos amigos de los Brethencourt de La-Chapelle y hermanos de ideal religioso, como buenos luteranos que eran. Cuando llegó allí, solicitó una audiencia del joven Príncipe Federico, el cual lo recibió bajo el choque de una gran sorpresa, ya que lo suponía asesinado con toda la familia de La Chapelle, ofreciéndose, democráticamente, a la conversación que se prolongó por tres largas horas. ¡El Príncipe, se convenció entonces, de que su antigua prometida Ruth-Carolina de La-Chapelle escapó de la mortandad del Castillo y que, al contrario de todas las informaciones que a toda costa obtuviera al visitar la antigua mansión devastada, vivía aún y se encontraba en París, al borde de un inconmensurable abismo! Al mismo tiempo, Gregorio quedó enterado de que Federico de G... no partió rápidamente a interesarse de los lamentables hechos, solamente porque las noticias habían tardado en llegar a su conocimiento; y que, al partir para La-Chapelle para informarse, cautelosamente, fue informado de que Ruth había fallecido en el Castillo de Louvigny y que Otilia se retiró, disgustada, a París; y que, de lo que fue la apacible mansión de los Brethencourt de La-Chapelle, sólo existían las ruinas que ahora contemplaba, y ni un sólo sobreviviente.

Al terminar la prolongada y patética conversación, Federico de G..., demostrando en el semblante las señales de la más profunda preocupación, hizo venir a su presencia al mayordomo de la casa, y ordenó:

- Mande preparar un viaje urgente y largo, para mañana al amanecer. Será necesario reserva de caballos y un carruaje resistente, para ser usado solamente al regreso... Deseo viajar de incógnito, bajo el nombre y la apariencia de algún burgués comerciante... Retire los blasones de todos los pertrechos, que deberán ser lo más rústicos posible... Consiga ropas femeninas, para una burguesa...

Dejemos, no obstante, al Príncipe amigo y a su modesto huésped en preparativos urgentes para realizar un viaje, que a

los ojos del mayordomo, tenía muchos aspectos de una romántica aventura de amor, y volvamos a París antes de que allí aparezcan ambos, reencontrando a Luís de Narbonne radiante de felicidad al lado de aquella que suponía ser Otilia de Louvigny y con la cual acababa de unirse.

CONSECUENCIAS DE UN BAILE

Jamás un hombre se sintió tan dulcemente unido por el encanto procedente del propio matrimonio, como Luis de Narbonne se mostraba desde la noche, para él favorable, que de la Iglesia de Saint Germain trajera, en un carruaje de gala, para la propia residencia, a la joven y hermosa esposa que – suponía el infeliz fanático – el Cielo le concedió. Su felicidad era resplandeciente y contagiosa, tornando felices a todos los que se encontraban a su alrededor y haciendo desaparecer de su casa aquella impresión de sombría melancolía que fue su padrón doméstico hasta la víspera del alegre evento. Poniendo a los pies de Otilia la propia vida envuelta con las atenciones y el lujo principesco de que la rodeaba, y, completamente vencido, esclavizado por el dominio de la propia pasión, no vivía sino de los sorbos que ese inmenso amor le imprimía en todas las facultades del ser.

Entretanto, si no se dejase cegar por las propias emociones; si pudiese obtener bastante tranquilidad, en su locura afectiva, a fin de poder observar libremente aquel polo que tanto lo atraía, y con el cual pasaba los días, habría comprendido fácilmente que las caricias, que a otra mujer cualquiera habrían apasionado de felicidad, eran apenas soportadas por la joven esposa, que se mantenía poco expansiva, cuando todo a su alrededor cantaba hosannas al amor, irradiando ilusiones y alegrías irresistibles. Él puso a sus pies todo cuanto tenía de cualidades morales elevadas y bienes materiales. La hizo Condesa y Princesa, enorgulleciéndose por ventura aún más que de aquella Iglesia a la que cambió por el matrimonio, la cual, sin que él lo entendiese, fue la misma que cavó el abismo entre ambos, abismo que solamente los siglos y la sabia misericordia del Eterno tendrían posibilidades de

igualar. Pero, Otilia, si en su presencia fingía el amor que no le podía verdaderamente dedicar, en su ausencia se deshacía en llanto, diciéndose a sí misma, sin un corazón amigo en quien pudiese confiar sus inauditas amarguras, ya que Dama Blandina no la acompañó tras el sacrílego casamiento.

“¡Esta comunión de vida se hace sacrílega ante mí misma! ¡En sus brazos, bajo sus caricias abrasadoras y envolventes, sólo distingo ante mis ojos los cuerpos masacrados de mis seres queridos, la sagrada sangre de mi familia entera, goteando entre sus manos! ¡No podré soportar tanta infamia, ni siquiera por treinta días! ¿Qué hice yo, Dios mío, qué hice yo?... ¿Por qué y cómo me pude someter a este casamiento?... ¡Todo esto es superior a mis fuerzas!... Debo destruirlo contra antes... para que yo misma no me maldiga aún más, amando al verdugo de mis propios padres y hermanos... ¡Oh! Quisiera verme lejos de aquí, al abrigo del yugo de Catalina, que no me perdonará si yo perdono a Luis...”

Pero, el mismo Luis aparecía... Observaba en sus lindos ojos señales de lágrimas recientes... entonces la tomaba entre sus fuertes brazos, como si lo hiciese a un niño... Se deshacía en cuidados y tiernas caricias, suponiéndola desorientada también en su tan reciente estado de esposa... Y así transcurrieron quince rápidos días, cuando fue decidido, por la Reina madre y por el propio Capitán de la Fe, que Otilia de Louvigny, ahora Princesa de Narbonne y Condesa de S... por el casamiento, fuese presentada a la Corte por el propio esposo, durante una recepción y baile al que asistiría el mismo Carlos IX. En la noche fijada fue, efectivamente, presentada a la Corte la angelical dama hasta entonces conservada reclusa en el Louvre, y que todos suponían que se trataba de una dama de la familia de Louvigny, en la ocasión casi totalmente extinguida.

Los salones estaban llenos de nobles caballeros y damas de alto linaje. El propio Señor de Guisa, personaje entonces muy del agrado de Carlos IX y Catalina de Médicis, Enrique de Anjou, hermano del Rey y futuro soberano, que mataría, más

tarde, bajo el puñal de Jacques Clement, otro fanático de la Orden de los dominicanos, después de, por su parte, haber ordenado el asesinato del mismo Duque de Guisa; todo un conjunto esplendoroso de damas y figuras que se imponían por el fulgor de las propias distinciones y riquezas, o por el poder de que disponían, allí se hallaba dando brillo a la recepción y homenajando a los soberanos. De entre tantos altos personajes presentes, sólo dos conocían el hecho temerario de que aquella presentación era un insulto a los ánimos y dignidades de los presentes. Si supiesen su verdadera historia, ahí habría una infamia, un crimen que seguramente arrastraría a su propulsor a la ignominia de la fuerza, porque era la usurpación de un nombre y un título respetable, por una personalidad fuera de la ley, una “hugonote”.

Cuando Catalina de Médicis, amable y protectora, arbitraria a la presentación de la bella Señora de Narbonne a la Corte, no tuvo otra intención sino la de exponer a la supuesta Otilia al conocimiento de la hidalguía reunida, preparando los acontecimientos, a fin de que se patentase en el futuro su inculpabilidad, en el momento en que algo le sucediese a Luis o que la mentira del nombre surgiese a la luz, pues entonces, ella, Catalina, aparecería como una pobre Reina despreciada por una audaz “hugonote” que se atreviera hasta incluso no respetar a la Corte a fin de alcanzar a Luis, vengándose de él por la masacre de su familia en los días de San Bartolomé. Ruth de LaChapelle que, entonces, ya estaría desenmascarada, sería encerrada en una mazmorra de la Bastilla, hasta el momento de llevarla a las horcas de Montfaucon ⁽¹⁹⁾, pues, en aquellos tiempos sombríos, un noble también podía ser ahorcado como cualquier villano, según fuese la gravedad del crimen practicado o que no contase a su favor con una posición bastante destacada entre sus iguales.

(19) Famoso patíbulo compuesto de tres pisos, con varias horcas hábilmente edificadas con grandes ventanas, construido en el siglo XIII y destruido a mediados del siglo XVIII, en París.

Sin embargo, la esposa de de Narbonne tembló ante la perspectiva de la presentación y contra ella se opuso, suplicando al marido el adelantamiento de la ceremonia de etiqueta, considerada indispensable en el medio social al que pertenecían. Pero, Luis era muy noble de nacimiento y vanidoso de la posición que ocupaba, sintiéndose muy orgulloso de la encantadora esposa que conquistó, muy ufano de su palpitante aventura de amor, que ya era del pleno dominio público y hasta cantada por los trovadores más notables de París, dada su cualidad de pretendiente al Clero, que terminó despreciando todo por el amor de una mujer – para que se acomodase él a la discreción de ocultar la propia felicidad entre las salas y los corredores de su sombrío palacio, pues la verdad era que el conocido Capitán de la Fe no podría abrir sus salones para visitas y recepciones, mientras su mujer no fuese oficialmente presentada a la nobleza, en presencia del Rey y de la Reina.

... ¡Y la ceremonia se realizó entonces, algunos días después de las nupcias, con todo el esplendor y las etiquetas propias de la época, habiendo Luis de Narbonne presentado a la joven esposa a cada uno de aquellos grandes señores, después de haberla conducido hasta el propio trono, donde, taciturno y ajeno a lo que pasaba, Carlos IX, estaba sentado, ricamente vestido con terciopelo negro, se diría el pálido espectro que obsesaba a la propia Francia!

Una sonrisa de benevolencia esbozada en todos los labios acogió a la gentil criatura, rubia como el Sol, angelical y deslumbrante de juventud y belleza, frágil y graciosamente tímida entre los esplendores de la Corte famosa en toda Europa, y que era conducida por el feliz mortal que la desposó, aquel agigantado Capitán de la Fe que amaba por primera vez, que esperó por el matrimonio protegido contra la corrupción del mundo por los votos menores de la Iglesia, y que ahora estaba allí, feliz y sonriente, exhibiendo ante toda la Corte de Carlos IX el mejor tesoro que le cupiese entre las muchas riquezas de las que era señor. Entretanto, la joven provinciana presentada homenajearía al Rey y a la Reina, así como a la propia nobleza allí reunida, que tan gentilmente la

recibió, con una representación cuya perspectiva llenaba de curiosidad a cuantos de la misma tenían noticia. El teatro era entonces muy admirado, los cantantes y músicos considerados casi como seres aparte dentro de la Naturaleza, privilegiados y acreedores de enternecida admiración. Raros eran los artistas, y los buenos artistas más raros aún, excepción hecha a los pintores y arquitectos, que tenían, en aquella época, su fase áurea (20).

Cualquier juglar o trovador se disputaba con insistencia por las casas nobles, recibiendo los mejores honorarios de la época y gozando de privilegios en los palacios y en los castillos, envidiados, incluso, por muchos hidalgos. Por eso mismo las gitanas que cantaban en las calles, como sus compañeros de arte primitivo, eran bastante aclamados por el encanto de sus canciones tristes o suaves, movidas o melancólicas. ¡A veces, los celos, la envidia, de muchas damas que sabían que sus maridos o amantes estaban interesados en las personas de aquellas populares cantantes, o el despecho de muchos caballeros que se reconocían postergados en las inclinaciones amorosas de las mismas, se vengaban torpemente, acusándolas de hechiceras o de herejes, a fin de eliminarlas en la horca y hasta en las hogueras, mientras otros, simples juglares o trovadores, contaban con la protección amorosa de damas de la más alta nobleza! Entre esta, sin embargo, no existían artistas. Por lo menos jamás se daban a conocer, ocultando sus gustos e inclinaciones por temer al ridículo, como si se tratase de cualidades impropias de su clase. Sería un hecho excepcional que un hidalgo se diera al teatro. La moda de elevado gusto o de lujo aventajado sería, entonces, la manutención de un trovador, un bufón, un juglar o incluso un grupo de trovadores y actores para divertir al castellano y a la familia o a sus convidados, en los días festivos.

(20) Durante el Renacimiento (siglos XV y XVI), fue dado un vigoroso impulso a las Artes, a las Ciencias, a la Literatura, etc. Abundaban entonces los genios de la Pintura, de la Arquitectura, de la Escultura, los grabadores y eminentes poetas, y muchas conquistas del espíritu humano se hicieron entonces. La Música, no obstante, e incluso el Teatro alcanzaron mucho más tarde su brillante etapa.

Las márgenes del Reno fueron célebres desde tiempos muy antiguos por el encanto de las melodías y de los versos que inspiraban sus músicos y poetas. Sus leyendas, sugestivas, mimosas, arrebatadoras, de sabor muy sentimental, típico por excelencia, impresionaban a las almas sensibles, inclinadas al ideal y a los sueños maravillosos. Sus canciones eran inconfundibles, enternecedoras y evocativas, y toda Europa e incluso gran parte del mundo se deleitaba ante la inimitable armonía nacida, con preferencia, del lado alemán del legendario río. Historias emocionantes, leyendas de amor, tragedias, mil argumentos encantadores originarios de las márgenes del Reno eran aprovechados por los poetas y narradores de épocas también anteriores a las que evocamos, como por los músicos y trovadores y pequeños grupos de pobres artistas, que iban de castillo en castillo, de palacio en palacio, para entretener a los grandes señores y sus comensales con el arte que, primitivo aún, por ese tiempo también era lo más elevado y más fino que existía en materia de diversiones.

¡Así, lo que hoy es raro existía en aquellos tiempos dramáticos, traduciendo un poder de transmisión de sugerencias verdaderamente excepcional! Eran los narradores de dramas e historias verídicas, generalmente en versos, especie de libro, de romance ambulante, de periódico, los cuales, solos, sirviéndose del propio talento declamatorio y mímico de una dramática exuberante y atrayente, entusiasmaban a la asistencia con la magia de las propias palabras, narrándole los grandes dramas de amor, los hechos guerreros o heroicos, tan del agrado de la mentalidad de entonces, sin que ni siquiera por un momento la asistencia se mostrase desinteresada... tales como los filmes cinematográficos de la actualidad, que a lo vivo “narran” todo cuanto sus organizadores desean para la edificación recreativa o instructiva de numeroso público.

Tales costumbres, incontestablemente bellas e indicadoras de elevado buen gusto, declinaron a la proporción que la Imprenta progresaba, popularizando el libro, lo que dispensaba la presencia de los narradores de historias y de

noticias, al mismo tiempo que progresaba el arte teatral, cuyos espectáculos pasaron a ser realizados en locales apropiados y mejor adaptados a las finalidades profesionales y comerciales. Mientras tanto, el gusto por las bellas tertulias artísticas, en los recintos domésticos acaudalados, avanzó aun hasta el siglo XIX (21), y, en los días actuales, no serán raros los recitales y conciertos realizados en residencias ricas, evocando pálidamente el pasado... mientras que la llegada de la Radio y de la Televisión mantienen el antiquísimo gusto por las representaciones teatrales en los recintos domésticos, no obstante la gran modificación sufrida por el uso, dentro del tiempo.

Sin embargo, aquellos artistas, repetimos, sólo excepcionalmente pertenecían a la nobleza. Eran los hijos del pueblo, las almas sufrientes y sensibles, muchos de ellos educados en Conventos, donde aprendían a leer bajo la orientación de eminentes, pero modestos e ignorados religiosos, caritativos y celosos de la enseñanza a los humildes y pequeños. Eran los intelectuales de la época, cuyas ideas madurarían a través de los siglos, para las reformas artístico-sociales posteriormente llegadas, las cuales, entonces, en vez de una espada, un caballo enjaezado y un par de espuelas de oro, manejaban con preferencia las fuerzas de la mente y del corazón... para reencarnar, más tarde, como grandes poetas y dramaturgos, artistas delicados y geniales, románticos cuyas producciones arrebataron a lectores también en el siglo XIX, músicos que difundieron, en el siglo pasado, para el mundo entero, hasta los presentes días, el talento que los siglos y los milenios habían cultivado en los repliegues bendecidos de sus facultades anímicas... como también lo son los grandes directores y maestros de la cinematografía moderna... (22)

(21) Ricos hacendados de Brasil, durante el II Imperio, mantenían en sus casas compañías de teatro, a veces mandadas venir de Europa, a propósito para determinadas temporadas, generalmente para honrar a la estación del Estío, cuando a las Haciendas acudían ilustres invitados. (22) Ya en el siglo V, antes de nuestra era, surgieron los "teatros de piedra", en Grecia. En la antigua Roma igualmente se construyeron varios, imitando a Grecia. En Europa, sin embargo, sólo mucho más tarde fueron levantados teatros confortables. Las obras, para el público, eran representadas al aire libre, en patios aprovechados y adaptados, en barracones, etc. En los palacios eran comunes los espectáculos, conforme citamos.

Desde la víspera de la presentación corría el rumor, por las antecámaras y corredores de la Reina, que la joven esposa del Conde de Narbonne procedía de las proximidades del Reno, que era una artista consumada, aunque se tratase de una aristócrata, y que desde que ingresó en los servicios de la Reina venía presentando a esta, como a su Corte íntima, adorables canciones que a Francia entera le gustaría oír, y que era por orden de Su Majestad que haría las delicias a los invitados al baile con algunos números de su apreciado arte: el canto. La curiosidad sería, por tanto, poco común, ya que la joven desposada era una Condesa, cuando tales cualidades, aunque muy admiradas, serían atributo exclusivo de la plebe.

Y, pues, vistiendo un largo vestido de satén blanco, sencillo y resplandeciente cual túnica de diosas, adornado con flores doradas, al cual una cola muy larga y majestuosa prestaba sugerencias irresistibles; los largos cabellos de oro esparcidos negligentemente por la espalda y por hombros, más brillantes que las velas de las lámparas que colgaban de los techos de los salones; la frente blanca coronada de rosas blancas, una cesta de cuentas de perlas colgada del brazo izquierdo, y de donde apuntaban rosas en abundancia; las manos delicadas y casi diáfanas tocando una pequeña arpa dulce, cuyos sonidos envueltos en tonos tristes enternecían a los oyentes; así graciosa y angelical como Ofelia por los corredores del viejo Castillo de Elsinor, en busca de las atenciones de su esquivo Hamlet, Ruth Carolina de La-Chapelle, a quien, con excepción de Catalina de Médicis, creían una descendiente de Louvigny, entró en el salón de baile, poniéndose a cantar, como lo hacía exactamente en la casa paterna en las tardes de los domingos, ante los padres y los hermanos, homenajando a los compañeros del ideal religioso que acudían en visita. Ella era allí, en presencia del Rey de Francia y de su Corte reunida, la genial realización de una imagen legendaria del Reno, espiritual, cariñosa, ideal, las actitudes angélicas, la gracia inimaginable de un ser celeste aparecido de pronto entre los mortales, la sonrisa tierna y cautivante, la voz dulce y envolvente, entonando las hermosas canciones creadas entonces por el hermano nostálgico, cuya trágica muerte su

corazón lloraba ahora y siempre...

Un murmullo de sorpresa la acogió. A un canto, discreto y aislado, como habitualmente se portaba en sociedad, Luis de Narbonne, el esposo de aquella criatura de quien se diría ser un personaje de leyenda, se emocionaba y temblaba, sorprendido por un atractivo más de aquella a quien se unió, pues lo ignoraba, mientras Catalina comprimía los labios con equívoca expresión, porque en su boca jamás asomaba una sonrisa, sino que afloraban extraños gestos, y Carlos IX, invariablemente taciturno e indiferente, fijaba sus ojos en la inédita escena en sus salones...

La joven se desenvolvía por la sala, cantando al son del arpa. Iba y venía paseando el ritmo, lleno de arte y belleza; acercándose a uno y otro convidado, saludándolos graciosa y sencilla, ofreciendo a todos una rosa blanca de su linda cesta, entre un agudo más prolongado o una pausa inteligentemente escogida para facilitar el gesto... Al principio se acercó al trono. Se inclinó, cantando, en una reverencia solemne, depositando a los pies de los soberanos un ramo de rosas... y se movió por la sala, provocando sonrisas enternecidas a unos, encantando a todos... Pero, en el fondo de su corazón, mientras sus labios cantaban, destilaban la rebelión y el odio por aquella Corte de hipócritas que habían condenado a sus hermanos de fe y destruido a sus seres amados, destrozando su hogar y haciendo de ella misma el ser diabólico que allí estaba disfrazado de ángel; cantaba los versos del hermano querido, y revivía dentro de los más sagrados pensamientos, donde una nostalgia inextinguible construyó su eterno altar, el hogar resplandeciente de afectos y alegrías que perdió, las imágenes adorables de los viejos padres, la cándida bondad de los cinco hermanos varones, las risas inocentes de los pequeños sobrinos, a los cuales ella mecía en sus brazos gentiles con aquellas mismas canciones que ahora ofrecía a aquella aglomeración de buitres...

Entonces su voz alcanzaba lo sublime, para aquellos oídos más habituados a la maledicencia de la política y de las

intrigas criminales. Se distinguían lágrimas y extrañas dulzuras en su voz... o vibraciones de dolor y ansiedades de rebeldía... Sus ojos, que ahora brillaban de rabia o proyectaban venganzas, de pronto se enternecían recordando la figura protectora del hermano mayor, que ayudó a su crecimiento entre caricias y buenos consejos... Y el instrumento suave, recordando la antigüedad de los reyes que eran pastores (23), acompañaba el canto maravilloso que la tranquilidad sugestiva del Reno supiera inspirar...

Sin embargo, Ruth se acercó a Luis, el esposo feliz que sería también la mayor víctima de su genial maldad. Murmuró, tierna y provocadora, una canción de amor a sus oídos extasiados, como quien habla en secreto... Le habló de dolores, de nostalgias, de tragedias desarrolladas a la orilla del querido río... y, sonriente y linda, le ofreció una rosa roja, símbolo de la sangre derramada – la única de ese color que tenía de entre tantas, que eran blancas...

Deseoso y radiante, el Capitán de la Fe le besó las manos, recogiendo la dádiva... Y el baile prosiguió hasta bien adentrada la noche, teniendo a la falsa Otilia de Louvigny como su mejor atracción...

Desde lo alto del trono majestuoso, de donde irradiaba un gobierno férreo para Francia entera, Catalina de Médicis, sin perder un solo gesto de Ruth-Carolina, murmuraba consigo misma: “El gato se divierte con el indefenso ratón, antes de aplastarlo... Creo que contamos con la más consumada comediente de Francia, para el servicio del trono... Si esa dama no tuviese la inconveniencia de aprovecharse del nombre de Louvigny para su caso particular, oscureceríamos su cualidad de “hugonote” para conservarla a nuestra disposición... Sin embargo, ella es excesivamente

audaz y peligrosa... Luis de Narbonne está perdido, realmente, con semejante enemiga...”

(23) David, Rey de Israel, era músico y poeta, tocando el arpa con gran talento, según informa el Antiguo Testamento.

De entre los oficiales que hacían la guardia personal del Sr.

Duque de Guisa, en esa noche de baile, con atribuciones en el interior del Louvre, se destacaba uno que sirvió en las filas comandadas por Luis de Narbonne, cuando de los inolvidables días de las masacres de los “hugonotes”, pues, como debemos recordar, el joven Capitán se unió a las fuerzas de Guisa en aquella ocasión. Esbelto y severo, muy compenetrado de celos por el trono, al cual respetaba, ese oficial no perdía, aquella noche, un minuto sin observar aquí y allí si un enemigo siempre posible, de las personas presentes, no hubiera penetrado en los salones para fines deplorables. Exageraba, como vemos, de las propias atribuciones, las cuales, en aquel momento, se reducían a la persona del ilustre Príncipe de Lorena. Se atrevió, por eso mismo, acercarse al salón de baile y, observando todo, inspeccionando concienzudamente lo que suponía un deber, se detuvo en una puerta lateral y, ocultándose entre los cortinajes, asistió al maravilloso recital de Otilia, suntuoso y muy original para la época. Al verla, no obstante, se quedó taciturno, la frente fruncida, la mirada lanzando desconfianzas e intenciones dudosas. Y mientras los demás asistentes no pensaban nada más que en darse sin constreñimientos al placer de admirar la celeste aparición de aquella noche, él dejaba angustiarse al propio corazón, rebelándose interiormente a cada triunfo de la linda cantante del Reno. El mismo oficial frecuentaba asiduamente el Louvre, donde atendía a las obligaciones de su clase, junto a Enrique de Guisa, y, por tanto, junto al trono. Oyó hablar de Otilia de Louvigny como rara belleza que a todos encantaba, y de su casamiento con el Capitán de Narbonne, pero no tuvo ocasión de verla si no en aquel mismo momento, viéndola, entonces, por primera vez. Ese militar, discreto y riguroso, era amigo íntimo de Luis de Narbonne, y, aunque se mantuviese discretamente distanciado de una convivencia íntima con el fanático clerical, dada la diferencia de las posiciones sociales, pues era un simple caballero sin tierras ni haberes, mercenario militar a sueldo de quien mejor lo remunerase, lo admiraba tan profunda y respetuosamente como un hermano sumiso, dispuesto a dar por él hasta la propia vida, si fuese necesario. Fanático religioso aún más intransigente que el propio de Narbonne, permitiría la

destrucción de la propia familia, si él creyese que esta fuese perjudicial para los intereses de la Iglesia o del Trono. En la víspera del terrible evento de San Bartolomé, ese hombre, cuyo nombre era Reginaldo de Troulles, ya nuestro conocido fue investido por el Capitán de la Fe de la especial misión de llevar a la familia de La-Chapelle la misiva de advertencia, convidándola a alejarse del suelo francés urgentemente, o arrepentirse públicamente en París, renegando de la Reforma. Reginaldo, como sabemos, no encontrando en el Castillo al destinatario de la misma, el joven luterano Carlos Felipe, allí permaneció por tres días, como huésped, siendo tratado con las deferencias debidas a un hidalgo y la bondad que caracterizaba a la familia de La-Chapelle. Lo admitieron, como vimos más atrás, en el culto del Evangelio de la pequeña Iglesia doméstica mantenida por el joven Carlos Felipe en la casa paterna; y, en el desarrollo de la augusta ceremonia, oyó hablar a los hermanos Felipes, en la ausencia de Carlos, y también a la joven Ruth-Carolina, que con el hermano mayor aprendía a orar, recitando los Salmos de David. En la tarde de los domingos, que entre ellos pasó igualmente, asistió a los ensayos teatrales habituales entre la familia, donde padres e hijos, se revelaban artistas insignes, y, así, tuvo la oportunidad de admirar de muy cerca, encantado y perplejo, a la hermosa y cariñosa Ruth-Carolina exhibirse con las lindas canciones de su repertorio, recibiendo de sus manos una linda rosa – tal como ahora veía acontecer en el salón de Catalina de Médicis.

Sorprendido y aturcido, Reginaldo de Troulles no tuvo otro remedio sino confesarse a sí mismo de que aquella encantadora joven, agasajada en pleno Louvre, en presencia de los Reyes de Francia y por la Corte reunida; que aquella mimosa criatura, recién desposada por un grande como Luis de Narbonne, y a la cual todos, este inclusive, respetaban como si se tratase de una dama de la respetable familia de Louvigny, no era otra sino la misma a quien conoció en el Castillo de La-Chapelle bajo el nombre de Ruth-Carolina, una “hugonote” luterana, hija de los condes de Brethencourt de La-Chapelle, asesinados en los días de San Bartolomé, bajo el comando del propio Luis de Narbonne.

Mientras duró la solemnidad, Reginaldo no perdió de vista a la infeliz hermana de Carlos Felipe. Mil ideas contradictorias se arremolinaban en sus pensamientos:

“¿Qué podía hacer ante la crítica emergencia?... – pensaba, preocupado. ¿Denunciar a la impostora al Rey o a la Reina?... ¿Y si estuviese equivocado, y si se tratase sólo de una extraordinaria coincidencia?... ¿Pediría audiencia particular a Luis de Narbonne, previniéndolo confidencialmente de que fue víctima de un engaño, una traición, casándose con una de La-Chapelle y no con Otilia de Louvigny?... Pero... y la reacción del Capitán de la Fe, ¿cuál sería?...

¿Cómo y por qué esa joven usurpó el nombre de una familia tan conocida?... Y la verdadera Otilia de Louvigny, ¿dónde estaría?... ¿Existiría, acaso?... ¿Conocería la infamia perpetrada contra su personalidad?... ¡El hecho parecería, efectivamente, increíble, pero era verdad!

¿Qué podía hacer, por tanto?... ¿Guardar silencio?... Pero... ¿y sus deberes de conciencia ante una realidad que hería a la razón?... ¿Y sus deberes de militar, celoso del decoro social?... ¿Y su deber de amigo y admirador de un varón íntegro, comprendiéndolo enredado en una tan extraordinaria intriga que solamente tendería al crimen?... pues le repugnaba a Reginaldo admitir que Luis se enredase voluntariamente en la trama que adivinaba era tejida por la cantante “hugonote”, a quien oía que elogiaban, exclamando: “¡Es una de Louvigny!” – Además, donde encontraría audacia para presentarse al ilustre Capitán de la Fe y decirle: Te casaste con una enemiga, la única sobreviviente de los “hugonotes” muertos por vuestra orden en el Castillo de La-Chapelle, exactamente aquella a respecto de quien me distes órdenes para buscarla hasta ser encontrada, a fin de encerrarla en la Bastilla, para ser procesada como hereje!”

Con preocupación, vio terminar el baile, a los invitados dejar lentamente los salones iluminados, el silencio caer por los grandes corredores del Palacio... Se retiró él mismo, montando guardia a su Duque... y no concilió el sueño en aquel término de madrugada, meditando sobre lo que debía intentar frente a tan caprichosa circunstancia. Pensaba en

escribir a la dama de los cabellos de oro, participándole de que fue descubierta y exigiendo una fortuna para guardar silencio, o la protección junto al marido a fin de mentir fácilmente en la sociedad en que actuaba. Respondió, no obstante, consigo mismo, que la linda mujer, si se arriesgó a tan peligrosa aventura, era porque estaría dispuesta a las más violentas actitudes, incluso a la pérdida de la propia vida, pues, una de La-Chapelle, casándose con Luis de Narbonne, bajo un supuesto nombre, dos meses después de la masacre de San Bartolomé, solamente lo haría mirando a algo de terrible y odioso... estando, por tanto, muy bien preparada para cualquier eventualidad. Y tembló el intrépido Reginaldo de Troulles, aterrado ante la previsión de lo que para sí mismo resultaría si irritase a aquella delicada dama, en cuya personalidad reconocía un incomprensible poder de magia para penetrar en el propio Louvre bajo un falso nombre, engañar a Catalina de Médicis, mofarse de de Narbonne, cautivar y embaucar, con sus encantos personales, a aquella Corte que él acababa de contemplar respetuosa ante sus muchas cualidades.

Durante el día estuvo taciturno y malhumorado. Sin embargo, a la tarde Reginaldo se dispuso a asistir a los oficios religiosos en Saint-Germain.

Se conservaba prosternado entre el pueblo, inmerso en meditaciones, como era de costumbre afectarse desde que irrumpiera las matanzas de “herejes”. Quien lo observase así humillado y respetuoso a un cántico de la Iglesia, lo creería abstraído en santas conspiraciones con los Cielos. Sin embargo, la verdad era que el Caballero de Troulles sólo tenía un pensamiento, solamente se movía en torno de una preocupación desde el día anterior: ¡Denunciar a la hermosa de La-Chapelle! Ni por un momento se dejó enternecer a la idea de que aquella pobre criatura podría estar siendo presa de amarguras inconsolables, ya que lo perdió todo con la desaparición de la familia, y cuyos desorientados actos responderían por la intensidad de la desesperación que le derramaría del alma herida por aquellos mismos que la estuvieron aplaudiendo durante el baile.

Súbitamente vio a lo lejos, retirándose de al pie del altar, a la figura cabizbaja de Monseñor de B..., de quien sabía que era maestro y antiguo tutor del Conde de Narbonne, y una genial idea le surgió a la mente sedienta de luchas y dramas turbulentos.

Habría confesiones... Monseñor de B..., como siempre modesto y dispuesto para la posición que disfrutaba, atendería a las ovejas arrepentidas al confesionario, entonces muy frecuentado por los fieles. Sin embargo, deseando prevenir al viejo religioso de la importante confesión que acababa de resolver, escribió algunas palabras en un trozo de papel, que con dificultad obtuvo con un lego que servía en la censura, e hizo que este mismo las llevase a aquel. Monseñor de B..., ya aposentado en su puesto de indulgente de delitos ajenos, desdobló la nota en silencio, y leyó, mientras fruncía el ceño:

“Monseñor: Necesito urgente confesión con vos. La honra de una persona que para vos ha sido muy querida, desde la infancia, se encuentra amenazada, y tengo valiosas revelaciones que hacer.”

Llevaba una firma simple, que Monseñor conocía bien. Evidentemente el asunto se refería a Luis. El viejo sacerdote arrugó fuertemente el papel, interesándose por el penitente. Fervoroso creyente, piadosa oveja a quien los demás fieles contemplarían sinceramente sumisa. Reginaldo se acercó al confesionario y relató al antiguo tutor de Luis de Narbonne el singular descubrimiento en el baile de la víspera, después de declarar su condición de oficial de la guardia de Guisa, y pidiendo, hipócritamente, consejo de lo que debería intentar hacer. Discreto y digno, Monseñor pronunció sólo estas únicas palabras, después de escuchar el minucioso relato:

Os agradezco vuestra preocupación, Sr. Oficial. No obstante, guardad el secreto del descubrimiento que hicisteis, el cual causaría vuestra ruina personal, si fuese divulgado.

Para el viejo religioso, semejante revelación no era una

sorpresa. Esperaba incluso, dentro de un corto plazo, poder averiguar cuál era la verdadera personalidad, más que sospechosa, de la esposa de Narbonne. Monseñor conocía a las familias de La-Chapelle y de Louvigny-Raymond lo suficiente para poder distinguir en las facciones de la supuesta Otilia los rasgos característicos de la primera y no de la segunda. Sabía que una dama de esta última raza estaba para contraer matrimonio con un varón de La-Chapelle. El Coronel Artur de Louvigny-Raymond, su antiguo discípulo, antes de marchar para el extranjero, había hablado con él al respecto, rogándole consejos acerca del proyectado matrimonio de la hermana, no obstante omitir el nombre de esta, habiendo él mismo, Monseñor, advertido al ex discípulo de que no sería aconsejable la unión, por todos los motivos, mayormente cuando eran proyectadas persecuciones a “hugonotes”, en tierras francesas, por los poderes civiles y temporales, y en virtud de ser el pretendiente a la alianza un “hugonote” de mucha evidencia, lo que ocasionaría desgracias imprevisibles a la familia de Louvigny. Él mismo, Monseñor de B..., indicó el internado de la joven hermana de Artur en el convento de las Ursulinas de Nancy, tres años antes, a título de hospedaje temporal, con la esperanza de que el romance de amor fuese olvidado por la imposibilidad de entendimientos entre los dos jóvenes, escribiendo incluso a su Madre Superiora, a quien conocía muy bien, recomendando a la reclusa. Pero, en virtud de la propia dignidad personal y del respeto debido a las normas de la institución a la que servía, cauteloso ante la idea del descrédito que valdría para la posición de Artur en la Corte y para el futuro de la propia joven, la intriga de ese infeliz noviazgo, una vez fuese del dominio público, jamás se referiría al hecho, ni incluso delante de Luis, terminando por olvidarse todo, dentro de algún tiempo.

Entretanto, al día siguiente al de la entrevista que tuvo con su hijo adoptivo, de la cual una seria conmoción resultó entre ambos, Monseñor de B... mandó un correo a la Superiora de las Ursulinas, de Nancy, suplicando le fuese revelado a él el nombre de bautismo de la joven Condesa,

hermana del Coronel Artur de Louvigny-Raymond, recomendada por él, Monseñor, a la institución, y también su paradero, es decir, si continuaba en el Convento, conforme a las órdenes del hermano, o si se deshizo de la tutela de la misma congregación. Sin embargo, la respuesta tardó, llegando al conocimiento del ansioso sacerdote después del enlace de Luis, es decir, poco antes de la denuncia de Reginaldo, durante el secreto de la confesión. Monseñor leyó la misiva de la religiosa, que narraba lo siguiente:

“La Condesa recomendada por vos, hermana del Coronel Artur de Louvigny-Raymond, habiendo alcanzado la mayoría de edad hace poco más de un año, deseó retirarse a sus tierras. No existiendo recomendaciones particulares para que esta casa la retuviese tras la mayoría de edad, y en virtud de su precario estado de salud, la dispensamos de nuestros cuidados, ya que era una alumna que concluyó la educación y no una pretendiente a los hábitos. Se retiró, pues, acompañada de la institutriz Blandina d’Alembert. La infeliz Condesa, no obstante, ya bastante enferma desde algún tiempo, falleció tras los desastrosos acontecimientos que alcanzaron a la familia “hugonote” de La-Chapelle, en cuyo seno pretendía casarse, debiendo estar sepultada en el panteón de Louvigny Raymond, en Nancy, según informaciones llegadas aquí. **Otilia** era su nombre de bautismo.”

Monseñor leyó y releyó la carta a solas con sus propios celos, en su gabinete de estudios y meditaciones. Después, suspirando profundamente, dijo a media voz, guardándola a buen recaudo en un cofre: “No hay duda de que se trata de una celada, de una trama genialmente creada para terribles represalias... La esposa de mi Luis será, por tanto, como bien percibí, una descendiente de los “hugonotes” de La-Chapelle – ¡mejor dicho honrados hidalgos! – y no Otilia de Louvigny, como él mismo supone... Pero... ¿en qué tenebroso enredo se comprometió esa infeliz criatura?... ¿Quién la estará dirigiendo ocultamente?... ¿Tal vez “hugonotes” poderosos,

que intentan horribles venganzas?... ¿Acaso Catalina?... ¡No, no es posible que la Reina se alíe a “hugonotes!”... ¿Y cómo se atrevió la pobre dama a arriesgarse tanto? Actuemos, con todo, con inteligencia y humanidad... como es debido entre los que se proclaman cristianos... No deseamos su perjuicio... Pero, no podemos dejar que Luis sucumba en sus manos. La cuestión será salvarlo, sin perjudicarla... Creo, Dios mío, que obrando así seré prudente y justo a tus ojos... ¡Pobre Luis! ¡De cualquier forma será desgraciado, pues la ama perdidamente! ¡Funesto destino trajo él, desde su nacimiento!... ¡Cuántas veces lo aconsejé a no involucrarse en la política nefasta de Catalina! ¡Su hogar sería junto a Dios, dedicándose al Bien, como todos los que nacen marcados por el sufrimiento!... Pero, los jóvenes jamás atienden a los pobres viejos, que, no obstante, solamente desean verlos felices... ¡Esa pobre loca de La-Chapelle ya habrá sufrido bastante para que tengamos coraje de hacerla más desgraciada de lo que ella misma ya se hizo! La vida de Luis corre peligro... ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?”

La inspiración no tardó en socorrer su indecisión, y, ciertamente, la justa idea que le afloró al pensamiento partió de la intervención de entidades amigas de lo Invisible, que, observando hablar tan sinceramente en su interior los sentimientos de humanidad, lo animaban a una tentativa salvadora que, aceptada por la bella de LaChapelle, evitaría a ella misma períodos seculares de luchas por la recuperación moral-espiritual de sí misma.

Pensando así, por tanto, Monseñor de B... encargó a uno de sus fieles asistentes de ir a la localidad indicada por la Superiora de las Ursulinas, es decir, a la misma Nancy, y obtener de las autoridades eclesiásticas competentes la certificación de la muerte y sepultamiento de la Condesa Otilia de Louvigny-Raymond, arma con la cual contaba para convencerse a sí mismo, como a la esposa de Luis y a este, de que se veían todos ante el considerable y peligroso enredo, el cual sería necesario evitar, para el bien de todos. El religioso regresó a París algunos días después tras la denuncia de Reginaldo, con la singular declaración, escrita por el propio

puño de aquellas autoridades – de que la Condesa de Louvigny-Raymond no murió en absoluto, pues debería estar residiendo en París, en aquel momento; que, contrariamente a lo que Monseñor suponía, la joven fallecida en el Castillo de Louvigny era su amiga de la infancia “Mademoiselle” de Brethencourt de La-Chapelle, cuya familia fue destruida por la valiente caballería del Sr. de Narbonne, cuando de los días “compasivos” de San Bartolomé, habiendo fallecido la joven en virtud de las profundas conmociones consecuentes de ello, pues ya era una joven enfermiza de males incurables, estando probablemente sepultada en la tumba de sus abuelos, en la aldea de F..., próxima a La-Chapelle, y no en Nancy.

Ahora, Reginaldo de Troulles reconocía en la esposa de de Narbonne a la joven Ruth de La-Chapelle... y, por eso, doblemente aprensivo, Monseñor meditó profundamente durante algunas horas, tomando, después, una definitiva deliberación. Seguro de que tan extraña intriga, que resultó hasta incluso en un enlace matrimonial y en la muerte dudosa de un importante personaje, tendería a fines vengativos contra la persona de su hijo muy querido, se dirigió al Palacio Narbonne, pretendiendo entenderse con la joven desposada antes de cualquier otra actitud, con la intención de salvar a aquel por cuya vida temía en todo momento, admirado de que aún no le hubiese sucedido nada.

El Capitán de la Fe lo recibió con efusivas atenciones, después de varios días de disgusto y de pesar. El altivo Conde se encontraba en su gabinete de trabajo, consultando papeles, despachando correspondencia, comprobando notas, atendiendo a este o a aquel cortesano que lo buscase, pues desde el evento del matrimonio limitó los compromisos de la vida a los cuarteles. A un lado, junto a un magnífico escritorio, sobre un estrado donde había una suntuosa poltrona de caoba torneada, la falsa Otilia, por exigencias del feliz esposo, se quedaba sentada, la pequeña arpa en las manos, de cuyas cuerdas, de vez en cuando, tocaba maravillosos acordes para encantar al marido, pues Luis no se permitía perderla de vista a la hora de sus quehaceres internos. Al ver entrar a Monseñor de B..., descendió del

estrado, lo saludó solemnemente, besándole la mano que le fue paternalmente extendida. Él fue el primero en hablar:

Os traigo mi bendición, queridos hijos, con la primera visita a vuestro hogar después de casados... Sin embargo, no deseo perturbar vuestros muchos quehaceres, Sr. Conde... Permitidme, por tanto, retirarme con vuestra esposa, con quien tendré el grato placer de conversar más íntimamente, pues apenas nos conocemos... mientras concluís vuestros despachos para ir a estar con nosotros... pues sepáis ambos que no me retiraré de aquí sin que me ofrezcáis de comer y de cenar...

Los esposos se rieron. Encantado, Luis permitió la retirada de la esposa, ya que era su propio padre, o aquel que como tal consideraba, que le exigía amistosamente, mientras Ruth, acompañando al visitante entre sonrisas cautivantes, iba conversando consigo misma: “¡He aquí el peor enemigo! ¡Su mirada invade los pliegues de mi pensamiento! ¡Juraría que desconfía de la verdad!... ¡Ven a mí, Otilia, querida amiga, querida hermana! ¡A mí, Otilia! ¡Por el amor de nuestro Carlos!...”

ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS

En la mañana de ese mismo día ocurrió un hecho singular, que no dejaremos de relatar.

Atendiendo a los deberes de militar, aunque ya los hubiese limitado sensiblemente después de la boda, Luis de Narbonne pasaba las mañanas fuera de casa, algunas veces durante la semana. Conocedora de tal particularidad, por cuanto las personas temerosas de persecuciones se preocupan de observar todo, la Señora d'Alembert, después de algunos días de ansiosa expectativa, a la espera de una oportunidad más favorable, eligió exactamente esa mañana para presentarse a la antigua alumna a título de visitarla tras el enlace matrimonial, pero, en verdad, buscando desinteresarse de importante tarea, segura de que el Conde se encontraba ausente, Blandina alimentaba la más absoluta aversión por el Sr. de Narbonne, lo que, examinándose los hechos, sería justificable. Mientras tanto, lejos estaba de aprobar cualquier gesto vengativo contra ese perseguidor de sus hermanos de creencia, y, en el fondo de su alma ya inclinada al progreso moral, le perdonaba por amor al Evangelio, al cual respetaba y cuyas leyes quisiera tener en consideración.

Dirigiéndose al Palacio Narbonne, llevaba un pequeño paquete, que procuraba ocultar bajo la amplia capa. Recibida afablemente por su antigua discípula, fue derecha a lo que pretendía:

Vengo de parte de Su Alteza, el Príncipe Federico de G..., que desde hace unos pocos días se encuentra en París, esperando una oportunidad para hablar con vos... y viene para ofreceros servicios en la emergencia difícil en que os colocasteis,

atendiendo a los proyectos de vengar a nuestros muertos queridos... Gregorio fue a Baviera, informándolo detalladamente de los hechos crueles... El Príncipe tuvo noticia de los acontecimientos muchos días después de la mortandad... y afirmando que habíais fallecido en el Castillo de Louvigny, minada por la desesperación, razón por la cual no corrió tras vuestra pista sino ahora, cuando todo se aclaró. Aquí tenéis la misiva que os envía mas este paquete conteniendo disfraces que creo son necesarios...

Ruth-Carolina tomó la carta y el paquete y leyó,
emocionada: “Heme a vuestros pies,
‘Mademoiselle’ de La-Chapelle, rogándoos el
cumplimiento de la promesa firmada por vuestros
padres, es decir, preparado para desposaros, como
desde nuestra infancia fue proyectado por nuestras
familias. Hace muy pocos días yo supe que aún
pertenecéis a este mundo... Cuando me enteré de los
trágicos sucesos que hicieron víctimas a vuestra
familia, me dirigí a La-Chapelle, siendo informado
entonces de que habíais fallecido en Louvigny,
siendo esta la única causa de no haberos buscado a
tiempo de evitar la crítica situación del momento.
Venid conmigo para nuestro castillo de Baviera.
Tendréis una patria que os acogerá con amor,
tendréis un nuevo hogar, un esposo dedicado, pues
yo os amo desde hace mucho; amigos que os

consolarán, haciéndoos olvidar el pasado... y libertad para cultivar vuestra fe que también es la mía. Olvidaos de Francia y de las lágrimas que ahí llorasteis por la paz que os ofrece mi corazón amigo y respetuoso.”

La joven Condesa sonreía al lanzar la carta a las llamas que crepitaban en la chimenea, dirigiéndose a Blandina, que esperaba en silencio:

Este querido Federico aparece en el momento más oportuno... Yo había pensado ya en pedirle amparo, en el caso de que escapase. Dígame que acepto, Blandina... Acepto todo... Me iré con él... Pero, que esté preparado, esperándome algunos días más... Podré partir en cualquier momento, o jamás partiré... si lo que pretendo ocasionara mi muerte o si me encarcelan en las mazmorras de la Bastilla o en lo recóndito de Louvre. Fui informada por la propia Reina de que existen terribles subterráneos entre los cimientos de su gran Palacio... ¿Qué importa?... Gregorio lo informó de que...

- ¡Gregorio lo informó de todo, de todo, “Mademoiselle!

- Está bien... No tendré el trabajo de explicar la razón de esta comedia... Sí, iré, Blandina, iré si sobrevivo... La comedia ya me cansa... las circunstancias se complican... Este casamiento no estaba en mis previsiones y me dificulta la acción... Soy una pobre prisionera del despotismo amoroso de mi señor y esposo... Desconfío de Catalina, que preparó esta boda con mucha habilidad... Ella desea que, además de de Narbonne, yo la libre de dos o tres caballeros más que la incomodan... Pero, creo que no me conviene a mí tal baja... La destreza más difícil ahora es engañar a Catalina... porque nuestra Reina no me ama... y seguramente me tenderá las garras al final del drama... Es engañarla e irme de Francia sin volverme una asesina y sin ser perseguida... yo no quiero asesinar a nadie, ¿sabes?... No quiero y no debo matar a

nadie... porque el mandamiento de la Ley prohíbe matar...

- “Mademoiselle”... Vos no sois mala... Estáis sólo alucinada, desorientada... Olvidad aquel nefasto juramento, que ningún valor tendrá junto a Dios, ya que está fuera de Su Ley... y partamos, ya, ahora... Ninguna guardia del Palacio desconfiaría si os viese salir ahora... para ir a visitar la Iglesia, por ejemplo... El carruaje de Louvigny, con los blasones retirados, gracias a la previsión de Gregorio, está a vuestra puerta, pasando por mí... Su Alteza, disfrazado de comerciante burgués y Gregorio en el pescante...

¡Sí, mi querida preceptora, iré! Pero, primero he de herir a de Narbonne, destrozarle la vida y el corazón, con la pérdida del ser amado... tal como él mismo me hizo a mí y a la pobre Otilia, que fue también su víctima...

- Perdonad, “Mademoiselle”, y tendréis paz en el corazón... Buscad consuelo en el amor de Dios, pues este es la enseñanza de nuestro santo Evangelio, por el cual somos perseguidos y masacrados...

- ¡Oh! ¡No derramaré sangre, Dama Blandina, esté tranquila! Soy demasiado frágil para eso... Mi Otilia lo dijo, ¿recuerda? La señora estaba presente: “El fingimiento es el arma de la mujer, más poderosa que la espada de los caballeros...” Vaya, Blandina mía, y diga a mi Federico que acepto... que me espere un poco más, si es que realmente me quiere... ya que me espera desde la infancia... Y mándeme a Camilo... Necesito de él para ciertos trabajos importantes...

La dama se retiró, pensativa y rendida, participando al noble alemán la resolución irrevocable de la voluntariosa dama. Y Federico, fiel a un compromiso de honra como a un tierno afecto del corazón, accedió en esperarla, oprimido ante la sombría expectativa de los acontecimientos. Alquiló una buhardilla por las intermediaciones, transformándose en un mercader burgués, y con su criado, que no sería otro sino Gregorio, aguardó pacientemente, temeroso por lo que le pudiera sucederle a su hermosa novia.

Media hora después, Camilo llegó y ella lo tomó a su servicio. Atareado y confiado y, además, ausente en ese momento, de Narbonne de nada desconfiaba.

Después del almuerzo, llegó, entonces, Monseñor de B... Su conversación con la joven renana fue larga y discreta. Él habló con mansedumbre y cariño, sin reprobarle nada ni interrogarla, sólo declarando que descubrió todo y pidiéndole que se ausentase de París, que dejase en paz al infeliz de Narbonne, que huyese de él, de aquel Palacio, pasándose por Alemania, ya que tenía afinidades con aquella nación y donde podría conseguir aún la felicidad. Él, Monseñor, protegería su fuga, le daría la máxima garantía, interponiéndose entre ella y el crimen que pretendía practicar, para que ninguna mala consecuencia la alcanzase... y consolaría a Luis de la dolorosa decepción...

Ruth-Carolina callaba. Bajó la cabeza, cruzó las manos sobre las rodillas y escuchaba, mientras las lágrimas descendían de sus ojos, inundándole el rostro. Y Monseñor repetía bajito, para que ni las propias paredes se apoderasen de las palabras que decía, revelándolas a los criados, persuasivo y paternal:

- No sé, pobre hija, cuáles son tus planes al representar un drama tan arriesgado para ti misma... ni te los pregunto... Presumo que se trata de una venganza contra ese pobre Luis, que se volvió de pronto loco de amor por ti... Te doy una razón: ¡Sufriste un ignominioso martirio con la desaparición de los tuyos! ¡Eres, no obstante, una criatura infeliz, que no tiene ni siquiera veinte años de edad, y que necesita volverse hacia Dios a fin de lograr consuelo y paz para proseguir la existencia, y en cuyo rostro angelical no sienta bien el estigma del crimen! ¡Perdona a Luis, hija mía, el mal que te causó, y o

te lo suplico! ¡Te lo pido con mi alma postrada ante ti, porque yo lo amo, él es mi hijo, yo lo mecí y lo crié desde pequeñito como no lo hubiera hecho su propia madre, que él no logró ver inclinada sobre su cuna... y no querría verlo sufrir, no querría perderlo! ¡Perdona porque – puedes estar segura – si te hubiera conocido antes del maldito día de San Bartolomé, él se hubiera detenido ante las órdenes de la propia Catalina de Médicis! Perdónale y alégrate, si es que le deseas mal: ¡De ahora en adelante será un desgraciado, para quien la felicidad ya no será posible! ¡Vete! ¡Vete! ¡Yo protegeré tu fuga!

- ¡Si yo me voy, Luis sucumbirá de dolor! – murmuró ella finalmente, entre lágrimas.

- ¡Lo repito, yo lo consolaré! Estoy seguro de que se conformará y aprovechará tu retirada, en sabiendo toda la verdad... cuando no sea más, por temor a Dios y en el intento de evitar las iras de Catalina contra ti: ¡Entre vosotros existe toda tu familia sacrificada bajo su responsabilidad! ¡Vuestra unión es imposible, es un crimen!

- Os equivocáis, Monseñor, él partirá como un loco en mi busca o no me dejará partir... No vivirá sin mí...

- ¡No lo creas, hija! ¡Es altivo, orgulloso, un hombre honrado que no se rebajará a los propios ojos!

Una pequeña pausa pesó sobre ambos. Ruth lloraba, retorciendo las manos. Monseñor de B... insistió:

- Entonces, ¿qué decides?

Ella cayó de rodillas, temblando y desesperada, y quien la viese, humilde, desolada, deshecha en lágrimas, creería que se trataba de un alma sincera y sufriente a quien se debería amparo y compasión. De pronto exclamó:

- ¡Señor, tened compasión de mí! ¡Oídmeme! ¡Protegedme! Sí, vine a París con la intención de asesinar a Luis de Narbonne, a quien responsabilizo de la destrucción de mi

familia... No obstante, no tuve fuerzas suficientes para alcanzar la meta que me proponía... Un acontecimiento anormal, un hecho ciertamente inspirado por el infierno, que me viene persiguiendo, sobrevino entre mí y mis vengativos planes... ¡Señor! ¡Ante vos se encuentra una mujer sacrílega, que debería expiar en la horca o en la hoguera! ¡Ay de mí! ¡Bien pronto comprendí que sería imposible la venganza... porque amé al propio verdugo de mi pobre familia! ¡Lo amo, lo amo, Monseñor! ¡Y no tengo fuerzas para castigarlo ni abandonarlo!

Perplejo, el viejo sacerdote replicó, impresionado:

- Pero... ¡Tal sentimiento es, en efecto, imposible, sacrílego!

¡Está fuera de la naturaleza humana y tu deber es renunciar a él cuanto antes! ¡Luis es mi hijo por el corazón y yo lo quiero por encima de todos los bienes de este mundo! Pero, la realidad ordena que se reconozca que entre vosotros, separándoos, no sólo existe la diferencia de la fe, sino también un caudal de sangre... la sangre sagrada de tus padres y hermanos... Solamente os cabe, por tanto, un deber: la renuncia. Por eso mismo reitero mi súplica para que, por el bien de ti misma, y por el bien de él mismo ¡oh! por el bien de la salvación de vuestras almas – partas para siempre, separándote de él. Yo me encargo de participar tu partida a fin de que ninguna desgracia más pueda suceder... y sabré amparar a Luis, dándole conocimiento, yo mismo, aun hoy, ahora, de que existe...

La levantó paternalmente, con atenciones y solicitudes, haciéndola sentarse. Después de observarla más serena:

- ¡Sí, partir! Te proporcionaré hoy mismos medios para tu transporte...

La joven pareció vacilar aún, demostrando aflicción. Pero, de pronto, se levantó, decidida:

- ¡Está bien, Monseñor! **¡Partiré hoy mismo!** – dijo.

¡Atenderé a vuestros razonamientos, que sé que partieron de un sabio y de un santo! **¡Y prometo no hacer correr la sangre de Luis!** Partiré perdonándole, para que Dios me perdone y me consuele en los días futuros... pero, antes quisiera ver al pobre Luis y pedirle, al mismo tiempo, que también me perdone...

Monseñor de B... le tomó la cabeza y la besó en la frente, retirándose en busca del pupilo, no obstante, murmurando, conmovido:

- Apresuremos este desenlace... Una situación así de insostenible y dramática deberá decidirse con rapidez... Sabré animar a mi hijo...

Al quedarse sola, Ruth enjugó bruscamente las lágrimas, murmurando consigo misma: “¡Sí! ¡Necesito verlo y contemplar el efecto que le causará la verdad, aunque tal cosa me cueste la vida! ¡Oh!

¡Cómo deseaba este momento! ¡Y pensar que fue el mismo Monseñor de B... el que lo proporcionó, para satisfacción mía!...” – después cerró cuidadosamente la puerta. Su fisonomía era impenetrable. Nadie afirmaría si esa angelical joven dijera una verdad al confesar a Monseñor que amaba a Luis o si cometería una perfidia además, sacando el mejor partido de las circunstancias, porque estaba aprovechando oportunidades ofrecidas por el propio interlocutor. Lo cierto fue que, indiferente al peligro que corría o seguramente dominada por influencias obsesoras que hiciera por merecer a través de las propias rebeldías ante el infortunio que destruyó sobre sus pasos, ella se aproximó a un bello y pequeño mueble, donde guardaba material de escritura, agarró el papel y redactó una carta en los siguientes términos:

“¡Majestad! Acabo de descubrir una tenebrosa conspiración contra la estabilidad y la grandeza del Trono, dirigida por Luis de Narbonne. Se atentará, posiblemente, según lo que acabo de sorprender, contra la vida de nuestro adorable Señor Carlos IX, de hoy en tres días, exactamente. Estaré aquí, en mi puesto,

vigilante, a fin de informar detalladamente a Vuestra Majestad. Y, deseando evitar, de cualquier forma, sorpresas muy desagradables y quizá dolorosas para todos nosotros, tal como vengo prometiendo entregaré a Vuestra Majestad, de forma muy discreta y sutil, a Luis de Narbonne, para recibir de vuestras manos de soberana justiciera el castigo merecido, ya que las mías son demasiado frágiles para alcanzar a tan alto personaje. Mañana, al amanecer, indicaré y entregaré a sus cómplices, los cuales igualmente son tan importantes que no me atrevo a nombrarlos en una carta, prefiriendo hacerlo personalmente ante vos, en audiencia particular, que solicitaré. Esté Vuestra Majestad atenta: El Conde de Narbonne irá al Louvre hoy por la noche, a buscarme. Llegará a Vuestra Majestad, posiblemente... Y entonces mi Reina sabrá cómo actuar... Utilice Vuestra Majestad como seña para este caso mi nombre “Condesa de Narbonne”, y sustituya la guardia real por la de los servicios secretos, a fin de que el acontecimiento no transpire con facilidad...”

“Este astuto noticiario agradecerá a la malhumorada gobernante, que en él creará, porque convendrá darle crédito a sus planes personales... o hará que cree en él, a fin de contentar la conciencia pusilánime... al mismo tiempo la hará detenerse, esperando otras víctimas que supuestamente le pondré en las manos, mientras partiré con mi querido Federico, si Luis me perdona la vida...” – monologó la audaz intrigante, terminada la carta.

Hizo venir a Camilo, que esperaba órdenes, le entregó el importante documento, debidamente lacrado, y ordenó, sin ninguna emoción, entregándole también un “pase” para el pronto ingreso en los apartamentos de Catalina:

Corre al Louvre, a la residencia de Su Majestad, la Reina Catalina. Un guardia de nuestra casa te acompañará. Aquí tienes este salvo conducto... Dirás a la camarera que se trata de un recado urgente, de parte de la Condesa de Narbonne, y cualquier obstáculo desaparecerá, pues estarás acompañado

de un guardia de la casa de de Narbonne, para mayor garantía. La Reina te recibirá inmediatamente, cuando la camarera particular pronuncie mi nombre... pues, en nuestro código especial, mío y de ella, el nombre "Condesa de Narbonne" valdrá por una alarma... Ante la Reina, descúbrete la cabeza, arrodíllate, poniendo la mano derecha sobre el corazón, como es debido a los de la casa de de Narbonne. Pronunciarás estas palabras, confirmación de nuestro código particular, por las cuales ella reconocerá que verdaderamente vais de mi parte: "Amor y venganza". Entrégale esta carta. La camarera te hará salir por los corredores. No esperes nada más. No dirijas la palabra a quien quiera que sea... Esta misión es peligrosa y yo solamente confío en ti para desempeñarla... Volverás naturalmente, indiferente... y nadie te prestará atención... Sin embargo, no vuelvas a este Palacio. Busca al Príncipe Federico y dile de mi parte: "Si 'Mademoiselle' no parte con Vuestra Alteza dentro de doce horas, lo más tardar, es que habrá dejado de existir o fue encerrada en la Bastilla. Que esté vigilante, aquí por los alrededores..."

Camilo salió, conmovido y confiado, con el entusiasmo de la adolescencia que se ve enredada en una gran y arriesgada aventura. Ruth-Carolina entonces se recompuso, esmerándose el talle y el vestido. Se perfumó, y, adornándose de rosas, tomó el arpa y se dirigió al gabinete de trabajo del marido, segura de que podría rematar la situación, pues no sólo confiaba en el sentimiento apasionado de Luis, sino que sentía una curiosidad irreprimible de volverlo a ver tras la conversación anunciada por Monseñor de B...

Entrando en el gabinete, cuya puerta abriera un criado cortésmente, ella notó una palidez significativa en el semblante de Luis, sus facciones transformadas, sus manos temblorosas, sosteniendo con dificultad un papel. Al otro lado del magnífico escritorio, se encontraba Monseñor de B..., serio y grave, teniendo a su lado un oficial de la casa de Guisa, cuyas facciones duras causarían impresión a cualquier otra mujer no preparada para los acontecimientos. Era Reginaldo de Troulles, a quien Monseñor de B... rogó que lo acompañase

a la presencia de su pupilo, a fin de dar testimonio de la verdadera identidad de la mujer a quien desposó, y que aguardó en la portería del Palacio el llamamiento en ocasión oportuna. Ruth lo reconoció inmediatamente, sintiendo con firmeza la gravedad del momento. Sin traicionar, no obstante, cualquier impresión desagradable, la joven renana sonrió a los tres hombres con la más hermosa y dulce sonrisa que podría aflorar en sus labios, y esperó, mientras clamaba en las profundidades del pensamiento vigorosamente fijado en el blanco que desearía alcanzar: “¡Ven a mí, Otilia! ¡Llegó el supremo momento! ¡Tú dijiste que yo vencería! ¡Estamos ante los verdugos de nuestro desgraciado Carlos!”

FINAL DE UN SUEÑO

Los tres hombre la miraban en silencio, aunque insistentemente, como petrificados ante su presencia. No correspondieron al saludo que les fue dirigido. Monseñor revelaba una mezcla de pesar y severidad en su mirada compasiva. Reginaldo clamaba por justicia y represalias, con una actitud odiosa. Monseñor acababa de informar al pupilo de los lamentables acontecimientos, aconsejándolo paternalmente a la separación de la esposa, corroborado por el testimonio del oficial de Guisa, temerosos ambos de que cualquier tardanza en esa resolución fuese fatal para aquel que tanto querían y admiraban. En cuanto a Luis de Narbonne, no creemos que un ser que jamás sintió el dolor de una traición de amor llegue a comprender en toda su profunda extensión la expresión intraducible con que miraba a la supuesta Otilia de Louvigny. Su aspecto general era la revelación del asombro dolorido, de la decepción cuya amargura sobrepasó la posibilidad humana de ser aceptada por un corazón que era feliz porque confiaba; era el pesar que duda aún de la realidad atroz, atribuyéndose el derecho de una suprema esperanza; era el corazón ardiente de las llamas paradisiacas de una elevada pasión, despeñándose de un delicioso sueño de venturas para los torrentes helados de tinieblas irremediables, en una desilusión brutal e inofensiva; y era también el pensamiento desorientado, aturdido por el traumatismo incomprensible de la decepción infernal, interrogando el destino caprichoso: “¿Cómo puede ocurrir tal cosa?...”

Ninguno de aquellos tres hombres tenía fuerzas para romper el silencio. ¡Un momento respetable, para el cual el Cielo se dilataba enviando testigos invisibles para presenciarlo, pesaba

sobre el ambiente lujoso y antes sereno, pero donde la desgracia entró días antes en la persona de una hermosa virgen que se diera en matrimonio simulado a un varón que en ella confiaba y esperaba todas las magnificencias del destino... olvidado de que tras su rastro el eco de los días malditos de San Bartolomé corría rápido, repercutiendo alrededor de sus pasos, en una permanencia expiatoria que cubriría siglos!

Ruth-Carolina, que se había sentado, se levantó algunos instantes después, fingiendo sólo entonces haber advertido la actitud insólita de los tres personajes. Se conservaba de pie sobre el estrado en que se asentaba la magnífica poltrona de caoba. Dominaba, por tanto, con su porte esbelto y digno, cual diosa vengadora en el momento de dirigir el golpe fatal, la escena patética que pasaba entre los esposos y los dos delatores, la cual adivinaba. Se diría entonces una soberana – la cola del vestido cubriendo los escalones tapizados del estrado – o una ninfa del Reno adornada de rosas, exhalando dulces aromas, el arpa en las manos como los ángeles lo harían en el Paraíso... Y mirando, altiva y temerosa, ella, la víctima, a los verdugos que se dirían disminuidos en su presencia, los intimidaba, impidiéndoles la osadía de ser los primeros en reprenderla, en acusarla, en hierirla por el crimen que ella pretendía cometer.

¿Por qué?

¡Porque se sentían excesivamente culpables delante de la huérfana a quien habían destrozado la familia! ¡Porque en el interior de sí mismos se reprochaban, reconociendo estigmatizadas sus personalidades ante sus propias conciencias y ante Dios!

De pronto, la dulce voz que cantó ante la Corte de la mayor soberana de Europa las más suaves melodías que Francia jamás oyera; la tierna y maravillosa voz cuyos tonos arrebatadores lograron elogios del Sr. de Guisa, rudo guerrero y mandatario de la espada, y las atenciones del frío Sr. Carlos IX de Valois; aquella voz infantil y tierna que el desventurado Capitán de la Fe oía con el corazón conmovido y el alma

deshecha en ternuras, se elevó del silencio hostil del gabinete y, levemente emocionada, habló, mientras su portadora miraba con naturalidad al propio Señor de Narbonne:

- ¡Sí, Luis de Narbonne! ¡Ahora sabes la verdad! ¡Yo soy aquella descendiente de los “hugonotes” Brethencourt de La-Chapelle, a quien buscaste para también destruir! ¡No! ¡Mil veces no! ¡Yo no soy Otilia de Louvigny, hermana de tu compañero de infancia! ¡Otilia murió en mis brazos, incitándome a la venganza, porque mataste a aquel que era su única felicidad, su novio y mi hermano Carlos Felipe! ¡Vine a París con la intención de vengar a aquellos pobres e inofensivos de La-Chapelle, que tú y tu pandilla de salteadores a sueldo de Catalina matasteis! ¡Pero fallé en mis intentos de justicia porque, más miserable aún que todos vosotros, tuve la desgracia de enamorarme de ti! ¡Estoy a tu merced, Luis de Narbonne! ¡Merezco morir porque no tuve valor para vengarme! ¡Mátame de una vez! ¡Préndeme! Encarcélame en la Bastilla, pues ese es tu deber: ¡Yo soy “hugonote”!...

Aterrorizado ante lo que podría suceder más, Monseñor de B... intervino, dando dos pasos hacia ella, con la mano extendida:

- ¡Contente, pobre criatura! ¡No provoques con tales desafíos a un hombre que sufre! ¡No insultes con tu terrible venganza a un corazón destrozado, porque podrías crear un irremediable drama en esta casa donde Dios es respetado y en cuyas salas jamás corrió la sangre de nadie!

Pero, Luis no respondió a aquella a quien consideraba su legítima esposa. Se dejó caer cual masa inerte sobre la poltrona, apoyando el rostro entre las manos, inclinado de bruces sobre el escritorio. Todas sus energías morales, su bravura de soldado, o su orgullo de hidalgo decaían en tortuoso trastorno ante el acontecimiento inesperado que la revelación de Monseñor, el testimonio de Reginaldo de Troulles, la carta de la Superiora de las Ursulinas, las informaciones de las autoridades de Nancy y la confirmación

de la propia esposa le lanzaban a la frente como torbellinos de rayos que le despedazasen su propia vida, y él, entonces, cogido así de repente, no encontraba suficiente valor para reorganizar rápidamente las ideas traumatizadas por la aterradora verdad, a fin de analizar toda la extensión de aquella catástrofe que se abatía sobre él. Ruth-Carolina, desatendiendo a Monseñor, repitió:

- ¡Oh! ¿Por qué no me hieres?... ¿Por qué no arrancas de mi ser esta vida que yo desprecio y odio desde que destruiste mi hogar asesinando a mi familia entera?... Aquí estoy... ¿Por qué me perdonas?...
¡Soy aquella que buscaste para matarme también!...

Un grito de desesperación, como el de un león herido de muerte, se oyó entonces, sobresaltando a los dos testigos de la escena, pero dejando impasible a la atrevida cantora del Reno. Luis se levantó con un impulso violento, echando a un lado la poltrona en la que se dejó caer, corrió hacia Ruth, que continuaba impasible, y, como loco, trémulo, trastornado, la tomó entre sus manos, sacudiéndola, con rabia:

- ¡Oh! ¡Cállate, desgraciada! ¡Cállate, por Dios, desgraciada!
¡Porque prefiero la muerte a continuar oyendo lo que me dices!

Sin embargo, no la hirió. Se abrazó a ella en un ímpetu incontrolable e instintivo, en un abrazo apretado que tanto se traduciría en desesperación y angustia como en amor herido e inconsolable, y repetía, alucinado, sin percibir más a su antiguo maestro, sin acordarse de guardar el debido decoro delante de un subordinado:

- ¡Oh, perdóname, por Dios! ¡Perdóname por el amor de aquellos mismos por quienes lloras! ¡Mátame tú antes, mi pobre amiga, porque me será imposible vivir desde este momento en adelante!

Le tomó la cabeza en sus manos, como lo hubiera hecho a un niño o a una muñeca, y contempló su bello rostro angelical durante algunos momentos. Ella vio que las lágrimas

humedecían aquellos ojos que tal vez nunca hubiesen conocido la amargura de un llanto aflictivo, y comprendió que en sus facciones se estampaba el dolor en lo que había de más punzante, mientras lo oía repetir:

- ¡Otilia! ¡Otilia! ¡Mi bien amada esposa! ¡Sería preferible que te hubieras vengado de tus queridos muertos haciendo correr también mi sangre! ¡Me tuviste a tu merced! Adormecí en tus brazos, me reconforté bajo la dulzura de tus caricias, ¿por qué no me mataste entonces?...

Ella lo apartó suavemente, con un gesto tal vez estudiado, pero realmente emocionada:

- ¡No lo podría hacer! Me enamoré de ti... Somos muy desgraciados... ¡Adiós, Luis de Narbonne! No podré permanecer ni una hora más bajo tu techo... Perdona el mal que te causé, así como yo perdono las desgracias causadas a mí y a los míos... Adiós... Vuelvo al lugar de donde jamás debería haber salido, es decir, a las ruinas de mi casa destruida por ti y por tus hombres... ya que no me quieres prender y matar, como sería tu deber...

- ¡Nunca! ¡Nunca! – protestó, rabioso, dispuesto a amenazarla. -
¡Jamás dejarás mi compañía! ¡Tengo derechos sobre tu persona!
¡Eres mi mujer!

Pero, una sonrisa helada de Ruth, contrastando con la declaración de amor manifestada antes, detuvo su impulso afectivo, pues ella replicó, llevando al infeliz la confirmación de la perfidia causada:

- ¡No soy tu esposa! ¡No tienes ningún derecho sobre mi persona! ¡Tú te casaste con Otilia de Louvigny y yo soy la “hugonote” de La-Chapelle!

Él iba a responder, tal vez violentamente, pero la ruda voz de Reginaldo dominó la situación, venciendo el escrúpulo que le mandaba callar ante un superior y aún más en una

cuestión familiar, personal:

- ¡Ordenad, señor, y conduciré a la Bastilla a esa “hugonote” maldita, que se atrevió a ultrajaros con una ignominiosa traición!

Sin embargo, Luis lo miró con asombro, los ojos desvariados. Pero, no respondió. Tal vez ni lo comprendió. Tal vez no comprendiese nada más que su felicidad destruida, su amor singularmente traicionado y rechazado, de su honra herida, de sus sueños duramente destrozados. Él tomó a Ruth en sus fuertes brazos, llevándola al interior de la casa, loco, dramático, sin responder a Monseñor, que intentaba detenerlo y aconsejarlo, sin darse cuenta de la sorpresa de los criados, que lo miraban sin saber qué pensar. Subió las escaleras con ella en los brazos, atravesó galerías y finalmente llegó a la última planta del edificio amplio y bello, y empujó la puerta, que fácilmente cedió a la presión. Entró en una gran sala, que la joven desposada no tuvo oportunidades de conocer antes. Se trataba de apartamentos sencillos, pero confortables, conjugación de sala de estar y cuarto de dormir. Era la prisión noble del Palacio. Luis depositó su precioso fardo sobre una poltrona, corrió los cerrojos de la puerta, antes de que alguien lo impidiese, y se arrodilló a los pies de su prisionera. La tomó de las manos, la besó como loco, pronunciando mil frases incoherentes y tiernas, mil súplicas y lamentos que bien traducían su temperamento ardiente y apasionado, con mezcla de caricias ingenuas. Cualquier otra mujer seguramente se habría conmovido ante la aspereza de la venganza que provocó. Pero, Ruth continuaba impassible, levemente pálida, el seno de vez en cuando jadeando con más vigor, denotando una emoción más fuerte, cuya naturaleza quedaría ignorada por el observador. Permanecía en silencio. Apenas oía lo que el esposo, despreciado por tan singular traición, repetía:

¡Sí, serás mi prisionera, ya que no eres mi esposa! ¡Serás mi esclava, yo seré tu señor! ¡Pero, seré el más fiel y apasionado de los carceleros, el más dedicado de los señores! ¡Ningún mal te sucederá, querida mía, sólo quedarás aquí, y yo te

defenderé contra el mundo entero, si es necesario! ¡Y no me separaré de ti, y no te dejaré partir, jamás, jamás! ¡Eres mi querida “hugonote”, sí, mi querida “hugonote”!... Amo a los “hugonotes” en ti... ¡Ruth! ¡Ruth de La-Chapelle y no Otilia de Louvigny! ¿Qué importa el nombre?... ¿No eres la misma persona?... ¿Acaso el nombre es el que hace la personalidad?... Se cambia de nombre, pero no de personalidad... ¡Y yo que creía el nombre de “Otilia” suave y lindo como la melodía de los ángeles!...

¡Pero, tu verdadero nombre es aún más lindo y más dulce, Ruth mía!... un nombre sagrado, porque es tu nombre, aquel que tus padres eligieron, el nombre de una heroína bíblica... El Libro de Ruth, en el Antiguo Testamento, es atrayente y hermoso como tú misma... y glorifica a una mujer que se conservó fiel a sí misma... Yo seré “hugonote” también, mi linda Princesa de La-Chapelle... Lo seré contigo y por ti... Seré hasta el más renegado demonio de los infiernos...

¡Pero, lo que no puedo es vivir sin ti, no quiero, no puedo, no puedo! Incluso no creo en tu traición. Mandaré a buscar a Artur en España, para que él afirme, viéndote, que tú eres... Mandaré exhumar el cadáver de la joven muerta hace dos meses en el Castillo de Louvigny, a fin de verificar cuál de las dos murió... Puedo hacerlo, soy una autoridad... Si fueses una La-Chapelle, ¿cómo desafiarías al propio Louvre, diciendo que eres una Louvigny...? Sí, eres Otilia, ex-novia de Carlos Felipe... y que ahora se enamoró de mí... Semejante osadía no sería practicable por una criatura como tú... Estoy loco, estoy loco, Otilia, todos están locos diciendo que eres una “hugonote”... ¿Acaso no te he visto afligida y conmovida a los pies del altar, inmersa en oraciones?... Perdóname, oh, perdóname, por Dios, yo no sabía, yo estaba loco... Si te hubiera conocido un minuto antes, “aquello” no hubiera ocurrido... Te confieso que, al entrar en aquella sala con mis hombres... el corazón me advirtió que me detuviese, que no diese la orden... Vacilé... Pero yo estaba subordinado a un compromiso de honor... no me podía detener... ¡Yo estaba ciego, querida mía! Fui siempre tan infeliz, desde la cuna... ¡Lo que no puedo es vivir sin ti, mi Ruth, mi Otilia, mi Cielo y mi Infierno, mi amor, mi desgracia!...

Cayó de rodillas sobre su regazo y lloró como el infeliz desesperado que rogase compasión, implorando, a través del propio dolor, la limosna de una palabra de esperanza, el aliento de un gesto afectuoso. Pero, no obtuvo nada. Ruth, sólo pensaba. Pensaba en el medio de poderse evadir de aquella crítica situación para desempeñar fielmente el papel que se trazó y seguir con Federico de G... para su antiguo domicilio de Baviera. Ella se diría que era la estatua de la indiferencia, la esfinge singular que no traduce si no misterios, dudas, secretos, incomprensión. ¡Pálida, como petrificada, ella dirigía, ciertamente, los pensamientos irradiados de aquella amiga infeliz que murió en sus brazos, y que, ahora, en Espíritu invisible presidía, con odio, los hechos, vengándose de aquel a quien responsabilizaba por su infelicidad suprema en el amor! Y Ruth como que presentía el murmurar de las tinieblas a sus oídos:

- “Tu arma será el fingimiento... ¡Miente, Ruth! ¡Intriga! ¡Finge también y serás salva!... Venga a nuestro Carlos... La sangre generosa de tu familia, derramada por Luis de Narbonne, aún perdura bajo la tierra...”

De súbito, aquella mano que pendía inerte, sin dignarse a la misericordia de un gesto consolador, se movió, se levantó, se posó dulcemente sobre los cabellos revueltos de aquel Capitán de la Fe que allí estaba, y los envolvió en afectuosas caricias. Siguió después por el rostro y le enjugó las lágrimas... Dos labios, como tímidos, delicados, pusieron en su frente un tierno beso, como de angélico perdón, mientras, no obstante, él se reanimaba de una suprema esperanza.

Oye, mi pobre Luis... murmuró Ruth como en un soplo, a sus oídos atentos. – Tú me hiciste desgraciada, porque arrasaste mi hogar, matando a mi familia... Sin embargo, te perdono, porque también me amaste mucho... Infelizmente yo también te amo... y por eso no me podré vengar, como era mi más ardiente deseo... No obstante, nuestra situación es crítica, dolorosa... Te prometo hacer todos los esfuerzos a fin de conciliarla como nuestro amor... Necesitaremos meditar profundamente para reajustarnos, recuperándonos para

nosotros mismos... Hagamos una penitencia hoy, ahora, en nuestra Iglesia preferida... Yo ya no soy "hugonote"... Creo incluso que jamás lo fui... Renegué a mi Fe y no será posible volver más al seno de la Reforma... Adoptaré, por tanto, tu Fe... pues aunque mi alma se pierda, te confieso que, desgraciadamente, ni yo podré vivir sin ti... Confesémonos hoy a un sacerdote lo bastante santo, que nos pueda aconsejar bien... contémosle todo... eso nos aliviará el peso en el corazón... pidamos el bautismo de tu Iglesia para mí... y veamos lo que decide ella a nuestro respecto... Si es necesario, iremos a Su Santidad a rogar consejos... y si todos nos reniegan y maldicen... nos quedará nuestro amor, sin el cual no viviremos más...

El infeliz fanático se sentía desesperado por la causa. Aquel corazón ardiente que jamás había amado, que no conoció ni las dulces caricias maternas, sino las austeras disciplinas de los Conventos y de los cuarteles, esa alma que ahora se dilataba para las ansias del primer amor y experimentaba el mayor tormento que jamás podría concebir, besó aquella mano con veneración y murmuró solamente, quedándose después en silencio:

- Sí, querida mía, hagamos lo que quieres... todo lo que quieres... Iremos a Saint-Germain, a nuestra iglesia... lo que no puedo, lo que no quiero, lo que será imposible es separarme de ti...

La tarde cayó, descendió el crepúsculo, frío, lluvioso... y los encontró en la misma actitud, unidos, abrazados, silenciosos...

Mientras, Monseñor de B... y Reginaldo, asustados, ignorando lo que pasaba más allá de la puerta de la prisión, y temiendo la realidad de una desgracia que parecía inminente, golpearon seguidamente en la misma, gritando fuertemente el nombre de Luis. Igualmente asustados, pero sin comprender nada, Rupert y algunos de los demás sirvientes más dedicados cooperaban con Monseñor, seguros, no obstante, de que un desentendimiento ocurrió entre este y aquellos en virtud del

casamiento realizado, que no obtuviera la aprobación del padre adoptivo del novio. Y tanto gritaron y golpearon que Luis, entreabriendo la pesada puerta, acudió de malhumor, respondiendo secamente:

- Hubiera sido preferible que nunca me hubieseis dicho la verdad... Dejados en paz... Pensamos sobre lo que haremos de nuestras vidas... y cerró nuevamente la puerta, con un fuerte golpe.

Entonces, perdiendo la serenidad, temiendo alguna desgracia para el hijo querido, Monseñor dejó caer los brazos, desanimado, y se acusó, resolviendo exactamente lo que cooperaría la irremediable ruina de aquel a quien desearía salvar:

- ¡No hay otra solución! – murmuró consigo mismo, discreto hasta el final. Yo bien quería apaciguar los acontecimientos de otra forma, a beneficio de ambos... Pero, la situación es desesperante para mi hijo... Marcharemos para el Louvre... a participar a la Reina de la terrible serpiente que alojamos en el seno... Pongo al Cielo por testigo de que no era ese mi deseo... Sin embargo, ante todo será necesario salvar a mi pobre Luis... ¡Una “hugonote”! ¡Y pensar que, interiormente, yo los añoraba a todos! ¡Renegados, es lo que son! Serán necesarias unas medidas que no podré tomar... ¡Al Louvre, pues! Me llevaré a Reginaldo, un excelente testigo... Rupert quedará aquí, de guardia... No conviene ninguna alarma...

Llamó al escudero en particular y le recomendó:

- Tu amo tuvo un serio desentendimiento con su esposa... Me siento preocupado... Necesito retirarme unas dos horas... pero, volveré a ver si se reconciliaron... Tú quedarás aquí de guardia... y, si salen, acompáñalos... no pierdas de vista a la Señora Condesa...

Admirado, Rupert hizo un saludo, dispuesto a cumplir la orden, aunque la consideraba extravagante, por atribuirle a la

mala voluntad de Monseñor para con la linda renana que tantas bellas canciones sabía entonar para el encanto de todos los oídos...

Eran aproximadamente las ocho de la noche y ya estaba muy oscuro, pues era invierno, cuando Rupert escuchó correr el cerrojo de la puerta lentamente, y, no deseando ser visto por aquel a quien ante todo temía y respetaba, se ocultó rápidamente detrás de una gran columna que amparaba las vigas del techo, proyectando sobras para el gran salón, y para el cual daban varias puertas idénticas a aquella, todas pertenecientes a recintos de prisiones o a dependencias de la servidumbre, como se usaba en los antiguos palacios.

El Conde de Narbonne apareció tranquilo, casi sonriente, los ojos y sus actitudes inundados de ternura, amparando a la esposa, a quien dulcemente enlazaba. A su vez, la Condesa, delicada y frágil, se abrazaba muy cariñosamente a la cintura del esposo, testimoniando una armonía, un encanto indiscutibles... Se hablaban murmurando, como un tierno matrimonio de enamorados, descendiendo las escaleras hacia el interior de la enorme residencia. Viéndolos, Rupert monologó: “Monseñor de B... debe haber enloquecido al suponer que hay desentendimientos donde los demás solamente verían armonías y caricias... Así son los recién casados... Monseñor tiene recelos contra la hermosa Condesita de Narbonne... Deseaba que su pupilo fuese un sacerdote, como él... Sin embargo, de momento, mi amo es el más apasionado de los amantes y el más feliz de los esposos existentes bajo la luz del Sol... Compondré una canción ensalzando ese sentimiento tan lindo, que hace de un novicio un gran amante... y de un soldado un esclavo de la mujer amada...”

Los acompañó durante algunos minutos sin ser presentido. Después, viéndolos entrar en sus dependencias particulares, comprendió que la tarea que le fue

encomendada estaba cumplida y, desinteresándose de la vigilancia, se retiró, murmurando para sí mismo: “Si necesitan a alguien, seguramente llamarán...”

Un cuarto de hora más tarde, no obstante, Luis y su esposa dejaron aquellos aposentos después de haberse cambiado de vestimenta: Ella llevaba un sencillo vestido negro, como de burguesa, pobre y sin atavíos, exactamente el que Dama Blandina le trajera por la mañana, una capa muy amplia, que le llegaba hasta los pies, un velo negro sobre la cabeza, especie de capuchón entonces muy usado para la noche, discreto y descuidado, pero que le favorecía, dificultando ser reconocida la persona que lo llevase. Se diría que era un traje de penitente, pero quien la observase con atención podía también suponer que era un disfraz para viajar de incógnito. En cuanto a él, igualmente de negro, sólo parecía un simple caballero, sin adornos ni insignias. Al salir, Luis no reparó en el traje de su mujer. Ella dijo, al verse libre de la prisión en la que él quería retenerla: “Nos vestiremos como simples burgueses penitentes...” – y ahora, viéndola vestida así, no hizo objeciones, tal vez ni incluso lo notó, dada la atroz aprensión que dominaba sus sentidos. Mientras, en el momento de abandonar el aposento, Ruth pareció dudar, indecisa y emocionada. Se volvió mortalmente pálida, como si algo extraño interior la inquietase, miró al marido con una expresión que se diría de prematuro remordimiento, y advirtió, como ansiosa:

- ¿No te armas, Luis?... ¿Dónde está tu espada?...

- ¿Para qué, querida mía?... – replicó oprimido. – Para presentarnos ante Dios, no será necesario más que el corazón humilde y fervoroso...

- Con todo, lleva un puñal al menos... es de noche... y todo es posible, incluso en el recinto de un templo...

Él prefirió no resistir y se colocó la espada. Obedecería a todo lo que ella sugiriese, porque el terror de perderla y la complejidad del disgusto en que se consumía le paralizaban la voluntad, el raciocinio, las fuerzas de acción, como si no fuese

más que una miserable mosca a merced de las garras traicioneras de una araña que lo enredase cada vez más, en su infernal magnetismo.

Salieron los dos, tomaron el carruaje del Palacio y se dirigieron a la Iglesia de Saint-Germain. Apenas los había visto salir la guardia de los portones, sin con todo reconocerlos debidamente, dado el disfraz que usaban. Al llegar al destino, la propia Condesa se adelantó al marido para recomendar al cochero que no los esperase y regresase a casa, mientras el Capitán de la Fe buscaba a un sacerdote de su confianza y estima, diciéndole que él mismo y su esposa deseaban sus valiosos consejos a través de una confesión motivada por circunstancias muy graves. Atendiéndolo con bondad, el religioso le aconsejó un examen previo de conciencia durante algunos minutos, sin sobrepasar el tiempo de media hora. El antiguo estudiante de Teología accedió, manteniendo aún en las propias convicciones aquella fe sin bases sólidas que solamente el dolor sería capaz de purificar en los abismos de su alma. Se volvió hacia la esposa, invitándola a la meditación en el reclinatorio de su propiedad en la Capilla Mayor. Con la mirada hacia abajo, la frente triste, la voz humilde y apagada, como la de alguien que estaba sufriendo, Ruth contestó:

- No, mi querido amigo... Para los pecadores como yo, y los penitentes, el reclinatorio sería, tal vez, confort ofensivo a Dios... Oremos aquí mismo, sobre las duras baldosas de la nave, donde lloran los desgraciados...

Como siempre, de Narbonne no puso objeciones. Se arrodillaron uno al lado del otro e inclinaron la frente, afligidos. Y pasó media hora sin intercambiar ni una sola palabra, sólo pareciéndole al infeliz Capitán que su esposa lloraba por lo bajo...

Eran las nueve horas...

La iglesia poco iluminada reflejaba sombras acentuadas sobre la nave, donde las columnas alineadas se dirían discretos testigos de los amargos dramas que durante siglos

allí, en aquel mismo recinto, se habían desarrollado. Un religioso lego se aproximó, buscando al joven militar de Carlos IX entre los varios devotos que se encontraban aguardando la confesión, y, encontrándolo, murmuró a sus oídos:

- Monseñor, el Capellán, aguarda a Vuestra Alteza para la confesión...

Él se volvió hacia Ruth, galante y tierno por última vez:

- Ve tú primero, querida mía... a fin de no fatigarte demasiado, arrodillada en estas baldosas...

Y ella, emocionada, susurró, mintiéndole por última vez:

- Aún no me siento bastante preparada... Ve tú... Yo te esperaré... Soy más pecadora de lo que presumes...

¿Qué podía replicar el infeliz crédulo? ¿Qué más podía sospechar, si era sincero e ingenuamente suponía que también era amado, como todo corazón que ama lealmente y necesita de esa creencia, para expandir las llamas que crepitan en su alma?... Existen naturalezas muy fuertes y vigorosas, muy valientes delante de todas las desgracias de la vida, sin embargo, frágiles y demasiado crédulas en el amor, porque son extremadamente leales en las expansiones del propio corazón.

Convencido, pues, de la realidad de cuanto ella tan dulcemente le afirmaba, no sospechando ni siquiera de la posibilidad de una celada, ya que, en la torturante situación en la que se reconocía, su corazón, sus ansias y todo su ser exigían de él la ciencia en todo cuanto él mismo desearía que fuese verdadero, Luis de Narbonne besó la frente de su esposa y se apartó, dirigiéndose a la Capilla del confesionario.

Ruth-Carolina se vio a solas en la pesada penumbra de la iglesia, penumbra que las sombras aventajadas de las columnas acentuaban. Pasaron algunos minutos, durante los cuales, discretamente, ella examinó su alrededor. Acababa de

arrodillarse a su lado un adolescente, un criado, demostrando timidez. Ella reconoció a Camilo, y dijo murmurando:

- ¿Entregaste la carta a Su Majestad?...

Sí, mi Señora, en sus propias manos...

- Ve entonces... y dile a tu padre que saldré ahora, por la derecha.

A lo que el joven sirviente respondió:

Señora, todo está preparado a vuestra espera... Por quien sois, no os demoréis más... nuestra vigilancia ha sido difícil...

El criado desapareció entre las sombras, sin que los presentes le prestasen atención. A continuación, la Señora de Narbonne retiró del bolso de sus toscos vestidos un trozo de papel convenientemente lacrado, donde se leían algunas palabras ya escritas, y se levantó encaminándose hacia un religioso que, más allá, montaba guardia, conduciendo a los penitentes a la confesión, mientras hablaba consigo misma: "Necesitaré de valor. Lo tendré. Es cuestión de vida o muerte. Luis, que me ama, si acaso lo descubre todo ahora, podría estrangularme en un acceso de desesperación... Catalina, que a nadie ama, si me viera fallar, podría encerrarme en las mazmorras del Louvre, que, según dicen, son más modestas aún que las de la Bastilla, porque ya están en desuso, ignoradas... ¿Qué me importa el destino?...

¿Tengo acaso corazón, después de ver a mis seres amados asesinados y mi hogar arrasado? Tendré acaso amor a la vida, después de llegar a la conclusión de que es justamente a Luis que yo... Oh, ¿por qué fue él, justamente, y no otro, el comandante de aquella expedición asesina?... ¿Por qué se alió a las fuerzas de la Provincia, si su sector era París?... ¿Qué fatalidad habrá en todo ese lamentable drama?... Su Alteza, el Príncipe Federico me espera... Lo vi entre la oscuridad al entrar con Luis por la puerta principal... No, nadie prestará atención a una pobre burguesa en oraciones, como yo, y que se retira...Y aquellas que por acaso me reconocieran no se atreverán a sospechar de la muy noble y muy alta Condesa de Narbonne... ¡Otilia, mi Otilia! ¿Acaso estás junto a mí?... Siento que me faltarían las fuerzas para destruir a Luis, si me

abandonases... ¡Ayúdame, pues! ¡Realicé cuanto deseaste!
Ahora te entrego a Luis de Narbonne... Es tuyo... Él irá al Louvre a buscarme, porque esta nota, ya previamente preparada, y que para él entregará al lego, así lo decidirá... y entonces será contigo y Catalina... No dispongo de valor para más... realmente, mi Otilia, no dispongo de valor para más... Me doy por vencida...”

Se acercó efectivamente a un religioso lego que vigilaba, y murmuró, respetuosa:

- Os ruego, respetable hermano, entreguéis al Señor de Narbonne esta nota, una vez que él regrese de la confesión...

- ¿Quién lo envía, Señora mía?...

- La Condesa de Narbonne, su esposa...

Se dirigió después, tranquilamente, hacia una puerta lateral, como quien tímidamente regresase al hogar tras las oraciones de la noche. Una figura, que se mantenía vigilante entre las sombras, la siguió. Era Camilo. ¡Salió por la puerta de la derecha, se encontraba en la calzada, estaba en la calle! El frío de la noche le heló el cuerpo y ella se envolvió mejor en la capa... Otra figura se aproximó, susurrando a sus oídos, a fin de darse a conocer:

- Por aquí, “Mademoiselle”, por aquí... Todo está preparado...

- Muy agradecida, mi buen Gregorio, por tanta dedicación... replicó, tan serena y tranquila que el propio criado se admiró. Partamos sin demora...

Ella subió, la portezuela se cerró y el carruaje partió lentamente, naturalmente, atravesando las calles más centrales, cuyas casas dejaban aún distinguir señales de un movimiento interior a través de los cristales de las ventanas, de donde salían pequeños focos de luz. Nadie la detuvo, nada la perturbó. Alcanzando, entretanto, las calles más desiertas, el cochero aligeró el paso de los caballos y el carruaje corrió

más rápido. Y finalmente, una hora después, ya en el camino real, los caballos se pusieron a correr con toda la velocidad posible en un camino sufrible a aquella hora de la noche, en dirección al Nordeste. En el pescante iban el cochero y Gregorio, y un sirviente más, es decir, Camilo. En la parte de atrás dos hombres armados traídos de Baviera por el Príncipe, para protegerlos. Y en el interior una pareja de enamorados, radiante de juventud y esperanzas, es decir, Ruth-Carolina de La-Chapelle y Federico de G...

Atrás, rodeado de oprobios y desesperación quedaba Luis de Narbonne, el ingenuo Capitán de la Fe, fanático en el amor como lo fue en la religión, alcanzado exactamente en aquello que de más precioso y augusto le podía conceder la vida: un sentimiento de alma cuya grandeza y lealtad le ayudarían a subir las pendientes del progreso moral a través del tiempo. Él sería, ya, en la vida de aquella joven que abusó de las propias fuerzas de seducción, como la figura sombría del Pasado que sería preciso olvidar... era un sueño – delicioso y grato para él, malo y terrible para ella, y que ahora se deshacía bajo la realidad de aquel prosaico rodar de carruaje que huía y que en breve estaría al amparo de cualquier persecución...

¡Pero, la sombra de ese Pasado, que la linda fugitiva querría apagar para olvidar las marcas de su crimen de venganza, se volvería contra ella misma, enredando su destino a través de los siglos, por la ley de las reencarnaciones, interponiéndose entre ella misma y todo cuanto más deseaba conseguir su corazón: el amor de aquella familia, que era la suya cuya muerte ella vengaba con una perfidia indecible; la tierna convivencia de aquel hermano Carlos Felipe, su segundo padre, cuya ausencia de sus futuras existencias planetarias ella misma acababa de profundizar con la falta de respeto a las leyes del Perdón, con la traición infringida a aquel desgraciado Luis de Narbonne, que bien debería merecer su compasión por lo mucho que la había amado!

Dama Blandina y la joven Raquel habían partido horas antes con los pequeños valores que Ruth poseía y algún

bagaje de la casa, debiendo esperar a los demás más allá del Reno, ya en tierras de la fría y nostálgica Alemania.

Ruth de La-Chapelle dejó en el Palacio Raymond, un sobre escrito y lacrado para Artur de Louvigny – los títulos de fortuna, joyas y documentos de familia con que Otilia la presentó antes de morir.

TERCERA PARTE

MAS LA VIDA CONTINÚA...

“Porque si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre Celestial; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre Celestial perdonará las vuestras.”

(Mateo, 6:14-15)

UN CRIMEN EN LAS SOMBRAS

La confesión de Luis de Narbonne con el Capellán del día, en Saint-Germain, le llevó cerca de una hora. Arrodillado, humilde, a veces excitado, otras veces casi lacrimoso, pero siempre afectivo, suplicaba, afligido, terminada la exposición del delicado drama que vivía:

- ¡Deseo, oh, sí, hacer duras penitencias para merecer de Dios Altísimo la clemencia y la protección de la que tan necesitado me siento! ¡Os ruego, Monseñor, por el amor de Cristo Crucificado, que supliquéis a Dios por mí, porque reconozco que estoy aniquilado por el infortunio... y, con vuestra reconocida piedad, dadme cualquier penitencia, pero no aquella que me obligue a la separación de la mujer que amo, porque yo os desobedeceré, porque no sé ni puedo vivir sin ella! ¡Se trata de una cuestión no sólo de vida o muerte, sino hasta incluso de la salvación de mi alma, pues siento que, separado de ella, yo me perderé en las eternidades, faltándome las fuerzas para continuar alimentando mi confianza en Dios!... Exigidme, Monseñor, que abandone el mundo y me retiraré a una ermita, no obstante, con ella... y ningún ermitaño será más humilde y más santo que yo... Mandad que renuncie a mi posición en la Corte, que legue a los pobres de París o a la Iglesia todos mis bienes, mis palacios, mis títulos, para vivir en una cabaña, alimentándome de las plantas que yo mismo cultivaría con el esfuerzo de mis brazos, como el último campesino de Francia... y yo os atenderé sin replicar... ¡Pero, dejadme a mi mujer, porque sin ella, ya os lo dije, no sabré respetar más ni al mismo Dios!

- ¡Blasfemáis, Sr. Conde! ¡Os prohíbo que continuéis así en vuestra confesión! ¡Un sentimiento de tal naturaleza es ofensivo a la Divinidad y clama a los Cielos! Sois un religioso, fuisteis casi un sacerdote... Recordaos de que San Pablo esclareció que la Caridad, es decir, el Amor es paciente, es resignado, todo lo perdona, todo lo sufre y todo lo soporta de buena fe, sin rebelarse... El drama que acabáis de relatar es doloroso y terrible, en efecto. No creo que esa mujer, que se jugó la propia honra personal para vengar en vuestra persona la muerte de su familia, que un decreto del Rey, y no propiamente vos, había condenado; que arriesgó la libertad y la vida con tan grande indiferencia por lo que pudiese suceder, posea un corazón bastante comprensivo para que, olvidando la sangre derramada bajo vuestro comando, se entregue a vos mismo, a no ser, efectivamente, perpetrando una de esas venganzas que aterran a cuantos de ella tengan noticias...

Pero, aquel que ama sinceramente y todo se consagra al anhelo de ser igualmente amado estará siempre inclinado a comprender en el corazón ajeno el ardor que su propio corazón es el único que siente, que disculpa al ser amado de las sospechas que hasta la propia lógica de los hechos señala, forzándose a una confianza que la razón rechaza y los acontecimientos desmienten.

- Señor, ella me tuvo a su merced, esclavizado a sus pies, adormecido en sus brazos... dijo él con gran esfuerzo para convencerse a sí mismo de lo que afirmaba. – Podría haberme asesinado fácilmente y no lo hizo... Me mostró todo lo contrario, desde el primer día, una ternura cautivante... Os afirmo que deseó vengarse, pero no lo pudo hacer, porque el amor sorprendió a su corazón, paralizándole la acción...

Siguió un angustioso silencio, durante el cual no se sabía quién era el más aprensivo, si Luis de Narbonne o su confesor. Aquel, no obstante, oraba, disgustado y temeroso, iniciando ya en la propia mente, con los trabajos del dolor, el arrepentimiento por los excesos de los días horribles de San Bartolomé:

- ¡Dios mío, ten misericordia de mí! ¡Fue por el honor de vuestra Iglesia que procuré apartar a los traidores de la verdadera fe! Tened misericordia... **Mea-culpa, mea-culpa...** Tened misericordia...

De pronto, resumiendo la decisión, el Capellán murmuró, confuso y sincero, incapacitado para otra sugerencia ante la gravedad del asunto:

- ¡Señor Conde de Narbonne! ¡Vuestro caso no puede ser resuelto por los hombres! ¡Sobrepasa más allá de las decisiones que me son atribuidas! Dirigíos antes al clero mayor o incluso a Su Santidad. ¡Sinceramente, creo, que lo expuesto en vuestra confesión llevó al límite donde solamente las Leyes Omnipotentes podrán intervenir! ¡Si la mujer que amáis os quiere, tomadla sin ninguna penitencia autorizada por mi incapacidad! Tomadla... y esperad que Dios decida...

El penitente se levantó esperanzado, murmurando, mientras, como tejiendo sueños de ilusión al borde de un abismo, consolándose a sí mismo en la esperanzadora situación en que se encontraba:

- No, no me separaré de ella jamás... Partiré sí, para Italia o para España, dentro de algunos días más... Deberé alejar a mi Otilia... a mi Ruth... de las iras de Catalina, que la perseguirá, seguramente, al descubrir el engaño... Deberé, además, librarla de los posibles procesos que Artur moverá al descubrir la usurpación del nombre de su hermana... Sí, partiré cuanto antes... Es una pobre huérfana, a cuya familia asesinó... Le debo amor y protección... repararé el mal que le causé, con la propia vida esclavizada a su amor...

Llegó a la nave de la Iglesia, dirigiéndose al lugar donde la dejó. No encontrándola, en el primer momento no se preocupó, crédulo y bien intencionado, juzgando con el propio pensamiento:

- Mientras hacía mis oraciones en la Capilla de las

penitencias, mi Ruth fue para el Confesionario. Vi a Monseñor ordenar al hermano lego que la introdujese...

Se sentó, pues, humilde y solitario, en los bancos destinados al público, que las sombras velaban, y esperó. Pasaron largos minutos. Pasó media hora. La iglesia se quedó completamente desierta. Forzándose a tener una serenidad que comenzaba a impacientarse, esperó aún algunos minutos. Finalmente, no pudiéndose contener más, se levantó, procurando aproximarse al recinto del Confesionario y miró al interior, en busca de la silueta bien amada. La puerta de la Capilla, completamente cerrada, indicaba que la actividad había terminada hacía mucho. Volvió a la nave, ilusionándose, ya inquieto, suponiendo que no se encontraría con aquella a quien consideraba realmente su esposa. Sólo reconoció al novicio que lo atendió al principio, conduciéndolo a la confesión. Lo interrogó:

- Monseñor, el Capellán, ¿dónde se encuentra?

- Se retiró, señor, para el descanso de la noche...

- Pero... la Señora de Narbonne estaba confesándose...
Estoy esperándola...

- ¡Ah! ¡Perdón, Sr. Conde! La acumulación de trabajo me hizo olvidar el encargo que tengo para vos... La Señora de Narbonne no se confesó hoy... Se retiró de la iglesia acompañada por un hombre de vuestra casa, un sirviente... tan pronto fuisteis a la confesión... Aquí tiene un comunicado que me confió entregaros...

Febril, abrió la nota y leyó:

“Su Majestad, la Reina, me llama urgentemente al Louvre. Te pido que vayas a buscarme allí, para enterarnos de lo que pasa y acompañarme de regreso a casa. La seña será “Condesa de Narbonne”, para que te conduzcan hasta mí.”

Entonces se retiró el Capitán de la Fe, la angustia le

desorientaba el alma, presumiendo que Catalina, informada de los acontecimientos por Monseñor de B... y Reginaldo de Troulles, a los cuales reconocía declaradamente hostiles a su mujer, mandara a buscarla a fin de esclarecer el temeroso asunto, y que, en aquellos momentos, estaría la pobre joven respondiendo a un interrogatorio conciso para recibir el castigo, pues la mala mujer, a quien llamaban Reina de Francia, habitualmente no esperaba que amaneciese el día para practicar las abominaciones que resolvía; antes, actuaba con preferencia dentro de las tinieblas de la noche, por ser más propicias a encubrir sus crímenes. Una aglomeración de ideas y suposiciones inmediatas desfiló por su imaginación traumatizada por la desesperación de causa en que se reconocía, cosa que sucede a los hombres que, improvisos, impulsivos, inexpertos ante los dramáticos embates de la existencia, se dejan vencer por una serie de circunstancias fatales, que serían evitables si, siendo comedidos, pensasen en los propios actos a la luz del raciocinio prudente y lógico. Luis concluyó consigo mismo, seguramente sugestionado aún por su gran enemiga del plano invisible, cuyo nombre tan frecuentemente era evocado por él entre vibraciones vigorosas:

- “El recado de Catalina hubiera seguido hacia el Palacio Narbonne... Rupert lo recibió... Se lo trajo a Ruth... pues sabe que, a estas horas, no encontrándonos en casa, es que estaríamos en las oraciones vespertinas en Saint-Germain... La guardia de los portones nos vio pasar con trajes de penitentes...”

Se precipitó entonces fuera de la iglesia, decidido llegar al Louvre dentro del menor tiempo posible, y, no viendo el carruaje que los trajo, se lanzó al primero que encontró a la espera de feligreses, ordenando, apresurado:

- Al Louvre, con la mayor rapidez...

Acometido por una violenta excitación, desde muchas horas antes debatiéndose incluso en un estado mórbido de choques nerviosos, el Capitán de la Fe no tuvo la precaución de volver

a su Palacio, a fin de hacerse acompañar por una escolta de defensa, en la ausencia de su escudero, que suponía haber seguido con Ruth, o incluso, pensó encontrarlo en el propio Louvre, con la escolta común en los servicios de los grandes señores de la época. Así, se dirigió sólo hacia la residencia de la gran Reina.

Sin embargo, mientras el desventurado Capitán de la Fe sigue a toda prisa por la oscuridad de las calles de París, ya inmersas en el silencio, lejos de sospechar el tenebroso destino que lo esperaba al final de aquella sentimental aventura, entremos nosotros en el Louvre, anticipándonos a su llegada, y busquemos los aposentos de la extraña gobernante.

Catalina de Médicis era valiente y enérgica, sin embargo, interiormente, bastante temerosa de que alguna fatalidad la alcanzase. Se rodeaba de defensas y cautelas tal vez inoportunas, oriundas de una auto-obsesión de terror, segura de que la acechaban peligros inminentes, pues, al doblar alguna esquina de aquellos inmensos corredores de su Louvre, podría morir – pensaba ella – traicioneramente, y que cualquiera de sus hijos, al dirigirse al lecho, igualmente podría encontrar la muerte tras los cortinajes de seda, como comúnmente sucedía, desde el pasado, a muchos ilustres príncipes de Europa.

Esa extraña mujer, cruel al creerse justiciera, desconfiada hasta de los propios sentimientos, pues realmente no amaba a nadie, , temiendo enternecerse y flaquear en el rigor con que actuaba a favor del trono y de Francia; que jamás se apiadaba de quien quiera que fuese, cuya mente enfermiza por su maldad la obsesaba con mil espectros de su propia creación imaginativa, además de, realmente ser muy influenciada por entidades desencarnadas malhechoras, que desde hacía siglos deambulaban por las cámaras del Palacio, en busca de aventuras con que saciasen las nefastas pasiones, con las

cuales emigraban para lo Invisible; Catalina, dijimos, normalmente dormía poco, vigilando directamente por la vida de sí misma y de los hijos. Sin embargo, en ella, el amor materno, que aparentaba existir, cedía lugar a la ambición de ver apenas su sangre – la sangre de los Médicis – con las honras del trono más famoso de Europa. Vigilaba, por tanto, más por la dinastía de los Valois que por la vida y felicidad de sus hijos Carlos, Enrique y Margarita. Vigilaba por el poder que empuñaba con manos de hierro, convencida de que los pulsos y el cerebro de Carlos IX no aguantarían dirigirlo, y no por la felicidad personal del mismo. ¡Tenía, era cierto, sirvientes fidelísimos, a los cuales los llenaba de favores, lista, no obstante, a examinarlos de cualquier forma, si eso conviniese a ella misma o al Estado; y, segura de que en ellos el interés sobrepujaría a cualquier otro sentimiento, tornándolos indignos, no confiaba plenamente en ninguno y, por eso, inspeccionaba personalmente, todo cuanto era posible, enterándose siempre de lo que hubiese, averiguando, intrigando, espiando, deduciendo, juzgando, matando! Algunos de sus secuaces serían quizá más odiosos que ella misma. Otros, entretanto, atrapados por su red infernal, incapaces de resistir al terror que ella les inspiraba, obedecían ciegamente sus órdenes, aterrados ante la perspectiva del destino que los aguardaba si le cayesen en gracia. Comía y dormía poco y vigilaba y trabajaba mucho esa mujer genial que todo lo veía, todo lo sabía, todo lo dirigía y resolvía sin otro cerebro que, en verdad, la ayudase a razonar, pues era despótica. De ahí provenían, seguramente, sus grandes vigiliadas, de su continuado esfuerzo nervioso, aquel color sin brillo, marmóreo, color decantado por tantos cronistas de todos los tiempos, que le daban un aspecto cadavérico, y la delgadez constante que, después de los cuarenta años, le acentuó las arrugas del rostro, volviéndola declaradamente fea. Por todo eso, Catalina padecería agotamiento nervioso, tenía la presión arterial baja, era excesivamente neurastenia y déspota, incluso histérica, y por lo poco que dormía era atacada por aflictivas pesadillas, mientras que, dado su nerviosismo, comprimido por su voluntad rígida de disimulación, sufría gastritis y dispepsias, disturbios del sistema neurovegetativo, males estos

de origen antes psíquico que incluso físico, sólo curables por el saneamiento moral-mental, lo que a ella le sería imposible por aquella época.

Esa mujer que preferimos clasificar de singular, porque en verdad obsesada por su propia mente siempre atribulada por pensamientos pecaminosos, e influenciada por entidades invisibles inferiores, no sólo creía en la existencia de los fantasmas, pues los veía, sino que hasta pretendía evocarlos, valiéndose de mil artimañas ineficaces, aprendidas en antiguas lecciones de magia, afinándose, de esta manera, cada vez más con las sombras del mal; esa mujer también creía en todo lo que sus sirvientes le dijese acerca de pretendidas conspiraciones para derribar a los Valois o de asesinato contra las personas de ella misma y de los hijos.

Ruth-Carolina comprendió en ella tal tendencia, desde los primeros días, siendo auxiliada por las informaciones de Otilia de Louvigny, que, a su vez, las obtuvo de Artur y de su propio padre. E igualmente accionada por las individualidades inferiores de lo Invisible, las cuales atrajo a través de los sentimientos vengativos que abrigaba, preparó la trama para herir a de Narbonne, ya que le sería imposible alcanzar el trono, como tanto desearía, para vengar la masacre de la familia. Al mismo tiempo, de Narbonne, colocado en un siniestro encantamiento de prejuicios con las actividades deplorables en torno de los acontecimientos del día de San Bartolomé, no logró inspiraciones protectoras para privarse al juego perseguidor que en torno a sus pasos se engrandecía con la presencia del fantasma vengador de Otilia de Louvigny, Ruth de La-Chapelle y Catalina de Médicis. Su propio sentido de responsabilidad de conciencia, accionado por seguras intuiciones y agravado por los deméritos de existencias pasadas, le advertía desde su juventud de que su destino sería atrocemente dilacerado por la Mujer, y, por eso mismo, prescindiría de ella tanto como fuese posible, hasta que deparó en el ángel rubio que lo debería hacer infeliz.

Realmente, ese hombre a quien sólo el fanatismo religioso sería lo censurable, ese mancebo modelo en todos los sectores

de la vida, hasta el día fatal de San Bartolomé, fue abandonado, voluntaria o involuntariamente, por la propia madre, al nacer; fue traicionado por la mujer a cuyos pies puso el corazón ardiente de eterna pasión; fue perseguido desde el Mundo Invisible, por el Espíritu de una odiosa mujer que no supo comprender en él al fanático instigado por leyes arbitrarias de una sociedad esclava del pecado y no al verdadero perverso; también fue castigado por una Reina déspota a quien respetaba y servía, a la que nada presentaría en su desprecio sino una admiración envidiosa y un insospechable irrespeto, comprendiéndolo acreedor de favores del propio trono ocupado por su hijo.

¡No obstante, recibiendo, en la mañana del día cuyos acontecimientos describimos, la astuta carta de Ruth, acusando a de Narbonne de desear asesinar al Rey, dentro de próximas horas, Catalina de Médicis, cuya mente no se apartaba de motivos criminales, y a quien convenía la desaparición del infeliz Capitán, dio, o hizo que dio absoluto crédito a la versión, auto-sugestionándose de que la carta encerraba una incontestable, terrible verdad! Tomó las necesarias precauciones a fin de detener al supuesto conspirador, haciendo venir a su presencia a un oficial de su policía secreta, o uno de los jefes de su batallón de secuaces, que mantenía para los servicios de su política, y le dio las siguientes instrucciones:

Poned una guardia, oculta, de cinco o seis hombres fuertes y bien armados, por las inmediaciones de los aposentos de Su Majestad, el Rey, con órdenes de espiar a quien lo visite. Si acaso aparece el Conde de Narbonne, pretendiendo entrevistarse con él, matadlo sin vacilaciones. Ved otros tantos hombres y disponedlos, bien armados, por la sala de las columnas que anteceden a los corredores de acceso a mis aposentos particulares. Ordenad para que los centinelas habituales se retiren a la hora prevista... El Conde de Narbonne vendrá al Louvre a fin de visitarme, en busca de su mujer, la Condesa de Narbonne, una de las damas de nuestros servicios secretos. Daré órdenes para que los centinelas de mis apartamentos lo dejen pasar hasta la sala de las

columnas, cuando pronuncie la contraseña particular para este caso, es decir, “Condesa de Narbonne”. Apareceré y le hablaré. Y cuando el mismo nombre “Condesa de Narbonne” fuera pronunciado por mí o por él, que nuestros hombres aparezcan y lo prendan, llevándolo a los subterráneos del declive... Actuar, no obstante, con inteligencia. El Conde es valiente y fuerte. Podría venceros, matarme, matar al Rey y perder a Francia, pues se descubrió que es un peligroso conspirador que desea apoderarse de la Corona... Vuestra libertad, vuestra fortuna, incluso vuestra propia vida responderán por el éxito de la empresa. Será indispensable sigilo, si os estimáis a vos mismo... La Bastilla siempre guardó con fidelidad a los servidores infieles y charlatanes. Nuestros hombres emboscados no deberán saber a quién se trata de prender... Sin embargo, no lo temáis, sino en última instancia, y evitar herirlo...

Y añadió en pensamiento para sí misma, con la mirada vagamente pérdida en el vacío del pequeño gabinete donde se encontraba: “Es hijo de Enrique... No deseo encolerizar al fantasma del padre, haciendo correr la sangre del hijo... la sangre de los Valois...”

El oficial se retiró, sumiso y dispuesto a ejecutar fielmente las órdenes recibidas, como siempre. Sin embargo, lo que se le escapó a la argucia de la gran Reina, fue que, escribiendo aquella carta, Ruth pretendía, por encima de todo, desviar la atención de sí misma, a fin de que se hiciese posible su inmediata fuga a Alemania, conforme pretendía, pues, mientras se perturbase Catalina con la detención de de Narbonne y la expectativa de la aprensión de sus supuestos cómplices, necesariamente no se preocuparía de ella, Ruth, sino para aguardar nuevas detenciones.

Al anoecer, Catalina se sorprendió con la visita de Monseñor de B..., acompañado por el oficial de Guisa, los cuales, ignorando su inteligencia con la joven de La-Chapelle, relataron el genial enredo por la misma movida contra de Narbonne, así como su cualidad de “hugonote”. La Soberana los escuchó con atención, como era habitual, sin que un único

gesto indiscreto los informase de las impresiones recibidas ante el enfadoso relato. Percibiendo, no obstante, que Monseñor de B... y Reginaldo serían estorbos para los acontecimientos que sucederían posiblemente también en aquella noche, Catalina respondió después de algunos instantes:

- Me sorprende vuestra narrativa, pues no previne complicaciones al admitir a mis servicios a esa astuta comediente... Fui, como veis, brutalmente despreciada... Os agradezco, no obstante, el celo por nuestro honor, tan irrespetado ahora por la detestable "hugonote"... Mandaré inmediatamente su prisión, a tiempo de salvar al pobre de Narbonne... Mientras tanto, seamos cautelosos, para no escandalizar a la Corte prematuramente y no perder la presa... que, si se reconoce perseguida, podrá seguir vuestro consejo, huyendo de Francia para quedar impune del crimen que cometió... Os ruego, sin embargo, que permanezcáis aquí, para ser testigo en la indagación que realizaré inmediatamente, a fin de que nadie dude de que vuestra Reina hace justicia a la altura de la grandeza y del honor del trono.

Enseguida, hizo llamar a los oficiales de su guardia, a los cuales dio órdenes particulares... Después, invitó a Monseñor a descansar en unos aposentos de su casa, suplicándole amablemente aguardase el llamamiento para el indispensable testimonio, lugar para donde luego detrás de cuatro alabarderos del Palacio se dirigieron, montando una fuerte vigilancia a la puerta, con el pretexto de que ninguna incomodidad sufriese el ilustre huésped, mientras estuviese descansando. Menos feliz, Reginaldo se vio detenido en una sala fuerte, cuyas ventanas enrejadas y puertas chapadas, guardadas por centinelas, no daban buen ánimo, no obstante la información de que así estaría aguardando, con absolutas garantías, la presencia del matrimonio de Narbonne, para los esclarecimientos en que figuraría como el más importante testigo.

Entretanto, pensaba la meticulosa intrigante: "Por las

informaciones que acabo de recibir de Monseñor, la astuta de La-Chapelle se encontrará en apuros para librarse del esposo, que la secuestra... Apresuremos el desenlace...”

Valiéndose también de un oficial de la guardia del Palacio a su servicio, ordenó:

- Mandad a un emisario del Louvre al Palacio Narbonne y decidle al Sr. Conde que venga a verme inmediatamente, en el caso de que aún se encuentre en casa, pues lo espero desde esta mañana...

Pasada una hora, el oficial regresó con la noticia, favorable para la Reina, de que Luis de Narbonne y su mujer se habían ausentado de su residencia, vestidos de penitentes, lo que indicaba que estarían en oraciones vespertinas en el recinto de alguna iglesia, posiblemente la de Saint-Germain, para hacer algunas promesas especiales.

La singular Soberana pensó, satisfecha: “Mi dama ya no está secuestrada por el esposo, conforme informaciones de Monseñor de B... Ella sabe lo que hace... Por tanto, esperemos...”

Y, en efecto, esperó tranquilamente.

Luis llegó al Louvre sin ningún incidente. Ya pasaban algunos minutos de la media noche cuando traspasó los portones laterales de acceso a la casa de la Reina. Pronto se dieron las órdenes para que lo dejaran pasar por todos los puestos de centinelas que antecudiesen a los aposentos de la Soberana, siempre que dijese el nombre de la esposa, es decir, “Condesa de Narbonne”, el cual, en verdad, no sería la contraseña del día, sino un medio de identificar a aquel que era esperado por la misma. Él, pues, pasó sin detenerse, atrevido, ansioso, dirigiéndose sin más tardanza a los aposentos de Catalina, en busca de la esposa, como era habitual, cual mísera ave atraída por el magnetismo

absorbente de la víbora invencible. A la mitad del camino, un hombre al servicio de Su Majestad lo esperaba, sin que él lo percibiese, para conducirlo al lugar previamente indicado, es decir, a la sala de las columnas.

La casa de la Reina – o los aposentos del Louvre habitados por ella y su Corte – era grande y rodeada de múltiples salas, galerías, cámaras, como convenía a un palacio de aquellas dimensiones. Luis, con el pensamiento concentrado en la posibilidad de encontrar a Ruth-Carolina en poder de inquisidores que la estarían martirizando, haciéndola sospechosa de conspiraciones y espionaje, no presentía, de modo alguno, una posibilidad de celada contra él mismo, ni pensaba en la extraña facilidad con que obtuvo acceso a todas las dependencias de la Reina a aquella hora de la noche. Dejó atrás, por tanto, apresuradamente, algunos aposentos... y, seguido del introductor, que no conocía, se encontró, de pronto, en un salón de grandes dimensiones, especie de plaza interior, tan común en las enormes edificaciones de antes, dispuesto en círculo y rodeado de puertas – la antecámara de acceso a los apartamentos de la gran Reina. Algunas de aquellas puertas eran reconocidas por él como el ingreso obligatorio a dependencias franqueadas a los cortesanos, visitantes, delegados, ministros, etc. Otras, sin embargo, le eran enteramente desconocidas, ya que, tratándose de pasajes vigilados por centinelas, y pertenecientes, además, a la residencia particular de la propia Reina, no le sería permitido investigarlas. No tuvo jamás el deseo de conocerlas. De Narbonne no era un intrigante, no era un cortesano ocioso que prefiriese pasar el tiempo investigando escándalos y particularidades ajenas. Antes, sería, trabajador, estudioso y discreto, tal como convenía a un futuro religioso, a quien no le ocurrirían intenciones subalternas para sospecharlas ardientes en las mentes ajenas.

La sala estaba escasamente iluminada por dos velas. Las pesadas y gruesas columnas de soporte, colocadas en círculo, proyectaban sombras impresionantes en el suelo y en las paredes. Un silencio de tumba se extendía por los recintos próximos. Se diría que el Louvre estaba deshabitado aquella

noche o siniestramente emboscado para un crimen más entre sus paredes. Vagamente impresionado, solamente ahora presentía algo anormal y pensaba que hizo mal de no haber vuelto a casa y hacerse acompañar por una guardia, Luis miró vagamente a su alrededor, buscando un centinela, extrañado de que no hubiese allí ninguno, o un criado que le informase dónde se encontraría la Reina, ya que el introductor desapareció, y saber, incluso, si era esperado. Pero, el salón desierto no le mostraba sino sombras... Inquieto, hizo sonar las palmas, las cuales sonaron lúgubrementemente por los rincones sombríos del compartimento, y esperó. Pero, inesperadamente, en vez de un camarero o una dama, de un criado o de un introductor, he aquí que la propia Catalina de Médicis, la primera persona de Francia después de la augusta persona del Rey, asomó por una puerta, vestida de negro, la cara marmórea petrificada como la de un cadáver, las facciones duras, los ojos apagados, como abismados en profundas visiones.

Sorprendido, viendo que la propia Soberana venía a atenderlo, Luis se inclinó sobre una rodilla, como correspondería a un caballero ante Su Majestad, en saludo respetuoso. Pero, Catalina lo detuvo aún de lejos, y preguntó, con voz tranquila y sombría:

- ¿A qué venís, Señor Conde?...

- ¡Majestad!... Atendiendo a la llamada urgente de mi esposa, que me espera para conducirla a casa...

- ¿Supongo, pues, que buscáis a alguien?...

- ¡Oh sí, mi Señora! – dijo con entusiasmo, ante la actitud equívoca de aquella a quien sabía pérfida e infiel. – Busco a la Condesa de Narbonne, que me precedió a vuestra llamada... concluyó el infeliz, como impulsado por una poderosa sugestión extraña... la misma sugestión que llevó a Ruth a prever los incidentes de aquella noche, describiéndolos en una carta dirigida a la Reina por la mañana, lo que indica que el fantasma de Otilia de Louvigny

accionaba todo con inteligencia, rápido a alcanzar el blanco al que se lanzó.

La respuesta de de Narbonne, esperada por la siniestra mujer, fue la señal que los esbirros de esta, ocultos por las sombras de la sala, aguardaban. En un instante, el famoso Capitán de la Fe se vio atacado por diez o veinte hombres armados, surgidos de las sombras, cuyas facciones repugnantes le eran desconocidas. Retrocedió ligeramente el antiguo estudiante de Teología, y, en seguida, desenvainó la espada, parando los golpes que por ventura le dirigían, comprendiendo, no obstante, de inmediato, que no deseaban asesinarlo, pues no atacaban con verdadera disposición. Finalmente, comprendió que, Catalina lo atrapó en sus redes, pues demasiado tarde se dio cuenta de que una bien urdida celada había sido armada contra él. Entonces, una lucha heroica se trabó en la soledad de aquella dependencia del famoso Palacio. Los hombres de la Reina, en cierto momento, avanzaron en masa. Luis se vio agarrado por todos los lados, cogido, maniatado por veinte, por cien brazos que lo imposibilitaban de servirse de la espada. Aun así, continuó luchando ferozmente, debatiéndose consiguió librarse, atacando furiosa e intrépidamente, por la derecha, por la izquierda, dándose media vuelta para atacar a los que estaban a su espalda, comprendiendo que la finalidad que tenían no sería matarlo, sino, seguramente, apresarlo, constatando demasiado tarde que su esposa no sería extraña a la espantosa celada que lo vencía. Se debatió contra el asalto con todas las vigorosas fuerzas de sus veinticinco años de edad, con todo su corazón deseoso de vivir y de poder vencer, con todas las energías de su honradez traicionada, de su terror de ver que caía irremediabilmente en las garras de Catalina, por quien sabía que era observado desde hacía mucho tiempo. Desesperado a tal convicción, se deshacía de las manos rudas que lo ataban para verse nuevamente agarrado por otras tantas. Era imposible defenderse con la espada. Todos sobre él, no había espacio por donde moverse. Se defendía con los pies, con la cabeza, distribuyendo puntapiés y cabezazos, con el propio cuerpo en contorsiones desesperadas, intentado componerse para poder sacar el puñal, ya que la espada le sería imposible. Pero, lo

desarmaron a la vez diez, veinte hombres exasperados, cuyas vidas respondía por el éxito de la empresa siniestra, atándole los pies, retorciéndole los brazos, arrastrándose hacia la puerta del fondo, exactamente a una de aquellas que él jamás traspuso. En cierto momento, en el auge de la angustia y del terror, reconociéndose vencido, irremisiblemente perdido, viendo a Catalina allí, impasible, presidiendo la escena repugnante, Luis gritó con aquella voz poderosa, que ahora se hacía emocionada y suplicante, vibrando en el silencio de la sala, intentado un último esfuerzo en su propio beneficio:

- ¡Señora, por Dios, salvadme! Soy leal servidor del trono, defensor de los derechos reales, amigo del Rey de Francia y vuestro amigo... ¿Por qué me lastimáis?... ¡Salvadme, Señora, por quien sois!... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ayúdame!

Pero, la propia Reina tal vez no conociese bien las razones del por qué lastimaba a de Narbonne. Las acusaciones de Ruth-Carolina habían sido tan frágiles, la versión de la paternidad de Enrique II en cuanto al mismo joven fue tan discreta, que a una persona de carácter normal no la llevaría a la decisión de desgraciarlo. La Reina de Francia, sin embargo, era un alma sombría, rodeada de complejos, a quien bastaría una pequeña centella de sugerencias ofensivas para que el incendio labrase en su mente, incitándola a la destrucción de alguna cosa, incluso de la honra, de la vida de un ser humano.

A la súplica suprema del desgraciado Capitán de la Fe, ni una sola fibra de su alma se conmovió o se resintió. Continuó caminando lentamente atrás del grupo siniestro, que ya trasponía la puerta, abierta por uno de los asaltantes... Una extensa galería se descubrió, fría y oscura, apenas iluminada por una pequeña antorcha empuñada por uno de los hombres. ¡Y Catalina se detuvo en el umbral, para continuar contemplando la escena, sin pronunciar una sola palabra!

Arrastrado por los verdugos, Luis siempre resistió, pero en vano. Resistía y gritaba, suplicando el socorro de aquella misma que, tal como Ruth de La-Chapelle, deseaba su

perdida. Sus pensamientos alcanzaban la intensidad de la locura. Él creía que estaba soñando, se suponía víctima de pesadillas infernales, sin comprender que avalanchas de desgracias, súbitas e incomprensibles, se abatían sobre él desde la mañana de aquel terrible día. Torbellinos exasperantes le deprimían el cerebro. Su corazón se comprimía de rabia y de angustia, y un inconmensurable terror lo desorientaba al reconocer que sería imposible escapar de aquellos malvados que más lo paralizaban a cada instante, y entonces gritaba, en un supremo instinto de defensa:

- ¡Señora, salvadme, por Dios! No quiero nada, Señora, no deseo nada más que servir al Rey y a Francia... ¿Por qué, pues, me prendéis?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Al fondo de esa galería había una puerta, y, más allá de esta, un desnivel, largo, suave, que llevaba a las antiguas prisiones subterráneas. Esa puerta fue abierta como lo fue la primera. Cuando los asaltantes la traspusieron con Luis, enteramente dominado, porque estaba maniatado de pies y manos, Catalina gritó:

- ¡Alto!

El grupo paró y Luis de Narbonne se concentró en la propia vida en lo que pasaría, esperanzado de que las súplicas proferidas hubiesen tocado el corazón de hierro de su feraz enemiga. Pero, la Soberana sólo retiró del bolsillo del vestido un papel doblado – una carta – y, lanzándolo de lejos para el hombre que la atendió, exclamó con voz grave, profunda, como la voz de un espectro:

- Déjale a él la antorcha para que pueda leer esto... y no acuse excesivamente a su Reina...

Ese papel era la carta que Ruth-Carolina escribió a ella por la mañana, entregándole a de Narbonne en una emboscada admirablemente urdida...

El secuaz palaciego levantó del suelo la carta, traspuso la

puerta, cerrándola con estruendo. Así, desapareció el grupo traicionero y, con él, para siempre, del mundo de los vivos, el bello Capitán de la Fe, llamado también el “Irrepreensible”, gracias a la digna conducta que supo mantener dentro de la sociedad de su tiempo.

Viéndose sola, entre la soledad del recinto y las sombras, la Reina contempló durante algunos instantes aquella puerta cerrada e impenetrable, y murmuró para sí misma, sin que alguien que acaso la oyese pudiese evaluar si lo que ella decía sería un lamento de pesar o un grito de victoria: “... ¡Y así desaparece para siempre el único Valois digno de un trono!...”

Después, lentamente, con la cabeza baja, entró en sus aposentos particulares, se arrodilló frente a su oratorio, que una pequeña lámpara de aceite alumbraba, y pasó el resto de la noche orando...

EL DESTINO DE UN CABALLERO

Mientras el desgraciado Señor de Narbonne caía irremediabilmente en las redes tejida por las tres eminentes figuras femeninas que se afinaban con las tinieblas de los propios caracteres, es decir – Ruth-Carolina, Catalina de Médicis y la entidad desencarnada Otilia de Louvigny – la primera, como vimos, dejaba París en una fuga precipitada, a fin de escapar de una posible persecución por parte de aquellos a quien acababa de traicionar, pues sería bien cierto que, si de Narbonne descubriese a tiempo la singular emboscada que le fue preparada, no descansaría hasta que la encontrase nuevamente, mientras Catalina, igualmente engañada, pues Ruth le prometió nuevas acusaciones, y Monseñor de B..., que, necesariamente, sospecharía de ella si Luis muriese o desapareciese, harían todos los esfuerzos posibles para capturarla. Se diría, no obstante, que los genios del mal, a los cuales se unió la joven renana desde el día en que se sometió a las imposiciones de un deseo de venganza, o simplemente, que la sombra odiosa de Otilia de Louvigny, que la dominó desde los últimos días de su vida sobre la Tierra, continuando más allá de la tumba la nefasta ascendencia, la protegían contra la posibilidad de cualquier investida contraria, así como los criminales y comparsas terrenos, que se ayudan y protegen mejor de lo que lo hacen entre sí los demás hombres investidos de autoridad. En el primer cambio, el Príncipe Federico, receloso por la persona de su joven prometida, a quien de buena gana perdonaba las peripecias de la inaudita aventura, atribuyéndola a los desvaríos del insuperable dolor de haber perdido a los seres queridos, como a su extrema juventud, que no sabía medir consecuencias, Federico sustituyó el carruaje por buenos caballos

corredores, que los llevase más rápido y seguro al proyectado destino. Al atardecer del segundo día, ya se encontraban a la orilla del Reno. Y al amanecer, ya en tierras de Alemania, descansaban a salvo de cualquier sorpresa desagradable en la lujosa residencia de un dedicado reformista, amigo de las dos familias, el cual se ofreció a servirlos con la más leal alegría, y a cuya guardia estacionaba el carruaje traído de Baviera para el regreso. Blandina y Raquel se les unieron entonces allí.

Mientras tanto, la hermosa hermana de Carlos Felipe no demostraba ninguna satisfacción, tampoco sentía la aprobación íntima de la conciencia, una vez consumada la obra de la exagerada venganza contra Luis de Narbonne. Al pisar el generoso suelo en el que se exilaba, abundantes lágrimas asomaron a sus ojos testificando las torturas incontrolables del corazón. En vano Federico procuró socorrerla, rodeándola de atenciones. La joven renana se mantenía desolada e inconsolable, murmurando consigo misma, en los repliegues más sagrados del pensamiento, obsesado, ahora, por el recuerdo de la imagen varonil que se imprimiría para siempre en las sutilezas de su mente, como sublime aspiración a la aventura de un amor integral:

- “¡Qué infame y desgraciada que soy, perseguida por demonios! ¿Amo, acaso, al exterminador de mi propia familia?... ¿Estaré loca, Dios mío?... ¡Perdónenme, mi bien amados padres! ¡Perdónenme, queridos hermanos! ¡Carlos, oh, Carlos! ¡Perdonadme! ¡Yo misma ya no sé si amo o si odio a Luis de Narbonne!”

En cierto momento, cuando los viajeros pretendían atravesar el río legendario, aún en el suelo francés, una súbita desesperación la acometió. Gregorio y Federico vieron su mirar llameante, alucinado, el gesto expresivo torciendo las riendas del caballo a fin de forzarla a retroceder la marcha, volviendo al camino que deberían dejar, y, mientras acusaba una extraña excitación, exclamaba, fuera de sí:

- ¡Oh, no! ¡No proseguiré! Volveré a París... ¡Tengo que salvarlo!

¡Pobre Luis! ¿Qué hice yo, Dios mío? ¿Qué hice yo?...

Pero, los dos hombres la detuvieron, esforzándose por dominar la crítica situación:

- ¡Es tarde para arrepentimientos, querida mía! ¡Deberías haberlo pensado antes de realizar esta extraña aventura!... advirtió el Príncipe. – ¡Dejadlo! Lo que estuviera hecho a estas horas será irremediable... Catalina lo prendería de cualquier forma, a despecho de ti misma... ¿Quién sabe eso?... Tal vez haya escapado... y ya se encuentre tras nuestro rastro... Atravesemos sin demora nuestro amigo Reno y estaremos al amparo de todo... Nos espera la felicidad soñada por nuestros padres desde hace muchos años...

Con mucho esfuerzo la detuvieron. Y, algunas horas después, ella se echaba, exhausta, sobre el lecho que le ofrecían, adormeciendo como si la propia muerte la hubiese reducido a eterno aniquilamiento.

Sintiéndose lanzado al calabozo por veinte brazos fuertes, invencibles, el Conde de Narbonne perdió el equilibrio, deslizándose en el suelo húmedo y cenagoso, para quedar tendido en tierra, aturdido, en una caída imprevista. Lo desarmaron rápidamente los secuaces de Catalina, retirándose más rápido aún. Entonces, la locura, amenazó invadir el raciocinio del infeliz Capitán. Unos zumbidos desconcertantes le desordenaban la audición y continuos vértigos le hacían imaginarse que se arremolinaba por los aires, mientras la sorpresa detestable, la desesperación del corazón ultrajado y herido, más que el propio cuerpo, que la brutalidad de los malvados lesionaron, lo aturdían, negándole serenidad para examinar la situación, con el rigor de la realidad que se estampaba en proporciones aterradoras. Mientras tanto, aunque se encontraba aturdido, procuraba equilibrarse de la ruda caída, vio, indistintamente, como una pesadilla que se esforzaba en vano por despertar, que sus verdugos prendían a un gancho la antorcha de resina encendida, y le arrojaban a los pies un trozo de papel, un

pergamino con sus propias armas timbradas en lacre, hábilmente doblado. Vio también que la pesada puerta se cerraba con estruendo y que el ruido de las trancas y candados se cruzaban, avisándolo de que estaba preso. Como loco, el desgraciado hijo de Enrique II dio un salto y se encontró con la siniestra puerta, intentando en vano abrirla o derrumbarla de cualquier forma, entre gritos y protestas de rebeldía, promesas y amenazas, lágrimas y clamores de socorro que habrían tocado el corazón de cualquier mortal menos rudo que Catalina, si ella lo pudiese oír, o convencido de una razón menos forzada que la de aquellos hombres que cometieron todos los crímenes bajo el terror de las persecuciones y represalias de la propia Reina a quien se habían esclavizado. Estos desgraciados, sacados por ella del fondo de los calabozos o de los bordes del patíbulo para sus servicios secretos particulares, le eran fieles y sumisos como no lo serían los más nobles caballeros a la honra de Francia. Luis sabía que suplicaba en vano, que todas las promesas que hiciese o intentos de soborno para poder liberarse serían inútiles, porque ni siquiera eran oídas, y de ahí la desesperación en que dejaba naufragar la propia razón. Estaba seguro de que su prisión era ignorada por todos, ya que fue una obra secreta y muy premeditada, para no dejar vestigios, por enemigos hipócritas. El propio Monseñor de B... desconocería su verdadero paradero. En su casa, sólo la guardia de los patios lo vio salir. Y en el Louvre nadie, seguramente, recordaría que aquella noche él allí entró y no salió, tan intenso era el ir y venir de cortesanos homenajando diariamente a la gran gobernante. Y razonando así aceleradamente, entre nubes de locura y puñetazos en la puerta, también pensaba:

- “¡No seré socorrido jamás! ¡Estoy sepultado vivo bajo los cimientos del Louvre! ¡Para siempre! ¡Para siempre!”

Poco a poco se fue resbalando hacia el suelo, dejándose caer exánime, y quedó en silencio, mirando el vacío en penumbra que la llama vacilante de la antorcha lo hacía tétrico y humoso, sofocándolo. Le surgió una angustiada calma, permitiéndole pensar mejor en los acontecimientos. El

calabozo era espacioso, pero bajo, húmedo, fétido y repugnante. De estatura elevada, Luis no se podía erguir naturalmente, precisando antes curvar el dorso para no golpearse la cabeza al ponerse de pie. Se puso a reflexionar, sentado en el suelo pegajoso y húmedo, lleno por centenas de animales dañinos. El panorama de los acontecimientos desfiló por su mente, mientras, abatido, aterrorizado, evaluaba la terrible gravedad de la situación. Pensaba en Ruth, la mujer santamente adorada. Pero, le repugnaba confirmar a la propia convicción que de ella, de su maldad, de su monstruosa traición viniera aquella desgracia. Entonces prefería acusar solamente a Catalina, no sólo por su posición personal, sino por algo que le hubiese sucedido a Ruth, pues se esforzaba en suponer que la esposa se viera arrojada en una mazmorra idéntica... aunque en las profundidades del espíritu estuviese seguro de que así se engañaba, para que en la desesperación en que se sentía naufragar no le destrozase demasiado el corazón. Y sentía que una voz secreta e incorruptible, la voz de la conciencia, que despertaba para corregir y redimir, le advertía:

- “Mataste cruelmente a la familia de ella, por el simple deseo de agradar a las autoridades poderosas... pues tú bien podrías comprender que el Creador de todas las cosas no exige la sangre del sacrificio para ser adorado... ¿Por qué lo hiciste?... Los de La-Chapelle eran corazones amigos y sencillos, inofensivos y discretos, serviciales y honrados, que amaban al prójimo y respetaban a Dios... y tu celo injustificable tuvo que buscarlos en la lejana Renania, forzando incluso la ley de las Provincias, las cuales no respetaste, a fin de matarlos... ¿Cómo, pues, querías ser amado por aquella que lo perdió todo bajo tu espada asesina?”...

Pero, fuera de sí, respondía a la conciencia el corazón flagelado por el desconsuelo de la nostalgia y del pesar, sediento de algo reconfortante y esperanzador:

- “¡Sí, ella me amaba! ¡Ella me amaba! ¡Yo lo sentía, yo

lo siento, Dios mío, a pesar de saber que fui el asesino de los suyos! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo puede ocurrir esto?...”

Súbitamente, recordó que tenía un papel en las manos y que Catalina mandó que se lo lanzaran, para que lo leyese. Se levantó de un salto, dándose un golpe con el bajo techo, se acercó a la antorcha y leyó, en efecto, la carta que Ruth-Carolina escribió a la Reina, aquella mañana, entregándolo a la prisión. Desde ese momento en adelante el desgraciado comprendió, finalmente, todo. Comprendió que Ruth y Catalina eran cómplices desde los primeros días, pues la carta llevaba la verdadera firma: “Ruth de La-Chapelle”. No volvió más a sentir esperanzas ni alivio para su desgracia, ni suposición de que fuera amado, ni consuelo para su miseria de prisionero irremediable, con los recuerdos de la felicidad que el amor le permitió. ¡Fue ilusión, engaño y falsedad lo que su buena voluntad recibió como suprema conquista de la vida! Sólo un único deseo lo absorbía ahora:

¡Escaparse! ¡Salir de allí, buscar a Ruth, encontrarla, aunque estuviese también en la mazmorra, como él, matarla, castigarla, y después morir también, besándole el hermoso rostro, los cabellos sedosos, los ojos adorados!

¡Lo que fue la tortura de ese corazón joven y amoroso, que no sabía odiar, lazado a un calabozo infecto, lo que fue la demencia exacerbada de ese fanático religioso que amaba su religión sin amar verdaderamente a Dios, que veneraba el sacerdocio sin tener la fe que tanto divulgaba, que tenía muy en cuenta los dogmas de su Iglesia y no amaba al prójimo, y a quien, por eso mismo, la resignación y la fe, la humildad y la esperanza en los días futuros, la sumisión y la paciencia le faltaron cuando más necesitado de ellas se encontró su corazón; lo que fue la hiriente rabia de ese temperamento dinámico que se vio privado, anulado en el fondo de los cimientos de un gran edificio, traicionado y abatido por una frágil mujer, como si fuera su más insignificante juguete, solamente él mismo y el Creador, que todo lo sabe y todo lo siente de lo que pasa en su Creación, lo comprendieron! Su martirio en la prisión fue cruel y refinado. Preso en una mazmorra húmeda y lodosa, no le concedieron ni siquiera un

montón de paja para descansar. ¡Alto, atlético, dinámico, lo sepultaron vivo en una cárcel donde no se podría levantar para ponerse de pie! ¡Saludable y fuerte!, muchas veces los carceleros se olvidaban de llevarle la ración y el agua que le aplacarían la sed de la fiebre que lo devoraba. ¡Entonces, el desgraciado, sufría la tortura del hambre, además de la tortura de la sed, intensificándose, así, su expiación!

¡Frecuentemente se golpeaba contra la puerta hasta sangrar, intentando destrozarla entre chillidos de condenado, inconsolable y demente durante la crisis de desesperación que habrían abatido el corazón de sus enemigos, si estos lo pudiesen ver de tal modo atormentado bajo las garras de la gran y cruel Reina! ¡Y, para mayor desgracia, desde que allí se viera arrojado, ni una sola vez pudo orar!

¡Sus antiguas devociones, cuando pasaba noches enteras arrodillado sobre terciopelos y brocados costosos, al pie de los altares dorados, envueltos en dulces aromas – huyeron de sus creencias al advenimiento del Dolor, en el momento de la expiación, dejando con él sólo el negro vacío de una decepción humillante – la decepción de creerse un privilegiado de los Cielos, porque era un poderoso de la Tierra, un religioso insigne, y verse, repentinamente, relegado a la situación más miserable que la del esclavo ultrajado e infamado! Hasta que, cierta vez, después de haber pasado un largo tiempo en los inconcebibles dolores de la prisión, alguien que transitaba por los corredores, llevando el pan negro y el cántaro del agua a algún otro desgraciado en condiciones idénticas, oyéndolo golpear tan desesperadamente en la puerta y suplicar socorro con la voz ya ronca por el agotamiento de los gritos ininterrumpidos, abrió súbitamente la portezuela, para saber lo que pasaba. Luis se acercó, conmovido, e investigó el exterior con la mirada, tropezando, no obstante, sólo con otros ojos que buscaban ver los suyos, alumbrándose escasamente con una frágil linterna, pues la penumbra era idéntica al otro lado de la puerta. Se trataba de un sustituto del carcelero, que por primera vez desempeñaba las tristes funciones del oficio. Él ignoraba que aquella mazmorra estuviera habitada, porque sólo fue informado de la existencia de dos prisioneros, en aquella galería, cuando

ahora encontraba tres.

Seguramente ese hombre no tenía aún el corazón endurecido en el maldito cargo de verdugo, pues se entristeció ante la idea de que hacía tres días que por allí se encontraba sin servir, al prisionero número tres, la respectiva ración de pan negro y de agua.

Viendo el rostro trágico del desgraciado, que él iluminaba con la linterna, se apartó impresionado, para acercarse nuevamente, en seguida, tal era la derrota que percibía en aquellas facciones que se dirían una hedionda máscara, donde la enfermedad, la rabia, el horror y la amargura, el dolor en lo que él pudiera presentar de más trágico e hiriente – multiplicaban al máximo su innoble destrucción.

- ¿Quién eres?... – preguntó el auxiliar de carcelero, curioso, sorprendido y aterrado.

Y Luis respondió, sobresaltado de una insensata y súbita esperanza, que durante algunos minutos le alivió los sufrimientos:

- Soy el Príncipe Luis de Narbonne, Conde de S..., llamado Capitán de la Fe... La Reina Catalina me prendió secretamente, no obstante de ser yo amigo del trono, inocente de cualquier crimen...
¡Ayúdeme tú, por Dios y por María la Virgen! Soy poderoso. Haré tu fortuna y la felicidad de aquellos que amas... Seas tú quien fueres, yo te ascenderé... Abre esta puerta, ayúdame, oh, ayúdame, y habrás agradado a Dios, pues soy inocente...

El hombre pareció aterrorizado, pues retrocedió en un gesto de sorpresa y horror, y, bajando la voz, murmuró, profundamente tocado en el corazón:

- ¡Vos, Señor de Narbonne! ¡Sois vos, entonces!

¡Sí, buen hombre, amigo mío, ayúdame, sálvame! ¡No me dejes morir aquí, porque será demasiado innoble para un hombre semejante muerte! Ya no puedo gritar ni llorar,

porque mis cuerdas vocales se irritaron, quedándome ronco... ¡Tengo fiebre, estoy enfermo, mira!... Me vinieron una afección de garganta, una enfermedad pulmonar, pues la tos me atormenta sin treguas, y siento dolores... La parálisis amenaza reducirme a la invalidez... Aquí hace frío y está húmedo, me siento y me arrastro sobre el agua... y no me puedo echar para descansar ni ponerme de pie a fin de desentorpecer las piernas... ¡Sálvame, sálvame, por Dios! ¡Abre la puerta... y habrás cometido una acción meritoria ante Dios!

Sin volver en sí del espanto del que se sentía poseído, el hombre murmuró en respuesta, congelando de mayores angustias el corazón despedazado del infeliz hidalgo:

No tengo las llaves... No podría abrirla... Me matarían, si lo hiciese... Ahora comprendo... ¡Pasáis por muerto, señor! Decían que erais también hijo de nuestro difunto Rey Enrique, y por eso... También tenéis grandes derechos entre los príncipes de Valois... Comprendo... El Rey Carlos celebró grandes exequias por vuestra alma, en Saint-Germain... La Reina se cubrió de luto, con sus damas, durante tres días... Constó que vuestra muerte ocurrió en España, durante un duelo con cierto caballero... Todo eso hace ya dos años... Nuestro Rey Carlos IX acaba de fallecer... Pero, otros dicen que huisteis al extranjero con una joven y linda aventurera que usurpó el nombre y la fortuna de una ilustre familia francesa, a fin de espiar el trono, a sueldo de “hugonotes”... Sí, dijeron muchas cosas... Dijeron que profesasteis y vivís encerrado en un Convento, después de haber matado a la misma joven “hugonote”... avergonzado por la burla de un casamiento simulado al que ella os llevó... Otros afirman que os unisteis a las ideas de Calvino, y por eso huisteis, pues la misma dama – una mujer pagana, hechicera, diabólica – se casó con vos, siendo también “hugonote”, y ante la Cruz desapareció de la Iglesia, evaporándose en las tinieblas... De todo eso se habló, señor, hasta en las cocinas, en los patios y en las caballerizas del Louvre... Vuestros bienes fueron retornados al Estado, porque, dijeron, no tenéis herederos y habían sido donados

por el propio Estado, cuando nacisteis...

¡Señor, ya no existís más para el mundo!... ¡y estáis aquí, vos, el gran Señor de Narbonne!... ¡Nadie, nadie supo que fuisteis preso!

- ¡Sí, yo! Lleva, al menos, un recado mío a Monseñor de B..., el Superior del Convento de... Dile que venga a salvarme, que interceda por mí junto al Clero... El Clero me amaba... No aguantaré por mucho tiempo más... Que al menos me maten, pues será preferible... No aguanto más, no aguanto más...

- Monseñor de B... ha muerto... Dicen que murió de disgustos por vuestra desaparición, que nadie jamás se cercioró de cómo fue realmente... Afirmaban que Monseñor jamás creyó en vuestra muerte y que os buscó durante mucho tiempo. Con la ayuda de Su Majestad, el Rey...

- Por Dios, amigo mío, tráeme ropas, tráeme llaves... y yo haré el resto... tu fortuna, inclusive...

Sin embargo, el sustituto cerró de golpe la portezuela, receloso de que las propias paredes lo oyesen, y corrió precipitadamente hacia fuera de la galería... Y nunca más el desgraciado de de Narbonne volvió a verlo, trayéndole la vasija de agua y el pan negro de la ración.

Ese desesperado infierno se prolongó por dos años y algunos meses, debido a la poderosa constitución orgánica del infeliz prisionero.

No obstante, ¿cómo podría un hombre soportar el cúmulo de tantas desgracias sin enloquecer en algunos días y sucumbir en el primer mes de martirio? Luis era enérgico, valiente, noble, un verdadero hijo de Rey. Tal vez que la esperanza de ser liberado cuando su padre adoptivo fuese informado de su detención lo hubiera reanimado para que viviese, a fin de beber hasta el final la negra copa de las consecuencias de la propia intromisión en los desatinos del día de San Bartolomé. Mientras tanto, él sufrió lo máximo en esos dos largos años y no pudo resistir por más tiempo. Su ruina física y moral era total. La parálisis general, motivada por el frío y la

humedad del lugar, la congestión pulmonar degenerando en una tuberculosis irremediable, la infección de la laringe, que lo privaba de la voz, en los últimos meses que vivió, la completa desorganización del aparato digestivo, de las funciones hepáticas, del sistema nervioso, en el período de casi tres años, redujeron al gallardo Capitán de la Fe a un miserable destrozo humano. Perdiendo la esperanza de volver a ver al sustituto del carcelero con las llaves y las ropas que le pidiera, él, desanimado y vencido, no tuvo más fuerzas para sufrir. ¡Se echó finalmente en el suelo húmedo y putrefacto y no se pudo levantar más! Sintió que la parálisis hasta incluso invadía el cerebro, dificultándole el pensamiento... En el fondo de su desdichada alma, la certeza de que iba a morir fue un trago más de amargura inconsolable, despedazándole el corazón:

- ¡Morir! – pensaba, en un supremo esfuerzo para reunir ideas, dejando que las angustiosas lágrimas bañasen su rostro ya invadido por la palidez de la agonía. – ¡Morir degradado bajo los cimientos del Louvre! ¡No conseguir por tumba la bendición de una porción de tierra, aquel que desde la cuna fue señalado por la desgracia... sino, el suelo fétido, nauseabundo de una cárcel subterránea! ¡Pero... que venga la muerte aunque degradante! Dejaré, seguramente, de sufrir... ¡Oh, Otilia! ¡Otilia! ¡Oh, Ruth de La-Chapelle! ¡A ti debo mi increíble desgracia!... Te amo aún y siempre y todo te perdonaré, porque tenías razón... ¡Sin mi excesivo celo, tal vez los pacíficos de LaChapelle hubiesen pasado desapercibidos en la lejana Provincia!... ¡Perdóname tú, Dios mío, ya que ella no me puede perdonar!...

Esa fue su única oración desde que entró en la cárcel, y los últimos pensamientos que consiguió coordinar... Después sobrevino un coma invencible y un pesado sueño, durante el cual él se agitaba, reviviendo su propia vida como en un panorama doloroso:

- Hijo bastardo de un rey... señalado, por tanto, por la desgracia, desde la cuna... privado de las caricias maternas,

que no consiguieron retener junto a sí a aquel que traía en las venas una sangre adulterina, aunque real... Las duras disciplinas del Convento... Los rigores del cuartel... Las devociones religiosas como único atractivo de una vida sin alegrías... Catalina de Médicis y su política maliciosa... San Bartolomé... ¡Sangre! ¡Horror! Su indebida alianza con los Gobiernos provinciales para dar caza a los “hugonotes”... Las márgenes del Reno... La familia de La-Chapelle... Otilia de Louvigny encubriendo la personalidad de Ruth, “la linda princesa de los cabellos de oro”, que transformó su vida, reduciéndolo a aquel impresionante destino...

En ese dramático ocaso, he aquí que veía a la hermosa renana, atrayente y graciosa, el arpa en las manos, de donde surgían acordes maravillosos para acompañarse en dulces melodías que encantaban a su alma, pero que ahora extraían lágrimas de nostalgia de su corazón desfallecido, que ya no podía sufrir más...

Y finalmente se durmió, es decir, expiró en la ignominia de una degradante mazmorra, bajo los cimientos del gran Louvre, donde todos ignoraban que aún hubiese prisiones...

Al día siguiente, se abrió la portezuela como de costumbre, y la brutal voz del carcelero retumbó dentro, cerca de la pequeña entrada:

- ¡La ración!

Sólo respondió el silencio. El infeliz detenido allí no vino a recibir el pan, no presentó la vasija para que le renovasen el agua. Gritó nuevamente. Permaneciendo el silencio, lanzó el pan al interior de la inmunda cueva, cerró la portezuela y se llevó consigo el agua. Al segundo día, la escena se repitió. Sin embargo, al tercero, al abrir el tétrico postigo, un olor fétido de podredumbre humana reveló a su olfato que el desgraciado prisionero ya no existía.

Es probable que más de un funcionario de Catalina de Médicis, o de otros grandes y poderosos personajes del pasado, se viesan obligados, por circunstancias tenaces, inevitables, a servir de verdugo de quien ninguna ofensa recibió. En aquellos dificultosos tiempos, muchas veces el hombre se entregaba en situaciones deplorables, contrarias a sus propios deseos e inclinaciones, durante las cuales debía fijar la máscara de la indiferencia en el propio rostro y amordazar el corazón, en el caso de que no tuviese la abnegación suficiente para elevarse a la categoría de héroe o reformador, o verse sorprendido por situaciones idénticas a las de aquellos que padecían en sus manos por orden de otro. Lo cierto fue que aquel hombre – el carcelero de Luis de Narbonne – cerró rápidamente el postigo, nervioso ante la asquerosa pestilencia. Se puso enseguida a mirar hacia la puerta cerrada, que la linterna iluminaba escasamente. Pasó la mano por la frente y por el rostro, que se roció de singular sudor, mientras una ligera palidez alteraba su fisonomía. Después miró, con discreción, el pan y la vasija de agua... y en el fondo de su alma palpitó esta vibración que, seguramente, fue la única entonación que acompañó al Más Allá al Espíritu del recién liberado de las torturas de una doble cárcel:

- ¡Pobre Señor de Narbonne! ¡Tan joven y tan digno! Jamás se tuvo noticias, según dicen, de que hubiese cometido deslices... a no ser durante los horrores de San Bartolomé... Que Dios le perdone y de él se apiade...

Una hora después, uno de los oficiales de la guardia secreta de la gran Reina, exactamente aquel que vimos preparando el prendimiento de Narbonne, cerca de tres años antes, se presentó a ella, pidiendo permiso. Concedido el favor, el oficial le dijo algo en voz muy baja, que las damas presentes no consiguieron oír, dicho, además, en dialecto italiano, lenguaje por ellas ignorado. Y la Reina respondió en tono más bajo aún.

Y, por la tarde, un pequeño grupo de dos albañiles y el mismo oficial descendían al subterráneo, penetraban en la

galería que conocemos y tapiaban con piedras y cemento la puerta de la miserable mazmorra, donde expiró el Capitán de la Fe.

Algunos años después, alguien que por acaso visitase aquellas infernales dependencias del Louvre, supondría ver allí solamente el insignificante detalle de los cimientos que sostenían el magnífico edificio...

ZONAS DEL MUNDO INVISIBLE

Exactamente el día en que el distribuidor de la ración a los desgraciados prisioneros de la galería subterránea, que venimos citando, percibió que Luis de Narbonne ya no existía, un hecho digno de la observación de aquellos que se interesan por los acontecimientos del Mundo Invisible, pasaba en el interior de la misma infame mazmorra donde este sucumbió. Sí, efectivamente, muchos hombres encarnados han de expiar en situaciones violentas, deplorables, como reajuste de la conciencia, los desequilibrios realizados en existencias pasadas o incluso en las presentes, y si tales situaciones son llamadas muchas veces infernales, uno de esos aspectos de infierno sería, justamente, la prisión en la que expiró el garboso Capitán de la Fe. Además de ser un martirio por la incomodidad, dispuesta a propósito para que el ocupante no tardase en sucumbir, esa mazmorra sería también la burla, la humillación, la infamia, la deshonra para aquel que no saldría de allí jamás con vida, y que allí permanecería aun después de la muerte, porque siendo un prisionero secreto, no le sería dado un puñado de tierra para una tumba honrosa, sino la propia cárcel inmunda y degradante. ¡Era la muerte ignominiosa y blasfema, humillación suprema para alguien bastante orgulloso o bastante honrado, el lugar siniestro donde los desgraciados agonizaban investigando la conciencia, a fin de cotejar los propios errores cometidos, analizándolos, confrontándolos con el grado de los infortunios soportados, para ver si existiría justicia entre los hombres que se ensalzaban en proclamarse cristianos e hijos de Dios! Generalmente, el horror enloquecía a tales prisioneros antes de que la muerte los redimiese del oprobio, y ellos expiraban después de un largo período, cuando la

propia razón dejara traducir en ellos una personalidad.

Las mazmorras del Louvre, en los tiempos de Catalina, se consideraban extinguidas. Pero, la gran Reina tenía su política particular, sus secretos patrióticos; tenía sus enemigos, verdaderos o imaginarios, como lo fue el infeliz Luis de Narbonne, y también sus castigos, venganzas y represiones. Sus prisioneros raramente serían escuchados por una justicia regular o condenados por una corte legal. Ella misma los condenaba a martirios inimaginables, y los hacía prender y hasta matar. Si su prisionero era conocidamente peligroso para el Estado o para las personas de la familia real, iría a la Bastilla, al Templo o al Châtelet ⁽²⁴⁾. Si se tratase, no obstante, de alguien que, por su importancia personal, le opusiese el peligro de complicaciones e incomodidades, ella lo ocultaba en su Louvre, a escondidas de todos. Y desaparecía para siempre el personaje, sin que jamás alguien se atreviese o pudiese acusarla.

Luis de Narbonne, pues, reconociendo que tendría la muerte más ignominiosa que jamás esperara, se echó sobre el lodo y jamás se levantó. Una somnolencia profunda, un aterrador desmayo, es decir, el estado preagónico pesó sobre sus facultades, las cuales se retiraron, pávidas, como chocadas con la visión del mundo espiritual.

Él se sentía vagar en el vacío, inmerso en tinieblas, en los abismos de los cuales percibía vagos rumores escalofriantes: Trotar de caballos... Tintineo de espadas... Vocerío blasfemo de maldiciones e instigaciones a tropas, para que atacasen... Gemidos de agonizantes... Clamores de horror y gritos de socorro... Llantos convulsivos de niños asustados, que enloquecían frente a la carnicería humana... Los trágicos días de San Bartolomé, tales como sus ojos humanos lo habían presenciado... Pero, todo era tan profundo dentro de sí mismo, y al mismo tiempo tan real y sutil, que él juraría que serían ecos de su propia mente profana, examinando y sintiendo aún los combates repugnantes entonces realizados...

Y, de pronto, nada más... Se perdió en una pesada

(24) Antiguas y célebres prisiones de Estado, en París.

¿Cuánto tiempo duraría el terrible olvido de sí mismo? El no lo sabría decir. Perdió la cuenta del tiempo, desde el primer día en que fue preso, pues allí, en su tumba de muerto-vivo, jamás penetraba la luz del día... Pero, en cierto momento, comenzó a despertarse lentamente, penosamente, invadido por una siniestra angustia, acribillado su miserable cuerpo por los mismos atroces dolores que desde hacía mucho lo afligían. Y murmuró, oprimido:

- ¡Oh! Creí que la muerte vendría, finalmente, a traerme el olvido que tanto necesito...

Lloró copiosamente, desanimado, sufriente, viendo que su situación se había agravado: un insoportable olor fétido de podredumbre humana se unía a las demás molestias que lo torturaban...

- ¿Qué pude hacer?... Oh, Dios, ¿qué pude hacer, si nunca más volví a ver al sustituto del carcelero, que se mostraba amigo?...

Un rumor insólito en las cerraduras de la puerta que lo encerraba despertó su atención. ¡Todas sus facultades, y su poder de percepción y de comprensión, a su voluntad, su vida mental se concentraba en aquella puerta baja, fuertemente, eternamente cerrada, que resistió a todas sus fuerzas y tentativas para abrirse y dejarlo salir a la libertad!

Alguien, desde el otro lado, quitaba las vueltas de la cerradura, y retiraba las trancas... ¡Cielos! ¡Abrían lentamente aquella puerta!... Una súbita claridad, un tanto baja, como la luz de un esplendor de muchas velas a través de una niebla, penetró en aquella cueva de horrores... Entró un varón... Era un militar... Y dijo, despectivo:

- ¡Luis de Narbonne, eres libre! (25)

(25) Serie de imágenes mentales – o asociaciones de ideas – suministradas al recién desencarnado a través de intuiciones, por sus asistentes espirituales, pudiendo ser también originadas por la voluntad y la auto-sugestión del mismo.

Se levantó cautelosamente, el cuerpo medio entorpecido y dolorido, atormentado de dolores... Y dejó la prisión...

Su primer gesto fue buscar a su salvador a fin de agradecerle su ayuda generosa, pero ya había desaparecido y no lo pudo encontrar...

Sin embargo, en su lugar, vio albañiles, dirigidos por un oficial, que tapiaban aquella puerta... la misma que acababa de abrirse para permitirle la salida... No comprendió aquellas circunstancias en su justo aspecto e, impresionado, indagó en sí mismo:

- ¿Qué significa todo esto?... ¿Quién había intercedido por mí?...

¿Habría mandado Catalina liberarme?... ¿O son amigos que me dejan huir?...

Dirigió la palabra al oficial que se encontraba allí, interrogándolo acerca de su liberador, pidiéndole que le indicase por dónde podía salir. Pero, el oficial no le prestó atención. Parecía incluso no verlo. Y pensó:

- Aquí está oscurísimo... La luz de la linterna mal alumbraba a los albañiles... Estoy ronco, ronquísimo... Seguramente no me escuchó...

Un vértigo asaltó la conciencia aturdida y atemorizada. Un súbito terror de verse nuevamente encerrado lo impulsó al deseo de apartarse rápidamente, mientras que una débil mecha de claridad, como un pálido rayo de Sol que penetraba en las tinieblas, parecía que lo llamaba, atrayéndolo, indicándole la salida de aquel siniestro laberinto, del cual efectivamente no saldría si alguien muy amigo y complaciente no le ayudase, dado el estado de perturbación en que se encontraba.

Sin embargo, ¿cómo presentarse en público en aquel estado?...

¿Mal vestido, cubierto de impurezas, los cabellos crecidos y

desgreñados, la piel manchada por las inmundicias de la prisión, enfermo, escuálido, él, el garboso oficial de la Iglesia, el joven y bello caballero generalmente admirado?...

Pero, Luis era enérgico, dueño de una voluntad de hierro. Dominó la rebeldía del propio orgullo, suprimió la vergüenza de la que se sentía poseído, viendo su propio estado, sobreponiéndose al sentimiento de su martirio, y salió... Y pensando en Catalina y su Corte, subió escaleras, atravesó salas, cámaras y galerías llenas de cortesanos y personas de la realeza. Pero no reparó en nadie, ni siquiera las vio o deseó hablarles... Con los brazos cruzados a la altura del estómago, recordando costumbres conventuales, pasos fuertes, apresurados, regulares, como la marcha del soldado, seguía a un fin determinado que lo preocupaba, la fisonomía cargada, la mirada dura y triste, la frente alta como desafiando a enemigos, el alma dilacerada por los intensos dolores de las injusticias sufridas y de los abominables complejos en los que se vio enredado. Se sentía pobre, miserable, privado de todo. El sustituto de carcelero dijo que su fortuna regresó al Estado. No se lamentó. No se inquietó. Luis era desprendido de las riquezas terrenas. Y pensó:

- ¿Para qué me servirían la fortuna y el poder sin la mujer que amo?...

Y, reconociéndose pobre, privado hasta del propio domicilio, tampoco deseó un caballo que lo llevase al lugar de salida... y caminó a pie, atravesó calles y barrios de la ciudad, aunque se sentía enfermo y muy débil, tropezando contra los transeúntes, esquivando a uno y a otro, arrastrando altivamente la propia miseria, sin disminuirse, convenciéndose a sí mismo de que poseía bastante valor moral para elevarse por encima del humillante estado en que la prisión lo arrojara.

Sin embargo, he aquí que la imagen pesada de la Iglesia de Saint-Germain se dibujó en las tonalidades violáceas de esa tarde fría de invierno, sin que, no obstante, él pudiese comprender que era invierno, si no era por el frío que castigaba su sensibilidad, pues ignoraba el paso del tiempo, habiéndolo perdido durante el período en las tinieblas del calabozo de Catalina.

Mientras tanto, se dirigió a la iglesia, que se hallaba abierta, y entró como lo había hecho en otros tiempos.

Las primeras luces se encendían en los altares para las celebraciones de la noche. Sin demora, se encaminó al altar mayor, sin buscar su antiguo reclinatorio. No más la afectada devoción del fanático, las reverencias y solemnes cumplimientos a los altares fragantes de perfumes y cargados de oro... Caminaba pesadamente como si marchase por los suelos de su cuartel; y, a los pies del altar, se postró de rodillas, levantó hacia lo alto las manos cruzadas en una desesperada súplica, dejó que amargas lágrimas le bañasen el rostro contraído y, sollozante de un dolor intenso, oró... Pero, oró acompañándose de vibraciones de rebeldía y dolor, las cuales se reproducirían en voz alta, si aún fuese un hombre; oró la oración blasfema de aquel que, acaso suponiéndose en otro tiempo un justo, un creyente agraciado por los privilegios celestes, ahora, pasado para la vida del Más Allá, se encontrase al borde del más nefasto abismo que puede tragar una conciencia: el abismo de la incredulidad y de la negación, el negro abismo de la rebeldía contra la Providencia, en el justo momento de los testimonios que encaminaban a la redención. Él oro:

- “¡Dios, Oh, Señor Dios! ¡Yo te amaba, Señor, e hice todo lo que me fue posible a fin de engrandecer tu Iglesia y tu nombre! ¡Sin embargo, he aquí lo que consentiste que hiciesen a tu dedicado siervo sus enemigos! ¿Por qué no me defendiste de mis crueles verdugos, por qué, Señor... si fui sincero y leal para con aquellos que me rodeaban?... Te agradezco, mientras tanto, que me hayas liberado del calabozo donde me arrojaron... y ahora, no obstante, vengo a rogarte el último favor... pues nada más te rogaré de aquí en adelante, Señor.

¡Aún no pude verdaderamente odiar a mis enemigos! Tú, que eres el terrible **justiciero, que castigas los crímenes de los padres en los hijos, en la tercera y en la cuarta generación...** (25) ¡Dame fuerzas para odiarlos y vengarme de ellos! ¡Dame valor para olvidar u odiar a Ruth de La-Chapelle, la mujer que me hizo un desgraciado! ¡La amo,

Señor! ¡La amo con todas las fuerzas de mi corazón y no puedo comprender la vida sin ella! Pero, sería demasiado infamante que yo le perdonase, continuando queriéndola... Dame, pues, bastante valor para encontrarla y matarla bajo mi odio... Amén”

(25) Éxodo, 20: 5-6. Enérgica exposición que traduce la expiación de los errores de determinadas personas, en la tercera y en la cuarta generación de su propia familia, y que patentiza ser ellas mismas las que, reencarnadas en el mismo círculo familiar, reparan los propios hechos malos del pasado, a través del dolor.

En seguida, como la continuación de los hábitos terrenos arrastran, en el Más Allá, los desencarnados reviven las rutinas pasadas, él recordó, con nostalgia, su hogar, su lujoso palacio... Y, así, llevado por la fuerza del pensamiento, se dirigió para allá, meditando en la necesidad de reparar el desorden del vestuario, reducido a la sordidez de trapos inmundos, debido al largo tiempo pasado en la prisión.

Efectivamente, vagando confundido, sin encontrar aún la verdadera causa de la libertad en que se reconocía, es decir, ignorando que ya no era hombre, sino un ser espiritual, y que su cuerpo fue abandonado en el fondo de una cárcel, obedeciendo, por eso mismo, todos sus actos a un automatismo mental – recuerdos de su estado de encarnado – Luis recordó los tiempos en que sus serviciales criados lo lavaban y vestían, después de las luchas del día, y, recordando, volvió en pensamiento a la realidad de los hechos, reviviéndolos. Y entonces se sintió nuevamente lavado, peinado y ataviado. De ese modo, se realizó en sus susceptibilidades psíquicas, como generalmente ocurre con las personalidades normales, una poderosa reacción mental, pues la voluntad, la fuerza heroica del pensamiento, imprimiendo en sus formas físico-psíquicas la imagen del vestuario preferido, con los cuales antes se engalanaba, reflexionó en sí mismo la apariencia de lo que deseaba, sintiéndose él, entonces, vistiendo su bello uniforme de oficial de las fuerzas del Rey, pues el cuerpo astral, o periespíritu, constituido de materias sutiles, de esencias y

fluidos sensibles, muy impresionables, se presta fácilmente a las transformaciones sugeridas por el poder del pensamiento y de la voluntad – siempre que el volumen de las vibraciones personales se encuentre en grado necesario a la delicada y sublime operación.

Una vez preparado, su primera preocupación fue lanzarse en busca de aquella cuyo amor lo perdió. Uno por uno, él visitó todos los compartimentos de la antigua residencia en la que pasó a su lado las horas más dichas de su vida, sin lograr encontrarla. Buscó a Rupert, deseoso de que le informara, olvidado de que, aun en la prisión, supo incluso que ya no poseía ni un domicilio, gracias a la locuacidad del sustituto del carcelero. Pero, Rupert tampoco fue encontrado. Indagó de otras personas que iban y venían por las viejas dependencias, sin que ninguna de ellas se dignase responderle. Y entonces, agotado, dejó el Palacio, dirigiéndose con largos pasos hacia la Plaza Rosada, con la esperanza de encontrar allí a la esposa, emocionado y tembloroso de ansias y nostalgias. Llegando a aquel lugar, un nuevo fenómeno mental, no destituido de gran y majestuosa belleza, ocurrió en los recovecos de sus sensibilidades, derramándose, por así decirlo, para los sentidos de la visión, tan poderosamente, que fue como si él, Luis, viviese una segunda vez todo el paisaje que ya no vivía sino en sus propios recuerdos.

A nosotros, que exponemos estos hechos, nos corresponde el deber de relatar los mismos fenómenos, ya que será de nuestra atribución estudiar y penetrar los repliegues del alma humana, a fin de comprender el Más Allá, sus sutilezas e intensidades, sus tinieblas y sus claridades, sus esplendores y sus miserias, tales como son, ya que es tiempo de que los hombres lo reconozcan exento de utopías y espejismos.

Las facultades del alma son fuerzas poderosas y tan variadas como variadas son sus aspiraciones y voluntades, y tan

intensas y sutiles como las propias vibraciones esparcidas por el Universo. En las almas elevadas, esas facultades, por muy trabajadas, perfeccionadas y adiestradas a la Ley divina, alcanzan la plenitud de un pináculo, de un esplendor vertiginoso, que el hombre actual sentirá dificultades de concebir, tornándose, entonces, ese esplendor en la gloria de su inmortalidad, ya que les permite la plena comunión de vibraciones con la Suprema Divinidad, derivándose de ahí su estado paradisiaco o celeste, su gloria, su triunfo absoluto, fruto o adquisición bendita de su propio esfuerzo y buena voluntad a través de los milenios. Llegada a ese pináculo, el alma colabora plena y extensivamente en la obra de la Creación, ya que podrá reflejar la imagen y semejanza del Creador. El alma se siente tan gloriosa, poseedora de tantos poderes, que desea irradiar más allá los valores de sus propias conquistas inmortales. Entonces se desdobra en múltiples actividades, cooperando con el Todopoderoso en el perfeccionamiento del Universo, presidiendo al nacimiento y crecimiento de mundos y sistemas siderales bajo el armonioso imperio de las leyes supremas, expandiéndose en amor y auxilio a sus hermanos de Humanidad, sacrificando, muchas veces, las alegrías de la vida celeste que le son naturales, a fin de beneficiar a pueblos y Humanidades con el deslumbramiento de su presencia en globos materiales donde aprenden almas hermanas en labores evolutivas – tal como Jesús, el Cristo de Dios, lo hizo entre los hombres de este planeta. Es propio de la naturaleza del alma que alcanzó la glorificación de la unidad con el Creador extenderse en abnegación por otro, es decir, por las Humanidades... de la misma forma que es de los caracteres nobles encarnados en la Tierra dedicarse lealmente al ser amado, a la familia, al ideal constituido en el corazón... Ella lo hace, no obstante, sonriente y feliz, retirando inefables alegrías, por el bien que practica, de los propios sacrificios a que se entrega, sin que por eso se disminuya o sufra tal como lo entienden los hombres el sufrimiento sobre la Tierra... Sí, porque el alma que consiguió plenamente conjugar vibraciones con su Creador se torna la estructuración del propio Amor Divino. ¡Ella comprende el Amor Divino, el Amor Universal, y sabe

amar! Y quien ama armonizando sentimientos con el Amor Divino no podrá padecer la inferioridad de un sufrimiento, ya que el Amor es fuente de delicias y, siendo la plenitud de la felicidad eterna, no se mezclará en las amarguras que son la consecuencia de un estado inferior. El Amor la absorbe, la impregna de sus divinas vibraciones, tornándola radiante de una ventura inmortal, aunque se encuentre envuelta en circunstancias críticas, incluso dolorosas, como fue la de nuestro Divino Maestro entre las peripecias de su pasión en la Tierra. Pero, los hombres solamente comprenderán con justicia tales sutilezas de las facultades del alma elegida, el día en que, igualmente, también ellos, que son almas encarnadas, supieran amar con aquel Amor Divino del que Jesús fue el resplandeciente modelo. Las almas normales, como las mediocres, en marcha evolutiva, poseen de la misma forma facultades que les proporcionan poderes, siempre relativos, no obstante, al grado de evolución que alcanzaron. De ese modo, también, las inferiores y criminales, que se valieron de sus poderes mentales para nublar la propia conciencia con los hechos de la delincuencia.

Es cierto, por tanto, que todos los hombres, o todas las almas, poseen en estado latente y relativo los esplendores que en grado supremo posee la Divinidad Creadora, correspondiéndoles a ellas, por eso mismo, esforzarse por el progreso propio, evolucionar, cubrirse de glorias hasta reflejar en sí mismas la semejanza del Ser Todopoderoso que les da la Vida. De ahí los complejos de las Humanidades, sus luchas, sus ansias por el Ideal, sus desfallecimientos y sus energías en busca de un bien que se dilata siempre más en proporción que se elevan a través de los progresos realizados, su trabajo perpetuo para recoger los triunfos inmortales cuyos gérmenes aprenden dentro de su propio ser – partículas que son todas del Supremo Ser Divino. Y, poseyendo todos nosotros los mismos principios, las mismas capacidades, somos susceptibles de realizar los mismos hechos, sean psíquicos, en el mundo espiritual, o físicos, en los globos materiales, dependiendo la buena o mala cualidad de esos hechos, su grandeza, su eficacia y perfección solamente del

progreso ya realizado por nuestro Espíritu. Por eso, las incesantes advertencias de los maestros espirituales en el sentido de que los individuos procuren conocerse a sí mismos, el valor que encierran, las energías y virtudes latentes de las que son por naturaleza dotados, la gloria que llevan en sí, reeducándose bajo los rayos del Sol de la Verdad y del Amor, a fin de alcanzar más fácilmente la finalidad, en el estado celeste que no está aquí ni más allá, sino en la intensidad de las facultades vibratorias de cada ser – de cada universo personal, pues será bueno recordar que un Espíritu es, sin embargo, un pequeño y sublime universo.

Mientras tanto, una entidad espiritual presa a las condiciones de nuestro Luis de Narbonne podrá obtener su Paraíso relativo y en él permanecer el tiempo que desee, valiéndose sólo de la facultad de recordar el pasado, si ese pasado le fue propicio o querido. Tal fenómeno de la mente desencarnada, vibrando por la voluntad en sentido tenaz y positivo, traerá visiones, impresiones, sensaciones y emociones tan reales como reales fueron los hechos que las provocaron en el pasado. Únicamente, no llevando soluciones de continuidad, repitiendo siempre las mismas escenas ya vividas y sentidas, acaban fatigando la mente que las recuerda, causando tedio a las aspiraciones generales de la propia alma, llevándola a desinteresarse de la manutención del fenómeno, es decir, de los recuerdos que a este produce. El mismo fenómeno realiza el hombre encarnado al recordar algo del propio pasado; sólo que, aquí, el recuerdo no será objetivo, no pasará de ser un reflejo imaginativo, cuyas visiones no llegarán a rebosar las compuertas del pensamiento, corporificadas cual es la realidad, debido a los obstáculos ofrecidos por la materia, mientras que el desencarnado conseguirá hacerlo, bastándole una fuerte acción de la voluntad, una emoción fecunda, un transporte que le reavive las llamas de actos significativos de su vida, que yacen depositados en lo recóndito del ser. En el caso de reeducación de entidades endurecidas en el mal, en el exilio o en la ignorancia, es usual, en los métodos educativos del mundo invisible, llevar al paciente a volver a ver el propio pasado a través de recuerdos – retrospectivos mentales o

regresión de la memoria – impuestos por procesos magnéticos, lo que obligará al mismo paciente a examinarse y repasar minuciosamente, tal como se abstuvo en una o en varias existencias y hasta en el propio Espacio, pues podrá haber casos en que la individualidad interesada, cuya conciencia se sobrecargue de delitos, retroceda ante la necesidad de reexaminar los propios actos pasados, los cuales la avergonzarían y confundirían excesivamente. La obligan entonces al melindroso estudio de sí misma sus educadores espirituales, para fines útiles y siempre generosos para con ella misma. Asimismo, muchos criminales desencarnados, cuyas mentes se encuentren como traumatizadas por los remordimientos, en condiciones vibratorias incontrolables, desesperadas, no se pueden apartar de los recuerdos de los crímenes y errores cometidos, ellos repasan todo cuanto de malo practicaron. Vuelven a ver a sus víctimas, las escenas de los crímenes se desarrollan ante él como una macabra retrospectiva, y visiones idénticas a los actos practicados se instalan en sus alucinaciones, fuertemente, como si sus mentes fuesen un gran libro donde páginas y páginas se volviesen en el servicio angustioso de las más chocantes e incómodas observaciones. Entonces, verdaderos dramas, escenas trágicas y dilacerantes se ponen en movimiento a su alrededor, corporificadas por la acción vigorosa del pensamiento despierto. Y, desesperados, sufrientes, viven sumergidos en un estado mental infernal, del cual no podrá presentar una aproximada idea sobre el mundo objetivo, o terreno. Y hasta en las reuniones prácticas de Espiritismo, donde el sagrado intercambio entre hombres y Espíritus se procesa, tales fenómenos acostumbra realizarse, ya que los instructores espirituales que educan a los hombres, en las intervenciones de la Tercera Revelación, desde hace mucho les enseñaron el proceso generoso del examen retrospectivo del propio “yo”, en la persona de las entidades comunicantes rebeldes, a fin de hacerlas meditar al choque siempre penoso de los recuerdos visibles del pasado. En el Más Allá, frecuentemente los siervos del Bien tropiezan con entidades desencarnadas lanzadas a los recuerdos y nostalgias de su pasada vida terrestre, a veces en el mismo lugar en el que

transcurren los días y donde se desarrollan los acontecimientos más gratos; o presos al ambiente formado por ellas mismas, a fuerza de recordar y pensar, idéntica a las que prefirieron cuando estaban encarnadas, disfrutando las mismas delicias antes disfrutadas, prisioneras de una rutina que, no pudiendo ser alterada, porque son los reflejos de una realidad fotografiada en las facultades propias del alma, tienden a cansarlas y a impulsarlas a adquisiciones más de acuerdo con la intensidad de las aspiraciones que se les acumulan en el ser impregnado de fuerzas divinas. De ese modo, se tratará antes de un defecto, un rasgo de inferioridad de la individualidad espiritual que se detiene debatiéndose en las sombras del pasado. Mientras tanto, la facultad es preciosa y está destinada a santas labores para lograr el porvenir. Pero, como el ejemplo será mejor lección que la exposición simplemente teórica, veamos el fenómeno en el aprecio realizado por las fuerzas mentales poco evolucionadas de nuestro personaje Luis de Narbonne. Añadimos, también, que semejantes operaciones mentales, siendo rigurosamente educadas y perfeccionadas por la voluntad soberana de las almas evolucionadas y elegidas, estas sólo recuerdan y ven lo que desean, pero serán espontáneas e irreprimibles en las entidades vulgares e inferiores, ya que en estas las fuerzas mentales no se encuentran aún educadas.

Se marcaba el crepúsculo y la Plaza Rosada, medio invadida por las sombras, parecía tocada de nostalgias, sumergida en el silencio. Llovía, anunciando nuevas nieblas que se extenderían por la ciudad exactamente como ocurrió hace casi dos años antes, a la llegada a París de la supuesta Otilia de Louvigny. Luis de Narbonne – su Espíritu ya desencarnado, invisible a los circunstantes humanos, pero real para sí mismos y a sus hermanos del Mundo Invisible – entró con audacia en el puente de piedra que unía la Plaza al otro lado de la calle, viendo inmediatamente el gracioso Palacio de pequeños arcos con vidrieras con motivos bíblicos, es decir, el Palacio Raymond, donde él mismo conoció a la mujer por quien se

perdió de amor. En la semi-oscuridad de la tarde, la pintura rojo oscuro del garboso edificio presentaba algo sugestivamente angustioso que tuvo eco en las sensibilidades agudizadas del ex-Capitán de la Fe, produciéndole una fuerte emoción. Moderó los largos pasos al ver los balcones en los que se inclinó la rubia señorita del Reno, como una aparición celeste, y, frente a los mismos, se puso a contemplarlos con los ojos fijos en el cobertizo de entrada donde la vio por primera vez... Una penosa ansiedad, una emoción punzante como una nostalgia adormecida, dolorosa, hizo asomar las lágrimas aflictivas de sus pobres ojos espirituales... Y un estado de sobrecitación de los sentidos psíquicos sentimentales poco a poco lo inducía a las más audaces percepciones del mundo invisible, accesibles a sus vibraciones...

Súbitamente, de los repliegues de su “yo” mental brotaban abundantes recuerdos, mezclados con las percepciones psicométricas de escenas pasadas en el lugar, de las cuales guardaría aún las vibraciones y las imágenes que lo poblaron, y que allí se detuvieron reflejadas en las capas vibratorias del éter, que enriquece y envuelve a todo. La graciosa imagen de Ruth, aliada a aquella casa tan querida y sugestiva para él, porque allí residía ella, de allí él la retiró, conduciéndola al altar del matrimonio, y después a su propio hogar, se dibujó, al principio indecisamente, pero enseguida más real, en el balcón de aquel cobertizo, a través de la retrospección de la propia memoria, y él murmuró:

La estoy viendo como en el primer día... Largos vestidos de terciopelo azul fuerte... Un manto negro, con cuello de encajes blancos...

Entonces, él se perdió por el pasado, confuso y aturdido, sin poderse explicar qué clase de sortilegio lo envolvía... Se vio y se sintió frente a su caballería, delante de la joven inclinada en reverencia a su paso... Nuevamente se abrió la ventana, se asomó al balcón la dama de los cabellos de oro, lanzándole un capullo de rosa roja que Rupert, desmontando, la recoge del suelo mojado por la lluvia... Encantado por tan maravillosos recuerdos, él obedece al impulso que, cerca de dos años antes,

tuviera su pensamiento, presa del deseo de dirigirse a la joven desconocida. Entró en el Palacio, cuyas puertas se le aparecen abiertas a la imaginación y se dispone a buscar a aquella que tanto lo atrae... Visita una a una, las dependencias de la graciosa mansión, buscándola lleno de ansiedad y confianza... Pero, desde el principio, no logra encontrarla y se decepciona, violentándose... Sin embargo, descubre aquí y allí, piezas del vestuario que le pertenecieron y toda su sensibilidad se llena de la personalidad de la criatura amada... Los recuerdos acuden como un torbellino, excitándolo, extasiándolo, emocionándolo de placer y esperanzas de recuperar la felicidad perdida... Un agradable panorama de gratos días de felicidad que el amor le concedió se desarrolla a su reminiscencia espiritual. Luis vive y se place, sufre y se agita, se conmueve y se maravilla una segunda vez, a la evocación de las mismas impresiones que entonces sintió, con todos los detalles de su noviazgo y de los esponsales, de las alegrías y felicidades ahí vividas... Nuevamente él detiene a la esposa de encuentro a su corazón... La oye cantar las suaves melodías renanas. Percibe su voz tierna e infantil, cubre de besos sus manos y sus cabellos y sonrío a sus encantos... "Otilia" allí está con él y junto a él a través de una poderosa regresión del pensamiento al pasado, tan visible, tan real, tan suya y tan encantadora que él se olvida de que tales escenas eran la reflexión del pasado sobre sus fuerzas creadoras mentales, ecos sublimes o dramáticos de vibraciones retenidas por la voluntad, y que se perpetúan en los repliegues de la sensibilidad anímica del hombre o del Espíritu, sin destruirse jamás.

Sin embargo, Luis no tenía la capacidad moral y mental para conseguir la fijación de un estado prolongado de reminiscencias y volverla en un presente grato⁽²⁷⁾

Ni el alma humana, es decir, la mente, vivaz y consagrada por naturaleza a una intensidad vibratoria inconcebible, se subordinaría al dominio de un círculo limitado de impresiones, siempre las mismas, porque serían sólo un fenómeno de reminiscencias... Las escenas evocadas por la nostalgia experimentada, delante de la residencia

sugestiva de la mujer amada, lo cansaron... y él deseó, entonces, mayores expansiones... Su pensamiento volvió a ver las horas dolorosas, la traición, el engaño, la prisión... y ahora allí estaba, liberado de la mazmorra de Catalina, sin saber cómo, huésped de aquel palacio solitario, que lo atemorizaba...

(27) Mentalidades fuertes, envueltas, agrupadas homogéneamente en el Más Allá de la tumba, podrán crear ambientes fluidicos estables, inspirados en los propios recuerdos o en grandes expresiones de lo bello espiritual, y hacer ahí puntos de reuniones para estudios, meditaciones, etc. De forma idéntica son creadas las llamadas *esferas fluidicas*, cuya perfección es inaccesible a la mente humana.

Pero, en cierto momento, nuevas facultades, naturales en el alma humana, independientes de la elevación moral, simple don que se manifiesta como cualquiera de los cinco sentidos del hombre, entraron a ejercer sus actividades sobre él, confundiéndolo, sorprendiéndolo, sin que en realidad él pudiese comprender lo que pasaba. Luis oyó, al principio, sollozos dolorosos, de alguien que lloraba y se lamentaba amargamente... Se trataba de la voz aterciopelada y medio infantil de su "Otilia"... Otras veces se unían, a esos sollozos, voces graves, consejeras, como si otros personajes intentasen consolarla... Envuelta con tales rumores, insólitos y enternecedores, la dulce voz entonando arias de motivos bíblicos, como si orase cantando... Eran himnos sagrados de la Reforma reviviendo los melodiosos versos del Rey David, con los que los "hugonotes" les gustaba cantar alabanzas al Creador... No obstante, venían al pensamiento gritos de rebeldía de alguien que maldecía y blasfemaba, prometiendo terribles venganzas contra él mismo, Luis de Narbonne. Era la voz amada, que se expresaba así, con un tono desconocido para él...

Intentó orientarse dentro de la inmensa mansión. ¿De dónde partieron las voces?... Se diría que volaban por todas partes, aquí, más allá, a través del aire de cada dependencia... Paso a paso, visitaba las salas y compartimentos, intentando descubrir dónde se ocultaba su esposa, incapaz de comprender el fenómeno que presenciaba, pues tan solamente se trataba de la repercusión de hechos pasados,

detenidas aún en las vibraciones ambientes y percibidas por sus sensibilidades predispuestas al caso (28). Un gabinete revestido de terciopelo carmesí, con largos tapetes bordados con hilos dorados, una sala lujosa que recordaría una estancia de las “, Mil y una noches”, amueblada con viejos aparadores góticos y espejos de cristal, se presentó de pronto ante su vista, al entreabrir una puerta. Se detuvo, sorprendido y emocionado...

(28) Fenómeno de *psicometría de ambiente*, perceptible también por los médiums sensibles y bastante desarrollados.

Sentada en una poltrona forrada de terciopelo igualmente carmesí, allí se encontraba “Otilia”, la mujer amada, confusamente visible a sus ojos como una imagen desvanecida por la neblina de la mañana... La joven lloraba y hablaba, pareciendo inconsolable. A su lado Blandina d’Alembert, haciéndole compañía, leía en voz alta trechos del Evangelio del Señor, reconfortándola también, de vez en cuando, con maternales consejos... Y el mayordomo, aquel rotundo Gregorio, de pie, con la cabeza baja, parecía consternado por presenciar a la joven ama deshecha en llanto...

Intentó hablarle a la esposa, lleno de satisfacción y recelo al mismo tiempo. Sin embargo, los personajes no lo oían, no lo veían y continuaban, absortos, su coloquio. La linda renana lamentaba, como siempre, la muerte de su familia, asesinada por él, por de Narbonne. Lloraba, inconsolable, su propia desgracia, acusándolo, cubriéndolo de maldiciones, jurando implacables venganzas.

A pesar de eso, la llamó por el nombre que se acostumbró a llamarla: “Otilia”! Le suplicó que le diera treguas, perdón para su acto impensado, pues ya expió duramente el crimen ignominioso, siendo, como fue, traicionado por ella misma, herido en su sentimiento y en su carácter de caballero, arrojado en una cárcel donde experimentó todas las angustias posibles a un corazón, el alma inconsolable por el supremo dolor de un amor

desgraciado... olvidado de que hacía poco que oró en Saint-Germain, pidiendo a los Cielos poder odiarla...

Entretanto, las imágenes permanecían siempre las mismas, inalterables en sus actitudes, ajenas a él... No lo veían, no lo oían... Antes se diría ser los reflejos lejanos de un espejo singular, que lo exasperaba de incertidumbres, confusiones y suposiciones...

Abandonó el gabinete sin comprender lo que pasaba, aturdido e impresionado. Al acaso penetró en otros compartimentos. Y en todos, se le mostraban los mismos personajes, reunidos a la mesa, conversando o en oraciones... A veces, las imágenes se perturbaban. Se confundían unas con las otras, en grupos, como pasándose por otras figuras que él juró no conocer... Y de todas las veces las mismas súplicas desesperadas, la misma llamada angustiada del corazón desolado:

- ¡“Otilia”, mi querida “Otilia”! ¡Por Dios, óyeme! ¡Te amo aún y siempre, no puedo vivir sin ti! ¡Yo estaba loco, querida mía! ¡Estaba ciego, cuando, creyendo estar prestando un servicio a Dios y a la Patria, ordené el martirio de tu familia! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Hoy yo siento que amo a esa familia... y que viviría arrastrado a sus pies, si pudiese resucitarla a fin de castigarme, sirviéndola! ¡Socórreme, “Otilia”, con tu perdón! ¡Compadécete de mi desgracia! ¡Y dime lo que debo hacer para merecer tu amor y confianza...pues no consigo odiarte por los males que me infringiste!...

Cierta vez en que así maldecía a las sombras, lanzando al aire tan torturantes y ardorosas llamadas, he aquí que a su lado alguien respondió, sirviéndose, no obstante, no de aquel timbre de voz tierna y encantadora que tanto lo enternecía, sino de un tono severo y duro, tal era la vibración de alguien muy odioso que desease contener los propios malos impulsos en un supremo esfuerzo:

- ¡Heme aquí! ¿Qué quieres? ¿Por qué gritas tanto mi nombre?...
¿Qué tengo yo de común contigo, miserable teólogo?...

Luis se volvió, sorprendido y tocado de un súbito terror. A su lado una mujer joven, pero escuálida y pálida, con grandes angustias en todo su impresionante aspecto, facciones de rencor y una mirada cruel, toda envuelta en largos mantos negros, como si sus vestidos fuesen de telas indeterminadas que la recubriesen, en vez de trajes femeninos, lo miraba con odio, irradiando, de los ojos penetrantes y amenazadores, influencias maléficas, que lo aterrorizaban. Era un ser perteneciente, como él, al Mundo Invisible, cuyos sentimientos, inferiores y rebeldes, lo detenían preso en las ignominias de la Tierra, bajo depresivos sufrimientos, vagando como un proscrito sumergido en la miseria extrema de una situación sin consuelos ni esperanzas. Horrorizado, a pesar suyo, ante el aspecto deplorable de aquella dama cubierta de velos negros, el antiguo caballero de Catalina de Médicis averiguó, sin comprender, lo que pasaba:

- ¿Quién eres, y cómo te atreviste a entrar en este recinto sagrado?...

Una estridente carcajada, obstinada y diabólica, resonó inesperadamente por los rincones del solitario palacio, que en esos momentos hospedaba a dos entes desencarnados en pleitos con la propia conciencia... y Luis, acobardado ante la singular aparición, intentó alejarse a fin de quitarse de su incómoda presencia. La mujer, entretanto, lo detuvo con un gesto, tomándole del brazo, mientras lo miraba, burlona y cruel:

- ¿Me preguntas, pues, quién soy yo, Señor de Narbonne?... ¡Oh!

¿Acaso no me conoces?... ¿Tú que me has amado tanto, ignoras quién soy?... ¿Pronuncias mi nombre dulcemente a cada momento, me llamas con devoción y ternura, y ahora, que corro a atender tus llamadas, piensas en dejarme?... ¿Quién soy?... ¿Oh, quién soy?...

- Sí, ¿quién eres?... – balbuceó, tembloroso, el ex-Capitán de la

Fe.

- Soy la verdadera Otilia de Louvigny, hermana de tu amigo Artur... La verdadera señora de este Palacio y de la verdadera personalidad que tu Ruth-Carolina utilizaba para engañarte y poder vengarse mejor de ti... Me robaste al hombre amado, en la trágica masacre... a él, sí, a Carlos Felipe de La-Chapelle, que yo hubiera desposado dentro de algunos días, de todo corazón... Lo mataste y, con él, hasta mi propia creencia en Dios, que comenzaba en mi alma a través de una esperanza de felicidad, junto al elegido de mi corazón, que se iluminaba al sol de la Reforma luterana... Sin embargo, ahora, me veo sola y desamparada, reducida a vagar por todas partes, sin noticias de mi Carlos, a quien perdí de vista... y, en vez de él... tú, Luis de Narbonne, miserable hijo ilegítimo de un rey tan miserable como su prole, tú, en mi camino, siempre tú. ¡Te odio, Luis de Narbonne! ¡Te odio con todas las fuerzas de mi alma pérdida por tu odio! ¡Si no fuera por tu celo infame de lacayo de una reina depravada, nadie se acordaría de que la familia de La-Chapelle era “hugonote”, porque sus virtudes eran bastante conocidas de todos, para protegerla contra toda denuncia! ¡Que todos los males del infierno recaigan sobre ti! ¡Yo fui quien incité a Ruth a perderte! Mi sombra, rebelada contra ti, hizo de Ruth un fantasma, pues la llevé a realizar todo cuanto mi odio sugería... ¡Tú no la tendrás jamás, jamás! ¡Ella es la esposa de otro, venturoso y digno príncipe, que la protegió contra las garras de Catalina! Ella no sufre... y te odia tanto como yo... pues infiltré en los escondrijos de su corazón la abominación que te dedico y que nada en este mundo será capaz de aplacar...

- ¡Mientes, desgraciada! ¡Ruth es un ángel! ¡En su corazón no cabe el veneno que tu alma infernal destila... ni incluso sabrá odiar, conforme tú afirmas, al infeliz criminal de su familia!...

Se lo dijo y huyó, desesperado y sufriente, confuso y enloquecido de terror y angustia, sin acertar con la realidad de lo que pasaba, presa de alucinaciones y pesadillas bajo el embate deprimente de dos vidas – la terrena, que mal dejó, y

la espiritual, que se insinuaba

– las cuales se imponían en una penosa alternativa a su cualidad de recién desencarnado inconsciente de su verdadero estado, toda su pobre alma nublada por inquietudes incontrolables, mientras el corazón dilacerado por el dolor de las incertidumbres gritaba más que nunca por el amparo de afectos amigos que lo reanimasen en la dolorosa marcha a través del futuro...

COMO EN LOS CUENTOS DE HADAS...

El día siguiente a la noche de la fuga de Ruth de La-Chapelle, Catalina de Médicis se mantuvo en la expectativa de recibir alguna noticia de su extraña sirvienta, que le prometió nuevas acusaciones, entregándole conspiradores que, afirmaba, eran cómplices de Luis de Narbonne para el proyectado atentado contra el Rey. Sin embargo, la tarde declinó, cayó el crepúsculo, y como Ruth no apareció, desinteresándose de lo prometido, la Reina percibió lo que realmente pasaba. A la joven intrigante le sería imposible, efectivamente, permanecer en París, quizá en Francia, una vez desaparecido Luis de Narbonne y descubierta su verdadera identidad. Inspirada, entonces, en una curiosidad más – pues a Catalina le interesaba, en efecto, la desaparición de Ruth, fuese por la muerte, por la prisión o la fuga – se decidió enviar a un emisario al Palacio Narbonne, en busca de su dama, de cuyos servicios, afirmaba la orden expedida, necesitaba aquella noche.

Ya habían transcurrido, no obstante, veinticuatro horas de la captura de Luis y de la fuga de la joven renana, y los acontecimientos aún eran ignorados incluso por Monseñor de B..., el cual, engañado por la Reina, en la víspera, recibió órdenes de aguardar en su castillo religioso las resoluciones de la misma en torno al caso de su pupilo y de la aventurera del Reno, sin sospechar él ni siquiera de la desagradable realidad, al ser informado de que el Capitán de la Fe no acudió a la solicitud de la Reina aquella noche, dejando de

presentarse en el Louvre, acompañado de la esposa.

El mensajero regresó de la residencia del joven oficial del Rey, asegurando que el Sr. y la Sra. de Narbonne se habían ausentado del Palacio en trajes de penitentes desde el día anterior, y que seguramente se habrían quedado voluntariamente en algún Convento de los arrabales, entregados a piadosas penitencias y recogimientos. Catalina, entonces, no tuvo más dudas en cuanto a lo que pasaba. Una vez terminada la misión que se impuso, Ruth de La-Chapelle abandonó París, comprendiendo la situación insostenible en que se encontraba con la desaparición de Luis y su falsa naturaleza de Otilia de Louvigny ante la Corte, pues ya era del dominio de dos personalidades la obstinada usurpación, siendo fácil prever lo que los acontecimientos sucesivos tejerían en su contra, si permaneciese en Francia. Mientras tanto, no fue sin rencoroso despecho que la madre de Carlos IX se reconoció despreciada, explotada por tan ingenua e insignificante criatura, que supo aprovecharse de las ambiciones políticas y de las pasiones de ella misma, Catalina, para servir a sus intereses personales y, a continuación, librarse de cualquier consecuencia dañina.

Decididamente, la criatura es diabólica – monologaba la Reina, encolerizada. Ella ve fantasmas... Les habla... Solamente un ser protegido por el infierno me despreciaría así... Dejémosla ir... Entregándome a de Narbonne tan discreta y sutilmente, me prestó un gran servicio... Será inofensiva... porque es “hugonote” y usurpadora de nombres... Guardará, pues, el secreto... Sin embargo, si vuelve a París estará pérdida, porque vengaré la ofensa...

Hizo venir a su escribana particular y dictó la siguiente carta para Monseñor de B...:

“Los acontecimientos se complican, Monseñor, en torno a las circunstancias que envuelven a nuestro querido Conde.

¡Ambos, él y su esposa, han desaparecido! ¿Qué habrá sido de ellos?... ¿Huirían al extranjero, temiendo lo que

le sucedería a la detestable Condesa, en cuanto al descubrimiento inevitable que seguiría?... ¿Temerían la prisión para ella, ya que es una “hugonote”?... Mandé al Palacio Narbonne, tratando de conducirlos aquí para los esclarecimientos combinados ayer con vos. Informaron que ayer, por la tarde, salieron de casa vestidos de penitentes, sin haber regresado aún hasta este momento. En el Palacio sospechan que se hayan internado en algún Convento de París, para hacer penitencias. Ruego vuestra intervención en el sentido de ayudarme a encontrarlos.”

La respuesta a esa misiva fue la súbita visita de Monseñor de B... a la Reina, inquieto y confesándose presa de angustiantes presentimientos. No obstante, pasó, primeramente, por la residencia del pupilo, a fin de informarse. Rupert y los demás sirvientes no añadieron nada más a lo que la Reina ya describió, pues todos ignoraban el paradero de los amos, solamente informándose, por la guardia de la noche anterior, de que los mismos habían salido al anochecer del día anterior. Mientras tanto, Monseñor conocía a Catalina muy de cerca. No ignoraba que la disimulada mujer desde hacía mucho veía con malos ojos a su pupilo, lista para echarle las garras en la primera oportunidad. Y sospechaba – o su afectuoso corazón le hablaba en secreto a la razón – que Luis cayera antes en una trampa sutil y discreta, de las muchas que la Soberana sabía preparar para cuantos la preocupasen, y que tuvo por cómplice a aquella de La-Chapelle que lo deseaba, efectivamente, perder. No obstante, se callaba ante la infiel Majestad, concretando con ella amigablemente medios para descubrir, por los Conventos, Abadías y Ermitas, a los dos desaparecidos. En efecto, los buscó, ya que su alta posición entre el Clero le ofrecía excelentes posibilidades. Ni una sola congregación religiosa de París y de las inmediaciones, presbiterios, casas parroquiales, iglesias, etc., dejó de ser inspeccionada, visitada, en la búsqueda de Luis y su bella esposa. ¡Pero todo fue en vano! Monseñor hizo más: cursó súplicas a los obispos de las diócesis provinciales, en el sentido de informarse si el Conde Luis de Narbonne, avergonzado y disgustado ante el malogrado y ridículo

casamiento, se ocultara en algún Convento pobre y apartado, o en una Ermita, donde nadie lo descubriría, librándose así de la vergüenza que sobre su nombre y su corazón se abatiera. ¡Pero, inútiles fueron también tales esfuerzos! ¡El Capitán de la Fe no era encontrado en parte alguna de Francia! Por otro lado, amigos y admiradores de Luis, sus subalternos, que lo amaban, pues el infeliz hidalgo se mostraba bondadoso en el trato para con sus humildes sirvientes, lo buscaron por el campo, alcanzando incluso los países más cercanos, como España, Italia, Flandes y Holanda, en los cuales la Iglesia imperaba, sin que ninguna noticia surgiese, remediándoles la ansiedad. Alguien recordó que posiblemente la pareja de esposos, desesperados por la situación creada por la usurpación del nombre de Louvigny, realizada por la joven renana, se hubiese, tal vez, suicidado, incluso porque el caso sentimental que vivían sería irremediable. ¡Pero, el suicidio de personajes de esa categoría deja vestigio, y lo cierto era que no había vestigios del infeliz Conde, que parecía haber sido tragado por la propia tierra! El noticiario a su respecto concluía en la iglesia de Saint-Germain, con la exposición del capellán que lo confesó la última noche y las declaraciones del novicio que le había participado, después de la confesión, de que la Condesa había dejado la iglesia, sin visitar el confesionario. En el Louvre, no fue visto en aquel día... Y los carruajes que servían al transporte aquella noche, a la puerta de la iglesia, no recordaban haber llevado a algún hidalgo... El propio Rey, así como el Señor de Guisa, personas de la amistad personal de Luis, tomaron resoluciones, interesándose por su encuentro, sin que tantos esfuerzos reunidos lograsen algún éxito. Así, desde el Duque y Monseñor de B... hasta el último soldado de la “Caballería Macabra”, y el propio Rey, estaban todos convencidos de que Luis de Narbonne y su hermosa esposa habían sido prisioneros o asesinados por orden de Catalina de Médicis. Nadie ignoraba la versión que corría de que el bello caballero sería bastardo de Enrique II; y siendo así, también sabían que antes o después la decapitación por cualquier razón o incluso sin razón ninguna, o la prisión perpetua e ignorada rondaba sus pasos. Un año después de exhaustivas y

dolorosas *diligencias* en torno al asunto, el propio Rey, durante una conferencia con representantes del Clero, que acompañados de Monseñor de B..., le solicitaban mayores diligencias para que el ilustre de Narbonne, pupilo de la Iglesia, fuese encontrado, les respondió, irritado, como habitualmente lo hacía aquel enfermizo gobernante:

¡Ya os dije, Señores, que la Bastilla, el Templo, el Châtelet, la Bicêtre, todas las prisiones de París fueron comprobadas por orden nuestra, inspeccionadas todas sus cárceles secretas! Luis de Narbonne no se encuentra en ninguna de ellas... ¿Qué queréis que haga más?... Cuando esto le ocurre a alguien de la nobleza en Francia, es porque a la Reina madre no le cae bien... Solamente Su Majestad, la Reina Catalina, sabrá lo que fue del pobre de Narbonne y de la hermosa aventurera usurpadora de nombres... ¡Pero, dudo que ella os informe... si tuvierais el coraje de preguntarle!... En cuanto a mí, sabéis, Señores, que no dispongo de coraje para tanto...

Fue un golpe mortal para el pobre anciano. Desde ese día en adelante, la terrible verdad que se trazara en suposiciones un tanto veladas por la esperanza, se impuso a sus entendimientos con toda la crueldad de su corrupción. Monseñor de B..., ya bastante debilitado por la edad y los achaques, enfermó, y, dos meses después, entregaba el alma al Creador, inconsolable por la desgracia que destruyó al infeliz joven a quien amó como su propio hijo.

Entretanto, agentes secretos de la Reina madre habían descubierto la pista de la bella renana que acababa de malograr a un personaje como el Capitán de la Fe y despreciar al genio de la intriga en Europa, es decir, a Catalina de Médicis, hasta que huyó. Sigamos nosotros, por tanto, a Ruth de La-Chapelle en la ocasión en que, ya en tierras de Alemania, fue hospedada por un pequeño noble de la Renania alemana, antiguo y fiel amigo de su familia, dedicado luterano y servidor de Federico de G...

Ruth-Carolina dormía profundamente, dijimos. Ya hacía tres días que se encontraba en aquella residencia. No despertó

durante la primera noche ni en el día siguiente. Avanzaba la segunda noche, sumergida en una letargia chocante, y rompió el día y la tarde cómo vencida por un singular estado de coma. Dama Blandina y Raquel velaban, atentas y fieles, observando que tenía pequeños delirios, durante los cuales la damita de La-Chapelle se debatía entre visiones aterradoras, maldiciendo a Otilia de Louvigny que la dejase en paz, y acusándola de haberle causado un gran mal al incitarla al abominable acto de la venganza contra el Conde Luis de Narbonne. A este, no obstante, a quien parecía ver en sueños, o reflejaba su recuerdo en las sensibilidades de la propia consciencia, suplicaba perdón entre tiernas exclamaciones de amor, deshecha en lágrimas significativas. De vez en cuando, Federico llegaba a Blandina en busca de informaciones del estado de su antigua prometida. Se colocaba al lado del lecho en el que dormía, contemplándola con ternura y murmuraba:

¡Pobre criatura! ¡Destrozó la posibilidad de poder ser aún feliz con la siniestra aventura a la que se lanzó en busca de una singular revancha! ¡Tengamos, no obstante, compasión y paciencia ante sus desgracias, que preveo irremediables! Prometí a sus padres y al pobre Carlos velar por ella y hacerla feliz, cuando la ocasión me permitiese desposarla... Cumpliré la palabra a pesar de todo...

Federico contaba entonces veintiocho años de edad. Era esbelto y noble, sencillo y comedido, culto y honrado. Fervoroso adepto de la Reforma, estudiaba el Evangelio en ella expresado con desprendimientos y solicitudes dignos de un fiel cristiano, siguiendo los ejemplos edificantes del propio Carlos Felipe, de quien fue discípulo. Era sencillo y modesto hasta lo admirable. Y tanto como le fuera posible a un príncipe de la época conducirse con benevolencia y humildad, Federico así lo hacía. Y, por tanto, Ruth, si perdió a su familia entera en la masacre de San Bartolomé, también encontró en Federico un amigo y defensor a la altura de la dignidad social y moral de aquellos de quien descendía. Él la amaba, además, desde los días de la juventud, cuando, siendo discípulo de Carlos, con este se instruía en asuntos de la naciente teología reformista y en la ciencia del Evangelio, pasando por eso

mismo largas temporadas en el Castillo de La-Chapelle. De ahí databa el afecto casi fraterno, por la joven, a quien un extraño destino aguardaba.

En la tarde del sexto día después de la fuga, Ruth despertó del largo adormecimiento, debilitada y desolada, como si estuviese convaleciente por una grave enfermedad. Blandina le entregó entonces una carta, que un misterioso portador trajo horas antes. Entregándola este al guardia del portón de la residencia, negándose descubrir su identidad, como la del remitente del documento. La misiva, escrita en papel corriente, no llevaba blasón ni ningunas particularidades reveladoras del origen, sino sellos de lacre rojo y azul, sellándola herméticamente. El viejo sirviente entregó el documento a sus señores, mientras el portador del mismo desaparecía en una curva del camino, dirigiéndose hacia las orillas del Reno, y Federico y Blandina, respetando los derechos de la destinataria y suponiendo que se trataba de algo importante procedente de Francia, preocupados por reconocerse descubiertos, la entregaron a Ruth, sin más tardanza, una vez despierta esta.

La joven fugitiva la abrió con indiferencia y leyó:

“¡Convendría demostrarte, loca dama de La-Chapelle, que jamás alguien despreciará a la Reina de Francia! Yo podría hacerte regresar al Louvre y castigarte como mereces. ¡Mientras tanto, prefiero despreciarte, porque serías una preocupación más en mi vida, y por creerte realmente inofensiva! ¡El Conde desapareció para siempre y fuiste tú la que lo aniquilaste! Que sobre tu conciencia pese para siempre ese crimen, esa traición que, sé, que él no mereció. ¡Él era de los más nobles y generosos caballeros de Francia, sólo comparable a los hombres de tu raza, cuyo nombre no supiste honrar! Que los dolores que él padeció y las lágrimas que derramó recaigan sobre tu destino. ¡Mi conciencia está en paz! Yo sólo defendí el trono de Francia amenazado por su existencia, como era mi deber. No regreses a Francia. Serás castigada si lo

intentas.”

Ella pasó la carta a Federico, sin decir ni una palabra, y continuó la refección interrumpida...

Tres días después, en la pequeña asamblea reformista de la aldea, con la asistencia de varios hidalgos de alrededores y miembros de la familia de G..., que Federico mandó avisar e invitar, y rodeados de aldeanos que entonaban cánticos habituales en las ceremonias luteranas, un representante de la Reforma unía en matrimonio a la hermosa de La-Chapelle y al Príncipe Federico de G..., que sonreía feliz y atento... Y cuando llegaron, finalmente, a la vieja hacienda donde pretendían residir, Ruth era, en efecto, la “Princesa de los cabellos de oro”, que enamoró al desgraciado Luis de Narbonne, desaparecido para siempre en las tinieblas de un subterráneo desconocido del Louvre...

ALMAS ATORMENTADAS

La vida de los jóvenes desposados, en las tierras de la propiedad de Federico, transcurría discreta y tranquila, como convenía a luteranos que deberían imprimir a la propia creencia religiosa el alto sello de las cualidades personales inspiradas en ella. Federico era el esposo afable y paciente, portador de bondades sólo comparables a su propia honradez, que rodeaba a la infeliz esposa de todas las atenciones y solicitudes posibles a un corazón de buena voluntad, procurando llevarla a olvidar el pasado precipitado. Ruth lo amaba y lo respetaba muy tiernamente, reconociendo su gran bondad, y muchas veces le decía, durante las dulces horas de tranquila tertulia familiar, delante de la chimenea, mientras, creyente sincero en los poderes divinos, él leía en voz alta para ella, intentando una educación religiosa que la edificase, los admirables libros de la Biblia, como era costumbre entre las familias “Protestantes” de la época e incluso de hoy:

- En verdad, mi querido Fed, sé que no soy merecedora de la generosidad con la que me tratas... No dejo de ser una miserable pecadora que ultrajó las recomendaciones del Decálogo, el día en que, ante la Biblia, juré perjudicar a un ser humano, para satisfacer un insensato sentimiento de odio y venganza...

Sin embargo, Federico, sereno y paciente, en vez de prestarle atención a los angustiosos razonamientos, continuaba la lectura en voz alta, intentando unirla al encanto de las lecciones, mientras el fuego vivo de la chimenea iluminaba el precioso libro abierto sobre sus rodillas:

- “...Porque el hijo del Hombre ha venido a buscar y a

salvar al que estaba perdido...” (29)

- Traicioné el Evangelio del Señor, querido Fed, como traicioné a un desgraciado hijo de Dios, confiado bajo mis manos, a aquel mismo renegado, al Evangelio, cuando hipócritamente me permitía actos de un ritual religioso que no era el mío, a fin de engañar mejor a mi prójimo... Traicioné la honra de mi fe, cuando falsamente juré a Dios, delante de un altar, recibir y respetar como marido a un hombre que yo odiaba y a quien pretendía hacer desgraciado, sirviéndome de la confianza conyugal profanada por mí...

Pero, para suavizar tan intensa amargura, ella escuchaba de la boca del esposo el susurro de un melodioso cántico que esparcía sus dulces notas como el bálsamo generoso que buscarse apaciguar los ardores del infortunio de corazones atribulados:

- “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida...” “Venid a mí, vosotros los que sufrís y estáis sobrecargados, y yo os aliviaré...” (30)

Sin embargo, la hermosa de La-Chapelle, pareciendo no acatar los sublimes y enternecedores convites, mirando siempre la danza vivaz de las llamas en el fuego, como alguien que se deja caer en la auto-obsesión, continuaba como hablando a la propia conciencia, mientras el viento de las nevadas silbaba entre las rendijas de las persianas cerradas o la lluvia golpeaba en los cristales de los ventanales:

- Traicioné al propio Ser Todopoderoso, Fed mío, el honor de mis antepasados, llenando de ignominia el respetable nombre de mi raza... Traicioné a mi propio corazón y a mi honra personal, el día en que, en los brazos de Luis de Narbonne, le hice creer que era su legítima esposa, para humillarlo mejor y destruirlo...

(29) Lucas, 19:10.

(30) Juan, 8:12 y Mateo, 11:28.

- “... ¿Cómo un joven podrá tener una conducta pura?...”

Guardando, tu palabra...” (31) continuaba Federico, esforzándose por no prestarle atención.

- ¿Acaso yo estaría loca, Fed, cuando prometí a Otilia ultrajar las propias enseñanzas contenidas en el libro santo de los “hugonotes”?...

- Aún es tiempo de perdonar y de amar para tranquilizar la conciencia, querida Ruth... Siempre es tiempo de recordar aquel inefable personaje del Sermón de la Montaña: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian...” (32)

- ...Y ultrajé la casa de Dios... cuando, jurando haber renegado de la Reforma, yo me incliné a adorar altares e ídólatras que insultaban la Fe, masacrando a aquellos que defendían la moral del Cristianismo de los abusos y pasiones que sobre ella pesaban... Y me precipité en el infierno al entregar a la Reina cruel a un hombre que me amaba por encima de todo y cuyos crímenes los Evangelios me aconsejaban perdonar y olvidar, porque ni el Divino Maestro condenó a nadie, ya que solamente el Todopoderoso, legislador supremo, podrá corregir a sus hijos extraviados de la ley por Él trazada...

Pero la suave expresión de un príncipe de la Tierra, recordando la sublime expresión del Príncipe de los Cielos, antepuso, a la confidencia atroz de ese drama íntimo, la Esperanza reanimadora de la lección delante de una pecadora:

- “...Y entonces Jesús respondió a la adúltera: Vete y no peques más...” (33)

(31) Salmos, 118:9

(32) Mateo, 5:44

(33) Juan, 8:11.

La conciencia de ella, no obstante, verdugo implacable

que no le permitía cuartel, sólo atendía a los irreconciliables complejos en los que se enredaba, permaneciendo indiferente a los convites celestes que Jesús le hacía, a través de las palabras inspiradas y sensatas del esposo, con la intención de suavizarle las íntimas inquietudes, para dirigirla a rumbos que la pudieran salvar. Entonces, proseguía desatando su largo rosario de amarguras, que se debería extender por períodos seculares de luchas reparadoras, frente al siniestro envolvimiento de pruebas:

- ¡Oh! Tú eres bueno y noble, alma sencilla y cándida como la de mi Carlos, que fue nuestro maestro... ¿Por qué consentí en desposarte, haciendo tu vida infeliz, cuando mi justo lugar sería la tumba sórdida en que la infiel Reina seguramente apartó del mundo al infeliz de Narbonne?...

Pero, Federico levantaba hacia ella sus ojos dulces y sufrientes y, con un tono que bien podría contener una queja o una reprimenda, advertía:

- Te he suplicado tanto, querida mía, que procures olvidar ese nombre y ese pasado... a fin de emprender una nueva vida, en tentativas justas para aproximarnos a Dios... Los Evangelios, las lecciones sublimes legadas por el Nazareno, y transmitidas por sus apóstoles hasta nuestros días, cicatrizarán las llagas de tu alma, si concordases en confiarte a sus principios con buena voluntad y confianza... El Maestro Nazareno no vino al mundo para deslumbrar a los justos con su grandeza de Príncipe celeste... sino para convertir a los pecadores a la práctica de las buenas obras, con las virtudes ejemplificadas y la exposición de su Doctrina de Amor y Redención... y sabrá, por tanto, extenderte sus brazos, levantando tu conciencia para que poseas la tranquilidad que con él será eterna... Acuérdate de sus predicaciones a los pecadores de Galilea... te criaste escuchando sus tiernas parábolas como cánticos afectuosos que te dormían en la cuna...

- Sí... Y por eso mismo me siento más pecadora, porque no respeté las enseñanzas de nuestro Maestro, que yo conocía,

profané mi Fe y manché el Evangelio...

- Pedro lo negó tres veces... pero, después resurgió de sus propias debilidades y fue el mayor de entre todos los apóstoles...

- ¡Pero, Pedro no traicionó ni mató!... ¡Yo mentí, traicioné y maté a un hijo de Dios!...

- Oremos al Señor, querida mía, y la inspiración del Cielo descenderá sobre nosotros, guiándonos las labores para tu recuperación moral... Recitemos juntos los bellos Salmos del Rey David... Son también oraciones maravillosas que penetran los secretos del corazón... y tenemos urgencia de elevarnos por el pensamiento a las excelsas alturas donde cogeremos fuerzas para dominar nuestras ruines pasiones y reeducar nuestras pobres almas frágiles, abatidas por las torpezas que cultivamos...

- ¡Oh! ¡Pero, siento que nunca más podré orar, Fed! Nunca más pude orar... desde que sobre el Libro Santo juré practicar un crimen... Renegada por mí misma, solamente me quedará permanecer en las tinieblas, junto a mis cómplices, es decir, junto a los réprobos, como yo...

¡Entonces se echó sobre los brazos del marido, temblando y aterrorizada, deshecha en llantos violentos, jurando a los Cielos que el espectro implacable de Otilia de Louvigny la indujera a todo cuanto practicó, y que ahora también la atormentaba hasta el odio, informándola, entre carcajadas diabólicas, de los padecimientos de Luis en los subterráneos del Louvre; afirmaba, presa de crisis de terror impresionantes, que Otilia la llevaba a contemplar al desgraciado Señor de Narbonne, lanzado en una tumba infamante, exhausto y lloroso, vivo aún para mayor desgracia, torturado y agonizante bajo los hierros del cautiverio innoble que, Ruth de La-Chapelle, le abrió de par en par!

Y las crisis nerviosas, prolongadas, se sucedían entonces, como si estuviera poseída por un obsesor que se divertiese en afligirla, o accionada por los remordimientos que le

desvirtuaban la mente, produciéndole ataques de nervios que la volvían medio loca. Y el infeliz esposo, aterrorizado ante las decepcionantes realidades contempladas en lo íntimo de aquella a quien conoció feliz y angelical, pero que ahora dejaba rebosar las más deprimentes impresiones, asistía a las escenas patéticas, durante las cuales su mujer suplicaba perdón a Luis de Narbonne, bajo desorientadoras extravagancias, confesando, temblorosa, sus ansias de melancolía por aquel a quien afirmaba odiar, reprochándose, al mismo tiempo, por el crimen de amarlo también, a él, el asesino de su familia, el responsable perseguidor que hiciera desencadenar sobre todos una irremediable avalancha de males... Después... exhausta, se entregaba a letargias profundas, a desmayos que se prolongaban por largas horas y hasta días, inquietantes e inexplicables...

Federico sufría, desolado, sin abandonar la cabecera de la esposa. Y Dama Blandina, deshecha en lágrimas, confesaba a Gregorio, alarmada:

- Yo también fui cómplice, maestro Gregorio... y no consigo paz para meditar sobre el dulce Sermón de la Montaña... Profané los santos mandamientos del Señor el día en que acompañé a "Mademoiselle" a París, ayudándola a preparar la emboscada en que, finalmente, ella misma, y no solamente su desafecto, sucumbió... Él erró, creyendo servir a Dios a través de su Fe... Pero, nosotros erramos también, porque conscientemente infringimos la Ley Divina... ¿Qué va a ser de mi alma?...

Y Gregorio, bajando la cabeza y empalideciendo, dijo:

- Yo también... ¡Participé en el crimen! ¡Simulando buenos consejos, me alegraba del mal que ella premeditaba contra él, de Narbonne! Todos somos réprobos... Conocíamos las enseñanzas... Juntos expiaremos, con seguridad, la terrible infracción...

Mientras tanto, perseguido por el fantasma obsesor de Otilia de Louvigny, el Espíritu ya desencarnado del antiguo Capitán de la Fe abandonó el Palacio Raymond, intentando

librarse de sus inquietantes insidias. Mil absurdas confusiones se entrecrocaban en su mente debilitada por el largo tiempo en una prisión solitaria, en choques con sufrimientos irreparables, y por eso mismo siniestrada por la condensación de complejos que se entrecruzaron en su vida, como la mosca desprevenida que se dejó arrastrar por las redes de la peligrosa tela de araña. Todo su ser – sus recuerdos más gratos, sus ansias de amoroso, las amargas del corazón despreciado, derrotado por torpes decepciones, y también sus rebeldías y humillaciones, clamaban por la necesidad de una reparación a la altura de la situación. Y reconociendo, bajo esa indomable persuasión, que nada sería viable en su favor, sin la presencia de aquella a quien continuaba considerando su esposa, la buscaba, alucinado, por todas partes... Mientras tanto, Ruth se le mostró pálida e indecisamente, por todos los rincones del Palacio Raymond, que acababa de visitar, como si dejase reflejar la propia imagen a través del prisma de un gran bloque de cristal, no obstante, sin parecer real su presencia... Perturbado, sin poder comprender lo que pasaba entorno de sus facultades, volvió a su antigua residencia, sin saber para dónde tirar o qué intentar, enteramente desconectado de su antigua vida social y de la espiritual, el pensamiento dando vueltas a ideas disparatadas, como un montón de hojas muertas que un fuerte viento levanta por los aires. Pero, Otilia también entró allí con él, dirigiéndole burlas y malvadas insinuaciones, como usan los perseguidores de lo Invisible. Entonces, se puso a correr aterrado, buscando socorro y consuelo por los Conventos, Iglesias y Abadías, creyendo que serían lugares seguros. No obstante, también allí lo perseguían sus inconsolables pesares, así como la terrible obsesora, acusándolo siempre, unas veces entre burlas, otras rendida en llantos y lamentaciones, responsabilizándolo por la fragorosa ruina de su sueño de amor.

¡Tú fuiste, tú fuiste nuestra desgracia! ¡Catalina despreció a los de La-Chapelle! ¡Artur intercedió por ellos, a mi petición! El decreto abarcaba a la colectividad... Pero, tú descubriste a los infelices de La-Chapelle en su retiro pacífico...

Y hasta por el Louvre él vagó, vencido como la fiera que no encuentra un descanso, abandonado por amigos, por los vasallos, por los sirvientes...

A veces se diría que aniquilantes rubores de vergüenza fustigaban su personalidad, reduciéndolo a un concepto vil, al rededor de sí mismo. Eran los remordimientos que, bajo los fuegos de las acusaciones de su perseguidora, iniciaban amenazas alarmantes en su conciencia. Entonces resonaba en sus oídos el impetuoso fragor del asalto al Castillo de La-Chapelle: el tintinear de las espadas y de las espuelas de sus hombres le herían los oídos, perturbándolo hasta el terror. ¡La alarma de la campanilla pacífica lo emocionaba hasta la angustia! La algazara de la soldadesca, avanzando bajo sus órdenes, le traía demencia y alucinaciones... Y, tras la masacre en el salón de oraciones, la persecución fanática a través de las escalinatas, de los corredores, de las eras cultivadas, la sangre caliente y generosa de los pobres hombres pacíficos, que encharcaba las alfombras y los suelos, el llanto de las mujeres y de los niños, que invadían, ahora, su alma, su mente, su personalidad entera, estigmatizándola, deshonrándola implacablemente frente a sí misma.

¡Sus gritos y lamentaciones alcanzaban entonces el inconcebible pináculo de aquellos dramas comunes en el Mundo Invisible, los cuales, a merced de Dios, los hombres olvidan en el estado de encarnación, para que les sean posibles las tentativas de rehabilitación! Procuraba ocultarse, tal vez de sí mismo, en cualquier parte, intentando fortalecerse al sinsabor de aquellos paisajes que suponía espectáculos externos, pero que en verdad existían a lo vivo dentro de sus fuerzas mentales, eran el eco aterrador de sus propios remordimientos en truculencias vibratorias en los repliegues de su alma desarmonizada consigo misma, con las Leyes del Deber y con el Creador. Entonces se refugiaba en los recintos de las iglesias, como en otro tiempo, postrándose, tembloroso, intentando orar. Pero, los altares fríos y mudos, delante de los cuales se detenía su Espíritu en violentas emociones no lo comprendían ni eran complacientes ni bastante virtuosos para aplacar los desórdenes que ardían en

el abismo de su ser... incapaces, ahora, de protegerlo contra las consecuencias de los excesos practicados a su sombra...

Un día, no obstante, se sorprendió caminando por la senda áspera que conducía al nordeste del país, en dirección al bajo Reno. Se sentía arrastrado hacia allá como si un poderoso imán lo atrajese bajo los imperativos de la persona inolvidable de la desaparecida esposa, a quien no pudiera jamás odiar. Reconocía que se encontraba fatigado y excesivamente desanimado, carente de consuelo y esperanzas, aturdido y humillado ante la ausencia de criaturas a quien amara. Verdaderamente, él no quería afectuosamente, sino a Ruth de La-Chapelle y a Monseñor de B... Pero lo cierto era que – reflexionaba él mismo mientras caminaba – pasó por la vida sin atenciones ni afectos... Durante su infancia y su adolescencia, apreció a aquel Artur de Louvigny, criado como él en un Convento, pero arrebatado por la Iglesia y el Gobierno para misiones fuera del país... y amó a la Iglesia, apasionándose por sus hechos heroicos, por su grandioso pasado, por su poderío juzgado invencible... pero de quien una tierna sonrisa de mujer irremediablemente lo separó... Y ahora allí estaba, caminando hacia el Reno, lleno de dolor y de nostalgias, impulsado por la esperanza de encontrar, finalmente, a su esposa, entre las ruinas del Castillo de cuna... Veía su imagen coronada de rosas como durante el baile de la Corte, los cabellos rubios sueltos, cantando al son del arpa, débilmente dibujada de colores entre sus velos de neblina fría que se esparcían por la atmósfera, atrayéndolo y guiándolo para una finalidad segura, como la aparición de la Cruz sacrosanta mostrando a Constantino, Emperador, la señal con la cual vencería en las batallas.

Y caminaba, camina... por la misma senda solitaria y agreste, que algunos años antes recorrió como fiscal religioso, al frente de su famosa Caballería, indudablemente en demanda del Castillo de LaChapelle, para la masacre sacrílega, la cual ahora le fustigaba la conciencia con las desesperadas reprobaciones de los remordimientos. Por eso mismo evocó el pasado, y a través de un fenómeno común a las individualidades desencarnadas, que vuelven fácilmente a

determinada época de la existencia que dejaron, o incluso a las más remotas, valiéndose del recurso de un recuerdo fuerte – o un choque emocional – (34) se vio vistiendo su bella y flexible armadura de Caballero de la Fe, al frente de los soldados cabalgando su “normando” blanco, espada en ristre y armas y arreos tintineando al compás rítmico de la andadura, a indagar, de aquí y de allí, por las granjas y las haciendas que encontraba, de las vertientes y de los valles que lo llevarían más rápidamente a la mansión de los “hugonotes” a quienes buscaba...

De pronto, al doblar de una colina, se le presentó ante él la perseguidora implacable. Se aterrorizó como siempre, paralizado y tembloroso, mientras ella, acusando una creciente agitación, a la proporción que avanzaba por la senda, insultó, odiosa:

- ¡Verdugo y asesino de mi felicidad! ¿Qué vienes a buscar aquí?... ¿Vienes, acaso, a contemplar las desoladas ruinas del Castillo que tus malditas manos destruyeron?... ¡Oh, no!... ¡No consentiré que ultrajes con tu presencia estos escombros sagrados! Este es mi templo, el altar, único bastante santo, donde me prosterno... no para orar, por cuanto me convencí de la inexistencia del Ser Divino, con que me engañaron en la infancia, sino para llorar a mi Carlos, muerto por ti, y recordar los pocos días felices pasados en su compañía, durante nuestro melancólico noviazgo...

Efectivamente, allá, en la línea azulada del horizonte, se dibujaba el área extensa en que en otro tiempo se levantaba la mansión próspera y siempre alegre de la familia de La-Chapelle. Ambos fantasmas, es decir, los Espíritus de Otilia y de Luis, se quedaron extáticos, contemplándolo.

(34) Fenómeno de regresión de la memoria dentro del tiempo.

Para ella, la antigua prometida del heredero de La-Chapelle, Espíritu odioso, impío, que ante la amargura de una expiación no se supo conducir a la altura de la honra del Evangelio, el cual afirmó profesar, y que, por eso mismo, se entregó a las sombrías sugerencias del odio exacerbado,

cuando era necesario olvidar y perdonar; Otilia, cuyo corazón diabólico y blasfemo se valió de torpezas y medios deshonorosos del mundo invisible para practicar represalias criminales, cuyas consecuencias por atribuirse el futuro serían imprevisibles; para ella, la perseguidora oculta de dos infelices criaturas, a las cuales malograba malográndose a sí misma, y que deshonoró las Leyes del Creador, prometiendo sobre sus códigos el exterminio de un ser que, como ella misma, era creación de Él, y que, por eso mismo, merecería la fraterna solicitud del perdón – la Mansión de Brethencourt de La-Chapelle sería la devastación desolada y sombría por donde vagaba inconsolable, llorosa y quebrantada, porque estaba desarmonizada con la sublimidad de las leyes eternas, clamando por el ser amado entre gritos de rebeldías y blasfemias de demente. Ella se volvió hacia Luis de Narbonne, que se quedaba mirando el horizonte como sorprendido y deslumbrado, contemplando algo indescriptible, y continuó, deshecha en amargo llanto:

- ...Todo era como un paraíso... La alegría, la paz, el bendito trabajo, la vida y la prosperidad, para la felicidad de todos... La beneficencia esparciéndose protegiendo a los débiles... El encanto y el amor para mi corazón... Pero, un día, tú y tu Dios, innobles y traicioneros, llegasteis aquí empuñando lanzas, machetes y hachas con estandartes de fe... Mataste hombres, mujeres y niños, y devastaste sembrados y jardines... Y mi Dios, aquel en quien yo creía, a quien yo diariamente suplicaba protección y bendiciones para mi Carlos, dejó que tú vencieses y mi amado sucumbiese, danzando tú, sobre nuestra desgracia. He ahí lo que queda de mi esperanza, de la alegría que calentaba mi corazón, del amor que alimentaba mi fe: ruinas, desolación, tumbas cerradas e impenetrables, lágrimas eternas, mi corazón crucificado para siempre.

¡Para él, no obstante, que, aunque siendo un criminal, no odió ni incluso a aquellos que lo habían aniquilado con la venganza; para él, corazón leal, aunque mal orientado por las circunstancias; que infringió los dictámenes de las sagradas Leyes, es cierto, pero consistiendo en sinceras intenciones,

convencido de que ese sería su deber ante el Eterno, a quien creía amar piadosamente; para Luis de Narbonne, el militar fiel a su deber, el súbdito sumiso a su rey, el creyente fanático, de corazón sencillo; para él, el desgraciado despreciado en su fe por las propuestas e imposiciones de una reina pérfida y ambiciosa, traicionado en el amor dedicado y tan noble; para el infeliz abandonado por su propia madre aún en la cuna, el criminal sinceramente arrepentido, el reo que se volvía hacia el Cielo en súplicas de perdón, que reconocía no tener fuerzas para adiar a alguien, fascinado siempre en una melancolía de amor – el que se levantaba más allá, ante sus ojos de Espíritu liberado de la carne, estaba bien lejos de asemejarse a las derrocadas descritas por la infeliz Otilia de Louvigny!

Los ojos fijos en el horizonte por ella señalado, la fisonomía espiritual iluminada de fluorescentes esperanzas, atento ante inducciones alentadoras que incidían en su raciocinio como el bálsamo recompensador después de un martirio heroicamente soportado, Luis de Narbonne se volvió hacia Otilia y, con valor, replicó:

¡Por quien sois, Señora, deteneos en las acusaciones que hacéis! ¡No, ya no hay ruinas!... ¡Fijad la atención en la neblina que rocía el aspecto azulado de esta región... y contemplad el Castillo! Creo que la desesperación turba vuestra razón, impidiéndoos distinguir la realidad que yo distingo en este momento... ¡Ved! ¡La mansión de LaChapelle fue cuidadosamente reconstruida! ¡Ved que lo levantaron más bello y más noble de lo que fue en otro tiempo!... ¡Oh! ¡Qué suave confortamiento para mí, oh grande y misericordioso Dios, reconocer que las ruinas fueron reconstruidas... que la labranza replantada promete cosechas felices! Oíd, Señora, los pastores cantan las dulces melodías del Reno... Los perros ladran de alegría... Las palomas revolotean, adornando los aires... Mugen los bueyes y balan las ovejas, mientras las trompetas de los zagales avisan unas a las otras que se hallan vigilantes... Y del Castillo cánticos sublimes suben hacia los Cielos, al son de un instrumento triste, armonioso... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Es la voz de Ruth cantando himnos de respeto y adoración, acompañándose del arpa... Y no sé si ora al Dios

de la Reforma o si canta para mí, como antes, en los felices días de nuestros esponsales... ¡Sé que canta, sí! ¡Canta allí, en el Castillo! ¡Finalmente la encontré! ¡Querida y pobre niña, a quien tanto hice sufrir! ¡Volvió al hogar paterno!... ¡Me arrojaré a los pies de la generosa familia de mi Ruth, le pediré perdón! ¡Y en cuanto a vos, Señora, por Dios, perdonadme, también vos! No me ultrajéis así... ¡Tened compasión de mis padecimientos, que son profundos e inconsolables!...

Pero, por sorpresa, la odiosa entidad se volvió, irritada:

- ¿Acaso enloqueciste, desgraciado?... ¿No ves que los de LaChapelle murieron todos y que tú mismo los mataste?... ¿Cómo pretendes implorar su perdón?... ¿Dónde ves tú la mansión reconstruida?... ¿No ves que donde antes existían gallináceas ahora danzan los chacales y que la mala hierba se arrastran donde antes exhalaban perfume los rosales?...

Y con un gesto rígido y atormentado, se marchó en dirección a las ruinas, emitiendo gritos de rebeldía y dolor, como si de su corazón rabioso y torturado no se pudiesen desprender más las dulces manifestaciones de la nostalgia, sino los gritos blasfemos de la desesperación incontrolable...

CUARTA PARTE

LA FAMILIA ESPIRITUAL

“...De hecho, esa luz es tanto más terrible, horrorosa, cuando ella lo penetra completamente y le invade los pensamientos más recónditos. Esa es una de las circunstancias más rudas de tal castigo espiritual.”

(ALLAN KARDEC – *El Cielo y el Infierno según el Espiritismo*, cap. VII, Segunda Parte – Comunicación del Espíritu Erasto.)

LA FAMILIA ESPIRITUAL

Transcurrieron diez largos años en que el Espíritu desencarnado de Luis de Narbonne comenzó a vagar por la ciudad de París, presa de siniestra confusión inherente a la mente poco envuelta para las preocupaciones espirituales. Muchas veces, durante los días decisivos de ese espacio de tiempo, sintiéndose falto de algún consuelo, abandonado de todos, falto de ánimo y esperanzas, el infeliz recordaba que fue un creyente en Dios. Entonces, las sencillas actitudes de la infancia emergían de sus facultades retroactivas y él se veía pequeñito orando en los altares del Convento, con las manitas unidas, los ojos rasos de lágrimas, resintiéndose de la ausencia de las caricias maternas que no conoció, atemorizado por verse, impresionable y delicado, rodeado de monjes de mirada severa, que lo retiraban rudamente si acaso intentaba aproximarse. De ese modo volvían, nuevamente, a sus pensamientos de Espíritu sufriente, las suaves oraciones que decía entonces, y no sólo las repetía como se presentaba, ahora, cariñoso para con su antigua fe, como fue en la infancia:

- ¡Sí, Dios Padre! ¡Concededme, por misericordia, el cariño maternal que no conocí, para que me proteja ahora, cuando más que nunca yo soy infeliz y desgraciado! ¡Mandadme amigos, Señor! ¡Una familia, un hogar que nunca tuve... porque un hogar sólo puede ser formado en el amor... y yo nunca me sentí amado! ¡Señor, dadme a mi madre... dadme a mi padre! ¿Dónde se encuentran ellos?... Dadme, Señor mi familia, reflejo de nuestra paternidad en la Tierra...

Tales súplicas poseían el excelente don de disminuirle las ansias de la incertidumbre. Y él las repetía, a veces, delante de

los altares de piedra, por los templos a los que acostumbraba buscar el antiguo estímulo para el corazón, en los días resplandecientes de poder. Con la continuación, no obstante, la frialdad de los nichos suntuosos, con sus imágenes mudas que no le correspondían a las necesidades de protectoras inspiraciones, lo hiciera desinteresarse de los templos, y él pasó a repetir sus quejas, de vez en cuando, incluso por las calles, por los parques y jardines de algún palacio o por los campos y caminos por donde normalmente vagaba, sin descanso y sin destino, mendigo sediento de consuelos y afectos...

Es siempre cierto que la oración, por sencilla y pequeñita que se irradie de un corazón sincero, adquiere potencias grandiosas, capaces de expandirse por el infinito hasta alcanzar el seno amantísimo del Eterno. Una corriente suntuosa de valores psíquicos se establece entonces entre el ser que ora y las entidades celestes encargadas de la asistencia espiritual a los hombres terrenos y a los Espíritus vacilantes e inferiores. Se efectúa la telepatía, que no es más que la conversación mental de un ser con otro ser, atravesando abismos siderales, venciendo dificultades dolorosas, porque venciendo, en aquel mismo que la ejerce, las barreras de materialidad que interceptan o retardan las vibraciones, para finalmente llegar, impulsada por el sentimiento legítimo, al pináculo de su posibilidad. Se figura entonces la súplica, a una vista del ser que ora a los planos espirituales superiores. El infeliz que ora puede obtener en sí mismo progreso suficiente para tornarse afín con aquellos planos. Su personalidad, llevada por la fuerza de las vibraciones que su mente emite, se dibuja a la comprensión de la entidad vigilante, la cual lo atiende, y se vuelve por esta contemplada tal como es, parta la oración de un ser encarnado o desencarnado. Es cierto que sus amigos de lo Invisible Superior conocen desde hace mucho sus verdaderas necesidades, pero será necesario que el alma, encarnada o no, que permanece en trabajos de arrepentimiento y rescate, muestre a Dios el valor de su fe, de su perseverancia en el propósito de la enmienda de las ruines pasiones, de la paciencia en las pruebas, de la buena disposición para el progreso, de la sinceridad de los nuevos

proyectos que comienza a concebir, de la voluntad, en fin, de afinarse con la Suprema Voluntad. Es el trabajo de la evolución moral y de la conciencia del ser, que será necesario se procese lenta, natural, pero segura, para que nuevos desfallecimientos no lo vayan a comprometer también, después de la responsabilidad de haber recibido del Ser Superior la concesión de las dádivas de la misericordia suplicada. Entonces, en el sentido de ayudarlo en la intensa lucha desciende la santa inspiración de la Esperanza, emitiéndole coraje al corazón, susurrándole a sus oídos nuevas energías, mientras soplos de un divino refrigerio lo calientan y estimulan, para que no sucumba mientras espera. Y el alma, reconfortada así, continúa ejercitando las potencias latentes de las facultades que le son naturales, en busca del Foco Divino distribuidor de beneficios, y, mientras ejercita, más progresa, se inspira, se resigna, persevera, se abrillanta en las cualidades morales, porque recibe los santificantes consejos de las intuiciones que la oración atrajo... llegando, finalmente, a conseguir el necesario mérito para ser agraciada con la gran bendición de una concesión de Dios, la cual, prevista por la Ley como acción de una rigurosa justicia, no por eso estará fuera del círculo amoroso en que el Creador envuelve a sus criaturas.

Fue lo que pasó con el sufriente Espíritu del Conde de Narbonne.

En diez años de padecimientos morales, durante los cuales sufrió todos los impositivos más rigurosos del Dolor que puede quebrar un corazón sensible y sediento de comprensión y de paz, Luis experimentó también considerables mejorías en su estado general. A la rebeldía le reemplazó la resignación, adquirida a fuerza de circunstancias inevitables. A la impiedad de la incredulidad que absorbió su antigua probada fe, en los primeros tiempos de la decepción aniquiladora que le presentó el destino, se añadió un temeroso respeto por un Ser Supremo – desconocido hasta entonces para él – pero que comenzaba a revelarse en lo profundo de su alma a

través de consecuencias poderosas que surgían de los propios infortunios contra los que se debatía. A la desesperante ansia de amor humano, se interpuso la dulce certeza de que su corazón se prendiera a otro por eternos lazos de un sentimiento indestructible fundado en bases espirituales. Y el orgullo de la estirpe noble de la que procedía, fue sustituido por la delicada comprensión de que solamente serán eternos e infalibles los valores del carácter, o cualidades morales. Cuando se encontró delante del panorama encantador del Castillo de LaChapelle reconstruido, dignificado por una belleza y majestad ideales, desconocidas hasta entonces por sus apreciaciones, él se prosternó de rodillas en el suelo polvoriento del camino, pidiéndole a la odiosa Otilia le perdonase el pasado crimen, abundantes lágrimas brotaron de sus ojos espirituales. Sin embargo, Otilia, incapaz de un gesto noble a favor del prójimo, se apartó... y él, entonces, suponiéndose, a pesar de todo, aún en la posesión de la vida carnal, montó nuevamente el caballo del que se suponía se estaba sirviendo (35), y se dirigió, decidido, hacia la hermosa estancia que, en colores delicados y resplandecientes, brillaba a lo lejos, como si, reconstruida con las augustas propiedades de un arco iris celeste – símbolo de la pacificación – se viese también envuelta en neblinas diáfanas, relucientes.

Y pensó consigo mismo:

- ¡Ruth de La-Chapelle se refugió aquí! ¡Hiciste bien, pobre criatura! El hogar paterno es el sacrosanto asilo donde nos gustaría a todos reponernos de las amarguras que nos atormentan la existencia... ¡Sin embargo, a mí jamás me será concedido el supremo bienestar del hogar paterno!... ¡Entré por la vida, desde la cuna, relegado por un padre que veía en mí un peligro para la nación... y por una madre para quien yo encarnaba la propia deshonra!... Mi Ruth será, por tanto, mi familia... Me arrojaré a sus pies, le pediré perdón... Me someteré a todos los trabajos, Dios mío, para expiar mi crimen... ¡Estoy exhausto, Señor, no puedo más!... ¡Apiadaos de mí!...

(35) Ved *La Génesis*, de Allan Kardec, Capítulo XIV.

Los portones abiertos de par en par, sin guardias por los patios, facilitaban la entrada. No obstante, una singular timidez lo detenía a él, al osado Comandante de la antigua Caballería Macabra. Luis fue un caballero, una personalidad de alto trato social. Buscó a alguien que lo condujese a la presencia de “Mademoiselle” de La-Chapelle, pero, no consiguiendo encontrar a quien quiera que fuese, agitó fuertemente la campanilla, mientras monologaba:

- “¡Oh, cuántos dolorosos recuerdos! ¡Se diría haber sucedido ayer mismo, Dios mío, aun hoy, en este momento!... Invadí este patio, encontrando las entradas indefensas, para destruir a los castellanos... ¡Yo estaba loco, Dios mío! ¡Perdón, Señor, perdón!... ¿Qué he de hacer a fin de aplacar el remordimiento que oprime a esta ultrajada conciencia?... ¡Querida Ruth! ¡Querida Ruth! Me contentaré con ser el último de tus siervos...”

Pero, nadie acudió a los reiterados toques de la

campanilla... Mientras tanto, oía la voz suave, muy dulce,

que a sus oídos se

les figuraba la voz de la linda muchachita, cantando con su arpa, mientras un maravilloso coro de un himno sacro la acompañaba, enterneciéndole el alma. Atraído por la música, la mente fija en la persona de Ruth, atravesó el patio, entró en el vestíbulo y comenzó a subir las escaleras de dos en dos escalones... La música provenía de un segundo piso, que se mantenía brillantemente iluminado en las sombras pesadas del crepúsculo, proyectando fuentes de luz cristalina por los campos sembrados, llenos de flores... Y él subía, subía... guiado por los cánticos, seguro de que Ruth estaba allí... Pero subía las mismas escaleras que lo habían conducido, doce años antes, acompañado de su centuria de caballeros, para exterminar a los “hugonotes”...

Una emoción insólita, decisiva, como si dardos torturantes se

entrecruzasen, dilacerando sus fibras más sensibles, suplicio solamente comprendido por el alma ya castigada por las aflicciones del arrepentimiento sincero, se apoderaba de él gradualmente, a cada paso que daba, reconociendo el camino recorrido... Y un vago terror, desconocido por sus facultades excitadas por la angustia, le aceleraba violentamente el corazón...

- Ten misericordia de mí, Señor, pues soy un miserable pecador... susurró en el fondo de su pensamiento. Ten misericordia... Ten misericordia...

Ahora se encontraba ante la puerta – vieja arcada gótica – que daba paso al salón de predicaciones donde encontró a los pobres “hugonotes” reunidos doce años antes. Esa puerta estaba abierta, como todas las demás por donde entró, tal como lo hiciera doce años antes... Sólo un largo y pesado cortinaje se interponía entre él y la sala... Reconoció el lugar y murmuró, tembloroso:

- “Que Dios me perdone el repugnante crimen... ¡Yo estaba loco, Dios mío! ¡El mundo me enloqueció, Ruth! ¡Finalmente voy a verte, bien amada!... ¡Aquí es el recital!...

Lentamente, tímido como un chiquillo que se cree discreto, levantó la cortina y se asomó al aposento...

Al principio sintió que se cegaba, pues la claridad del salón maravillosamente iluminado por luces jamás vistas ni siquiera en los salones del Louvre, deslumbró su visión. Se llevó las manos a los ojos, en un instinto muy humano de protegerlos, suavizando el choque visual... y avanzó algunos pasos por el recinto, tambaleándose, medio ciego...

Entonces, lo que se mostró a su vista, poco a poco, el asombro que experimentó su Espíritu, alcanzó los límites de un indescriptible terror, y una sorpresa intraducible, aniquiladora, le paralizó los pasos, los movimientos, la palabra y hasta incluso el pensamiento. Se quedó extático, fijo en el lugar en que se detuviera – sólo, en medio del gran salón – vagando para un lado y otro la mirada alucinada, sin pensar

más en si allí encontraría a Ruth.

Es que, allí, frente a él, se hallaba reunida toda la familia de Brethencourt de La-Chapelle, excepto Ruth, la misma familia destruida por sus caballeros en la masacre de San Bartolomé. En la tribuna, Carlos Felipe de La-Chapelle, el Evangelio del Señor abierto ante él, sobre un estante de la mesa, recordaba el Sermón de la Montaña, repetía, enternecido, con voz cariñosa, los ojos llenos de lágrimas, el divino convite del Maestro Nazareno – siempre nuevo a pesar de los siglos, convite enteramente desconocido aún por las masas en el siglo XVI y por aquel pecador que, educado en un Convento, desorientado entre hipócritas, ambiciosos y guerreros, jamás prestó verdadera atención a su grandiosa importancia. Y lo escuchaba en aquel instante, el divino convite, por primera vez, a través de la palabra de aquel predicador renano, adepto de Lutero, cuyo cuerpo carnal fue abatido por orden suya, en la tragedia de San Bartolomé:

- “Venid a mí, todos los que estáis cansados y oprimidos y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy afable y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es verdadero y mi carga ligera...”

¡Sí, era él, Carlos, el hermano que Ruth adoraba! ¡Aquel, cuyo corazón fue traspasado por una espada, bajo su mandato! ¡A su lado el padre, el viejo Conde Felipe... y los demás hermanos de Ruth, sus cuñadas, los sobrinos que ella tanto amaba, criaturas hermosas y lozanas como flores en la primavera y rayos de Sol en el estío!... ¡Y más arriba, sobre el estrado, al lado de la tribuna, una pequeña arpa sobre sus rodillas, la Condesa Carolina, la madre de Ruth, la madre de Carlos, venerada reina de aquella mansión de paz! ¡Cielos! ¡Qué linda madona era, digna del excelso pincel de Rafael! ¡Y cómo se parecía a su pequeña Ruth! ¡Era ella, la Condesa Carolina, quien cantaba! Pero, al verlo, ella se detuvo... Se levantó, le hizo señales con la mano, y abrió para él los brazos como deseando agasjarlo...

- ¡Oh, la madre de Ruth!... ¡La madre de Ruth! ¡Cielos! ¡Qué linda madona! – repetía, atraído, confuso, casi aterrorizado...

Paralizado, atónito, miraba una a una a todas aquellas personas sin comprender nada, el pensamiento azotado por torbellinos de suposiciones audaces, la mente aturdida en la exhaustiva labor de retirar de los abismos de la conciencia los recuerdos de antiguas existencias corpóreas, durante las cuales vivió en el seno de aquella misma familia, como hijo y hermano querido. Y se interrogaba entre las penumbras inquietas del pensamiento desilusionado, mientras continuaba de pie, en medio del salón iluminado, como un reo en el tribunal, frente a los jueces:

- “¿Qué? ¿Cómo es esto?... ¿No los mató, entonces, por orden de Catalina, obedeciendo a un decreto del Gobierno?... ¿No los vio, entonces, allí mismo, en aquella sala, caer bajo los hierros de sus caballeros?... ¿Y aquellos niños?... ¿Cómo sonreían, si presenció los estertores de su agonía, al sucumbir sobre los cuerpos de sus propias madres?... ¿Cómo estaban, pues, allí?... ¿Resucitados?... Era, por tanto, el día del juicio final, sin que él lo supiese?... ¿O serían también hechiceros, aquellos “hugonotes”?... ¿Por qué lo enloquecían así sus pensamientos, con aquellas visiones?... ¿Qué insólita pesadilla era esa, dándole a apreciar un cuadro tan encantador con aquella familia reunida entre cánticos sagrados?... ¿Por qué no lo odiaban, no lo insultaban, no atacaban, vengándose ahora, que estaba sólo, sin el equipo de sus caballeros, miserable, abandonado, desgraciado?... ¿Por qué no lo torturaban, lanzándolo a los calabozos del Castillo, como Ruth lo lanzó a los calabozos del Louvre, de acuerdo con la Reina de Francia?... Al contrario, le sonreían benévola y amigablemente, como si desearan dirigirle frases amigables... Y ninguno de esos “hugonotes” llevaba sombras de censuras en la mirada cristalina y fascinante, semejante a la melancólica mirada de Ruth, con la cual lo miraban todos. ¿Acaso serían santos? Entonces, ¿podía haber santidad fuera de la Iglesia que él tanto amó?... ¿No serían todos los “hugonotes”,

entonces, odiosos como Otilia de Louvigny y traicioneros como la linda Ruth?...

Pero, tal como sucedió doce años antes, Carlos Felipe descendió de la tribuna y caminaba a su encuentro, llevando el libro sagrado del Señor en las manos... Llegó hasta él y le dijo, tendiéndole fraternalmente la diestra:

- “Ven, Luis... ¡Hace mucho tiempo que estábamos esperándote, querido hermano! Entonces... ¿No nos reconoces?...”

Sí, él los reconoció finalmente, al contacto de aquella voluntad vigorosa, cuyos efluvios penetró en los archivos de sus recuerdos...

¡Los reconoció, pero se horrorizó! ¡No respondió al fraterno gesto de Carlos, que le tendía generosamente la mano, porque también se reconoció indigno de tan alto favor! Se volvió entonces, alucinado, sobre sus propios pasos, con un grito aterrador de dolor moral y de angustiosa sorpresa, y, corriendo como un loco furioso acosado por las iras devastadoras del remordimiento y de la vergüenza implacable, descendió las escaleras, cruzó los patios, el rostro oculto entre sus manos como lo hizo Caín errando en las tinieblas bajo el eco de las interrogaciones de la palabra divina, tímido, humillado ante sí mismo, de la propia Naturaleza y del propio Dios, y dejó el Castillo... Se escondió por los campos, sofocado en llanto violento e inconsolable del réprobo, a quien nada satisface. Y por los aires, y a través de las vibraciones del éter infinito, en las ondas puras que a los Cielos elevan la manifestación del dolor de los desgraciados sinceramente arrepentidos de sus propios errores, un único sollozo repercutió en aquellos momentos en busca del seno misericordioso del Todopoderoso, para la súplica verdadera, suprema:

- “¡Perdonad, Dios! ¡Dios mío! ¡Perdonadme!... ¡Asesiné a aquellos mismos que mi corazón ha amado a través de los tiempos!... ¡La familia que no tuve!... **¡Mi familia**, cuyo amor vivía sepultado en el fondo de mi corazón, como nostalgia

incomprensible y torturante!...

¡Perdón, Dios mío!... ¡Perdón, eterno Dios!”

Comprender la intensidad de tales lágrimas, derramadas por el dolor inmenso de un corazón herido por sí mismo, será un trabajo imposible a la fragilidad de la mente oprimida por las barreras carnales, la cual no conoce expresiones con las que traducir el género de martirio moral de un Espíritu atormentado por los remordimientos. Luis ya no pensaba en Ruth, ya no la buscaba, tal era el dolor que aniquilaba sus facultades. Pensaba, sí, en aquella madre cuya ausencia de su vida lo hizo tan desgraciado, comprendiendo, no obstante, que el amor materno, por el cual su corazón ansiara, no sería, seguramente, el de aquella que lo abandonara aun en la cuna... mas el amor de la hermosa madona que acababa de encontrar y en quien reconoció **a su verdadera madre** – porque aquella que, espiritualmente, lo amaba maternalmente – y cuya ausencia lo amargó siempre, de la cual sentía que era hijo, que fue su hijo en existencias pasadas, y a quien, en el estado espiritual, amaba filialmente. Pensaba en aquella familia reunida, en la cual reconocía **a su familia espiritual**... y a quien, ciego por el orgullo y por el fanatismo sectario, no reconociera ni incluso por la vaga atracción sentimental que en la Tierra se establece, tornándonos afines y amigos leales de aquellos a quienes amamos en encarnaciones pasadas. Sin embargo, los cuerpos carnales que aquellos amados Espíritus acababan de ocupar en una existencia apartada de él mismo, fueron asesinados bajo sus órdenes en la gran masacre de San Bartolomé. Y entonces, desolado y sufriente, ahora vagaba en torno al Castillo, escondiéndose por los bosques corriendo desmesurado, volviendo a los portones siempre abiertos, a su espera, en alternativas decisivas, considerándose, no obstante, indigno de traspasar sus umbrales, rondando las murallas, iluminadas como si soles benditos proyectasen en ellas manantiales de oro, contemplando sus ventanas maravillosamente iluminadas, que resplandecían hacia los bosques y los campos claridades santas que lo atraían y fascinaban como invitándolo a volver, a entrar en el recinto amoroso donde todos lo recibirían con los brazos abiertos y

los corazones nostálgico... Oía los dulces cánticos, enamorado y atento, pero desanimado de volver a oírlos desde más cerca, desesperado, llorando convulsivamente el llanto inconsolable del pecador que se arrepiente...

Y por las inmediaciones donde doce años antes se levantaba la Mansión de La-Chapelle, los campesinos que pasaban eran unánimes en aseverar que las ruinas del Castillo se habían vuelto temerosas desde que comenzó a ser notada el alma sufriente y atribulada de un ex-Caballero de la Guardia Real, llevando en el pecho la cruz blanca del día de San Bartolomé, de siniestra memoria, llorando atrocemente como un réprobo inconsolable, rondando por el triste lugar, aterrorizado, alucinado...

¡GLORIA AL AMOR!

“Sobre los elementos materiales diseminados por todos los puntos del Espacio, en vuestra atmósfera, los Espíritus tienen un poder que estáis lejos de sospechar. Ellos pueden, pues, concentrar a su voluntad esos elementos y darles la forma aparente que corresponda a la de los objetos materiales.”

(Allan Kardec – *El Libro de los Médiums*, cap. VIII – Del laboratorio del Mundo Invisible.) (36)

Es tiempo de que el lector se entere de lo que realmente pasó con el Espíritu del antiguo Capitán de la Fe.

Él veía, efectivamente, la Mansión de La-Chapelle reconstruida en condiciones perfectas de gran belleza. No obstante, para los ojos humanos como para las percepciones inferiores del Espíritu obsesor de Otilia de Louvigny, no existía en el mismo lugar nada más que ruinas abandonadas, campos agrestes, zarzales recordando las devastaciones que destruyeron las antiguas siembras.

(36) En el libro *La Génesis*, también de Allan Kardec, capítulo XIV, *Los Fluidos*, entre otras interesantes explicaciones sobre el asunto, vemos las siguientes:

“Acción de los Espíritus sobre los fluidos – Creaciones fluidicas – Fotografía del pensamiento. – Los fluidos espirituales, que constituyen uno de los estados del fluido cósmico universal, son, específicamente, la atmósfera en la que actúan los Seres espirituales. Constituyen el medio de donde extraen los elementos sobre los cuales operan; forman el ámbito en el que ocurren fenómenos especiales, perceptibles a la vista y al oído del Espíritu, pero que escapan a los sentidos carnales impresionables sólo por la materia tangible. Ellos forman esa luz peculiar del Mundo Espiritual, diferente de la luz común por su causa y sus efectos y son, por último, el vehículo del pensamiento, como el aire lo es del sonido.

Luis de Narbonne estaba lejos de haber sido una persona mala o perversa cuando se encontraba encarnado. De hábitos severos, bondadoso en el trato con los semejantes, modesto y leal, templado y honesto, sólo el fanatismo

religioso, el prejuicio exacerbado de una pasión sectaria lo llevó a acceder al deseo de Catalina de Médicis, que lo indujo a participar del atentado del día de San Bartolomé. Sin embargo, él lo hizo conforme, ya lo aseveramos, convencido de que cumplía un sagrado deber religioso, seguro de que la Reforma sería un insulto a las leyes de la Iglesia, las cuales, a su vez, consideraba un reflejo de las leyes del propio Cristianismo, y a este igualmente suponía amar y respetar, cuando todo se consagró a aquellas violencias. Espiritualmente, tan complejo personaje pertenecía a la familia de La-Chapelle, esas almas afines y amorosas en cuyo seno él había encarnado durante varias existencias pasadas, a quienes amaba especialmente... pero de la cual, en el siglo XVI, por una de esas experiencias decisivas, usuales en la marcha de un Espíritu a través de los testimonios, o pruebas del progreso, se había separado temporalmente, intentando, como Espíritu, medir el propio valor personal, lejos de la vigilancia tierna de seres que, por mucho que lo amaran, podrían hasta incluso, con sus reiteradas solicitudes, retardar la acción de su libre albedrío en la conquista de una ascensión meritoria.

El orgullo religioso, entretanto, las malévolas insidias de una política opresora e intolerante, influyendo poderosamente en su carácter aún frágil e irresoluto, que en esa época, desde la cuna, por circunstancias escrupulosas, se prestaba a la comodidad de un ciego

“Los Espíritus actúan sobre los fluidos espirituales, pero no los manipulan como los hombres hacen con los gases, sino con la ayuda del pensamiento y la voluntad. El pensamiento y la voluntad son, para los Espíritus, lo que la mano es para el hombre. Mediante el pensamiento, imprimen a esos fluidos tal o cual dirección, los unen, combinan y dispersan; forman conjuntos con determinada apariencia, forma o color; cambian las propiedades de los mismos como el químico transforma las de un gas o de otros cuerpos, combinándolos de acuerdo a ciertas leyes. Constituyen el inmenso taller o laboratorio de la vida espiritual.” (Párrafos 13 y 14)

servilismo; el yugo farisaico de un dominio sectario que se disfrazaba de piedad religiosa para absorber mejor los valores del mundo, lo habían desviado del cumplimiento del deber, en el momento exacto de los más importantes testimonios... y él

cedió al exterminio sacrílego del prójimo, comprometiendo el propio futuro espiritual por períodos seculares y cavando superiores dolores morales para sí mismo, en cuyo abismo habría de recibir duras lecciones, experiencias redentoras que lapidasen de una vez las tortuosidades de su carácter personal.

Lo hizo, no obstante, contra aquellos a quien espiritualmente idolatraba, a aquellos de los cuales se separó en la existencia en aprecio, lo que lo volvió insatisfecho e infeliz, un triste que se diera sin restricciones a la ortodoxia de una creencia religiosa, en vez de cultivar el amor por los semejantes – conforme a las recomendaciones del Excelso Maestro del Cristianismo – fanatismo que el amor al prójimo había corregido, equilibrándole la razón y el corazón, a falta de la familia que no consiguió tener, como también evitaría que más tarde, ya habitando el mundo invisible, pasase por la vergonzosa desesperación de constatar que – por no haber sabido debidamente respetar y amar a la persona del prójimo – hirió de muerte a aquellos por quienes, por el contrario, habría dado la propia vida.

Ahora, la familia de La-Chapelle, reunida en esta ocasión por una concesión hecha por los altos poderes espirituales, en virtud de los méritos personales conquistados por todos sus representantes – amaba profundamente, en el estado espiritual, al pobre Luis de Narbonne.

En el párrafo 3 leeremos: “En el estado de eterización, el fluido cósmico no es uniforme; sin dejar de ser etéreo, sufre modificaciones muy variadas en su género y quizá más numerosas que en el estado de materia tangible. Estas modificaciones conforman diferentes fluidos que, aunque originado en el mismo principio, se hallan dotados de propiedades especiales que dan lugar a los fenómenos particulares del Mundo Invisible. Todo es relativo: esos fluidos poseen para los Espíritus seres fluidicos ellos mismos, una apariencia tan material como los objetos tangibles para los encarnados, es decir, son para ellos lo que para nosotros las sustancias del mundo terrestre; ellos los elaboran y combinan para producir determinados efectos, tal como lo hacen los hombres con sus materiales, aunque mediante procedimientos distintos.”

Se trataba de Espíritus sinceramente afectos a las virtudes del Cristianismo, con excepción de Ruth, los cuales, desde el tercer siglo del advenimiento de la excelsa Doctrina, venían presentando testimonios dignos de los verdaderos

discípulos del Bien. Durante la permanencia en la Erraticidad, deseando acelerar el propio progreso, pidieron y objetivaron el martirio por la grandeza del nombre del Señor, desde que de ahí ocurriesen ejemplos regeneradores para la persona de su prójimo. Y así, debidamente trabajados para el hecho glorioso, en el siglo XVI, integrados en el seno de la Reforma para la defensa del Evangelio – la más generosa y sublime idea que en aquella época se podría comparar a los abusos originales de la falsa práctica del Cristianismo, sucumbieron a un inhumano atentado, lo que para todos ellos constituyó la más augusta victoria. (37)

Una vez en el Más Allá, esclarecida y feliz ante el deber cumplido y el triunfo conquistado por el amor a la sublime causa del Maestro Divino, una única preocupación ocultaba las alegrías de la familia de La-Chapelle: la situación moral, ante las leyes eternas, de Luis de Narbonne, de Ruth y de Otilia. Se propusieron entonces a las labores de auxilio a la recuperación de tan queridos Espíritus aún enredados entre las trampas de las propias inferioridades. De entre los tres, no obstante, era de Narbonne, a pesar de todo, el que presentaba índices mayores para una recuperación más rápida, ya que ni en su corazón ni tampoco en su mente se desarrollaban las sombras del odio destructor. Y por eso, desde el principio procuraron ayudarlo en cuanto estuviese al alcance de sus posibilidades, no obstante al estado vibratorio del antiguo caballero no permitirles recursos tan eficientes como los que desearían ofrecer.

(37) No todos los asesinados durante los días terribles de San Bartolomé serían Espíritus abnegados y heroicos que voluntariamente se dieron al martirio por amor al Evangelio. Muchos otros – y fueron la mayoría – sufrieron la expiación y el rescate de persecuciones que, a su vez, infringieron al prójimo, en épocas distintas. La tragedia de San Bartolomé constituyó una calamidad social que se prolongó en el Más Allá y cuyas consecuencias aun hoy perduran, porque repercuten en la sociedad terrena actual, bajo dolorosos rescates y rehabilitación de aquellos que en ella tuvieron participación, y de los que, víctimas que no supieron perdonar, de los verdugos de ayer se vengaron a través de las reencarnaciones, creando climas dramáticos para suicidios, obsesiones, desastres, etc., amargas profundas e incomprensibles por las fuerzas humanas, para cada uno en particular y para las sociedades de la Tierra y de lo Invisible. Algunos de esos delincuentes, integrados hoy en las claridades de la Tercera Revelación, como reencarnados, reconstruyen lo que en aquella época destruyeron.

De esta forma, fue sugerido a la atribulada entidad la visita a las antiguas tierras de La-Chapelle, en el intento de

apartarla del ambiente mórbido y deletéreo, reteniendo impresiones chocantes, de la ciudad de París, ya que la idea de tal visita, en busca de Ruth, sería el punto de apoyo con el que contaba para el despertar del pobre pecador, en la vida de Más Allá, el choque de la conciencia y sentimental más eficiente para encaminarlo al estudio de la propia situación y alcanzar la alborada del progreso.

En el Más Allá, se hizo bastante conocida esta exposición: la mente espiritual crea con facilidad, por un acto de la propia voluntad, que lo mismo puede ser razonado y, por tanto, provocado, meticulado, perfecto, como espontáneo e involuntario, los propios escenarios o ambientes en los que preferirá vivir. Ese escenario será siniestro y tenebroso, bello y artístico, suntuoso o modesto, según sean las posibilidades y méritos de cada uno para ejecutarlo, el poder de su voluntad y de su progreso, su desarrollo moral-intelectual, su simplicidad y su desprendimiento o sus necesidades. Frecuentemente, las entidades portadoras de mayor adelantamiento o méritos edifican para sí el ambiente que mejor les habla al corazón y a las necesidades; y, bajo el cincel caprichoso de la propia voluntad, sirviéndose de esencias y fluidos cósmicos que el poder de la Creación diseminó por el Universo, como origen fecundo e infinito de todo cuanto existe y existirá, crean para sí mismas, como para otros por quienes se interesan, solos o reunidos en grupos afines, los paisajes y los escenarios que desearan.

Así fue, por tanto, que la familia de La-Chapelle, en el intento de reunirse de vez en cuando para recordar dulcemente el pasado terreno que tan grato le fuera, decidió edificar, valiéndose del poder mental vigoroso que poseía, en las inmediaciones atmosféricas del lugar donde en otro tiempo se levantaba su residencia terrena, una reconstrucción fluídica de la misma. En ese auspicioso asilo espiritual continuaba Carlos Felipe la evangelización de las almas frágiles y sencillas, recién desencarnadas, sedientas de luz y bienestar, desconocedoras aún de las verdaderas enseñanzas cristianas, e incluso de individuos aún presos a la existencia corporal, cuyos Espíritus eran atraídos para allá durante el sueño del

envoltorio carnal, recibiendo así esclarecimientos evangélicos, mientras dormían.

Tratándose de una pequeña falange de individualidades espirituales dotadas de pronunciados méritos, porque estaban dedicadas a la legítima causa del Bien, además de que también eran intelectuales y artistas de gran sensibilidad, la reconstrucción fluídica de la mansión se presentó como un cenáculo de indescriptibles bellezas, joya de arquitectura estructurada con rayos de luces multicolores, en neblinas y gases centelleantes, cuya visión arrebatava. Tal como a muchos otros Espíritus necesitados venían haciendo, en el afán bendito de ayudar y consolar incansablemente, esperaban atraer hacia allí mismo a la infeliz oveja extraviada, es decir, a Luis de Narbonne, en un afectuoso trabajo de protección, mirando su reforma moral espiritual. Y así fue que, mientras el sufriente Espíritu de Luis se debatía contra los propios prejuicios, allí permanecían, pacientes y vigilantes, en oraciones y súplicas para que este se animase a buscarlos. No les sería lícito, ante las leyes morales que rigen la evolución de los individuos, partir en busca del protegido, solicitando con él para que se animase a retornar al Castillo, reuniéndose con la familia, lo que también sería un gran paso para la rehabilitación que se hacía necesaria. Habían hecho lo que les fue posible, así que en él descubrieron aspiraciones a un mejor estado de conciencia: atraerlo hasta allí, privarlo del ambiente angustiante de la ciudad de los Valois-Angoulême, llevarlo a recordar los indestructibles lazos que espiritualmente lo unían a los de La-Chapelle, y que fueron olvidados por el orgullo y la pasión sectaria durante la encarnación; favorecerle la posibilidad de un severo examen de conciencia con la visión deslumbradora de toda la familia – su familia – amorosamente reunida para esperarlo. Y permanecían atentos al primer impulso del bien amado rebelde: luces proyectadas sobre él, convidándolo a orientarse, a examinarse en las tinieblas de los propios padecimientos, para que de una vez se decidiese a resoluciones heroicas.

¿Cuánto tiempo llevaba el condenado vagando alrededor

del Castillo centelleante y lindo, ardiendo en deseos para entrar también allí y lanzarse a los brazos de aquellas criaturas amadas en otras vidas, pero considerándose, así mismo, indigno de tal felicidad?...

¿Cuántas veces traspasó aquellos portones solemnes, cruzó los patios y después volvió, desanimado, deshecho en lágrimas?...

¡Él mismo no podría medir el tiempo que tal suplicio moral había castigado su alma! Para la entidad sometida a tal martirio, los minutos se figuran siglos, las horas serán intensas como milenios... y, hundidos en el propio dolor, pierden la noción del tiempo para creerse sumergidos para siempre en el horror que cavaron en el propio ser, horror que, en el Más Allá, es el infierno del alma delincuente y endurecida...

Pero, un día despuntó la aurora de resoluciones heroicas para el infeliz de Narbonne.

Se sentía exhausto. Un impulso afectivo irreprímible, una melancolía impetuosa de aquella familia que él sabía que estaba reunida esperándolo, lo llevó nuevamente hasta los patios, que estaban igualmente iluminados por auroras irisadas. Llorando entró, corriendo, las puertas siempre abiertas... Subió, loco de ansiedad e impresiones atormentadas, las inmensas escaleras, que estaban cubiertas por largas alfombras, y donde danzaban rayos sutiles y policromados de un Sol desconocido, incomparable (38). Venció el primer piso y se encaminó hacia el segundo, donde sabía que estaba reunida la asamblea... Lo guiaba, como siempre, la dulce melodía al son del arpa... y ahora sólo había cortinajes...

En un fuerte impulso, como la primera vez, él rompió la frágil barrera, penetró en la sala y se orientó...

Sí, allí estaban todos...

(38) Ver *La Génesis*, de Allan Kardec, cap. XIV – Los Fluidos.

La Condesa Carolina se levantó por segunda vez,

tendiéndole los brazos... Se levantaron los demás, respetuosos, solemnes, mientras los niños sonreían, satisfechos... A la tribuna, Carlos Felipe, el predicador del Evangelio del Señor, pasaba una página del Libro Sagrado, aún puesto sobre el estante de la mesa, delante de él... Y la melodía evangélica penetró, conmovida y edificante, en el receso del alma de aquella oveja que retornaba al redil, a través de la lectura expresiva del versículo 7 de Lucas, en el capítulo 15:

- "...Pues bien, os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse."

Entonces un llanto convulsivo hizo eco por la sala como un grito solemne de triunfo. Luis de Narbonne, sofocado por las propias lágrimas, se lanzó a los pies de la Condesa Carolina, su madre de otras etapas reencarnatorias, cuya nostalgia se conservaba latente, inextinguible, en toda la trayectoria de la existencia que acababa de dejar... Cubrió de besos fervorosos sus manos delicadas y traslúcidas y los pliegues de sus vestidos vaporosos como las neblinas iluminadas del Sol, mientras clamaba inconsolable:

- ¡Perdona, madre querida e inolvidable, perdona, por Dios! Perdonadme todos vosotros... yo os suplico... ¡Perdón, Dios mío! ¡Perdón, Dios mío!...

Se aproximó al viejo Conde. Llegó Carlos Felipe, el primogénito, que se diría el preceptor espiritual de la pequeña falange, como también lo fue durante el aprendizaje terreno... Y toda la familia, cada uno a su vez, puso en la frente humillada del culpable el beso santo del amor espiritual.

Carolina lo tomó en los brazos, aproximándolo afabilidad de encuentro al corazón, como solamente las madres lo saben hacer, y, tras su beso materno en aquella frente torturada, susurró dulcemente, para que sólo él y el Todopoderoso pudiesen oírla:

- Duerme, hijo mío, sobre el corazón de tu madre... Y Luis de Narbonne, finalmente, durmió en los brazos maternos...

EL ANTIGUO PACTO

La primera impresión que de Narbonne sintió, al despertar, fue de vergüenza, ante la familia espiritual reunida para recibirlo en la vida de lo Invisible. Una tristeza infinita se manifestaba en su individualidad espiritual. No obstante, ahora se encontraba en la misma sala, sentado sobre una gran almohada de felpa, que los pequeñitos le ofrecieron, en el estrado en que se dejara estar la Condesa. Lo rodeaban todos los hijos del viejo matrimonio, sus esposas y sus cinco hijos, en actitud amiga, reconfortadora. Él los contempló uno por uno y después pasó la mirada interrogativa por los rincones del salón, buscando a alguien más que no se encontraba presente. Sin embargo, se calló, fiel a la antigua disciplina conventual, que prohibía indagaciones de cualquier naturaleza delante de superiores, pues Luis de Narbonne reconocía su propia inferioridad ante la familia de LaChapelle. Pero, de pronto, exclamó en un largo suspiro, mientras besaba las manos protectoras de aquella a quien consideraba su verdadera madre:

- ...Y decirse que vuestra generosidad me recibe también como hijo y hermano... unido a vosotros por indestructibles lazos espirituales...

- Así es, querido hijo – respondió el viejo Conde Felipe – más de una existencia planetaria nos has visto unidos en el mismo círculo familiar, tú inclusive... Espiritualmente jamás estaremos separados, aunque experiencias importantes para el progreso individual, a veces, nos obliguen a una u otra reencarnación a estar fuera del círculo afín, como acaba de suceder contigo...

- Fracagé, bien lo sé, en esa dura experiencia que me fue necesaria... No dejo de ser un réprobo ante aquellos a quienes

más amo...

¿Qué digo yo?... Ante mí mismo y del propio Dios...

- No será para tanto... Más tarde examinarás mejor la situación en la que te encuentras – cortó la Condesa, deseando no verlo afligirse inútilmente. Por ahora agradezcamos al Señor por la satisfacción de la gran victoria de ver a Luis volver voluntariamente a nuestros brazos...

Sin embargo, él vagaba con la mirada por los rincones del salón por segunda vez, buscando a alguien que continuaba ausente. Vieron que un profundo suspiro exhalaba de su pecho sufriente, y comprendieron todos a un mismo tiempo:

- Busca a nuestra pobre Ruth...

Oraron, fervorosamente y sumisos, en el culto sincero al Altísimo. La oración, hecha en común con los seres amados, lo reanimó poderosamente. Se diría que bálsamos revitalizantes encendieron nuevas energías en su alma. Los niños lo rodeaban, puros y sonrientes, mirándolo con interés. Los acarició, benévolo... y reparó largamente en tres de ellos, como si un precioso trabajo de reminiscencias se operase en su conciencia... Finalmente los abrazó, con efusión y cariño, mientras derramaba copiosas lágrimas, susurrando, tembloroso y aterrorizado, quejas entrecortadas:

- ¡Dios del Cielo! ¡Mis hijos! ¡Fueron mis hijos, Señor!

- Sí, Luis, estos pequeñitos fueron tus hijos, en una existencia anterior a esta que dejaste – confirmó la Condesa Carolina.

Los recuerdos de las migraciones terrenas, anteriores a la que finalizó en los subterráneos del Louvre, acudieron entonces, a tropel, haciéndolo sufrir, pues ahora comprendía, tardíamente, el terrible error en que incidió, haciendo víctimas a aquellos mismos a quienes más había amado, en el pasado remoto de su destino.

Carlos Felipe, no obstante, puso las manos diáfanas

sobre su frente, en un compasivo gesto de solicitud, y advirtió, grave y conmovido:

- Sí, fueron tus hijos, a quienes mucho amaste en pasadas vidas, a quienes continuas amando tiernamente, como Espíritu... Para evitar situaciones dolorosas como la tuya, en el mundo espiritual, mi pobre Luis, el Creador nos dio el código supremo de su ley, que prescribe el máximo mandamiento del **Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo** – pues aquel que respeta a Dios debidamente y ama a su prójimo, será incapaz de cometer una acción ofensiva contra quien quiera que sea... será incapaz, incluso en migraciones terrenas en que los intereses espirituales lo obligaran a reencarnar sin la compañía de sus entes queridos, de herirlos de forma irremediable, como lamentablemente acabas de hacer para tu propia desgracia... Como puedes ver, Luis, la Ley Suprema protege la evolución del individuo, trazando para él felices derroteros que conducen a la paz de la conciencia, que es también la plenitud del cumplimiento de sus postulados... y que el propio individuo, descuidado e impulsivo, desviándose de ellos, preso a sus pasiones, es que para sí mismo abriera los abismos del Dolor, de los cuales no se levantará mientras su conciencia permanezca desarmonizada consigo misma... No lamentes excesivamente ese pasado en el que acabas de sucumbir a la tentación del poder arbitrario, del fanatismo sectario... Reflexiona antes de adquirir fuerzas para la rehabilitación que se impone... y ten esperanza y ánimo fuerte, que el Señor sabrá proveerte de lo que necesites para poder vencer...

Mientras tanto, Ruth, la hermosa renana, a quien el Espíritu atribulado del Capitán de la Fe buscaba con ansiedad en la reunión espiritual en la que tomó parte, vivía aún su existencia terrena, razón por la cual no se podría encontrar allí entre los suyos – aunque tuviese méritos para eso.

Continuaba al lado del esposo, amargando, no obstante, presa a un lecho de dolores, los últimos días de su desgraciada existencia. En los primeros tiempos después del matrimonio, logró días menos tormentosos, gracias a la paciencia y docilidad del marido, verdaderamente fraternales. Pero, con el paso del tiempo, agravándose su singular estado de aprensiones y remordimientos por el drama que creara para el hombre que, aunque culpable, tanto la había amado, no consiguiendo un solo día de paz, convirtiéndose en un legítimo infierno la vida que arrastraba. Federico se deshacía en atenciones edificantes, pues amaba a la esposa. Fervoroso adepto de la Reforma, intentaba atraerla para el culto consagrado del Evangelio, seguro que de ahí obtendría inestimables beneficios para la recuperación moral. Pero, Ruth, que confesaba haber traicionado el Evangelio al vengarse de de Narbonne, se negaba a atenderlo, diciendo que no era digna ni siquiera de tocar a aquel con los ojos. En vano Federico requería para ella los mejores médicos del país e intentaba distraerla con fiestas y viajes. Pronto, la joven renana se cansó, diciendo que prefería conservarse ajena al mundo, viviendo con sus propios recuerdos. Federico era joven y poderoso. Mientras se conservaba dignamente en su puesto de príncipe y de esposo, poco a poco se resignó a la indiferencia de una esposa que, aunque confesaba que lo amaba, no ocultaba que también quería mucho a los recuerdos de otro hombre... y, de ese modo, sintiendo que el corazón se le destrozaba, procuró liberarse de las torturas de las aprensiones entre las alegrías y ruidos de la sociedad...

Ruth entonces se vio frecuentemente sola entre las sombras del inmenso castillo de su generoso esposo. Un estado acentuado de neurastenia dominó sus nervios, y durante horas y días enteros se entregaba a tristezas agudas, presa a una ventana, mirando al horizonte que indica a Francia o sucumbiendo a un continuo llanto, yendo y viniendo por las salas y corredores de la gran residencia; bajando y subiendo escaleras, hasta caer cansada, exhausta, pronunciando el nombre de Luis de Narbonne tiernamente, rogándole perdón por la traición ignominiosa ; después, clamando por su madre y por su inolvidable Carlos, suplicando socorro contra el

espectro de Otilia de Louvigny, que la torturaba, afirmándole que ella misma, Ruth, no cumplió con el juramento prestado en otro tiempo, pues Luis, que fue preso, se encontraba ahora en libertad, transitando por las calles de París y hasta por los campos de La-Chapelle.

El hecho era, no obstante, que, realmente, el Espíritu odioso de Otilia, detenido en su pecaminosa inferioridad de obsesor de Luis, se volvía ahora contra la propia Ruth, con mayor influencia que nunca, por cuanto, hallándose con el Espíritu ya liberado del infeliz Conde de Narbonne, y no poseyendo claridad de raciocinio para comprender que el desgraciado sucumbió en la prisión, liberándose de esta, gracias a la muerte del propio cuerpo carnal, lo suponía evadido, pues su amiga de infancia, por él ciertamente apasionándose, la despreciara, favoreciéndole la fuga y, de ese modo, dejando de cumplir el juramento prestado sobre las páginas de la Biblia, de perjudicarlo para vengar la muerte de Carlos Felipe. Se tramaba entonces el gravoso enredo psíquico, bastante común en el Más Allá entre cómplices de un mismo crimen: Enfurecida contra la infeliz joven e identificada plenamente con esta por los sentimientos bastardos de los cuales resultó el pacto demoníaco – eslabón de tinieblas que las ataba al ámbito de vibraciones análogas – se volvía hacia Ruth, ejerciendo posesión mental definitiva, como antes ejerciera la sugestión. Era la obsesión formal, irremediable, tan común en todos los tiempos entre aquellos que se desvían del cumplimiento de las leyes del deber. Y esto sería para la desgraciada Ruth-Carolina el justo resultado del sacrílego irrespeto a las normas evangélicas que, como adepta de la Reforma, no podría desconocer.

Frecuentemente Federico o Dama Blandina, viéndola excitada, presa de angustiosas depresiones, estado tan común a los individuos que se dejan obsesar por los Espíritus inferiores, la invitaban a la oración, pidiendo para que accediese en participar del culto diario, como es costumbre entre los reformadores. Pero, la respuesta fría, desoladora como el propio drama que oscureció su vida, anulaba los buenos propósitos de aquellos amigos que serían como guías

compasivos que le señalasen el único recurso posible para remediar tantos infortunios:

- ¡No puedo, no puedo! ¡Vivo sumergida en tinieblas! No soy digna de las luces del Evangelio... Me desentendí de él, desobedeciendo sus mandamientos... Soy una renegada... irremediabilmente una pérdida...

- Ruth, mi pobre amiga, – insistía Federico, angustiado, pero convicto – el Señor vino a este mundo por amor a los pecadores... Arrepiéntete de tu crimen... Ora en secreto a nuestro Padre y Creador, rogando su complacencia... Practica obras meritorias de amor al Bien... y verás cómo los bálsamos celestes aplacan las inquietudes de tu conciencia...

Pero, la respuesta volvía, en su tono irritante, intransigente y helada como la propia desolación que la aniquilaba:

- ¡No puedo, no puedo! ¡No hay perdón para mí en las leyes del Eterno!

¡En esa infernal disposición, sin haber logrado un único día de felicidad y haciendo infelices a cuantos la rodeaban, Ruth venció doce largos años! Intentó conseguir noticias de Luis de Narbonne, con la esperanza de que serían exactas las reprobaciones del fantasma de Otilia, que la acusaba y perseguía por creerla infiel, favoreciendo la fuga de aquel. Para eso, convenció al marido para que enviara un agente secreto a París, a fin de investigar el paradero del infeliz Capitán de la Fe. Durante el tiempo de espera, se sintió reanimada, en la expectativa de que sería probable que este, teniendo tantas relaciones entre la nobleza, lograra escapar a la trampa que ella y Catalina habían preparado, lo que la eximiría de los remordimientos que la azotaban. Pero, transcurridos tres meses de angustiosa expectativa, el sirviente volvió, asegurando que, a pesar de los esfuerzos emprendidos, solamente consiguió obtener la versión de que el Conde desapareció inexplicablemente de la noche a la mañana, sin que jamás se supiese su paradero... constandingo, no obstante, que la Reina madre lo tendría prisionero, en

alguna mazmorra secreta...

Entonces ella cayó en la fragua consumidora de su infierno, mientras, a su vez, Otilia indignada la torturaba, pidiéndole cuentas del enemigo a quien quería perjudicar, al cual acababa de perder de vista...

Ahora, gravemente enferma, desfallecida bajo la devastación de una severa dolencia del pecho, se esperaba en cualquier momento su desenlace. Bondadosos amigos velaban por ella, fieles a la consideración por el respetable titular que le diera el nombre, mientras este, esposo dedicado hasta el fin, y apoyado en una generosa conducta evangélica, leía y releía a la cabecera de la agonizante consoladores pasajes bíblicos, como deseando crear, para la infeliz descendiente de los nobles de La-Chapelle, la posibilidad de calma de conciencia para la hora solemne de su tránsito.

Hacia ya algunas horas que la hermosa Ruth-Carolina había entrado en agonía. De pie, delante del lecho, bendiciendo a Dios por haber permitido cesasen los tormentosos sufrimientos de aquella linda joven, que si mucho erró también padeció y expió mucho, Federico de G... enjugaba discretas lágrimas, acompañado de familiares y amigos. En cierto momento, la agonizante abrió desmesuradamente los ojos, como si la vida desease volver al debilitado organismo. El deslumbramiento de consoladoras sorpresas pareció que transfiguró su rostro ya alcanzado por el abatimiento de la muerte... y una dulce sonrisa floreció en aquellos labios que desde hacía muchos años habían olvidado el contacto de las alegrías del mundo. Ella levantó un poco la cabeza, en un gesto imprevisto, y extendió los brazos hacia el vacío, exclamando débilmente, causando asombro entre los presentes:

- ¡Madre mía! ¡Padre mío!, ¡Luis de Narbonne! ¡Oh, Luis! ¡Hasta que por fin vinisteis todos a mi encuentro!...

Cayó desfallecida sobre las almohadas... y en aquella misma noche Federico de G... le cerró los ojos, piadosamente...

CONCLUSIÓN

LA CARTA MAGNA

“El hombre sufre siempre la consecuencia de sus faltas; no hay una sola infracción a la ley de Dios que no tenga su castigo. La severidad del castigo es proporcionada a la gravedad de la falta. La duración del castigo por cualquier falta que sea, es *indeterminada; está subordinada al arrepentimiento del culpable y a su vuelta al bien*; la pena dura tanto como la obstinación en el mal; sería perpetua si la obstinación fuera perpetua; es de corta duración si el arrepentimiento es pronto.”

(ALLAN KARDEC – *El Evangelio según el Espiritismo*, cap. XXVII, 21.)

Esta historia, lector, no tiene, entretanto, un verdadero desenlace. Antes será el drama colectivo de una Humanidad en choques consigo misma, recalcitrante contra la urgencia de levantarse para la finalidad gloriosa que le espera en el seno de la verdadera vida: la espiritual. No obstante, en los días modernos se desarrolla, sobre los planos terrestres, el epílogo de ese drama brutal que acabamos de exponer, para iniciarse una nueva fase del progreso para los volúmenes que en él se

movieron. No dictamos una ficción. A través de la ligera fantasía del romance – siempre agradable a los corazones sensibles y sencillos, para los cuales nos gusta escribir – citamos hechos que realmente se llevaron a cabo entre personajes aquí disfrazados, bajo otros nombres.

Muchos de los dolorosos acontecimientos que agitan a las sociedades terrenas tuvieron su origen en los días sombríos de las persecuciones religiosas de Europa, las cuales se extendieron durante siglos en el seno de las Iglesias organizadas y aliadas a los poderes civiles. Los oprimidos que no supieron olvidar y perdonar a los opresores, y opresores hoy alcanzados por el dolor del verdadero arrepentimiento, ahora se dedican – en las últimas etapas para la prestación de cuentas a las leyes gobernadoras del progreso de la Humanidad – a la propia rehabilitación, realizando penosamente, dentro o fuera del Consolador, tareas liberadoras a la luz del Evangelio de Cristo, que unifica los corazones sin decepcionarlos jamás. Dramas, lágrimas, trayectorias dolorosas, muertes desastrosas o ignominiosas, indicadoras de improrrogables y terribles expiaciones, e incluso suicidios por obsesión, que hoy hieren a los individuos de un lado a otro de la Tierra, muchas veces crearon su origen en aquellos maldecidos días de San Bartolomé y demás persecuciones, cuyas repercusiones aún ocultan muchas conciencias. De este modo, los personajes de esta historia, más directamente unidos a aquellos acontecimientos, viven en el presente en la Tierra sus últimas etapas expiatorias, a fin de merecer alcanzar los planos normales del aprendizaje redentor. Los vemos, a Luis de Narbonne y Ruth de La-Chapelle, dedicados y sumisos, unidos por lazos indestructibles del amor espiritual, afectos a la labor de la Siembra Divina en las huestes constructivas e inmortales del Consolador, ambos ignorándose, pero espiritualmente buscándose a través de la efervescencia de las vibraciones afines, mientras emplean todas sus mejores energías y voluntades en pro del engrandecimiento del Evangelio, sobre el cual en otro tiempo escandalizaron. Y, bajo el patrocinio fraterno de aquel adorable Carlos Felipe, que desde el Más Allá protege sus pasos e inspira sus tareas en torno del deber, fortaleciéndolos en momentos

críticos o angustiosos, enalteciéndolos para la adquisición de méritos dignificantes, será de esperar que, para el advenimiento esperanzador del Tercer Milenio, que se avecina, cuando tantas transformaciones morales se operarán en el Planeta, ambos consigan un lugar destacado en la falange de Espíritus que continuarán reencarnado en la Tierra para merecer servir junto al Maestro y Señor, dentro de atribuciones gloriosas:

- “Bienaventurados los mansos, porque poseerán la Tierra...”

Una vez liberada de las formas carnales, Ruth de La-Chapelle, tras el período de perturbaciones comunes al desprendimiento del Espíritu de su túmulo carnal, se vio, por así decirlo, reunida con Luis de Narbonne y a aquellos que fueron sus padres terrenos, es decir, la Condesa Carolina y el Conde Felipe. Sin embargo, no logró tener la posibilidad para volver a la convivencia con su hermano Carlos Felipe y los demás seres amados. Por una concesión misericordiosa de los planos espirituales superiores, suplicada por la misma Condesa Carolina, le fue permitido a Ruth, ahora desencarnada, la presencia de esa madre amorosa y dedicada, que entrara a esforzarse por un trabajo de reeducación en el Espíritu de la hija, cuyo carácter rebelde se prestara a una acción criminal que contrariara los códigos de la Fraternidad recomendada por la ley máxima de la Creación. Luis de Narbonne, entretanto, fiel a su inmenso amor, podía permanecer a su lado el tiempo que desease, y él lo hacía con gran desprendimiento de sí mismo, prefiriendo permanecer con ella en las regiones inferiores de la propia Tierra, soportando a su lado prejuicios inherentes a la situación que ya no le era pertinente, a abandonarla para alcanzar mejor condición a que sus grandes sufrimientos, heroicamente soportados, y su muy sincero arrepentimiento habían hecho justo. Sin embargo, él estaría cuando lo desease, entre aquella familia amada, oyendo sus consejos, disfrutando la

satisfacción de un aprendizaje cristiano bajo el cuidado de Carlos Felipe, que lo colmaba de atenciones e inmenso cariño. Pero, era siempre al lado de Ruth donde prefería estar, lo que, si por un lado le concedía méritos, ya que demostraba la elevación del corazón que supo olvidar ofensas y ultrajes, por otro retardaba su progreso personal, paralizándole las tentativas de reparaciones urgentes del pasado pecaminoso. Para Ruth, la presencia de aquel a quien tanto mintió y traicionó, en la Tierra, traducía un suplicio permanente, fuente de pesares y desilusiones insoportables. La vergüenza de verse por él reconocida en toda su indigna actuación de intrigante e hipócrita, la humillación de ser desenmascarada ahora, delante de él, como cómplice de Catalina de Médicis, para su pérdida; el disgusto de reconocer cuanto él sufrió bajo su venganza, y que, en ese momento, él era recibido y acatado en el seno de aquella generosa familia que sucumbió a un exterminio bajo su comando, mientras ella, Ruth, era exilada del grupo afín, justamente porque pretendió vengar en él la desolación ignominiosa – y no poder huir de él y ocultarse, porque él la buscaría y la encontraría en cualquier parte donde se exilase, constituía un castigo para su conciencia, que en aquel rostro triston y sufriente era obligada a reconocer un amigo de ella misma, cuya devoción sólo se compararía a la que Carlos Felipe le profesaba.

Ciertamente ya no lo odiaba. Liberada del asedio de Otilia de Louvigny, por la intervención de Carolina, Ruth sentía revivir en el corazón espiritual aquella singular atracción que la impulsaba hacia él, en una paradoja que en otro tiempo la aterraba. Los remordimientos, que hacían infeliz su vida al lado de Federico, trasplantados con ella para el Más Allá, continuaban sin permitirle treguas. Y el pesar de ver a Luis prácticamente rehabilitado ante su familia, mientras que a ella no le sería posible sino entrever a sus venerados padres, constituía el infierno en el que se sumergía su individualidad, negándole cualquier posibilidad de tranquilidad y paz. Además, en el transcurso de las tentativas de su madre, para la instrucción a ambos en la cuna de las rehabilitaciones, les fuera facultada la posibilidad de levantar de los arcanos del alma los recuerdos del pasado, en antiguas existencias. Y así,

se reconocieron unidos por lazos afectivos desde épocas remotas, habiendo sido esposos en una etapa más reciente, cuanto entonces, él fue hijo de esa familia generosa, y ella la madre de sus hijos queridos... hasta que, separado él, Luis, de ella y de la familia para nuevas experiencias reencarnatorias, necesarias para la carrera de un Espíritu, ambos habían fracasado, no mereciendo volver a participar de la gloria de continuar junto a ella reencarnando, mientras no se elevaran a la altura de la dignidad espiritual de la misma familia.

Se hizo insostenible la situación de Luis y su amada Ruth en el Más Allá. El ámbito en el que se movían, limitado e inferior, no les permitía posibilidades satisfactorias de progreso. Ambos, desolados por las caídas del pasado, almas tristes y pesarasas, apocadas por los humillantes recuerdos de los antiguos errores, no lograban horas de satisfacción en parte alguna, sino eterno luto envolviéndoles el corazón aterrorizado ante las consecuencias de los propios desatinos. Luis, mientras, se mostraba arrepentido, dispuesto a soportar todo, fuese en el Espacio o en una nueva reencarnación terrestre, a fin de liberar la conciencia de las sombras ultrajantes del orgullo religioso que lo hiciera aliarse a Catalina de Médicis para perseguir a indefensos hijos de Dios, cuyo único crimen era pensar de forma diferente de él mismo, en materia religiosa. Pero, Ruth, si no lo podía odiar más como lo hiciera antes, se conservaba rebelde e inconsolable ante la imposibilidad de la convivencia con los suyos, y muchas veces, dominada bajo crisis de depresiones crueles, volvía a las blasfemias y a las exasperaciones, y se entregaba a llantos furiosos que recordaban el crujir de dientes de la parábola cristiana, mientras vociferaba maldiciones irrespetuosas, para que entidades tan pecadoras como ella la oyesen y con ella se impresionasen hasta lamentaciones idénticas, con sus gritos produciendo aterrorizadores coros:

- “¿Dónde está la justicia ensalzada de aquel Dios del que en otro tiempo me hablaban?... ¿Acaso existirá, ni

siquiera?... Si existe, ¿por qué me abandona a padecer así?... ¿Cómo se conciliará esa divulgada justicia con las incomprensibles desgracias que me alcanzaron?... ¿Entonces?... Veo a mi familia tan amada diezmada por una cohorte de miserables... Un miserable, que la comanda, más cargado de infamias que los demás, irrumpe un día en mi hogar, hasta entonces alegre y feliz... asesina despiadadamente a mis seres más queridos... yo quedo sola en el mundo, desamparada y desgraciada a los dieciocho años de edad... me vengo del rencoroso asesino... y al finalizar el balance de las responsabilidades, el desgraciado destructor de vidas puede gozar de la convivencia de mi familia – la misma asesinada cruelmente por él, porque también es la de él mismo, desde vidas pasadas –, Carlos mío, protégelo, edúcalo, consuélalo... ¿mientras yo ni siquiera podré verlo a él, Carlos?... ¿Practico un acto de justicia entregándolo a la prisión, para que jamás vuelva a desgraciar a nadie, y ahora estoy atormentada por visiones macabras, de los más atroces remordimientos?... ¿Y también reconozco en lo profundo de mi alma confusa y condenada que amo a ese desgraciado?... ¿Estaré acaso loca en la inmensidad de los infiernos?... ¿Por qué lo amo tanto?... ¿Qué efervescencias diabólicas tejen en mi alma celadas así de incomprensibles y absurdas, para que yo me debata en el horror de amar al asesino de aquellos a quienes más amé?... ¿Qué paradoja es esa, de amarlo y odiarlo a un mismo tiempo?... ¡Lo amo! ¡Lo odio!

¡Lo quiero y lo repito! ¡Si se aproxima me aterrorizo, y deseo huir! ¡Si se ausenta, sufro y me deshago en lágrimas, herida por el dolor de la melancolía que me causa la ausencia de la afectuosa bondad con que, en mi desgracia, me sabe dispensar! ¿Estaré acaso fijada en el infierno eterno, del que trata la Biblia?... ¿No volveré a vivir, entonces, jamás, con mi Carlos y con aquellos a quienes amé?... pues sé que, seguramente, estarán habitando en el Paraíso... Pero... ¿Cómo puedo estar en el infierno si Luis viene hasta mí y después regresa al Paraíso, es decir, a la Mansión de La-Chapelle?...”

Tan grave situación de ambas entidades implicadas, en claudicaciones tan pertinaces, era incomprensible en el mundo espiritual. La necesidad de volver a la Tierra, en vestiduras carnales, a fin de olvidar el flagelo de las pasiones cuyas consecuencias morales, intransigentes por la intensidad del estado espiritual, los desorientaba, urgía para intentos la ventaja de la propia mejoría. Comprendiendo, penalizado, el

estado deplorable de los dos delincuentes, Carlos Felipe y sus familiares aconsejaron a Luis para que se animase a una nueva vida sobre la Tierra, de labores constructivas y expiatorias, donde las leyes eternas fuesen testigo del propio arrepentimiento por los despropósitos cometidos en nombre de la Fe, mientras con él oraban rogando a las Fuerzas inspiradores de lo Alto lo que mejor le conviniese. Durante ese período de preparación, indispensable, no obstante, Carlos lo instruía en las leyes del verdadero Cristianismo, desconocidas por él hasta entonces, no obstante sus largos estudios teológicos a la sombra de un credo mezclado de prejuicios humanos, leyes sublimes y redentoras que lentamente perfeccionaban su alma para la posibilidad de emprendimientos futuros, cuyas perspectivas lo impresionaban y conmovían. Su apego a Ruth, inquietándolo poderosamente, imposibilitaba la serenidad necesaria para el magno hecho, ya que no ignoraba que la reencarnación en vista se llevaría a efecto con la separación temporal entre ambos, a fin de que presidiese mayor tranquilidad los testimonios a presentar.

Pero, la Reencarnación es ley que se impone al Espíritu rebelde, destituido de méritos, cuya pesada conciencia antes se afina con las sombras terrenas que con las claridades espirituales, como la muerte carnal es ley que se impone al hombre. No es raro, cuando más grande es su carácter inferior, él es arrastrado al nuevo cuerpo por el orden natural e irresistible del progreso espiritual, y a ella se entrega entonces casi totalmente desconocedor de lo que pasa alrededor de sí... como alguien que desencarnase repentinamente, sin prever absolutamente el desenlace que lo acechaba en un accidente, en el teatro, o paseando. A Luis no le era extraña la necesidad de una reparación constructiva, en vista de los desatinos cometidos. La aceptaba de buen grado, la quería, siempre que de ahí resultase la rehabilitación de la propia conciencia. Pero, no lograba tener las fuerzas suficientes para renunciar de Ruth, aunque fuese temporalmente... y por eso se oponía en la separación que se imponía para su propio beneficio. En cuanto a la endurecida entidad Ruth, abstraída en las sombras de sí misma, no pedía

más que la pusiesen al lado de Carlos Felipe, haciéndola volver al hogar que tanto amaba. Penalizados, obreros espirituales, portadores de la divina caridad, deseosos de tener oportunidades de alivio para sus rudos sufrimientos, ordenaron a Carolina de La-Chapelle, única entidad radiante que, como madre que fuera, estaría en condiciones vibratorias para hacerse comprender y obedecer por la infeliz incrédula, que la preparase para la vuelta a la reencarnación, única medida eficiente para su reeducación a base de testimonios y pruebas redentoras.

Fiel al deber, como al desempeño maternal, la Condesa Carolina, cierto día, tomó en sus brazos a la hija como siempre deshecha en revoltosas lágrimas. La abrazó dulcemente al encuentro de su corazón, como en los días de su infancia, y le habló con la persuasión que solamente las buenas madres consiguen en horas solemnes:

- “¡Sí! Hay un medio, hija mía, de poder reconquistar el derecho de poder reunirse con tu Carlos, así como con todos los que te aman. Existe un Dios Creador y Todopoderoso cuyas perfectas, inmutables y eternas leyes, que tú rechazas porque aún no las pudiste comprender, prescribe la supremacía del Amor gobernando el destino de las criaturas... Si, pues, amamos a ese Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos – tal como recomiendan aquellos dispositivos – estaremos armonizados con la Ley Suprema y todo sonreirá alrededor de nuestros pasos, las flores de una dulce e íntima alegría nos perfumarán la vida, las claridades de esperanzas siempre más arrebatadoras trazarán rumbos de luz para nuestras almas... Pero, si odiamos, si renegamos de nuestro prójimo y lo hacemos infeliz de una forma o de otra, si faltamos con el respeto y la obediencia a las mismas leyes, nuestras almas, nuestras vidas y nuestros destinos se inclinarán hacia el desequilibrio y la desarmonía, y las tinieblas de funestas desesperaciones se extenderán, interceptando nuestra marcha hacia los estados felices de conciencia... Entonces, todo será amargura, dolor, desencanto, decepciones, desilusiones...

“Traicionaste la Suprema Ley de Dios... ¡Odias, cuando la lección es Amor! ¡Tú te rebelas, cuando el consejo es la mansedumbre de la paciencia! ¡No crees, cuando todo el Universo nos atrae, convidándonos a la marcha ennoblecedora de los testimonios de sumisión a su Creador! ¡Vengaste ofensas, cuando el deber manda perdonar y olvidar los dolores sufridos por los consuelos del amor de Dios! ¡Te burlaste sobre las enseñanzas expuestas por el Emisario del Eterno, cuando la situación imponía que en ellos obtuvieses fuerzas y coraje a fin de enfrentar y dominar las crisis de lo Irremediable!

¡Traicionaste tu Fe, cuando en ella podías encontrar la virtud necesaria para vivir en paz, ensalzando el nombre del Señor en la práctica de las buenas obras, que tu fe te inspiraría!”

“Sin embargo, no todo está perdido para tu alma. ¡Eres inmortal! ¡Jamás te anularás en el seno de la Creación! Por eso mismo, mucho te convendría a ti que te armonizases nuevamente con las leyes supremas que infringiste, reparando los delitos que practicaste, corrigiéndolos, y de ese modo, ennobleciéndote ante ti misma y las mismas leyes”...

“El Ser Supremo, a quien no respetaste con los actos pecaminosos practicados contra tu prójimo – Luis de Narbonne, te ofrece a través de sus leyes una posibilidad de rehabilitación. Tal posibilidad es penosa, es dura, es amarga, pero será la única que lograrás obtener... Acéptala, pues, por el amor de Carlos Felipe, que te idolatra, por el amor de todos nosotros, que sufrimos por tu ausencia de nuestro círculo familiar... porque ese será el único recurso que te hará volver nuevamente a nuestros brazos... “

La atribulada entidad muy atenta, mirando el semblante de aquella que fuera su madre carnal, y que ahora, en el Más Allá, era su consejera y su vigilante espiritual, se emocionaba a cada nueva ponderación asimilada... y, comprendiendo que hubiera una pausa en la importante exposición, se atrevió a preguntar:

- Y esa posibilidad... de obtener nuevamente la dignidad

de volver con vosotros... ¿estará acaso al alcance de mis fuerzas?...

- Depende de ti únicamente...

- La acepto sea cual fuere...

- ¿Antes incluso de enterarte de qué se trata?...

- Tú, que me amas, no me aconsejarías sino algo muy digno y elevado...

Carolina le besó la frente y, conmovida, prosiguió:

- Se trata de renacer otra vez sobre la Tierra, para un aprendizaje no muy largo, pero doloroso, riguroso, en el cual expirarás el crimen atroz contra Luis de Narbonne... y la traición al Evangelio... el descanso por el propio honor personal... la infidelidad a todos los principios del Bien...

Ruth, rompió en copioso llanto, exclamando entre amargas convulsiones:

- ¡Oh! Fue por amor a vosotros que pretendí castigar a Luis...

- Por amor a nosotros, hija mía, por amor al Creador Todopoderoso, deberías haberle perdonado y no castigado, pues solamente nuestro Dios y Padre estará a la altura de ofrecernos correcciones... Vengándote de él, castigándolo, fue a ti misma a quien más heriste, ya que quedaste con la responsabilidad de infringir el supremo mandamiento de la Ley Eterna... Y no podrás alegar ignorancia de esa Ley, pues desde tu infancia oías que tu noble hermano nos enseñaba a todos: que el Evangelio del Señor recomendaba perdonar las ofensas no hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete...

- Yo sufría, madre mía, me veía desesperada y sola...

- Pero, sabías que el convite supremo a los sufrientes y desesperados es permanentemente lanzado por Jesús, a través de las páginas de su Evangelio: “Venid a mí, vosotros

los que sufrís, y yo os aliviaré...”

¡Dios jamás nos deja huérfanos, a solas, mi querida hija! Su misericordia se vale de aquellos que nos rodean para ayudarnos en las horas difíciles: Gregorio y Blandina, aunque eran humildes siervos, también eran inspirados por los Cielos para aconsejarte en nuestra ausencia, a fin de que te detuvieses en el declive en que voluntariamente te precipitaste... Y Monseñor de B..., en el momento supremo, fue el eco de nuestras voces que te aconsejaban a partir antes de concluir la traición...

- ¡Me equivoqué, madre mía! ¡Mi corazón sufría la falta del verdadero cariño! Todos los que me amaban habían partido hacia el mundo de las sombras...

- Dejáramos un compromiso matrimonial para ti, con un hombre probo, un corazón leal que sinceramente te quería... El propio de Narbonne te amaba por encima de todo...

- El fantasma de Otilia me perseguía, induciéndome al crimen, sin concederme treguas jamás, a fin de razonar serenamente...

- El fantasma de Otilia sólo te perseguía porque tus deseos, tus pensamientos e inclinaciones se afinaban con los de ella... Las lecciones de Cristo, respetadas y amadas, y la oración extraída del corazón te liberarían fácilmente del yugo obsesor de tu infeliz amiga...

Vencida, reconociéndose irremediabilmente culpable, Ruth se lanzó en los brazos de su madre y, llorando convulsivamente, exclamó resoluta y animosa:

- ¡Mandad, madre mía, y obedeceré! ¡Decid lo que es necesario que haga y yo lo haré! Que mi padre y mi Carlos me perdonen los errores que practiqué en desobediencia a las leyes de Dios, que deseo acatar para el futuro...

Carolina le puso entre sus manos, sonriente, un pequeño papel. Sorprendida, la sufriente entidad se detuvo,

examinándolo. Se trataba de una pequeña misiva, una carta. La abrió precipitadamente, reconociendo la caligrafía grande y fuerte del hermano bien amado... Y leyó, emocionada y palpitante, por momentos ansiosa y conmovida hasta las lágrimas, y otras veces llena de esperanza y confiado hasta la satisfacción y la alegría:

“... ¡Sí, mi Ruth! Será necesario, indispensable, incluso urgente, tu retorno a una nueva existencia, en la sociedad terrena, a fin de reparar las ofensas que tus inconsecuencias te hicieron a ti misma, a tu conciencia descendiente del Ser Divino y Creador, que rige el Universo sin fin... Vuelve a la Tierra, mi Ruth... Renace en otro cuerpo, en una cuna triste, rodeado de soledad y nostalgia, entre voces que parecerán hostiles a tu alma... y no por entre aquellas que, entre besos y caricias, te enseñaban el balbuceo de las primeras oraciones a Dios, en la Mansión nostálgica y amiga de La-Chapelle, donde fuiste adorada como los querubines en los Cielos... Paga, a las leyes eternas e incorruptibles de la Creación, el tributo de las infracciones en que incurriste cuando traicionabas los postulados del Amor, de la Fe, de la Moral, de la Honra, de la Lealtad, de la Fraternidad... de las virtudes personales, en fin, los cuales, nosotros, a quienes tú amas, te aleccionamos en nombre del Señor, entre afectos y cariños, con paciencia y buenos ejemplos, desde los días de tu infancia y por los albores de la juventud. Renace en un ambiente diferente de aquel que te fue tan grato... en un ambiente hostil, que te haga sentir la felicidad que perdiste al traicionar los principios honestos en que iniciaste tu marcha progresiva hacia Dios... y, ya que no supiste honrar el Evangelio, que guiaría suavemente tus pasos para la redención de tu Espíritu, fallando ante el primer testimonio que él te pidió, tras existencias turbulentas vividas por ti entre pasiones y errores, soporta una existencia entre disciplinas austeras e irremediables, en un **retiro religioso** donde aprenderás a dominar el orgullo que te perdió, donde las humillaciones impuestas por el régimen conventual extraigan de tu corazón la

voluntariedad que te llevó a la inconformidad con las peripecias de la existencia y a la rebelión contra Dios... ¡Sufré, llora, trabaja, lucha, sirve, obedece, ama y renuncia! ¡Pero, recupera de los escombros de tus desilusiones la Fe que dejaste que se aniquilase en tu alma! ¡Recupera la Esperanza que no supiste conservar para reanimar tu corazón, en las horas de angustia... y cultiva el Amor por tu prójimo, que, tanto como a aquellos a quienes más amas, es merecedor de toda tu solicitud y complacencia... porque, de ese modo, tal exilio será breve, pasajero y compensador... y será también el recurso que te hará volver a los brazos de aquellos que te aman... No sufrirás sola, mi Ruth, aunque escaseen amigos y afectos en tus trayectos... Aunque invisible a tus ojos de criatura encarnada, yo, sólo presentido por tu corazón a través de intuiciones consoladoras, yo me arrodillaré sobre tu nueva cuna, como ayer, en los muy gratos días de LaChapelle, velando por tu sueño y por tu triunfo sobre las tinieblas de tus pecados... Te aconsejaré en las horas de indecisión, sugiriéndote esperanzas, cuando las amargas, por muy intensas, amenacen vencer el coraje que necesitas para las situaciones que enfrentarás, idénticas a las mismas que creaste, por tu propia voluntad, para un hermano tuyo ante las leyes eternas... Enjugaré tus lágrimas de mil formas que las circunstancias me lo permitan... Te haré compañía, velando por ti y, posiblemente, dejándome ver por tu visión carnal, hasta incluso en la tiniebla de la fría mazmorra que te aguarda en el futuro, fruto del acto impiadoso que tuviste, lanzando en un subterráneo a aquel que, por amor del atormentado en el Calvario, deberías perdonar de buena voluntad... Y te esperaré aquí mismo... hasta que, redimida de tantos desatinos, vuelvas a mis brazos para el gozo de una felicidad sin ocasos... bendecida por el Eterno, armonizada con las sublimes leyes del Amor Divino y de la Fraternidad Universal. Ve, mi Ruth, este será el único recurso con el que podrás contar para vencer el abismo que en estos

momentos te aparta de los caminos dichosos que te conducirán a Dios... Ve... No busques otro recurso, porque no lo encontrarás... ¡No tendrás otro!... ¡No habrá otro!...

Ruth de La-Chapelle se inclinó a las prudentes exhortaciones del hermano bien amado. Renació para los servicios dolorosos de una serie de expiaciones y rescates, en la esperanza de, así, a través de lágrimas y sacrificios, aplacar la conciencia ultrajada y reconquistar el paraíso que perdió, el bienestar de aquella eminente familia espiritual. Luis de Narbonne, perdiéndola de vista, por la reencarnación y por un acto de complacencia de la sabia Providencia, que le permitió tan necesaria oportunidad de serenidad, puso en práctica los consejos de los cariñosos amigos que tan generosamente le supieron perdonar: volvió a la Tierra en una reencarnación igualmente reparadora, para expiar, como judío español, el ultraje de la persecución religiosa, al mismo tiempo que en sí mismo era combatido el terrible prejuicio católico-romano, el desmedido orgullo sectario que tantas desgracias ha causado entre los pueblos... mientras Otilia de Louvigny era retirada en un riguroso reformatorio del Más Allá, antes de someterse a las experiencias convenientes al crimen de obsesión y venganza, experiencias que, dado su carácter rencoroso y obstinado, perduran hasta el presente momento...

...Y aun hoy Carlos Felipe, Carolina, el viejo Conde, venerado jefe de la adorable familia de La-Chapelle, guían desde el mundo invisible, las tristes imágenes de Ruth, de Luis y de Otilia, en las últimas etapas reparadoras y evolutivas en que se demoran hace cuatro siglos, amparándolos, protegiéndolos como tutelares dedicados y amorosos, conduciéndolos pacientemente por la verdadera senda del amor a Dios y al prójimo... no más bajo los auspicios de la Reforma... sino bajo las sublimes expresiones de la Verdad Eterna, agrupadas en los redentores códigos de la Tercera Revelación...